



HUELLAS

DE ESTADOS UNIDOS

ESTUDIOS, PERSPECTIVAS Y DEBATES DESDE

AMÉRICA LATINA

10

**De golpes y corrupción.
La hegemonía recargada**

Abril de 2016 | ISSN: 1853-6506

www.huellasdeeua.com.ar/
www.facebook.com/huellasdeeua

 **STAFF**

DIRECTOR:

Fabio G. Nigra

Secretaria de Redacción:

Valeria L. Carbone

Comité Editorial:

Aimé Olguin
Ana Lojo
Bárbara Gudaitis
Darío Martini
Leandro della Mora
Leandro Morgenfeld
Leonardo Patacini
Malena López Palmero
Mariana Mastrángelo
Mariana Piccinelli
Martha de Cuntho
Valeria L. Carbone

Comité Académico:

Carmen Manuel, Universidad de Valencia (España)
María Graciela Abarca, Universidad de Buenos Aires (UBA)
Margarita Averbach, Universidad de Buenos Aires (Arg.)
Michael Hannahan, University of Massachusetts (USA).
Norberto Barreto, Universidad del Pacífico (Perú)
Jorge Hernández Martínez, Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos de la Universidad de La Habana (Cuba)
Graciela Iuorno, Universidad Nacional del Comahue (Arg.)
Robson Laverdi, Universidade Estadual Do Paraná (Brasil)
Marcos Fábio Freire Montysuma, Universidade Federal de Santa Catarina (Brasil)
Pablo Pozzi, Universidad de Buenos Aires (Arg.)
Marc Stern, Bentley University (USA)

TABLA DE CONTENIDOS

ARTICULOS

Contenido

Editorial De golpes y corrupción	2	10. Mychal Denzel Smith El regreso de la furia negra	164
1. Marisa Pineau Recepciones del Movimiento de los Derechos Civiles de Estados Unidos en Sudáfrica.....	6	11. Pablo Baisotti La izquierda en los Estados Unidos. Cambios y continuidades desde 1946 hasta la actualidad. Reseña del libro de Howard Brick y Christopher Phelps (2015). <i>Radical in America: The U.S. Left since the Second World War</i> . New York: Cambridge University Press, págs. 361	171
2. Luis René Fernández Tabío La guerra civil en los Estados Unidos: Una aproximación a su contexto y repercusiones económicas.....	13	12. Joaquina de Donato <i>El Imperialismo Norteamericano: Pasado, Presente y Futuro...</i>	176
3. Carme Manuel Reacciones contra <i>The Confessions of Nat Turner</i> de William Styron: la reinterpretación de la figura del esclavo rebelde hasta la actualidad.....	27		
4. Juan Pablo Scarfi El imperio de la ley: Estados Unidos y la misión civilizadora del derecho internacional en América Latina	47		
5. Alexandre Busko Valim Métodos pacíficos para debilitar las posiciones hostiles: el cine y la Guerra Fría en la mitad del siglo XX.....	69		
6. Ernesto Domínguez López Buscando sentidos: Estados Unidos y la crisis de los setenta.....	86		
7. Ted W. Allen La lucha de clases y el origen de la esclavitud racial. La invención de la categoría «raza blanca».....	110		
8. Ken Lawrence El origen de la lucha de clases en el Sur	143		
9. David Ranney y Noel Ignatin El supremacismo blanco en Estados Unidos: Implicaciones para un programa político	156		

Editorial

De golpes y corrupción

Por Pablo A. Pozzi

En los últimos meses, la situación geopolítica se ha desarrollado a velocidades impensadas, y al mismo tiempo va revelando cosas importantes. Al mismo tiempo, los que estudiamos Estados Unidos nos encontramos con serios problemas de herramientas analíticas para comprender tanto la complejidad del proceso histórico como la evolución de la política exterior norteamericana, en particular hacia América Latina. Aquí se trata simplemente de plantear algunos problemas y sugerir algunas respuestas que sirvan como eje (e hipótesis) para investigaciones que no sólo renueven nuestros marcos interpretativos, sino también nuestras herramientas metodológicas.

El primer tema es el referido a las relaciones internacionales. En esto, dos cosas son notables: una es la visita de Barack Obama a Cuba, y la otra es el *impeachment* de la presidenta de Brasil Dilma Rousseff. Durante décadas (o sea desde 1961 y la declaración de socialismo cubano) la política norteamericana frente al gobierno de Fidel Castro ha sido de una confrontación abierta que incluyó el bloqueo, la invasión, la desestabilización y los intentos de asesinato. Luego de medio siglo ininterrumpido, donde Cuba sobrevivió no sólo a la agresión

norteamericana sino también el colapso del socialismo real, es evidente que la táctica norteamericana había fracasado. Modificar sus políticas hacia la Isla era complejo ya que los sectores anticastristas de la política norteamericana estaban muy consolidados. Pero aquí se trataba de aplicar una nueva/vieja estrategia desarrollada a fines de la década de 1970 a partir de la Comisión Trilateral: la confrontación no debía ser este-oeste sino norte-sur, o sea países ricos contra pobres. Esto daba la ventaja de bajar el nivel de enfrentamiento sin reducir el presupuesto militar, y al mismo tiempo “penetrar” con la cultura consumista a los países socialistas para ir generando descontento y, al mismo tiempo, ofreciendo a la burocracia soviética la posibilidad de transformarse en burgueses (*oligarcas* en el léxico actual). Esta política fue exitosa, ya que generó un colapso desde adentro mientras que los funcionarios soviéticos se fueron transformando de gerentes en dueños de los medios de producción. Esto le permitió a Estados Unidos dos décadas de hegemonía indiscutida. Contradictoriamente esta hegemonía hizo innecesaria la transformación de la estructura socioeconómica norteamericana, cuya ineficiencia era ya un problema serio en 1980 en base al sobredimensionamiento del sector especulativo y del complejo militar industrial. En cierto sentido esta fue la base del colapso de 2008, anunciado y previsto por gente como Zbigniew Brzezinski.

Tanto la política de los presidentes republicanos (Ronald Reagan y los dos Bush) como la del demócrata Bill Clinton, mantuvo un alto, y deficitario, gasto militar

como forma de mantener el crecimiento económico norteamericano. De ahí el imperialismo de los derechos humanos del primer Bush y de Clinton (con la guerra de los Balcanes) fue el complemento de las invasiones llevadas adelante por George W. Bush, y luego la “revoluciones naranjas” en lugares como Ucrania o las “primaveras árabes”. La política era doble: aprovechar la hegemonía norteamericana para generar una creciente inestabilidad en el mundo que permitiera una creciente intervención norteamericana y dificultara el surgimiento de nuevos desafíos. Al mismo tiempo, se desarrolló una doctrina contra-revolucionaria por la cual no se trataba de reprimir a los desafíos sino más bien de desangrarlos: basta con que no ganen los revolucionarios, o con que no puedan construir una sociedad más decente, como en el caso de Nicaragua. Y de repente Estados Unidos retorna a una política imperial flexible y absolutamente pragmática, como la que ejerció hacia 1898 (la invasión de Puerto Rico se vio complementada con las “Puertas Abiertas” con China, la “anexión” de Hawaii, la ocupación de Filipinas y el gobierno títere cubano propiciado por la Enmienda Platt).

La estrategia de Obama frente a Cuba solo es nueva en este continente. Como la hostilidad manifiesta no funcionó, se trata ahora de la penetración que lleve a un consumismo que agudice las contradicciones sociales y culturales. Al mismo tiempo, la situación para Cuba y su gobierno es por demás compleja. Durante cuatro décadas logró sobrevivir a las constantes agresiones norteamericanas

gracias al apoyo soviético. Sin la URSS, Cuba se ha visto obligada a buscar apoyos en un mundo hostil hacia su sistema socioeconómico. Si quiere sobrevivir como nación independiente debe necesariamente reducir los niveles de hostilidad, y obtener acceso a mercados y capitales que le permitan mantener sus conquistas sociales. En cierto sentido no se trata de avanzar hacia el socialismo sino de que una nación pobre, con pocos recursos estratégicos, pueda sobrevivir. Obama y el *establishment* norteamericano apuestan a que la mejora en relaciones llevará a una penetración cultural y económica que causarán el colapso definitivo de la Revolución Cubana. El gobierno de Raúl Castro, por su parte consciente de los peligros, apuesta a que esto le dará espacio de maniobra para sobrevivir como nación y poder encarar el camino socialista una vez más.

Al mismo tiempo, Estados Unidos va ensayando otras políticas en el subcontinente americano. Por un lado, el Plan Colombia no sólo ha desarrollado una guerra contrainsurgente bastante efectiva estableciendo a ese país como un satélite norteamericano en la región, sino que han optado por el “golpe de guante blanco” en países como Honduras, Paraguay y ahora Brasil. Los presidentes reformistas están siendo derrocados no por una invasión de los *Marines* o por golpes de estado, como podrían haber sido en el siglo pasado, sino por sus propios parlamentos. Esto ha sido notable porque ninguno de los presidentes de la “ola rosada” cuestionó el neoliberalismo imperante y el capitalismo como sistema. Su aspiración eran algunas

tímidas reformas sociales, una limitada redistribución de la riqueza, y una independencia en cuanto a relaciones exteriores. De hecho, uno de los aspectos notables es que tanto el hondureño Manuel Zelaya como la brasileña Dilma Rousseff habían hecho alianzas políticas con sectores de la derecha neoliberal. En el caso brasilero, el Partido de los Trabajadores tenía alianzas, entre otros, con la *Igreja Universal* y con el PMDB (Partido do Movimento Democrático do Brasil); y Dilma fue reelecta con un programa de ajuste socioeconómico. A eso hay que agregar que con todos estos gobiernos los niveles de corrupción aumentaron notablemente, sin intentar resolver problemas de fondo. De hecho si algo revelaron es que no importan las alianzas y las políticas que puedan llevar adelante, nunca van a ser confiables para los sectores más concentrados del capital.

Más allá de las críticas a estos gobiernos, lo importante es que para los Estados Unidos no hay espacio para un estado de bienestar social o para reformas socioeconómicas que pongan límite ya sea a la tasa de ganancia o a su hegemonía en el subcontinente. Así, y más allá del discurso o de la idoneidad de los gobernantes, la política exterior norteamericana se va revelando como flexible e increíblemente pragmática en función de mantener y extender su dominación.

Más allá de si lo anterior es correcto o no, la idea es que estas hipótesis sirvan como posibles disparadores para repensar las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina. Metodológicamente hay que considerarlas dentro de dos contextos

en apariencia diferentes pero en realidad relacionados entre sí: el primero es la conflictiva e inestable situación internacional; y el segundo tiene que ver con la situación interna norteamericana. Asimismo, ¿es lo anterior producto de un deterioro en la hegemonía norteamericana o de un fortalecimiento? Las nuevas estrategias norteamericanas parecerían revelar un poder omnímodo; pero al mismo tiempo también pueden implicar una fuga hacia adelante ante numerosos problemas sociales y económicos. Una tercera posibilidad es que encierren la contradicción que surge de un poder omnímodo que impide modernizar y renovar un sistema que contiene cada vez más problemas. Si esta posibilidad se constatará entonces significaría que el poderío norteamericano tiene “pies de barro” y que su decisión de mantenerlo a toda costa implica serios peligros para el destino de la Humanidad.

Por otro lado ¿cómo interpretarlo? Es evidente que en el nuevo contexto internacional la política interna norteamericana tiene consecuencias profundas. No es indistinto que el posible futuro presidente de los Estados Unidos sea Hillary Clinton o Donald Trump. Así como no es indistinto que las candidaturas de Bernie Sanders y el mismo Trump implican una fuerte erosión de la legitimidad y el consenso popular para el “imperio norteamericano”. ¿Hasta dónde las elecciones norteamericanas son democráticas? ¿Qué implica el día de hoy el término democracia? De hecho todo un sector de la intelectualidad norteamericana, incluyendo a politólogos como Garikai

Chengu y educadores como Henry Giroux, debaten intensamente sobre la naturaleza del sistema norteamericano. ¿Es un tipo de neofascismo o es una plutocracia? ¿O quizás es una democracia deformada y en decadencia? ¿Hasta dónde nuestra terminología analítica es útil para comprender nuevos fenómenos? Por ejemplo, en el caso latinoamericano algunos colegas se refieren al fin del ciclo de los gobiernos progresistas o de izquierda, otros hablan de los gobiernos populistas, y otros más se refieren a los nuevos gobiernos de derecha como “posneoliberales”. Términos como izquierda o populismo hacen más referencia a fenómenos políticos de hace varias décadas, así como “posneoliberal” en realidad describe poco y explica menos. ¿Cómo describir lo que está ocurriendo y cómo entender las nuevas políticas norteamericanas? ¿Cómo interpretar un mundo que ha cambiado profundamente con categorías y modelos que datan de una era anterior a la transnacionalización? En realidad nuestro desafío es repensar y reinterpretar para poder sugerir políticas públicas acordes con las nuevas realidades y necesidades de nuestra época.



Dr. Pablo Pozzi

1. Marisa Pineau *

Recepciones del Movimiento de los Derechos Civiles de Estados Unidos en Sudáfrica

ABSTRACT

El 18 de noviembre de 2015, en el Centro Cultural “Paco Urondo” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se realizaron las Jornadas “150/50: A 150 años del fin de la Guerra Civil y a 50 de la Voting Rights Act en Estados Unidos”, con el aval de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y organización efectuada por las Cátedras de Historia de Asia y África (Contemporánea), Historia de los Estados Unidos de América y Literatura Norteamericana “B”.

La siguiente ponencia fue presentada en el Panel: *Raza y Racismo en el siglo XX: Segregación, del Movimiento por los Derechos Civiles a los ‘post-derechos civiles’*

* Profesora Titular de las cátedras “Historia de Asia y África contemporánea” e “Historia de la Colonización y la Descolonización” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Coordinadora de la Sección Interdisciplinaria de Estudios de Asia y África.

On November 18, 2015, in the Cultural Center of the Faculty of Philosophy and Letters at the University of Buenos Aires, took place the conference "150/50: 150 Anniversary of the end of the Civil War and 50 of the Voting Rights Act in the United States".

This presentation was presented at the Panel: Race and Racism in the twentieth century: segregation, the Civil Rights Movement to the 'post-civil rights'.

Con sus particularidades nacionales e históricas, las semejanzas entre las formas de la segregación y la opresión racial en Estados Unidos y Sudáfrica son grandes. Ese es un motivo por el cual muchos políticos y pensadores de ambos países se vincularon a lo largo del siglo XX. En algunos tiempos esas relaciones les permitieron descubrir las formas particulares y opacas que adquiría la segregación racial en sus respectivos espacios: en otras, encontrar nuevas respuestas a sus propias realidades y en algunos casos, encontrar solidaridad del otro lado del Atlántico.

Uno

La guerra sudafricana de 1899-1902, que enfrentó a las repúblicas boers de Transvaal y Orange Free State con Gran Bretaña, es un momento trascendental en la historia de la región. Este conflicto bélico, que significó el triunfo y la imposición del dominio británico

en el territorio, en el tiempo que casi toda África era ocupada por las potencias europeas, fue vivido por muchos – negros y blancos - como un avance de las fuerzas modernizadoras sobre las tradicionales. Y así, en diarios de la época aparece comparada con lo sucedido unas décadas antes en los Estados Unidos durante la Guerra Civil. Por mucho tiempo, la contienda en el sur de África fue analizada como un enfrentamiento “de personas blancos” – invisibilizando la participación de la población africana en la misma – y que, al igual que la norteamericana, transformó las sociedades de sus países de manera definitiva por el decidido avance del capitalismo y por el mantenimiento de la supremacía blanca.

Aún con la vigencia de las leyes de Jim Crow, que aseguraban la segregación en buena parte del país, los sudafricanos vieron en Estados Unidos un lugar donde se podía desarrollar una vida con más libertad. Por las dificultades que encontraban en su lugar de nacimiento y con la ayuda de religiosos, africanos como John Dube (1871-1946), Solomon Platje (1876-1932), Alfred B. Xuma (c.1898-1962) y Zacharias K. Matthews (1901-1968), estudiaron en universidades norteamericanas. Eran tiempos del panafricanismo, con su búsqueda de la identidad afro en el contexto la creación de una nueva ciudadanía en los países americanos y caribeños, de confrontación de la supremacía blanca y de defensa de los derechos de la población africana y de origen africano. Con esos fines surgieron organizaciones políticas vigorosas, entre las que hay que destacar la Asociación Nacional

para el avance de la gente de color (NAACP, por sus siglas en inglés) en 1909 y el Congreso Nacional Nativo de Sudáfrica (SANNC) en 1912 y posteriormente conocido como Congreso Nacional Africano (ANC). Periodista y maestro, Dube estuvo en la creación del SANNC y fue su primer presidente. Platje lo secundó en esa tarea, ya que fue primer secretario general del SANNC. Pero no solo eso, ya que era un destacado y prolífico escritor y es el autor de uno de los libros más célebres de la literatura sudafricana *Native life in South Africa*. Con su título de médico, Xuma regresó a Sudáfrica en 1928, donde desarrolló su profesión y en 1940 se convirtió en presidente del ANC. Estaba casado con Maddie Hall, una afronorteamericana que se involucró con la política de su nuevo país, tanto que en 1943 fue la primera presidenta de la recién creada Liga de las Mujeres del ANC. Por su parte, Z.K. Mathews fue un destacado abogado y antropólogo, que participó activamente en el ANC y murió exiliado en Estados Unidos.

Dos

En todo el mundo los horrores del nazismo pusieron en tela de juicio un orden social que se había construido sobre la base del respeto de la jerarquía racial, que imponía la superioridad del hombre blanco. La posibilidad de establecer sociedades que tendieran a una mayor integración generó otros desafíos, entre ellos el de construir sociedades multirraciales en la que todos los ciudadanos gozaran en igualdad de los derechos civiles. Pero este proceso no fue inmediato, ni en Estados Unidos y menos aún

en Sudáfrica, donde el 1948 se erigió un régimen de segregación y opresión racial más severa, que se conoció como apartheid.

La década de 1960, en la cual nos queremos detener en esta breve presentación, fue un momento en el que estos vínculos por el Atlántico se hicieron más densos. La potencia alcanzada por el movimiento de los derechos civiles de la población afroamericana fue un motivo de sensibilización para muchos norteamericanos, que se interesaban por raíces y orígenes que antes habían sido despreciados.

En esos años a nivel mundial se vivía un momento de optimismo generalizado por las expectativas derivadas de la creación de los nuevos países y de las independencias del yugo colonial europeo: África se convirtió entonces en el nuevo territorio de la conquista de la libertad y de la imaginación política de la descolonización. Sin embargo el ambiente en Sudáfrica era distinto. El 21 de marzo de 1960 en Sharpeville la policía sudafricana mató a 69 personas e hirió a otras muchas que manifestaban y protestaban de forma pacífica por las políticas segregacionistas vigentes. Inmediatamente el gobierno de Pretoria prohibió la actividad legal de los partidos y agrupaciones políticas que se oponían al vigente régimen del apartheid. Esta situación de clandestinidad de la protesta se tradujo en la detención – con y sin cargos - de muchos activistas políticos, entre ellos de Nelson Mandela, quien fue elegido presidente del país en 1994, tras su liberación después de pasar 27 años en prisión. También significó el exilio de muchos otros sudafricanos que huían de un probable

encarcelamiento – y hasta de la muerte. Gobernada exclusivamente por la minoritaria población blanca y para sus propios intereses, la Sudáfrica de los '60s experimentó un creciente aislamiento moral en el continente – liderado por los nuevos partidos nacionalistas y promovido por la joven Organización de la Unidad Africana, en la cual se nucleaban los nuevos gobiernos independientes – y en buena parte del mundo, desde la caja de resonancia para los reclamos contra el apartheid y toda forma de racismo en que se convirtió entonces la ONU.

Con sus elementos característicos de la inhabilitación de la población africana del derecho al voto (y de ser elegidos como autoridades de su propio país), con la exclusión legal de la propiedad de la tierra y de acceso a los trabajos calificados y a salarios dignos, con la imposibilidad de acceso a una educación de calidad para sus hijos, con la obligación de residir en lugares separados según las diferencias raciales (que eran estipuladas por el estado), con su independencia de Gran Bretaña y del Commonwealth, la Sudáfrica del apartheid vivía su momento de gloria.

Estados Unidos, más por la lucha de los afroamericanos por los derechos civiles que por otras razones, se convirtió en un lugar de refugio para muchos sudafricanos comprometidos con la lucha contra el apartheid – en especial artistas e intelectuales - que se veían obligados a partir al exterior. Destacados músicos como Hugh Masekela y Abdullah Ibrahim vivieron exiliados allí, así como la cantante Miriam Makeba, quien al tiempo que tuvo un lugar relevante en la denuncia de la opresión racial

en su país también se acercó al movimiento de las Panteras Negras y fue esposa de Stokely Carmichael. Quedará para otra vez, como deuda, hablar de ellos. En esta oportunidad buscamos presentar la manera en que tres norteamericanos (varones y pertenecientes a distintas minorías), que tuvieron papeles importantes en la política en su propio país, se involucraron con la lucha contra la segregación racial que se llevaba adelante en Sudáfrica. Estos son: Martin Luther King, Malcolm X y Robert F. Kennedy. Si bien King y Malcolm X viajaron a Africa, Kennedy fue el único de los tres que estuvo en Sudáfrica.

Tres

Martin Luther King

Tras liderar el conocido boicot a los ómnibus segregados de Montgomery en marzo de 1957, Martin Luther King fue invitado por el líder nacionalista Kwame Nkrumah a Accra para asistir a la ceremonia en la cual la colonia británica de Costa de Oro se convirtió en Ghana, el primer país independiente africano. King estaba muy motivado porque veía una cercanía evidente entre la lucha contra el racismo que estaban desarrollando entonces los afroamericanos y la lucha por el fin del colonialismo en Africa. Como dijo en una declaración de esos días, estos cambios “renuevan mi convicción en el triunfo de la justicia”.

Su compromiso con la lucha por los derechos de los africanos y los afrodescendientes, lo llevó a sensibilizarse por lo que sucedía en

Sudáfrica en esos días. Y esto se concretó con el inicio de contactos con el presidente del recientemente proscrito ANC, Albert Luthuli (c.1898 -1967), y a quien se le concedió el Premio Nobel de la Paz de 1960. En apoyo a la acción anti apartheid, emitió una declaración conjunta con Luthuli, en 1962. En ella, exhortaron a los pueblos y los gobiernos del mundo a retirar todo el apoyo a Sudáfrica y convocaron “a todas las personas de buena voluntad a actuar contra el apartheid”, a reclamar a sus gobierno el apoyo a las sanciones económicas al país y el aislamiento internacional de Sudáfrica y a tomar medidas individuales (como evitar la compra de productos sudafricanos) y colectivas (como denunciar la situación de oprobio en todas las asociaciones civiles) para lograrlo.

Este compromiso de King se repitió en su viaje a Oslo para recibir el Premio Nobel en 1964. De paso por Londres recibió a muchos exiliados sudafricanos, ante quienes habló. Allí mencionó la identificación que sentía con la lucha por la libertad y la justicia en Sudáfrica, poniendo el acento en las similitudes entre la situación que los afroamericanos vivían en los estados de Misisipi y Alabama y los sudafricanos en su país. Recordó la terrible situación del encarcelamiento de Nelson Mandela y de Robert Sobukwe (el líder del Congreso Panafricano, también detenido en la prisión de Robben Island), a quienes calificó como “dos grandes líderes”. Pero no se quedó solo en la denuncia, sino que colaboró con lo que sería una de las características de la lucha contra el apartheid, al considerar que no se trataba de un mero asunto interno, sino que

había una dimensión internacional. En ese sentido, su charla se cerró con una referencia a la responsabilidad de Gran Bretaña y de Estados Unidos en imponer sanciones económicas para terminar con esa situación ominosa.

Su discurso más fuerte dedicado al tema del apartheid fue en Nueva York el 10 de diciembre de 1965, justo un año después de recibir el Premio Nobel de la Paz. Esa actividad, organizada con el fin de recaudar dinero para las víctimas del apartheid, contó con la participación de artistas como Miriam Makeba y Pete Seeger y de políticos africanos, siendo King el principal orador. De manera provocadora, invirtió los conceptos habituales del privilegio blanco, al calificar como salvaje al gobierno de Pretoria: "Africa tiene hoy espectaculares salvajes y brutos. No son otros que los sofisticados gobernantes blancos de Sudáfrica, que pretenden ser civilizados, cultos y religiosos, pero cuya conducta y filosofía sin duda los ubica como bárbaros modernos". Sosteniendo sus posiciones, volvió a convocar a un boicot internacional a Sudáfrica, condenó el uso del argumento de la lucha contra el comunismo para llevar adelante la política de segregación racial e inclusive calificó sus políticas como "prácticas nazis".

En Sudáfrica, el sistema educativo estaba segregado. La Universidad de Ciudad del Cabo rechazaba esta política y entre las distintas acciones de demostración de su posición contraria al sistema, organizaba un ciclo anual de conferencias para exponer posiciones disidentes. En 1966 las autoridades de la UCT eligieron invitar a

Martín Luther King a visitar Sudáfrica para ser el orador principal, tomando en cuenta su figura y su compromiso. King estaba entusiasmado con asistir, pero no pudo hacerlo: al solicitar la visa, a vuelta de correo recibió una escueta respuesta, sin explicitar razón alguna, del consulado de Sudáfrica de rechazo del documento que le permitiría la entrada al país.

Malcolm X

En esa necesidad de la búsqueda de las raíces de muchos afroamericanos que se conoce como "regreso a Africa" Malcolm X hizo tres viajes al continente (en 1959 y dos veces en 1964), en los cuales se entrevistó con las principales figuras políticas del momento. En su tercer viaje en reconocimiento de su actividad como líder de los derechos de los afroamericanos y en un hecho poco habitual, Malcolm X fue invitado a participar como orador en una reunión de la Organización de la Unidad Africana en el Cairo el 17 de julio de 1964. En su exposición, comenzó haciendo mención a la situación vivida por distintos estudiantes y diplomáticos africanos que viajaron a Estados Unidos en esos años, que padecieron en carne propia los problemas vigentes en su país de origen: aunque extranjeros, muchos de ellos fueron tomados por afroamericanos y sufrieron exclusiones de lugares públicos y hasta fueron golpeados, solo por el hecho de ser negros.

El tema de la solidaridad en la lucha racial no faltó en su mensaje. Planteó que la cuestión racial no es una cuestión doméstica sino que es internacional ("es un problema de la

humanidad”) y construyendo un lazo de solidaridad transatlántico, asimiló la situación africana con la norteamericana: “Nuestro problema es el mismo problema que el de ustedes”. Hablando en el foro que reunía a los dirigentes de los nuevos estados africanos, les pidió colaboración para acompañar el reclamo de 22 millones de afroamericanos en la sede de la ONU.

Ante un público africano, su discurso estuvo dirigido a moverse entre política interna y política internacional. Por un lado denunció otras malas prácticas de su país, al sugerir a los gobernantes africanos que pusieran atención de no escapar del colonialismo europeo solo para convertirse en nuevos esclavos si se dejaban seducir por la falaz y “amistosa” política del dólar norteamericano. Pero además, en la parte en la que se ocupó especialmente del caso sudafricano, aprovechó la ocasión para criticar con dureza al gobierno de Washington. Dijo Malcolm X: “Estados Unidos es peor que Sudáfrica, porque no solo es racista, sino que es engañoso e hipócrita. Sudáfrica predica la segregación y la practica. Estados Unidos predica integración y practica la segregación; predica una cosa y engaña practicando la otra”.

Robert F. Kennedy

La Unión Nacional de Estudiantes Sudafricanos (NUSAS) fue una organización de estudiantes universitarios fundamentalmente blancos de habla inglesa, que en la década de 1960 se comprometieron con la oposición al apartheid. Por el interés

demostrado por Robert F. Kennedy (entonces senador por el estado de Nueva York) con la lucha por los derechos civiles en su país y para hacer más visibles la situación de opresión en el país, NUSAS lo invitó a visitar Sudáfrica en 1966. A diferencia de King, no le rechazaron la visa de entrada y pudo concretar el viaje. Kennedy llevó adelante una agotadora gira de cuatro días en los cuales estuvo en Soweto, el más grande municipio segregado de población negra del país y participó en varios actos públicos como principal orador en distintas universidades del país. Significativamente el presidente Hendrik Verwoerd declinó mantener una reunión con Kennedy, pero el senador se reunió con líderes estudiantiles y visitó a Albert Luthuli en su aldea de origen de la provincia de Natal, donde estaba confinado por orden del gobierno. Según Kennedy, el encuentro lo emocionó, ya que declaró que Luthuli fue “el hombre que más me impresionó de los que haya conocido”.

De las distintas alocuciones en Sudáfrica (en las universidades de Witswatersrand, de Stellenbosch y de Natal y en el Consejo de Abogados de Johannesburgo) el más importante discurso de Kennedy – y hay quienes dicen que fue la más importante de toda su carrera - fue en la Universidad de Ciudad del Cabo, el 6 de junio de 1966. Frente a una multitud de estudiantes, reclamó el fin de las sociedades basadas en las diferencias raciales. Para mostrar las similitudes entre las historias de los dos países comenzó diciendo: “Estoy aquí por mi profundo interés y afecto por una tierra colonizada por los holandeses a mediados del siglo XVII, después ocupada por los

británicos y finalmente independiente; una tierra en la cual los nativos fueron primero sometidos, pero con los cuales las relaciones continúan siendo un problema en nuestros días; una tierra que se definió con una frontera hostil; que tiene importantes recursos naturales con aplicación en la tecnología moderna, una tierra que importó esclavos y que ahora debe luchar por borrar las últimas trazas de ese antiguo cautiverio. Me refiero, obviamente, a los Estados Unidos de América”.

Expresando una condena abierta al régimen del apartheid, su recordado discurso tuvo una clara impronta de defensa de los valores del liberalismo político en plena Guerra Fría, al proclamar la defensa de los que llamó “sagrados principios de la sociedad occidental” – la libertad de expresión, junto con el control del ejercicio del poder - como forma de diferenciarse tanto del nazismo como del comunismo.

Cuatro

En los años siguientes, la situación política y los asuntos raciales tomaron nuevos rumbos. En Sudáfrica, la represión recrudesció y se practicó un aislamiento mayor del país en el escenario internacional. En Africa meridional, en las colonias de Mozambique y Angola (controladas por Portugal) y en Rhodesia (que practicaba también un régimen de apartheid) hubo fuertes avances de los respectivos grupos armados nacionales – la mayoría de ellos de izquierda y con vínculos con la Unión Soviética, Cuba y China - que llevaban adelante guerras de liberación anti coloniales. Del otro lado del

Atlántico, los tres personajes mencionados y que fueron tan relevantes en la denuncia del apartheid - Martin Luther King, Malcolm X y Robert Kennedy - habían sido asesinados. Y la llegada a la presidencia de los Estados Unidos del republicano Robert Nixon en 1969 significó la creación de un ambiente menos propicio para la discusión de los temas raciales tanto a nivel doméstico como internacional.

2. Luis René Fernández Tabío *

La guerra civil en los Estados Unidos: Una aproximación a su contexto y repercusiones económicas

La Guerra Civil en los Estados Unidos es sin duda uno de los principales acontecimientos que han impactado la formación histórica de ese país hasta nuestros días. Constituye el antecedente directo del advenimiento del imperialismo a finales del siglo XIX desde la perspectiva de la economía política marxista, al romper una de las trabas que tenía la profundización de esas relaciones de producción al interior de la sociedad estadounidense. Muchos de los temas que hoy se discuten, el regionalismo económico, las diferencias culturales, políticas e ideológicas al interior de los distintos Estados y regiones de ese país, las segmentaciones étnicas, la religiosidad, así como las proyecciones de su política exterior tienen un origen, antecedente, o han sido influidos, por problemas y sucesos ocurridos durante esa convulsa etapa.

* Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana.

No debe sorprender que los resultados de nuevas investigaciones y el debate entre los especialistas -- sobre todo entre los historiadores norteamericanos--, no deje de aportar interpretaciones sobre múltiples aspectos de esta guerra. Entre ellos, los concernientes a la significación del conflicto desde la perspectiva de la economía para toda la sociedad, su evolución, causas y consecuencias. Tales asuntos de la guerra cobran realce en un momento en que la posición económica de los Estados Unidos como centro hegemónico del capitalismo global cede terreno con altibajos desde finales de la década de 1960 del siglo pasado, sin que exista un sustituto, u otro país, o grupo de países que pueda sustituirlo, o darle una nueva articulación a las relaciones internacionales.

Una revisión de la literatura sobre este problema evidencia la existencia de diversas visiones, tesis, algunas al parecer contradictorias, respecto a los factores económicos, las causas y consecuencias de la guerra. ¿A qué se debe ello y qué significación tienen estos análisis? En general, tales investigaciones ofrecen nuevos elementos y profundizan en aspectos no analizados cuyo valor no puede desconocerse, pero la crítica desde esta perspectiva descansa en que con frecuencia no consideran, o no colocan en lugar principal los aportes de la economía política marxista. En particular, no analizan en toda su integralidad el problema socioeconómico de la guerra, aún cuando refieren a la esclavitud – el conflicto entre el trabajo esclavo y el trabajo libre como base de la diferencia de intereses económicos--, o como

elemento principal en la discordia en tanto *relaciones de producción*, para entender problemas como las causas de la guerra, e incluso sus consecuencias desde la perspectiva del materialismo histórico y dialéctico.

Para el estudio del desarrollo de los Estados Unidos, el avance del capitalismo, la concentración y centralización de los capitales hasta llegar al establecimiento de monopolios y del imperialismo, se requiere considerar el problema de la contradicción entre la economía de plantación esclavista en los Estados del Sur y la economía industrial con trabajo asalariado en el Norte. Más allá de costos económicos o de consecuencias directas en el corto y hasta en el mediano plazo, la Guerra Civil y la victoria del Norte sobre el Sur no solamente consolidó a los Estados Unidos como lo conocemos hoy día, sino abrió paso al desarrollo del capitalismo y del imperialismo en ese país. Muchas de las diferencias socioeconómicas, políticas e ideológicas nos llegan también como secuela de ese acontecimiento.

Las siguientes notas intentan llamar la atención, por tanto, sobre las dimensiones económicas de la Guerra Civil, dada su importancia para la historia de los Estados Unidos, a la luz de las conmemoraciones sobre el 150 aniversario de su culminación. El análisis no pretendió ser ni exhaustivo ni conclusivo. Sólo ha querido enfatizar algunos aspectos sobresalientes¹.

¹ Entre otras referencias, se asumen obras rigurosas como las de George B. Tyndall y David E. Shi, *Historia de los Estados Unidos*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995 y Harold Underwood Faulkner, *Historia*

Condiciones anteriores al estallido de la guerra en 1860

Quizás sea conveniente recordar, que el desarrollo capitalista de la sociedad norteamericana se realiza de modo muy rápido debido a las favorables condiciones históricas y geográficas al momento de su formación, desde el establecimiento de las 13 colonias inglesas --rebeladas contra el dominio británico al anunciar su independencia el 4 de julio de 1776. El carácter revolucionario de ese proceso independentista, heredero de los más avanzados ideales políticos y económicos de la burguesía de su época, a diferencia de Europa y Asia, no tuvo que enfrentar fuertes resistencias de regímenes precedentes, pero generó sus propias contradicciones a partir de las distintas formas de explotación implantadas y en particular la producción con trabajo esclavo en las plantaciones sureñas oscurece el discurso tan progresista expresado en la Declaración de Independencia cuando se afirmaba que: (...) todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad (...).²

El progreso de las relaciones capitalistas estadounidenses fueron expandiéndose constantemente en tanto los primeros colonos, concentrados en la costa del Atlántico penetraron progresivamente el

Económica de Estados Unidos, 2 tomos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

² La Declaración de Independencia de los Estados Unidos, 4 de julio de 1776. *National Archives*: <http://www.archives.gov/espanol/la-declaracion-de-independencia.html>

territorio hacia el noroeste y el suroeste. La primera etapa de expansión territorial no fue sin guerra, se realizó mediante la violencia y el desplazamiento de los pobladores originarios de estas tierras, las tribus de los pueblos aborígenes norteamericanos, los mal llamados indios. A ello se sumaban los procedimientos de adquisición o negociación entre las potencias, o el empleo de la guerra frente a otros poderes coloniales europeos, como son los casos de Francia, España y hasta la propia Gran Bretaña --en torno a disputas territoriales con lo que constituye en la actualidad Canadá--, o la notable pérdida territorial de México al término de un conflicto militar con su vecino, concluido con la firma de la paz en Guadalupe Hidalgo el 21 de febrero de 1848. La guerra ha cambiado la historia, la configuración, espacio geográfico, fronteras y fuentes del poderío de los Estados Unidos, aunque con frecuencia se idealiza y se aíslan, como si no fueran parte del mismo proceso desde los inicios de la formación de los Estados Unidos, del desarrollo del capitalismo, del imperialismo en sus distintas etapas hegemónicas hasta nuestros días.

Sin embargo, aunque el desarrollo capitalista fue dominante en sentido general, una diferencia fundamental marcó el proceso de formación económico social en ese país al organizarse distintas relaciones de producción. Este rasgo a la larga se convertiría en contradicción decisiva para el inicio de la guerra e incluso su desenlace. De una parte se encontraba un sur eminentemente agrícola, agroexportador y basado en la economía de plantación esclavista, dirigida sobre todo a la

exportación de algodón al mercado mundial y otra predominantemente industrial en los Estados del Norte, pero donde las relaciones de producción eran de tipo capitalista, realizadas sobre la base del trabajo libre asalariado. Naturalmente existieron situaciones intermedias o difusas en algunos estados que expresaban el incierto balance entre Estados esclavistas y abolicionistas luchando dentro del Senado norteamericano, condición de la estabilidad de la Unión americana. Estas discrepancias políticas dentro del gobierno norteamericano de la época no eran otra cosa que las expresiones de las contradicciones fundamentales en torno a las relaciones de producción, que se manifestaban también en el campo de la ideología y la política.

Las condiciones materiales del desarrollo de las fuerzas productivas en el siglo XIX hacían posible y muy beneficiosa la explotación del trabajo esclavo en las plantaciones de algodón. El propio desarrollo de la revolución industrial y los avances de la tecnología disponible creaban una demanda para la fibra de algodón y las condiciones climáticas y la explotación esclava de las plantaciones resultaba el modo que mayores beneficios otorgaban a sus propietarios y también le permitían ventajas a los productores de textiles del Norte.³ La acumulación capitalista y el propio desarrollo de la industria y la producción industrial capitalista no era puro, sino se nutría de estas formas de explotación agrícola esclava en las plantaciones, tanto de

³ C. Knick Harley. "International Competitiveness of the Antebellum American Cotton Textile Industry". *The Journal of Economic History*, Vol. 52, No. 3, September 1992, pp. 559- 584.

modo directo en los procesos productivos conectados, como derivado de los ingresos acumulados en las esferas del transporte, el comercio y las finanzas en tanto participaban de esta actividad.

En el contexto del inicio de la Guerra Civil, los Estados Unidos ya se había convertido en una gran economía a escala mundial, como resultado de la propia expansión y profundización de las relaciones capitalistas, que prácticamente no tenían obstáculo como no fuera la naturaleza y la presencia de otras potencias coloniales europeas. Al momento de iniciada la Guerra Civil norteamericana, cabe subrayar, ya los Estados Unidos tenían una economía poderosa, pero todavía pequeña con respecto a la Gran Bretaña, e incluso inferior o semejante a otras potencias de la época en algunos renglones.

Sin embargo, no es hasta después de esa larga y costosa guerra que la economía estadounidense alcanza su mayor dinamismo y llega a su fase imperialista en el desarrollo del capitalismo a finales del siglo XIX e inicios del XX; condiciones que luego le permitirían colocarse como centro hegemónico imperialista a finales de la Segunda Guerra Mundial. El papel desempeñado por la Guerra Civil, en los desarrollos ulteriores del país ha sido analizado con insistencia por los historiadores, que le otorgan con muchas razones gran trascendencia a ese evento, dado su consolidación con un solo modo de producción.

La eliminación del modo esclavista de producción instalado principalmente alrededor de las plantaciones algodoneras, sería en los años subsiguientes una fuente de avance y profundización de las relaciones

capitalistas, si bien ese proceso no fue en modo alguno lineal y mucho menos exento de enormes costos, sobre todo asociado a la recuperación del Sur, que muchos años después sigue introduciendo rasgos distintivos en la política, la economía y la cultura.⁴

Principales causas de los resultados de la Guerra (1861 - 1865)

La causa principal de la Guerra Civil se vincula a la diferencia entre la economía del Norte y del Sur, su modo de inserción internacional y las relaciones recíprocas. Naturalmente existen otros factores de índole política, social e incluso de la identidad, de la composición clasista y de la propia historia, estructura de la población –la fundamental relacionada con la proporción y el número de esclavos–, que distinguían a los Estados del Sur y el Norte, que hasta ese momento trataron de mantener un balance político de poder dentro de la Unión. Los resultados de las elecciones y la victoria de Abraham Lincoln a finales de 1860 sirvieron de elemento catalizador del conflicto. A los Estados del Sur, dominados por el régimen esclavista, no les quedaba aparentemente otro camino que su separación de la Unión para formar la Confederación, estructura muy semejante a la originaria, pero con la diferencia de que la propiedad y la producción con trabajo esclavo tendría mayores garantías y era aún un tipo de economía viable de cara al mercado mundial.

⁴ Sobre la influencia de las diferencias regionales en la política exterior de los Estados Unidos véase: Michael Lind. "Civil War by Other Means". *Foreign Affairs*, Vol. 78, No. 5, Sept.- Oct., 1999, pp. 123 – 142.

En la esencia del conflicto estaba sin duda la esclavitud, pero también había otros aspectos. Los estados del Sur se dedicaban principalmente a la agricultura, su población era relativamente más pequeña, superior a los 8 millones; mientras el Norte era más industrial, aunque también tenía agricultura, concentraba más población, un poco más de 22 millones y se beneficiaba de un creciente flujo migratorio desde Europa, cada vez se apreciaba un superior desarrollo de la producción capitalista, como mano de obra “libre” y no basada en el trabajo esclavo. En lo que respecta al aporte de la inmigración durante esta etapa a la configuración de los Estados Unidos, téngase en cuenta que “en 1860, después de una alta inmigración relativa en la historia norteamericana, cerca del 13% de la población era nacida en el exterior, proporción que se mantuvo aproximadamente en los próximos 60 años”.⁵

En términos de la guerra no resulta solamente importante comparar la población, sino la fuerza de trabajo destinada a la producción y al combate. En ambos indicadores el predominio del norte resultó un elemento decisivo en los resultados. Cuando se comparan las poblaciones según el censo de 1860 se obtiene una tasa de la población relativa de la Unión / Confederación de 1:2.57 (22,594,561/8,804,740), en cambio si se estima la relación de las fuerzas de trabajo disponible para la actividad militar, considerando solamente los blancos en la

Confederación y omitiendo los “asiáticos” de la Unión, entonces la tasa llega a 1: 4.62 (1,278,002/ 5,901,772). Es decir, una diferencia de 1 a 5 a favor del Norte, lo cual explica con mayor claridad el desbalance que a la postre le daría la victoria a los abolicionistas.⁶

En general se considera que el esfuerzo de la guerra fue de enorme significación para el ulterior avance de la industrialización y el desarrollo en general de los Estados de la Unión, si bien el conflicto bélico ocasionó enormes costos humanos y materiales a todo el país – incluyendo al Norte—y la ruina y destrucción de la economía del Sur, dado que fue esta el escenario principal de la guerra.

Existe abundante información sobre las nefastas consecuencias económicas para el Sur, los ingresos de la región, la inserción en las relaciones internacionales. Antes de la guerra la participación del Sur en el mercado de algodón era tan sustantiva, que pensaban ello sería un factor de apoyo internacional. Este fue uno de los errores estratégicos de los líderes de la Confederación pues no solamente ese apoyo no se expresó, sino que la salida del mercado de los suministradores de algodón sureño por un período prolongado ocasionó un ajuste estructural en las fuentes de materia prima y el funcionamiento de ese mercado. Terminada la guerra, ya el mercado de algodón y las cadenas productivas asociadas a este habían sido sustituidos por otros productores.

⁵ Charles Hirschman. “Immigration and the American Century”, *Demography*, Vol. 42, No. 4, November 2005, p. 596.

⁶ Thomas Schoonover. “Manpower, North and South, in 1860.” *Civil War History* 6, June 1960, Kent State University Press, p. 172.

Existen distintas interpretaciones de las causas de que el Sur no se recuperara después de terminada la Guerra Civil. Un trabajo de Peter Temin explora las distintas variantes para tratar de sintetizarlas y evaluarlas a través de un modelo único. Estas tres variables se refieren a la disminución en la demanda de algodón después de la guerra (Gavin Wrigth); el desplazamiento de la fuerza de trabajo interna y su menor rendimiento (Roger Rauson & Richard Sutch) y los propios destrozos ocasionados por la guerra, muy superiores en el Sur que en el Norte. Tomando en cuenta estas tres causas de dificultad en la recuperación del Sur, Temin concluye que en realidad las dos primeras – caída de la demanda de algodón y efectos de la emancipación— son las que explican en su mayor parte esos resultados, teniendo los destrozos de la guerra una significación menor. No cabe duda que se trata de un resultado muy interesante en tanto la enorme magnitud de los costos parecería ser en principio la de mayor significación. No obstante, los procesos asociados a la demanda del algodón en los años posteriores al término de la guerra y el desplazamiento y adaptación de la fuerza de trabajo, constituyeron procesos de más largo aliento y complejidad frente a la destrucción ocasionada por la guerra.

La Guerra Civil no solamente representó cambios importantes para la economía y la sociedad norteamericana, sino que transformó la red global de producción, distribución y comercialización de algodón en el mundo. Con anterioridad a 1861, la mayoría del suministro de algodón en todo el mundo como es conocido provenía de las

plantaciones esclavistas del Sur de los Estados Unidos y ese fue uno de los elementos que los líderes de la Confederación pensaron les otorgaban una poderosa palanca negociadora.

Para fines de 1850, según Sven Beckert,⁷ los Estados Unidos representaban el 77% de los 800 millones de libras de algodón consumidos en Gran Bretaña, el 90% de los 192 millones empleados por Francia, el 60% de los 115 millones de libras asimiladas por Alemania y el 92% de los 102 millones consumidos por Rusia. La producción algodonera esclavista estadounidense estaba en el centro de esa industria y su contribución al desarrollo del capitalismo a escala mundial.

⁷ Sven Beckert. “Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Ages of American Civil War”. *American Historical Review*, December 2004, p. 1409.

**Exportaciones de algodón 1860- 1886
(cantidades en millones de libras)**

Países	1860	1861	1862	1863	1864	1865	1866
India	346	381	395	473	550	525	803
Egipto	50.1	59.6	82	128.7	174	250.7	178.5
Brasil	27.4	21.6	30.8	38.3	47.6	60.7	102.3

Fuente: Beckert, Sven, Emancipation and Empire...*American Historical Review*. December 2004, p. 1415

Sin embargo, el fin de la guerra no representó un restablecimiento del lugar y papel de la economía sureña en el mercado mundial. La guerra y los conflictos acabaron por alterar la geografía económica y la estructura del comercio mundial, asestando un duro golpe a esa región. La recuperación de la producción algodonera en el sur y los ingresos asociados a ella mostraba resultados muy desalentadores todavía en 1880. El ingreso per cápita para cuatro estados del sur analizados (Alabama, Luisiana, Carolina del Norte y Tennessee) a precios constantes registró \$61.59 en 1860 y disminuyó en 1880 hasta \$41.46. La magnitud de la producción de esos mismos estados había descendido 12.7% en 1880 respecto a 1860.¹

Se considera que se observa una reducción de la productividad del trabajo como resultado del tránsito de la esclavitud al trabajo asalariado en el sur, que en parte explica el descenso de la producción o la lenta recuperación. A ello agrega Garland L. Brinkley un sustancial aumento del nivel de enfermedades y en particular del parásito del anquilostoma, que afectó a la población del sur mucho después de terminada la guerra.² En tales condiciones se observa una similitud entre los problemas del sur de los Estados Unidos después de la Guerra Civil y las condiciones actuales de muchos países subdesarrollados.

Uno de los temas más recurrentes es sí como resultado de la Guerra Civil se desarrolló la producción manufacturera más de lo que habría sido en ausencia de conflicto. Tratando de comparar los datos

¹ Garland L Brinkley. "The Decline in Southern Agriculture Output, 1860- 1880". *The Journal of Economic History*. Vol. 57, No. 1, March 1997, p. 117.

² Garland L. Brinkley. "The Decline in Southern Agriculture Output 1860- 1880". *The Journal of Economic History*., Vol. 57, No. 1, March 1997, p. 133.

fragmentados y sin dudas incompletos de la estadística de la época, algunos autores como Saul Engelbourg considera que aún el asunto no está zanjado pues se observan resultados a favor y en contra, aunque afirma que “la guerra no llevó desarrollos fundamentales en la mayoría de las industrias analizadas, explosivos, papel, maquinaria agrícola, botas, zapatos, relojes, hierro y acero”, pero reconoce la excepción aplicable a varios productores de armas, que introducen el sistema de partes intercambiables aplicada exitosamente por varios productores como Colt, Robbins & Lawrence desde 1850 y la armería Springfield del gobierno en el caso del Winchester, que sin embargo no se expandió hasta después de la guerra.³

Un conflicto de tal duración y magnitud tuvo resultados diversos y de distinto signo. No solamente perjudicó desproporcionadamente a los perdedores, dada la enorme destrucción y retroceso dentro del territorio de los Estados del Sur, sino que también el norte tuvo grandes costos asociados. La segmentación del mercado durante la guerra evidentemente afecta aspectos económicos como la economía de escala, el transporte y las comunicaciones. El restablecimiento de esas condiciones lleva tiempo y naturalmente no se puede plantear que la guerra en sí, como evento destructivo pudiera generar desarrollo industrial de manera directa, si bien los propios elementos brindados por Engelbourg ofrecen evidencias de que los desarrollos ulteriores se fraguaron antes y

durante la guerra, aunque el elemento de causalidad no sea directo, en tanto el aspecto principal como se ha planteado se escapa a estos enfoques porque tiene que ver con la extensión de las relaciones de explotación capitalista y la supresión del trabajo esclavo para toda la economía.

Otro aspecto resulta de las consecuencias de la guerra para todos los contendientes y la propia prolongación de los combates debido al número de bajas y pérdidas humanas registradas debido a las enfermedades y el bajo nivel de las prácticas de curación en ese entonces. Es lo que ha sido denominado por Jeffrey S. Sartin como el triunfo del tercer ejército, para referirse precisamente a las devastadoras consecuencias de la guerra en este ámbito. Entre los soldados de la Unión la neumonía (incluyendo influenza y bronquitis) registró 1,765,000 episodios y 45.000 muertes; tifoidea: 149,000 casos y 35,000 muertes; diarrea y disentería: 360,000 enfermos y 10,000 fallecidos a consecuencia de esta enfermedad.⁴ Si se considera que durante los cuatro años de la guerra perdieron la vida 618,000 personas, las cifras de los fallecidos a consecuencia de las enfermedades ascendieron a un 14 por ciento.

Los anteriores elementos sobre los impactos diferenciados en cuanto el costo de la guerra y sus consecuencias, dejan intacto como ya se ha referido, el aspecto más importante de sus resultados, cambio cualitativo más cardinal y trascendente, más allá de los costos directos e indirectos de la guerra ya referidos, y fue la

³ Saul Engelbourg. “The Economic Impact of the Civil War on Manufacturing Enterprise”. *Business History*, XXI, July 1979, pp. 150, 159.

⁴ Jeffrey S. Sartin. “Infectious Diseases during the Civil War: The Triumph of the ‘Third Army’”. *Clinical Infectious Diseases*. Vol. 16, No. 4, April 1993, p. 582.

eliminación de la esclavitud. Tal acontecimiento no solamente tiene un valor moral, político y ético – si bien sus manifestaciones perdurarían por muchísimos años en tanto segregación y diferenciación socioeconómica y política, e incluso en otras manifestaciones más sutiles hasta la actualidad— sino que constituyó un avance decisivo en la profundización de las relaciones de producción capitalista en todo el país

A pesar de ello, existen análisis que de una manera un tanto mecánica, sin apreciar la significación humana de esa transformación y su trascendencia desde la perspectiva de la desaparición de la forma de explotación más retrograda del trabajo existente en ese momento, consideran los costos directos e indirectos estimados de la conflagración como superiores a cualquier beneficio ulterior para el desarrollo económico de la Unión americana. Ello supondría que de todos modos las relaciones esclavistas serían eliminadas de modo gradual, pero en realidad el propio inicio de la guerra y las motivaciones del Sur esclavista evidencian que esa clase consideraba podía continuar obteniendo grandes beneficios a partir de la explotación de la fuerza de trabajo esclava durante los próximos 30 años por lo menos. Quizás ello explica en parte el resentimiento y el odio de los esclavistas y sus expresiones extremas en la vida política y cultural de ese país muchísimos años después, desde el Ku Klux Klan, como forma más inmediata, hasta los estertores más contemporáneos del “Tea Party”. La esclavitud y los enormes beneficios que esperaban continuar recibiendo de ella resultaban suficiente

motivación e interés para que el Sur fuera a la guerra.⁵

Los costos de la guerra para ambos bandos fueron semejantes en magnitud y aunque las estimaciones son muy complejas y cuestionables, las cifras resultan ilustrativas. La pérdida total para la Unión se calculó en 2,188 mil millones de dólares de 1860 y para la Confederación 2,017 mil millones en los mismos términos. Debido a la diferencia de población, ello representaba un costo per cápita de \$96 dólares para la Unión y \$380 para la Confederación.⁶ Es decir, el “sacrificio” que asumieron los confederados alcanzó cuatro veces el de la Unión en términos per cápita.

El desequilibrio en el desarrollo de la industria manufacturera no se debió solamente a las diferencias geográficas en la distribución de las industrias, o al tipo de explotación agrícola, sino sobre todo a las relaciones de producción predominantes en cada caso. Así, la producción manufacturera en el Sur antes de la guerra estaba más directamente asociada a las necesidades de la agricultura y no tenía la concentración y la diversidad que en el Norte. En cambio, el Norte tenía una mayor participación en las producciones claves para el avance del capitalismo, como la fabricación del hierro y se nutría de flujos migratorios desde Europa que fortalecían la masa de trabajadores asalariados.

⁵ Gerald Gunderson. “The Origin of the American Civil War.” *The Journal of Economic History*, Vo. 34, No. 4, December 1974, pp. 915- 950.

⁶ Gunderson, *Op. Cit.*, p. 926.

Estas diferencias iniciales de magnitud, tipo de relaciones económicas y las fuentes del empleo y otros recursos darían a la larga la victoria al Norte, que se iría fortaleciendo relativamente a lo largo de los años del conflicto y acabaría desgastando las bases económicas de la maquinaria de guerra del sur. El resultado económico del conflicto más allá de las anteriores valoraciones generales, presenta notables desigualdades.

Se ha considerado que la guerra representó un estímulo al empleo de armas modernas, producción masiva de las mismas y homogenización de partes intercambiables, así como el uso de medios, que aunque existían en su mayor parte, alcanzarían mayor difusión. Entre los medios de guerra considerados modernos para la época se encontraba la artillería, el empleo del ferrocarril para el traslado masivo de medios y hombres, el telégrafo, los primeros torpedos y minas, barcos a vapor y empleo de torretas giratorias. Lo significativo para el desarrollo del capitalismo es que la producción masiva y en mayor medida uniforme de estos instrumentos y medios para la guerra contaría en estos años con el apoyo de los gobiernos, y ello sería de importancia en la ulterior concentración y centralización de esas industrias más directamente involucradas. Aunque es muy difícil medir ese efecto, téngase en cuenta que durante los años de la guerra se realizó el despliegue militar más grande del mundo, antes de la desmovilización en 1865.

En términos estructurales y de la articulación de las relaciones económicas, la Guerra Civil redefinió también la geografía económica a lo interno y externo de los Estados Unidos. Tal

ruptura violenta ocasionó la dislocación de la cadena productiva en el eje Norte – Sur: economía de plantación suministraba materia prima a la industria del Norte. Por otra parte la falta de mano de obra en los estados nortños, como consecuencia de las demandas de hombres para el ejército, estimuló la introducción de adelantos tecnológicos, introducción de maquinaria, aumento de la productividad del trabajo y disminución relativa del trabajo agrícola.

El desarrollo de las redes ferroviarias fue también extendido y ampliamente empleado durante la guerra sobre todo por el Norte, debido a que su parque de locomotoras y equipo ferroviario en general superaba considerablemente a las disponibilidades del sur. El desarrollo de la red ferroviaria y su empleo en la guerra puso de manifiesto sus potencialidades, si bien estas no se expresarían en toda su plenitud, como en otras esferas hasta el término de las hostilidades.

Los resultados de la Guerra a favor del Norte habrían sido predecibles desde el principio, si se excluía el apoyo internacional que erróneamente el Sur pensaba recibir por las razones antes apuntadas, dado que el resto de las economías procesadoras de la fibra de algodón y en particular Gran Bretaña supuestamente apoyarían al Sur esclavista no por motivos éticos, sino por la gran dependencia de los suministros de este producto básico con un mercado sumamente lucrativo y una industria de textiles en expansión que desempeñó un papel muy importante en esa etapa de desarrollo del capitalismo.

No obstante, la enorme desproporción de recursos materiales, fuerzas productivas, tipo de relaciones de producción y población, inclinaron progresivamente la balanza de poder en relación a la asimetría económica existente a favor del Norte industrializado y basado en trabajo libre. En el transcurso de la guerra el desgaste de la base económica de los contendientes tendría un curso también desigual, que a mediano plazo se reflejaría en las fuerzas disponibles para la guerra en el teatro de operaciones.

Así, la Unión llegó a tener un millón de hombres en sus fuerzas armadas y podía crecer y creció, mientras los Confederados, haciendo un extraordinario esfuerzo alcanzaron en el momento de mayor tensión de sus fuerzas y recursos a disponer de 464 mil hombres en un punto máximo en el año 1863 y a partir de ahí comenzó a declinar hasta el final del conflicto. En una guerra donde además el Sur fue progresivamente bloqueado por el Norte, la capacidad de producción industrial constituyó otra enorme desventaja del Sur.

De ahí que se ha estimado que el Norte disponía de 110,000 empresas manufactureras, y haciendo abstracción de todas las diferencias cualitativas que esconden estos datos, sin duda imperfectos, el Sur apenas tenía 36,700 establecimientos "manufactureros". Muchos de ellos estaban dedicados al procesamiento de la producción agropecuaria, muy afectada en esta región por la guerra, pero la producción más importante en aquellas circunstancias, sobre en todo relacionado a las armas y los pertrechos eran muy deficitarias en el Sur.

La situación monetario-financiera también se inclinaba a favor del Norte. El Sur dependía abrumadoramente de los ingresos por la exportación de algodón, tenía pocos bancos y poco capital líquido, proveniente en lo fundamental de los impuestos sobre la tierra y los esclavos. La guerra rompe este sistema y la situación se agrava por los reducidos impuestos, la casi imposibilidad de obtener préstamos y la reducción de la productividad. El déficit fiscal y la emisión monetaria para tratar de cubrir las obligaciones del gobierno en los gastos de la guerra se sumaron a la grave escasez de artículos y por consiguiente provocaron una elevada inflación.

En decir, el bloqueo y la guerra redujeron drásticamente las exportaciones de algodón y sus ingresos; y esta situación fue paulatinamente asfixiando las bases económicas, debilitando el sistema monetario y las condiciones mínimas para poder seguir llevando adelante la guerra frente a las fuerzas de la Unión, que en cambio, se fortalecían progresivamente al disponer de fuentes para su crecimiento tanto de tipo material como humano. A principios de 1865 la Confederación había visto descender sus tropas a 155 mil hombres y al no tener reconocimiento o apoyo internacional europeo para mantener el financiamiento de la guerra, se produce la rendición.

Consecuencias e interpretación

Las consecuencias de esta Guerra Civil puede decirse llegan en muchos aspectos hasta nuestros días y muchos detalles siguen

siendo objeto de interpretaciones por los especialistas, que se esfuerzan en obtener nuevos datos y brindar nuevas formas para su interpretación. No obstante, este breve recuento sobre la Guerra Civil y su significación desde la perspectiva económica resume algunos elementos generales de trascendencia para el desarrollo ulterior del capitalismo y el rol que con posterioridad alcanzarían los Estados Unidos.

Aunque las pérdidas se concentraron desproporcionadamente en el Sur, el Norte también tuvo enormes costos y la recuperación de las condiciones de preguerra demoró años. En el caso específico de la región Sur, no solamente pierde la Guerra, sino que desaparece la economía esclavista de plantación –y el capital asociado a este– y en las nuevas condiciones no se recupera la producción. Como una expresión incompleta de ese efecto, cabe señalar que una década después de concluida esta conflagración los ingresos de estos estados eran de apenas un 60% de lo que se tenía en 1860.

La interpretación de estos resultados podría parecer contradictoria, por el hecho de haberse sustituido el trabajo esclavo por trabajo libre en condiciones capitalistas. Pero en los años transcurridos con posterioridad al fin de la Guerra, aspectos sociales de gran complejidad, movimientos migratorios hacia el Norte de la fuerza de trabajo liberada, e incluso enfermedades hacen este ajuste lento y difícil. La fuerte división política y las expresiones racistas y terroristas generarían condiciones desfavorables al desenvolvimiento del proceso productivo. Las secuelas de la

esclavitud en el Sur, muchos años después encontraban hasta los años 60 del siglo XX claras expresiones de segregación y brutalidad racista, fenómenos que señala a las claras las limitaciones que podía tener la adaptación de la fuerza de trabajo en las nuevas condiciones.

No es de extrañar la relativa baja producción, productividad y la enorme dificultad de alcanzar los niveles anteriores logrados mediante la explotación del trabajo esclavo. La dificultad con la integración a la fuerza de trabajo de los antiguos esclavos liberados, disminuye los niveles de explotación, rendimiento del capital y condiciones competitivas frente a otros productores que no enfrentaban tales dificultades en el proceso de ajuste económico productivo a las condiciones de posguerra.

El mercado mundial de algodón se había reestructurado y nuevos exportadores estaban ocupando el lugar privilegiado que habían disfrutado los productores estadounidenses antes de la guerra. Disminuyó el margen de la demanda de algodón con respecto a la oferta y con ello los ingresos cayeron. La guerra al destruir las plantaciones, hizo desaparecer las relaciones de producción esclavistas como elemento muy positivo, pero como una parte principal del “capital” del Sur se expresaba en la forma de propiedad de esclavos, ello significó una profunda descapitalización de los propietarios de plantaciones, más allá de los destrozos materiales y las pérdidas humanas.

La economía del Sur debía relanzarse como una economía subdesarrollada en el marco de una mayor polarización de la riqueza. Los desequilibrios económicos en algunas

industrias impulsaron el apoyo del gobierno, que había tenido un papel muy importante durante la guerra y luego serviría de base al desarrollo de empresas capitalistas. La concentración y centralización del capital se aceleraría y se alcanzaría la formación de los monopolios en algunos de los sectores que durante la propia guerra se habían visto fortalecidos con el apoyo gubernamental.

Entre los primeros pasos en la formación de los monopolios se observaron, no por casualidad, la fusión de empresas de telégrafos, que entre ellas resalta la que hasta nuestros días conocemos como “Western Union”, creada 1866. Asimismo se realizan unificaciones ferroviarias y se avanza en el establecimiento de monopolios en el transporte por trenes, que durante esta etapa desempeñaría cada vez una función más importante para las relaciones económicas dentro de los Estados Unidos y en particular para la integración de los mercados de Norte a Sur y de Este a Oeste.

El fin de la guerra y la reunificación del país sentaron las bases del sistema monetario y financiero moderno en los Estados Unidos, que serviría de plataforma para la transformación de su moneda muchos años después en principal divisa para los intercambios económicos, comerciales y financieros en el mundo al término de la Segunda Guerra Mundial.

Al restablecerse paulatinamente las condiciones de paz y normalidad se incrementaron los niveles de recuperación económica y crecimiento en los distintos sectores y con ello la demanda de fuerza de trabajo con salarios relativamente altos en

comparación a muchos países y regiones europeas, lo que estimuló aún más el aumento de los flujos de inmigrantes. Del mismo modo y como acompañamiento de ese proceso de postguerra se incrementó el flujo de capitales europeos.

Como ejemplos del esplendor de las relaciones trasatlánticas después del término de la guerra de secesión, en 1866 se extiende un cable submarino por el Atlántico, lo que constituye un avance en las comunicaciones en sentido general, pero sobre todo de gran significación en el establecimiento de un mercado mundial para las materias primas y las operaciones económicas y financieras de la época entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y otras potencias capitalistas europeas.

Entre los años 1868 y 1871 como expresión de la aceleración de los ritmos de crecimiento y la profundización del capitalismo en los Estados Unidos, la producción industrial se triplicó. Se continuó el avance en otras industrias que tendrían un papel principal en la formación del imperialismo norteamericano, asociado al desarrollo de la industria petrolera y su rápida monopolización. Es decir, las bases del desarrollo del imperialismo estadounidense se comienzan a formar en esta etapa, con particular relieve en esferas y sectores económicos como los ferrocarriles, la industria petrolera y las comunicaciones.

En resumen, la Guerra Civil y su desenlace llevó a su fin la esclavitud e impulsó el avance y profundización de las relaciones capitalistas en los Estados Unidos con enormes consecuencias en las esferas

económica, social, política e ideológica que alcanzan hasta nuestros días. Desde el punto de vista económico sentó las bases de la estructura regional de la economía norteamericana y la polarización de la riqueza y los ingresos, así como de la estructura productiva, con todas sus implicaciones e interrelaciones con los aspectos sociales, políticos y culturales que todavía después de 150 años permiten distinguir importantes diferencias internas entre una región y otra, así como entre los grupos étnicos que la componen.

Con independencia de los enormes costos internos, humanos y materiales, los ajustes en la estructura y en las relaciones económicas dentro de los Estados Unidos y para sus relaciones internacionales, no cabe duda que la Guerra Civil y sus resultados abrieron el camino para las etapas posteriores de desarrollo del capitalismo mediante la formación los monopolios industriales y bancarios y el establecimiento de la oligarquía financiera como fuerza dominante, que todavía constituyen la esencia de las direcciones políticas, económicas e ideológicas de esa sociedad.

3. Carme Manuel *

Reacciones contra *The Confessions of Nat Turner* de William Styron: la reinterpretación de la figura del esclavo rebelde hasta la actualidad

ABSTRACT

La película *The Birth of a Nation* de Nate Parker, estrenada en enero de 2016, es un homenaje a Nat Turner, el esclavo que protagonizó una importante rebelión en Southampton, Virginia, en 1831. Contrariamente a lo que el título pueda hacer entender, la inspiración de Parker no se halla principalmente en la película de D.W. Griffith, *Birth of a Nation*, sino en la famosa y polémica novela de William Styron, *The Confessions of Nat Turner* (1967). Parker se une así a la larga lista de creadores que ha reinterpretado la figura del rebelde Turner, no tanto para celebrar sus actos de violencia como para encontrar una imagen heroica que dé cuenta de la manipulación de la historia norteamericana y del maltrato que los

estereotipos racistas han infligido al afroestadounidense, y que legitime la verdadera igualdad de la comunidad negra en los Estados Unidos del tercer milenio.

Palabras clave: Nate Parker, William Styron, Nat Turner, racismo, rebelión esclavista

The Birth of a Nation, a film by Nate Parker, released in January 2016, is homage to Nat Turner, the leader of an important slave rebellion in Southampton, Virginia, 1831. In contrast to what the title might lead us to understand, Parker was not mainly inspired by D.W. Griffith's infamous Birth of a Nation, but by William Styron's renowned and controversial novel The Confessions of Nat Turner (1967). Parker thus joins a long list of creators who have reinterpreted the figure of the rebel Turner not so much as to celebrate his violent acts but to find a heroic image that speaks about the manipulation suffered by American history, and the violence exerted by racist stereotypes on African Americans, as well as to legitimate their full equality in the third millennium.

Key words: Nate Parker, William Styron, Nat Turner, racism, slave rebellion

* Universitat de València, España.
carmen.manuel@uv.es

*If we must die—oh, let us nobly die,
So that our precious blood may not be shed
In vain; then even the monsters we defy
Shall be constrained to honor us though dead!*

Claude McKay, *If We Must Die*, 1922

El estreno de la última película de Nate Parker el pasado 25 de enero de 2016, en el Festival de Cine de Sundance, *The Birth of a Nation*, ha vuelto una vez más a la historia de Nat Turner, el esclavo que protagonizó una de las rebeliones más destacadas en la Norteamérica del siglo XIX. Parker, director y actor protagonista, en una entrevista con Soheil Rezayazdi, explica que objetivo de su film es “explorar la identidad de los Estados Unidos”, puesto que “gran parte de las injusticias raciales que sufrimos hoy en día son síntoma de una enfermedad mayor que ha sido sistemáticamente pasada por alto”. El cineasta resume esta afección describiéndola como la negativa a abordar con honestidad las muchas desgracias que jalonan el pasado nacional, una dolencia que ha servido como obstáculo para curar las heridas. Parker, además, justifica su trabajo como una respuesta necesaria y urgente al racismo y onerosas consecuencias de *Birth of a Nation*, la cinta de D.W. Griffith. El préstamo irónico del título, utilizado aquí como herramienta para cuestionar el racismo y la supremacía blancos, va encaminado a “inspirar una actitud de confrontación hacia todas y cada una de las injusticias del país y a promover un enfrentamiento sincero que impulse nuestra sociedad hacia la recuperación y un firme cambio”.

Ahora bien, en otro momento de la entrevista, el periodista recuerda que la historia de Nat Turner no ha sido llevada a la pantalla con la misma frecuencia con que ha sido contada en la ficción, en concreto, destaca la pericia de William Styron en su novela *The Confessions of Nat Turner*. En este punto de la conversación es cuando Nate Parker replica con prontitud y deja claro la que es su verdadera reinterpretación de las hazañas del esclavo. “Seamos sinceros”, comienza su airada contestación para seguir declarando que “el libro de Styron fue una obra de ficción, una recomposición falsificada que utilizó para difundir sus propias ideas equivocadas y paternalistas de Nat Turner y de sus motivos”. Y añade con acritud que, en vez del decidido hombre de fe cuya valentía y sacrificio le llevaron a ser mártir, la figura de Turner dibujada por el escritor sureño es la de un individuo “impotente, cobarde y con un gran odio hacia sí mismo, un tío Tom cuyas ambiciones respecto a la insurrección poco tenían que ver con la tortura y degradación que sufrían sus hermanos esclavos”, y sí mucho con “sus desesperados deseos por las mujeres blancas”. Parker finaliza con un comentario sarcástico respecto al resultado obtenido por la reconstrucción imaginativa de Styron: la obtención del Premio Pulitzer.

Las declaraciones del cineasta afroestadounidense dan cuenta de sus verdaderas intenciones: su deseo no tanto de responder a Griffith como de unirse al grupo de intelectuales negros que en 1968 cuestionaron con enorme vehemencia la apropiación que William Styron llevó a cabo de Turner, el líder esclavo más carismático para un nacionalismo negro que crea en el uso de la violencia en la lucha racial. La

eliminación del retrato que la historia oficial blanca estadounidense, pero en especial del que Styron en 1967 pintó de Turner es el objetivo principal de *The Birth of a Nation*, una cinta que se une a los muchos otros títulos que en los últimos años tratan de recuperar y reescribir la historia de la esclavitud norteamericana.

The Birth of a Nation, así como *The Confessions of Nat Turner*, se inspira en los incidentes protagonizados por el esclavo homónimo. Nat Turner (1800-1831) nació en la plantación de Benjamin Turner en el condado de Southampton de Virginia y fue el esclavo negro que lideró la revuelta de negros más violenta e importante del Sur de preguerra y de la historia norteamericana. Por desempeñar ese papel de cabecilla fue condenado a la horca. Turner o “Ol’ Prophet Nat”, como aparece en la historia oral afroestadounidense, es la figura que más destaca entre un trío de insurreccionistas del siglo XIX. Gabriel Prosser, que protagonizó una revuelta en Richmond en 1800; Denmark Vesey, que intentó rebelarse en Charleston, Carolina del Sur, en 1822; y el mismo Turner, que lo haría en 1831. Famosos en el folklore y en la historia oral de los afroestadounidenses, estos hombres encarnaron el deseo de los esclavos de ser libres. Nat fue hijo de una esclava negra llegada de África que le inculcó desde la infancia las ansias de libertad y de la que se contaba que estuvo a punto de matar a su vástago en el momento del nacimiento, para evitarle una vida de esclavitud. Turner aprendió a leer pronto y desde un principio demostró unos fuertes sentimientos religiosos que le llevaron a convertirse en

predicador entre los esclavos y a creerse instrumento de Dios para vengar y liberar a los esclavos sureños a través de la rebelión armada, que llegaría a considerar guerra santa contra la maldad del sistema esclavista. A los 21 años, tras percatarse de que nunca sería emancipado, Turner empezó a pensar que Dios se le estaba dirigiendo de la misma manera que había hablado al profeta bíblico Ezequiel. En 1822, a la muerte de Elizabeth Turner, su propietaria viuda, él, su esposa y los siete hijos de ambos —comunes eran tres— fueron subastados. Nat llegó a alcanzar los cuatrocientos dólares y fue vendido a Thomas Moore. Cuando éste murió en 1828, el esclavo pasó a ser propiedad del hijo de nueve años de la viuda, hasta que ésta se casó con un artesano de Southampton llamado Joseph Travis. En 1829, en Richmond, Virginia, se reunió una convención para redactar una nueva constitución estatal, en la que se hizo patente la voluntad de ignorar cualquier intento de emancipar a los esclavos. Entre los argumentos esgrimidos figura la reacción que el texto del abolicionista negro norteamericano David Walker (1785-1830) estaba desencadenando entre la población de color. Aparecido también en ese año de 1829, *Appeal in Four Articles; Together with a Preamble, to the Coloured Citizens of the World, but in Particular and Very Expressly, to Those of the United States of America* exigía la emancipación inmediata. Al intentar demostrar que tanto la historia sagrada como la estadounidense justificaban la oposición y resistencia al gobierno tiránico, Walker intentaba aunar en un mismo nivel los intereses religiosos y sociales de los afroestadounidenses. Su llamada a la

resistencia violenta contra la esclavitud alarmó hasta tal punto a las autoridades sureñas que pronto tomaron medidas drásticas para hacer desaparecer el texto de circulación e incluso pusieron precio a la cabeza de su autor. Walker murió en 1830 y la causa de su muerte está rodeada de misterio, ya que se sospecha que pudo haber sido envenenado. En agosto de 1831 — catorce meses después de la última edición del texto que le señaló como enemigo número uno del Sur y habiendo fallecido ya— se produjo la revuelta de Nat Turner. Después de un eclipse de sol, que Turner interpretó como una señal de Dios, la noche del 21 de agosto de 1831, él y cuatro esclavos más iniciaron la que iba a ser la rebelión más sangrienta que conocería el Sur esclavista. Comenzaron matando a la familia de los Travis y para cuando la milicia, dos días después, puso fin al alzamiento, los insurrectos habían sacrificado a casi 60 personas blancas, entre hombres, mujeres y niños. Turner fue capturado seis semanas después, el 30 de octubre, y tras ser juzgado fue ejecutado en la horca el 11 de noviembre, al igual que lo serían 16 implicados más. Algunos llegaron a pensar que el detonante de la acción de Turner había sido el *Appeal* de Walker. En consecuencia, en Virginia, al suponerse que el texto de Walker podría ser utilizado por los ministros negros, se vetó que éstos lo predicasen a su propia gente, se prohibió la educación de los negros y se amenazó con fuertes represalias a quien pusiese en circulación cualquier tipo de publicación levantisca, en un desesperado intento de evitar nuevos alzamientos de esclavos.

The Confessions of Nat Turner, la novela de William Styron aparecida el 9 de octubre de 1967 (traducida al castellano por Andrés Bosch y editada en Lumen, 1968), es posiblemente la obra de ficción que más polémica desató en el panorama literario y cultural norteamericano de toda la segunda mitad del siglo XX, sólo comparable con lo que había ocurrido con la publicación hacía más de cien años de *Uncle Tom's Cabin* de Harriet Beecher Stowe. La obra hizo que se formularan preguntas importantes sobre el significado de la historia, la esclavitud y el racismo, la tradición literaria y la naturaleza de la cultura y el carácter norteamericanos, sobre el activismo político del momento, la lucha por la igualdad racial, etc. El enardecido debate que se inició implicó a lectores en general, además de a periodistas, artistas, activistas políticos, críticos literarios y académicos, blancos y afroestadounidenses, tanto del campo de la historia, como del de las ciencias sociales y la literatura. Sacó a la luz, además, la amplia y, en algunas ocasiones, sorprendente diversidad de opiniones existente no sólo entre los estudiosos afroestadounidenses y los defensores del liberalismo blanco, sino también en el mismo seno de ambos grupos. La aparición del libro se vio seguida de una auténtica avalancha de reseñas, artículos de opinión y ensayos críticos, de tal manera que resulta difícil no encontrar ecos de lo que se ha llamado “la controversia sobre Nat Turner” en las publicaciones que versan sobre la ficción norteamericana de finales de los 60 y principios de los 70. William Styron se erigió así con *The Confessions of Nat Turner* en detonador de un debate cuyo conocimiento es imprescindible para los historiadores y críticos literarios interesados

en la cuestión racial, en la memoria, en la reescritura del pasado y de la historia durante la era de los derechos civiles y del Black Power.

En el momento de la salida a escena de la novela Styron era ya un autor reconocido por la crítica. Algunos especialistas habían analizado sus obras anteriores —*Lie Down in Darkness*, *Set This House on Fire*, *The Long March*— desde diversos ángulos, pero para la mayoría de ellos estos textos lo apuntalaban claramente dentro la tradición literaria sureña. El que se le denominara escritor sureño y sucesor de Faulkner no sólo significaba que pertenecía por nacimiento a una región determinada, sino que indicaba la manera especial con que el escritor hubo de afrontar a las cuestiones históricas de su región, puesto que su literatura ilustraba de una manera patente el drama existente entre los mundos internos y el conflicto de valores dentro de una sociedad en transición. Antes de 1967 Styron había ya intentado profundizar en lo que Katherine Anne Porter había denominado “el sentimiento trágico que se siente hacia el Sur”. Sin embargo, sería la nueva obra la que lo anclaría definitivamente dentro esa tradición. *The Confessions of Nat Turner* es, en esencia, el intento de un escritor sureño blanco por enfrentarse a la historia del Sur. Como él mismo declaró en 1965, en su ensayo “This Quiet Dust”, su búsqueda literaria de Nat Turner —su intento como novelista de recrear y revitalizar aquel prodigioso personaje—representaba un esfuerzo por destruir las ancestrales leyes de la segregación y cumplir con lo que él consideraba el imperativo moral de todo

sureño blanco: “conocer al negro”. Styron retomaba así uno de los temas cardinales dentro de los anales literarios de la región: la presencia del afroestadounidense y las consecuencias de esa presencia para la sociedad blanca.

Como cabía esperar son innumerables los articulistas y estudios que han juzgado la novela desde diversos puntos de vista, pero tal vez sea la opinión de David Galloway, reputado crítico y novelista, una de las que más sucintamente y mejor resume lo que significa literariamente *The Confessions of Nat Turner*. En el prefacio de 1970 de la edición revisada de su *The Absurd Hero in American Fiction: Updike, Styron, Bellow, Salinger* (1966), Galloway relaciona la novela de Styron con *Couples* de John Updike, y manifiesta que se trata de un texto interesante, si bien con fallos más que obvios. Como subraya el crítico, tanto en su forma narrativa, como en la estructura y en el simbolismo, *The Confessions of Nat Turner* es una novela tradicional, con un argumento denso y con una gran profusión de personajes que giran en torno a uno principal. A su juicio, como la de Updike, la de Styron fracasa debido al excesivo peso de un simbolismo que hace que se generen más preguntas sobre el héroe de las que el autor es capaz de responder. Ambas son estudios sugerentes de los mecanismos insidiosos con los que la sociedad crea a sus propias víctimas y les exige que manifiesten públicamente sus sufrimientos para, con posterioridad, a través del sacrificio ritual de éstas, poder redimirse ella misma. Galloway reconoce que, a pesar de que la recreación imaginativa de la voz del esclavo sobre la que

la novela de Styron se fundamenta logra impresionar, el barroquismo del estilo y lenguaje narrativos que el escritor utiliza acaba traicionándole en última instancia, al estar salpicado de elementos que suenan a falso, a mero artificio hueco. Esto es así, además, porque el recurso del uso de un narrador en primera persona no parece acertado. En ocasiones Nat Turner cuenta demasiadas cosas en un lenguaje demasiado sutil, demasiado pulcro y literario; en otras apenas dice nada, como si hubiera partes de su existencia, de sus experiencias, en las que Styron no se viese capaz de penetrar. Incluso hay momentos en los que la voz narradora se reviste de un cierto aire periodístico que no es ni el de Styron ni el de Turner, un estilo totalmente inapropiado para dar voz a un esclavo negro que ha aprendido a escribir principalmente a través de la lectura de la Biblia. Según Galloway, es quizás verdad que el narrador novelístico debe ser más despierto y expresarse con más corrección que el personaje real al que representa, pero el lector, que espera cuanto menos una cierta ilusión de realismo, a menudo tropieza con una imitación demasiado apegada de una prosa exuberantemente romántica. Así, por ejemplo, que Nat, mirando desde la ventana de la cárcel, describa un orinal humeante como “crisol” exige, según la certera mirada de Galloway, una “suspension of disbelief” mayor de lo que la imagen misma se merece.

Por último, Galloway alude a las propias palabras de Styron en el prefacio a la obra, que describen su novela como “una meditación sobre la historia” con el propósito de que se entienda desde el punto de vista de la experimentación literaria del momento y no desde sus posibles contribuciones al

debate racial de finales de los 60. Pero para el crítico, después de recordar la ficción que cuestiona la división entre la “verdad” la “imaginación” (John Barth, Truman Capote, Norman Mailer) y la fuente real de inspiración de Styron —las confesiones del propio Turner a Thomas R. Gray— con las de Melville para componer su *Benito Cereno*, llega a la conclusión de que *Confessions* es como mucho una habilidosa, si bien forzada “imitación de la historia”. Para Galloway, a pesar de que es una obra importante por las cuestiones tan vitales que plantea respecto a la forma y función de la novela, el significado final de lo que le ocurre a Nat Turner en la ficción parece escapársele a Styron.

La condena de Galloway desde el punto de vista literario parece relegar *The Confessions of Nat Turner* de las listas de obras norteamericanas de lectura imprescindible. Sin embargo, el papel que la novela desempeñó en la extraordinaria polémica que generó y que, de alguna manera, el texto mismo pedía a gritos, la clasifican como una obra fundamental dentro del panorama cultural en el momento de su publicación. De ahí que *The Confessions of Nat Turner* se haya convertido en referencia ineludible para aquellos interesados en ver cómo la literatura norteamericana refleja, una vez más, la crisis social, política, cultural y racial por la que atraviesa el país en un momento determinado de su historia. La novela de Styron es, de hecho, únicamente la punta de un iceberg tan asombrosamente colosal que llega a fascinar. Si la obra merece una relectura, más aún la merecen los incontables textos que su lectura incitó a escribir, porque en realidad es en ellos donde se aprecia, con más detalle y nitidez que en esta novela, el

acontecer de la “guerra cultural, política y racial” de la Norteamérica de finales de los 60.

Hay que señalar que Styron no fue el primero ni el único en encontrar inspiración en la figura del esclavo rebelde para su literatura. Con *The Confessions of Nat Turner* Styron pasaba a pertenecer a una larga lista de novelistas, historiadores, políticos, periodistas e interesados en general que empezando precisamente en 1831, el momento de la muerte del rebelde, habían reinventado la figura histórica de Nat Turner. Con el paso del tiempo, la imagen de Turner se fue convirtiendo en un icono cultural norteamericano a la vez que iba sufriendo distintas transformaciones, de manera que fue pasando de héroe a villano, de la admiración al desprecio según el momento histórico. En 1952, Herbert Aptheker, historiador blanco marxista y uno de los máximos especialistas en la historia esclavista, había ya sentenciado que desenterrar la historia de las rebeliones de los esclavos negros resultaba una tarea particularmente ardua a causa de la exageración, tergiversación y censura a que había estado y seguía estando sometido el tema. La imagen del esclavo rebelde en el pensamiento y conciencia norteamericanos había resultado una constante desde los tiempos de la Revolución Americana. Las jeremiadas de Thomas Jefferson, David Walker y William Lloyd Garrison, de alguna manera predecían la llegada de lo que el crítico Scot French denomina “el Espartaco negro”, puesto que prevenían sobre la eventualidad de una confrontación apocalíptica si los norteamericanos no

erradicaban de su territorio la perversión de la esclavitud. La rebelión de Nat Turner fue, en cierta medida, una primera epifanía, a la que seguirían el alzamiento de John Brown y, claro está, la Guerra Civil. Y, como ocurre con cualquier personaje o evento decisivo en la marcha de la historia, la revuelta del esclavo virginiano desencadenó desde el principio páginas y páginas de palabras en un intento por interpretar su acción. Durante la década de 1830 la fijación y aceptación de una verdad definitiva sobre los propósitos de Turner y las consecuencias de su acto estuvieron directamente relacionados con la urgencia que impulsaba a las autoridades a tranquilizar los ánimos de la población blanca y restaurar el antiguo orden en la región y, por extensión, en el país entero. Además de las declaraciones de observadores de primera línea del acontecimiento —el director de un periódico de Richmond, las de Beck, una esclava del condado, las de John Floyd, el gobernador de Virginia—, entre los textos más tempranos que trataron el incidente destaca el que William Styron utilizó como fuente principal de inspiración: *The Confessions of Nat Turner* publicadas por Thomas R. Gray en noviembre de 1831. (Otro fundamental sería el estudio del virginiano proesclavista William S. Drewry, *The Southampton Insurrecction*, 1900.) El panfleto de Gray llevó al abolicionista William Lloyd Garrison, enemigo de los métodos violentos, a predecir que aquellas palabras incitarían a otros cabecillas negros a la insurrección. Sin embargo, no hubo más alzamientos, si bien Frederick Douglass, al igual que Henry Highland Garnet, a menudo se refería en sus escritos y discursos a la figura de Turner

como símbolo del espíritu de indómita rebeldía que escondía el alma negra, y algunos abolicionistas blancos, tales como John Brown y Thomas Wentworth Higginson —acérrimos admiradores del rebelde y unidos en conspiración para atacar el arsenal federal de Harpers Ferry en Virginia— consideraron que la revuelta de Turner constituía un ejemplo incuestionable de que los negros tenían la valentía necesaria para llevar a cabo la rebelión. Higginson, por su parte, publicaría en agosto de 1861, en *Atlantic Monthly* un ensayo titulado “Nat Turner’s Insurrection”, a partir del estudio de primeras fuentes, que formaba parte de una serie dedicada a distintos alzamientos de esclavos.

Los novelistas que participaron en la crisis política que embargó la nación durante la década de 1850 y después de la Guerra Civil también se hicieron eco de la rebelión de Turner y la utilizaron como fondo histórico de algunas de sus obras. La primera versión en aparecer fue la de C. P. R. James, *The Old Dominion; or, The Southampton Massacre* (1856). Ese mismo año Harriet Beecher Stowe publicó *Dred: A Tale of the Great Dismal Swamp* (1856). Esta novela popularizó la imagen que Thomas R. Gray había compuesto de Turner como profeta apocalíptico que había logrado convencer a los esclavos de su condado. Al mismo tiempo que estos escritores blancos y comprometidos con las ideas antiesclavistas recreaban literariamente la figura del cabecilla, la rebelión y las terribles consecuencias que su fracaso deparó para la población esclava sureña fueron apareciendo en las narraciones de exesclavos, en especial, en las de Charity Bower, Henry Box Brown y

Harriet A. Jacobs. Así, por ejemplo, Jacobs, en *Incidents in the Life of a Slave Girl* (1861), en el capítulo XI, manifiesta lo siguiente: “Por la misma época estalló la insurrección de Nat Turner y la noticia produjo una gran conmoción en nuestra ciudad. ¡Qué extraño que los sureños se alarmasen tanto, cuando tenían a todos sus esclavos tan ‘felices y contentos’! Sin embargo, así sucedió”. Durante la Guerra Civil dos de los textos más leídos sobre la revuelta fueron los escritos por Orville J. Victor y Metta V. Victor, una pareja dedicada a la literatura popular y de divulgación histórica y biográfica. El primero fue autor de una colección de ensayos, *History of American Conspiracies* (1863), que incluía un capítulo titulado “Nat Turner’s Slave Insurrection”, mientras que Metta V. Victor fue autora de una novela romántica, *Maum Guinea and Her Plantation Children* (1861), en la que se describía en dieciséis páginas la conspiración de Southampton y que fue un auténtico best-seller del momento, leído incluso por el presidente Lincoln. En 1881 se publicó la novela *Homoselle* de Mary Spear Tiernan y en 1899 *Their Shadows Before* de Pauline Bouvé.

En el siglo XX el esclavo rebelde que primero cautivaría la imaginación de un autor negro no sería curiosamente Nat Turner, sino, Gabriel Prosser. En 1936, en plena Depresión, Arna Bontemps publicó *Black Thunder*, una valiosa novela histórica sobre la abortada rebelión de 1800 de este esclavo, que pasó sin pena ni gloria, y que, gracias a la controversia sobre Turner, se reeditaría en 1968. Según Bernard W. Bell, la manipulación a la que Bontemps somete los hechos de la rebelión de Prosser va encaminada a dar cuenta de los problemas

de opresión racial y de clase que siempre han acompañado al individuo a la hora de conseguir la libertad e igualdad social. Bell subraya que, contrariamente a la obra de Styron, el tratamiento novelístico que Bontemps imprime a esta importante figura histórica no viola lo que el lector entiende como integridad humana ni lo que sabe sobre las complejas relaciones interpersonales que se desprenden del racismo norteamericano. Bontemps, lejos de confiar totalmente en la historiografía e investigación periodística blancas, que en general interpretaban las revueltas de esclavos y a sus líderes desde la perspectiva de criminales, ofrece una versión literaria ajustada a la leyenda afroestadounidense. En 1967, treinta y un años después de la obra de Bontemps y dentro de un clima social muy diferente, aparecieron dos novelas que retoman la figura de Turner: *Ol' Prophet Nat* de Daniel Panger y la de Styron. Si bien ambas se alejaban del problema de la esclavitud y se concentraban en la psicología de Turner, era la de Styron la que contenía una profundidad psicológica y filosófica que sobrepasaba la cualquier otra obra anterior basada en el rebelde negro. Por añadidura, *The Confessions of Nat Turner* fue, de todas las recreaciones literarias existentes, la única que levantó una auténtica polvareda sobre la verdadera dimensión histórica de Turner, sobre la historia de los negros en Estados Unidos y sobre el auténtico carácter del esclavo sureño.

El historiador Michael Kammen, en *Mystic Chords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture*, parte del presupuesto de que recuperamos y

organizamos nuestros recuerdos para satisfacer nuestras propias necesidades psíquicas. Los motivos que ayudan a comprender la polémica generada en torno al volumen de Styron hay que buscarlos no sólo en las propias urgencias psíquicas del autor, sino en las de los Estados Unidos de 1967. En aquel momento, la nación, el Sur y los afroestadounidenses se encontraban en mitad de una revolución social. La comunidad negra exigía, como quizás nunca antes, no sólo una historia, sino la reescritura de la historia oficial como parte imprescindible de su búsqueda de una identidad. En esa nueva narrativa aquellos que en el pasado habían destacado por sus acciones heroicas en la reivindicación de la igualdad y libertad ocuparían un lugar especial. De ahí que el rebelde Nat Turner, el esclavo capaz de aunar los deseos latentes de tantos subyugados desde su llegada a tierras norteamericanas, pasase a convertirse en símbolo del poder negro y de la liberación social.

Durante la década de 1950, en concreto en 1954, se había puesto fin a la segregación en la educación pública norteamericana, si bien el Sur había contraatacado con una oleada de violencia para demostrar su rechazo hacia las nuevas disposiciones legales integracionistas. En agosto de 1955 Emmett Till, el adolescente de Chicago, fue asesinado en Mississippi. El 1 de diciembre de ese mismo año la modista negra Rosa Parks fue arrestada por desafiar las leyes segregacionistas en los transportes públicos, originándose el boicot de los autobuses urbanos por parte de la población negra durante un año. En 1957 un tribunal federal

ordenó la integración de la Central High School de Little Rock, Arkansas y, ante los disturbios ocasionados por los blancos, el presidente Eisenhower ordenó el envío de tropas federales.

En el clima de la filosofía de la resistencia no violenta defendida por Martin Luther King Jr. los tributos públicos a la figura de Nat Turner fueron escasos. Sin embargo, la importancia del esclavo rebelde se incrementó espectacularmente durante la primera década de los 60 cuando el movimiento por los derechos civiles sufrió una transformación con la adhesión de los estudiantes y activistas más jóvenes y radicales. En febrero de 1960 cuatro estudiantes negros fueron los protagonistas de la primera sentada en la barra de la cafetería de un Woolworth en Greensboro, Carolina del Norte, protesta que se extendió a otros lugares. King organizó acciones en defensa de los derechos civiles y en mayo de 1961 se realizó la primera marcha de la libertad desde Washington D.C. hasta Nueva Orleans. En 1963 el líder organizó en Birmingham, Alabama, una manifestación multitudinaria pro derechos civiles, que acabó con la intervención de la policía que arrestó a más de dos mil afroestadounidenses, entre ellos al propio King, quien escribió desde la cárcel su famosa *Letter from Birmingham Jail*. En agosto de ese mismo año, más de doscientos mil negros y blancos antisegracionistas realizaron una marcha en Washington D.C. exigiendo la igualdad inmediata y King pronunció su famosísimo discurso *I Have a Dream*. En noviembre fue asesinado el presidente Kennedy y la ley de derechos civiles quedó en suspenso hasta que se aprobó en 1964 la

Civil Rights Act bajo la administración Johnson, que no satisfizo las demandas de la comunidad negra. En el verano de 1964 los disturbios llegaron a los barrios negros de distintas ciudades (New Jersey, Rochester y Nueva York). El que alcanzó más repercusión por sus dimensiones ocurrió en agosto en el ghetto Watts de los Ángeles y dejó patente la situación de deterioro económico de la comunidad negra debido a la opresión racial. Estos disturbios raciales que se propagaron a más de cien ciudades coincidieron con la fundación del partido de los Panteras Negras por parte de Bobby Seale, Huey P. Newton y Eldridge Cleaver, y con la adopción de un nuevo slogan: “Black Power”. Tras el asesinato de Malcom X en Nueva York en 1965, sus “hijos airados”, Stokely Carmichael y H. Rap Brown, se hicieron cargo de la dirección del movimiento. En 1967 King anunció su oposición a la guerra de Vietnam y, junto con los de finales de julio en Newark y Chicago, se produjo el disturbio racial más sangriento de la historia norteamericana en Detroit, que dejó 43 muertos (22 negros y 10 blancos) y millones de dólares en pérdidas. El “We Shall Overcome” había sido sustituido por el “Burn, Baby, Burn”.

Después de aquel verano salpicado de violencia racial de 1967, a principios de octubre apareció *The Confessions of Nat Turner*. La novela de Styron se basaba en un incidente que a finales de aquella década había adquirido ya un valor muy importante entre la comunidad afroestadounidense. En un momento en el que el país estaba siendo testigo de una generalizada insurrección negra, la rebelión armada y sangrienta del esclavo Nat Turner contra los esclavistas de Virginia se revestía de un significado más

profundo que superaba la mera recreación narrativa de un hecho histórico. El propio Styron manifestó, se ha de recordar, que su trabajo era algo más que una mera novela histórica, puesto que representaba un esfuerzo por “meditar sobre la historia”. De hecho, el proyecto le había estado rondando la imaginación desde hacía más de una década. Styron había ofrecido al público su primera “meditación” sobre la figura de Nat Turner en “This Quiet Dust”, un ensayo autobiográfico —publicado por *Harper’s* en abril de 1965— en el que recogía la visita que había realizado al condado de Southampton, en 1961, para recabar información directa de los lugareños y ver con sus propios ojos el paisaje testigo de la insurrección. Styron explicaba cómo desde la adolescencia se había sentido fascinado por la figura del rebelde y describía su revuelta como un acto nacido de la desesperación y condenado al fracaso con consecuencias fatales tanto para los negros como para los blancos. Aseguraba, además, que Turner, de haber vivido para ver los resultados de su acto, habría experimentado la más cruel de las experiencias, y se sorprendía de que el recuerdo del héroe insurreccionista hubiera desaparecido de la memoria colectiva de la región. La explicación de los orígenes del texto continuaba en la propia novela. En la nota de autor que precedía al texto narrativo de 1967, el escritor manifestaba que, a pesar de que no se había casi alejado de los hechos que se conocían históricamente, se había permitido una cierta libertad en la reconstrucción de los mismos. Sin embargo, garantizaba que la novela se encontraba dentro de los límites de lo que cualquier

historia con intención esclarecedora había aportado sobre la institución de la esclavitud.

La novela empieza con una escena en la que Turner ha sido capturado y se encuentra en la cárcel a la espera de que se celebre el juicio. Allí es visitado por Thomas R. Gray, que lee en voz alta lo que ha escrito según las notas que ha tomado para redactar el texto de las confesiones del propio esclavo, texto que servirá como prueba en el proceso. Gracias a una serie de flashbacks, Styron hace que el propio esclavo presente al lector su historia personal. Ahora bien, las licencias narrativas que Styron se permite fueron y siguen siendo, para algunos lectores, indicativas de la manera en que el sureño reinterpretó el texto de Gray. Una de las más llamativas se centra en el personaje de Margaret Whitehead. A partir del hecho documentado en la narración de 1831 de que ésta fue la única persona blanca que Turner mató con sus propias manos, Styron imagina la existencia de un deseo sexual obsesivo y frustrado por parte del esclavo hacia la joven. En realidad, Turner tenía mujer e hijos, y no hay pruebas en la documentación que ha subsistido de que sintiese ninguna atracción erótica hacia ninguna mujer blanca. Por otra parte, Styron describe la iniciación sexual del protagonista con otro esclavo, lo que hace de Turner un homosexual retraído, incapaz de purgar los sentimientos encontrados que esta represión le provoca. Otro de los hechos que Styron niega es la estrecha relación de Turner con los otros esclavos, especialmente con su propia familia. El escritor refleja así las ideas propagadas sobre la disfuncionalidad de la familia negra por el famoso informe de 1965 de Daniel P.

Moynihan, *The Negro Family: A Case for National Action*. El sureño ignora que Turner aprendió a leer y a escribir gracias a sus padres y abuela, y hace que sea el amo de la plantación quien le enseñe. Styron también le niega a su personaje la confianza divina que el histórico Turner parece haber depositado en su papel como profeta y revolucionario político. Otro de los elementos cuestionables de la novela es el punto de vista de Styron sobre lo que fue la esclavitud y lo que implicó para los afroestadounidenses. En 1963, en el *New York Review of Books*, el sureño había escrito una reseña de *American Negro Slave Revolts*, el imprescindible estudio sobre las insurrecciones esclavistas de Herbert Aptheker, el historiador marxista, cuya perspectiva revisionista de la historia anunciaba la posición que la historiografía de postguerra tomaría sobre la esclavitud. Styron reconocía la validez del punto de vista de Aptheker, que echaba por tierra la idea de la docilidad del esclavo, aunque se mostraba en desacuerdo con lo que éste defendía, es decir, que el espíritu de descontento y rebelión fuese característico del esclavo, puesto que para el sureño esto no pasaba de ser una mera fantasía del blanco. Por ello, según su opinión, la única revuelta constatada y de proporciones significativas había sido la de Turner. Styron cuestionaba los puntos de vista de Aptheker y se encontraba más próximo a las teorías que Stanley M. Elkins había popularizado por entonces en su *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life* (1959): la de la docilidad del esclavo y la constatación de que la esclavitud había destruido cualquier capacidad de resistencia en el alma del negro. El “sambo” era, pues, el esclavo característico y Turner —tanto para

Elkins como para Styron— una excepción, un personaje heroico, único en su solitaria lucha contra el determinismo de la historia, empeñado en demostrar su humanidad. Los comentaristas más sagaces de la controversia —como Albert E. Stone y Scot French, por ejemplo— coinciden en que, de esta manera, Styron fue construyendo una caracterización de Nat Turner como una figura trágica que, en realidad, reflejaba sus dudas y desconcierto de liberal blanco ante la violencia revolucionaria negra de mediados de los 60. Por su parte, los críticos literarios afroestadounidenses más radicales, como Addison Gayle, Jr., argumentan que Styron escribió una novela que encajaba con los tiempos que corrían. Desde el momento en que el movimiento por los derechos civiles dejó de tener como objetivo la integración y pasó a perseguir el poder negro, desde el momento en que los negros se olvidaron de llevar en la mano la Biblia y cogieron a Frantz Fanon, se hicieron necesarios los libros como *The Confessions of Nat Turner*, que explicaban y sentaban cátedra sobre lo que en realidad era la revolución negra y sus revolucionarios.

De hecho, ante la situación racial que se vivía en el país, la publicación de una novela histórica sobre un tema tan polémico como la rebelión de los esclavos despertó ineludiblemente el interés de todos los medios de comunicación del país y los periódicos más influyentes se dirigieron a Styron en busca de una opinión autorizada sobre lo que estaba ocurriendo. El escritor, muy dado a las entrevistas, ofreció sin tapujos su opinión de que urgía que la Norteamérica blanca entendiera mejor a los negros a través del estudio de la historia negra y de que su propio libro era el lugar

propicio por donde empezar. A pesar de que consideraba que la rebelión de Turner no funcionaba como metáfora de la militancia negra de finales de los 60, puesto que los esclavos entonces no habían tenido poder y ahora sí que tenían un poder y una conciencia política, los medios de comunicación leyeron la novela como una interpretación de lo que era la situación racial presente en el país. Críticos tan reputados como Alfred Kazin, en el *Washington Post Book World*, argumentaron en esta línea. Asimismo las revistas *Life*, *Time* y *Newsweek* fueron algunas de las que subrayaron con sus titulares y artículos la analogía. Las palabras del propio Styron en esta última, en el número del 16 de octubre (1967), aclaraban su posición ante la retórica incendiaria de los simpatizantes del Black Power: “Lo último que querría hacer es sacralizar la figura del negro rebelde que se rebela contra la sociedad de hoy en día”.

La transformación de *The Confessions of Nat Turner* en un best-seller fue fulminante al igual que su conversión en centro de la polémica. A los seis meses apareció la edición de bolsillo que ya lucía el marchamo de “Novela ganadora del premio Pulitzer” de 1968. La operación de marketing —perfectamente orquestada a través de anuncios, reseñas, entrevistas con el autor, publicación de capítulos sueltos, etc.— sirvió para catapultar la obra e incrementar las ventas hasta cifras astronómicas. La primera oleada de críticas subrayó los paralelismos que había entre la rebelión de esclavos de 1831 y los disturbios raciales de 1967. Entre los que pensaban de esta manera destacaba toda una serie de historiadores y

críticos literarios consagrados, que elogiaron a Styron por haber descrito con detalle e inusitada certeza los horrores y las degradaciones de la esclavitud y la herencia que había perdurado en el odio y la violencia raciales del momento. Desde las páginas de *Newsweek* pasando por las de los periódicos de Boston, Charleston y otras partes del país, Styron fue felicitado por la valentía de que hacía gala al intentar relatar en una narración en primera persona la historia de un personaje histórico negro tan importante. Historiadores blancos liberales, consagrados como primeras figuras en su materia, proclamaron a los cuatro vientos la validez de la interpretación que Styron había realizado de la historia negra, que al fin y al cabo, era la historia nacional.

Al lector avezado en estos temas no pueden dejar de turbarle los comentarios de historiadores de la talla de C. Van Woodward o Eugene D. Genovese, por citar dos de los nombres más célebres. Woodward, el estudioso puntero en la historia del Sur, declaró, en su reseña en *New Republic*, que la obra era el tratamiento novelístico más profundo que había tenido la esclavitud en la literatura norteamericana y que el retrato que Styron había esbozado de Nat Turner no se contraponía a lo que los historiadores conocían. Genovese —autor de estudios decisivos como *The Political Economy of Slavery* (1965), *The World the Slaveholders Made* (1969) o *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made* (1972)— respondió a las críticas lanzadas por intelectuales afroestadounidenses, diciendo que no existían pruebas de que se hubiera mantenida viva entre los negros la leyenda

de Nat Turner ni de ningún otro insurreccionista esclavo, que la novela reflejaba correctamente la historia tal y como había sido, y que la caracterización del protagonista se correspondía a la de los revolucionarios de cualquier estado colonial.

Y es que emitir una opinión sobre la novela de Styron se convirtió en sinónimo de realizar una declaración política sobre la situación de la Norteamérica del momento, en la que el comentarista ponía en juego muchas cosas, entre ellas su propia posición dentro de esa sociedad. De ahí que, por una parte, se pueda comprender la aceptación, si bien lacónica, pero aceptación al fin y al cabo, de investigadores afroestadounidenses también consagrados como John Hope Franklin y J. Saunders Redding, entre otros. Franklin —autor del fundamental estudio *From Slavery to Freedom: A History of Negro Americans* (1947)— elogió la obra por su honda comprensión de la institución esclavista y el cuestionamiento que hacía de los prejuicios sobre la personalidad del negro. Redding, que había ayudado a Styron a localizar algunas fuentes sobre el tema a principios de los 50, consideró que la novela era todo un logro a la hora de destruir los mitos sobre la esclavitud y los esclavos norteamericanos. Dentro de la *black intelligentsia*, hay que mencionar asimismo la posición de Ralph Ellison —cuyos comentarios dejaban traslucir una profunda ambigüedad con respecto a la novela— y, sobre todo, la de James Baldwin, comprensible si se tiene en cuenta la relación personal que los unía. Styron y Baldwin se habían conocido en una cena en Manhattan organizada por el mítico George Plimpton, el creador de *The Paris Review* en París, en

1953. A principios de 1961, Robert Silvers, que pronto se convertiría en el director de *The New York Review of Books*, se enteró de que Baldwin atravesaba un mal momento económico y de que necesitaba una residencia en el que poder escribir, y se le ocurrió que los Styron podrían acogerlo en su hogar de Connecticut, puesto que tenían una pequeña casa para invitados. Baldwin se hospedó con ellos desde principios de febrero hasta julio de ese año y, por lo que parece, la estancia fue muy agradable para ambas partes. Según David Leeming, el biógrafo de Baldwin, en las comidas y cenas, Styron y Baldwin solían enfrascarse en discusiones literarias sobre las obras respectivas que estaban escribiendo. Baldwin le leía al amigo páginas de su *Another Country* y Styron de *The Confessions of Nat Turner*. Baldwin respetaba lo que Styron estaba intentando hacer, puesto que de alguna manera él mismo había también tratado de penetrar en la mente y en la historia de alguien diferente a su raza en *Giovanni's Room*. En 1967, cuando se publicó el libro de Styron, Baldwin estaba en Cannes, donde dividió el tiempo que tenía a su disposición entre un texto sobre W. E. B. Du Bois, que nunca acabó, un artículo titulado “A Praying Time” sobre *The Confessions of Nat Turner*, que jamás vio la luz, y el comienzo de una obra sobre Malcom X.

Si Ellison y Baldwin parece que se mantuvieron al margen de la polémica y no llegaron a terciar directamente en ella, no ocurrió lo mismo con otros afroestadounidenses. En realidad, la verdadera reacción negra no se hizo esperar y empezó a aparecer a finales de noviembre y principios de diciembre de 1967, después de

que la novela recibiera el espaldarazo de la crítica nacional. Un sector de críticos afroestadounidenses lamentó las carencias de Styron como escritor y su falta de sensibilidad ante el tema que había abordado. Otros cuestionaron la legitimidad de la prensa blanca para juzgar la corrección o incorrección de la interpretación que el sureño hacía de la historia negra. Otros, invocando los principios del Black Power, acusaron al sureño de difamar no sólo la memoria del heroico esclavo sino también la de la raza y de distorsionar la historia. Le acusaron de que, con la ayuda de los medios de comunicación controlados por el poder blanco, había perpetuado la imagen racista y estereotipada del negro, con lo que se seguía despreciando e ignorando la existencia de otra historia surgida desde la tradición afroestadounidense. Fueron innumerables los críticos, intelectuales, escritores, activistas afroestadounidenses que se fueron uniendo a este coro de protestas contra *The Confessions of Nat Turner*. June Jordan (en aquel momento June Meyers), una de las escritoras negras que se convertiría en una de las más prolíficas a partir de 1968, se lamentaba en *Nation* de que lo que denominaba el “fenómeno Nat Turner *alias* William Styron” se hubiera convertido para los medios de comunicación blancos en el portavoz de la comunidad negra. Jordan acusaba a estos medios de negarle al afroestadounidense la posibilidad de expresarse utilizando su propia voz y reclamaba el derecho a que los negros, desde su perspectiva de afroestadounidenses, expusiesen su perspectiva de la historia. El novelista y ensayista Albert Murray también manifestaba su consternación ante un Nat

Turner incuestionable para los blancos, pero totalmente problemático para cualquier negro. La entonces jovencísima Alice Walker (en *American Scholar*, verano de 1968) manifestaba que *The Confessions of Nat Turner* obedecía al cliché tradicional y típico del sureño blanco; que, en comparación con las confesiones de Turner a Gray, la obra de Styron se leía como un cuento fantástico; y acababa diciendo, con socarronería, que, si dentro de cien años alguien escribía sobre Malcolm X o Stokely Carmichael, sería interesante conocer qué tipo de represión sexual padecieron en la adolescencia que les llevó a convertirse en figuras revolucionarias.

El tono de la respuesta negra no se detuvo aquí, sino que se fue intensificando con el paso de los meses. Hacia febrero de 1968 la reacción de este sector había alcanzado ya tal calibre que la prensa nacional empezó a hacerse eco de la misma. Cuando en mayo la novela recibió el Premio Pulitzer, el *New York Amsterdam News*, el periódico negro de tirada más importante de la costa Este, respondió de la mano de Gertrude Wilson, una columnista blanca que, en un principio, había elogiado los esfuerzos literarios de Styron. En “I Spit on the Pulitzer Prize!”, Wilson criticaba al jurado por haber concedido la distinción a un sureño blanco que había convertido a un revolucionario negro en un despreciable “nigger”, y que había ignorado las acusaciones que la comunidad negra había lanzado contra el libro por su falta de honestidad histórica y por la ridícula y estereotipada imagen del protagonista. Ahora bien, la embestida negra más contundente contra Styron y las instituciones culturales blancas que lo habían

arropado llegó en la primavera de 1968 con la publicación del volumen preparado por John H. Clarke, *William Styron's Nat Turner: Ten Black Writers Respond*. Los participantes en esta colección de ensayos no eran tan conocidos como aquellos afroestadounidenses de la talla y reputación de James Baldwin, John Hope Franklin y J. Saunders Redding, pero, a pesar de que desde el principio y en las publicaciones de autores blancos posteriores siempre se les haya considerado de una manera despectiva, estos diez afroestadounidenses pertenecían a una joven generación, más militante, más radical, más "airada" y, por lo tanto, con menos pelos en la lengua que la de aquellos otros mejor asentados dentro del sistema. Entre estos intelectuales, muestra de lo que eran las nuevas filas de la *intelligentsia* negra del momento, había novelistas, periodistas, editores, bibliotecarios, críticos literarios, historiadores, e incluso un psiquiatra y un analista político. Así, por ejemplo, John Henrik Clarke, el editor, estaba relacionado con *Freedomways: A Quarterly Review of the Negro Freedom*, una publicación fundada en 1960 de la que era director asociado, y que en aquel momento se había convertido en un poderoso órgano de la crítica política y cultural de la izquierda negra. Su rabioso cuestionamiento no sólo de la novela sino de la visión que Styron exhibía de lo que era la historia y del uso legítimo de esa historia llevó a que gran parte de los lectores y críticos blancos a tildarlos de ideólogos extremistas del Black Power, portavoces de las consignas de Stokely Carmichael, Rap Brown y Eldridge Cleaver.

William Styron's Nat Turner: Ten Black Writers Respond es el texto Negro que más

lapidariamente replica a *The Confessions of Nat Turner*. El volumen, publicado por la Beacon Press de Boston, obtuvo un eco nacional inmediato como demuestra el hecho de que hacia 1972 se hubiera reeditado ya siete veces. En realidad es una especie de manifiesto negro, en el que los autores dan expresión a las ideas políticas y a los valores culturales que desencadenó la reutilización blanca de Nat Turner a finales de los 60. A pesar de las diferencias existentes entre los diez colaboradores, todos ellos mostraban su unanimidad ante una serie de puntos. En primer lugar, acusaban a Styron de haber escrito, consciente o inconscientemente, una obra con un tono y un contenido que degradaba y minimizaba la masculinidad de la figura de Nat Turner, al tiempo que llevaba a dudar de la legitimidad moral de la revuelta que inició. En segundo lugar, la novela era una interpretación falsa de la historia en general y del folklore y cultura afroestadounidenses en particular, puesto que no cuestionaba, sino que se inspiraba principalmente en las imágenes, mitos y estereotipos de los negros creados y perpetuados por la cultura blanca. Y, por último, el éxito tanto entre los especialistas, como entre los lectores en general, demostraba la existencia de dos mundos antagónicos y separados en la sociedad norteamericana del momento. En una palabra, Styron había sustituido al Nat, libertador de su gente y héroe de la opresión antiesclavista, por un individuo solitario, obsesionado y perseguido por unos demonios blancos que acabarían convirtiéndolo en un mero guiñapo. Estos críticos, además, no se detuvieron ante las críticas de índole política o cultural y profundizaron en cuestiones literarias

propriadamente dichas. Los problemas de *The Confessions of Nat Turner* también se debían al estilo irónicamente pulido que utiliza el personaje para narrar su vida, un estilo descrito por uno de los autores, Mike Thelwell, en “Back with the Wind: Mr. Styron and the Reverend Turner”, como “una prosa estéril y plomiza a la que ni tan siquiera las transfusiones a chorro de la retórica del Antiguo Testamento logran revitalizar, una extraña fusión de latinajos al estilo clásico y una especie de cursilería episcopaliana de Nueva Inglaterra”. La validez del lenguaje que Styron pone en boca de Turner pasaba así a ser uno de los focos principales de este cuestionamiento literario.

Un mes después de su aparición y convertida la novela en un éxito de ventas, concretamente en noviembre de 1967, el *New York Times* informó que Styron había cedido los derechos de la novela para su adaptación al cine por más de medio millón de dólares, más el porcentaje correspondiente de los beneficios de distribución. Tres meses más tarde, la Twentieth-Century Fox anunció que ya había concluido las negociaciones con David L. Wolper y Norman Jewison para financiar y distribuir el film. Sin embargo, las protestas, en especial de los activistas negros de la costa Oeste, pronto se dejaron oír. La responsable de la organización de esta campaña fue la escritora afro americana Louise Meriwether, con gran experiencia en la organización de actos de protesta y de reivindicación. Meriwether junto con el actor Vantile Whitfield organizaron un grupo llamado Black Anti-Defamation Association (BADA) y comenzaron a recabar apoyo entre

los artistas e intelectuales negros. El actor Ossie Davis, el poeta, dramaturgo y militante LeRoi Jones (Amiri Baraka, más tarde), los representantes políticos del Black Power (Stokely Carmichael y Rap Brown) y el excongresista por Harlem Adam Clayton Powerll, entre otros muchos, apoyaron la nueva causa. Ossie Davis fue el portavoz más destacado y en un panel sobre el tema, en el que también participaba Styron, moderado por James Baldwin, afirmó que la película, basada en el personaje tal y como lo describía el autor, sería causante no sólo de malestar sino de disturbios raciales. Meriwether llegó incluso a pedir el respaldo de Martin Luther King, quien le aseguró que se lo leería. Cuando fue asesinado, en abril de 1968, King tenía una copia del libro. Después de esa fecha fatídica, la BADA pidió a los actores negros que boicotearan la película. Ante la situación y con el objetivo de calmar los ánimos, Wolper y Jewison intentaron contratar a un guionista negro, en concreto a James Baldwin; pero tras rechazar éste la oferta, hablaron con Louis Peterson, que ya había escrito una adaptación para la pantalla de *Set This House on Fire*, la novela anterior de Styron. Sin embargo, las amenazas de boicot continuaron. Por otra parte, durante el verano de 1969, cuando se empezaron a buscar los exteriores para rodar en Southampton County, también los productores se encontraron con la hostilidad de los lugareños blancos, quienes, de la misma forma que los afroestadounidenses, también culpaban a Styron de distorsionar su historia. Tras una dilatada espera y cuando parecía que los problemas se habían finalmente resuelto, la Twentieth Century Fox anunció que se veía obligada a cancelar

varios proyectos, entre ellos el de *The Confessions of Nat Turner*, por falta de capital. Styron, sin embargo, siempre afirmó y seguiría afirmando de manera interesada que fueron las protestas de los negros las que obligaron a retirar la película. A mediados de los 70 la situación se había transformado de tal manera que lo que triunfaría en el medio de comunicación de masas por excelencia, la televisión, sería la serie de *Roots*, basada en la homónima novela de Alex Haley (1976).

En 1971 Seymour L. Gross y Eileen Bender publicaron un importante estudio exculpatorio de Styron: “History, Politics and Literature: The Myth of Nat Turner”. Explicaban en él que los argumentos de los “críticos acusadores” —en referencia a los autores de *William Styron’s Nat Turner: Ten Black Writers Respond*, que censuraban la distorsión que Styron había llevado a cabo de los hechos de la historia— no encontraban corroboración en la historia propiamente dicha de esos hechos. El objetivo de estos dos estudiosos era liberar la novela del sureño de las cadenas de la crítica propagandística, por lo que ninguno de sus censores podía atacar su “meditación sobre la historia” desde ningún punto de vista histórico objetivo. En 1992 Styron, en un ensayo titulado “Nat Turner Revisited” (*American Heritage*, octubre), que retomaba muchos de los elementos ya expuestos en “This Quiet Dust”, recordaba el juicio sumarísimo al que le sometieron estos diez “inquisidores” a los que no se les escapó prácticamente nada, puesto que, según el sureño, incluso los aspectos más inocuos y tangenciales de la novela fueron sometidos a escrutinio. Styron aseguraba que, afortunadamente, la potente defensa de Eugene Genovese y la muy bien

orquestrada de Gross y Bender le habían absuelto de la pena de muerte, puesto que se enfrentaron con valentía a las acusaciones de los diez escritores negros y con energía fueron derribando uno a uno sus argumentos.

Es posible que así fuese, o al menos para Styron resultaba consolador pensarlo así. Sin embargo, el tiempo sería el único juez capaz de decretar absolución o condena. Y, hoy por hoy, los caminos trazados en la literatura norteamericana llevan quizá a otros destinos que no son precisamente los del condado de Southampton de Styron. En 1968 parecía que la historia “real” de Nat Turner y de la gente negra estaba aún por escribir. Al cabo de muy poco tiempo, no sólo los afroestadounidenses, hombres y mujeres, empezarían a recrear la experiencia del esclavo de maneras insólitas y originales, sino que también recuperarían las historias “reales” hasta el momento perdidas o ignoradas. Paradójicamente, *The Confessions of Nat Turner* sería el catalizador de una de estas notables reescrituras. Casi veinte años después, en 1986, la escritora afroestadounidense Sherley Anne Williams publicó su novela *Dessa Rosse*. Indignada, como señala en la presentación de la obra, por el fervor con que la crítica aclamó “una cierta novela de principios de los setenta [sic], que travistió el recuerdo de Nat Turner, que había ido pasando de una generación a otra”, Williams releyó críticamente la polémica novela de Styron e reimaginó la lucha antiesclavista y la rebelión negra en términos de mujer. *Dessa Rose* es, ante todo, la réplica feminista afroestadounidense a la novela de Styron.

The Confessions of Nat Turner es, pues, un libro importante y un documento cultural de primer orden, no tanto por recrear la experiencia del afroestadounidense en esclavitud, sino, como declaraba Mike Thelwell ya en 1968, por la forma en que demuestra con qué tenacidad seguían persistiendo los mitos blancos sureños, los estereotipos raciales y los clichés literarios incluso en las mentes más brillantes y mejor intencionadas. El tiempo inmisericorde ha convertido ya a William Styron en aquello que Emily Dickinson llamó “polvo silencioso”. Pero, como siempre ocurre con los grandes escritores, sus palabras son tan potentes que siguen resonando y provocando respuestas en el tiempo. La película *The Birth of a Nation* es una de ellas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bell, Bernard W. *The Afro-American Novel and Its Tradition*; Amherst, The University of Massachusetts Press, 1987.
- Clark, J. H., ed. *William Styron's Nat Turner: Ten Black Writers Respond*; Boston, Beacon Press, 1968.
- Davis, Mary Kemp. *Nat Turner Before the Bar of Judgment: Fictional Treatments of the Southampton Slave Insurrection*; Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999.
- French, Scot. *The Rebellious Slave: Nat Turner in American Memory*; Boston, New York, Houghton Mifflin Company, 2004.
- Galloway, David D. Preface to the Revised Edition. *The Absurd Hero in American Fiction: Updike, Styron, Bellow, Salinger*; Austin, Texas, University of Texas Press, 1970, xiii-xxi.
- Gayle, Addison, Jr. *The Way of the New World: The Black Novel in America*; Garden City, New York, Anchor Press/Doubleday, 1975.
- Gross, Seymour L. and Eileen Bender. “History, Politics and Literature: The Myth of Nat Turner”, *American Quarterly* 23 (October 1971), 487-518.
- Jacobs, Harriet A. *Peripecias en la vida de una joven esclava escritas por ella misma*. Junto con “Un relato de verdadero de esclavitud” de John S. Jacobs. Trad. y estudio crítico de Carme Manuel, Castellón, Ellago Ediciones, 2005.

Kammen, Michael. *Mystic Chords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture*, New York, Random House, 1991.

Leeming, David. *James Baldwin: A Biography*, New York, Henry Holt and Company, 1994.

Rezayazdi, Soheil. "Five Questions with The Birth of a Nation Director Nate Parker", *Filmmaker Magazine*, 25/01/2016. En <http://filmmakermagazine.com/97103-five-questions-with-the-birth-of-a-nation-director-nate-parker/#.VstCA nhDIV>. Consultado en 20 febrero de 2016.

Shapiro, Herbert. "The Confessions of Nat Turner: William Styron and His Critics"; *Negro American Literature Forum* 9 (Winter 1975), 99-104.

Stone, Albert E. *The Return of Nat Turner: History, Literature, and Cultural Politics in Sixties America*; Athens & London, The University of Georgia Press, 1992.

Styron, William. *The Confessions of Nat Turner*; New York, Random House, 1967.

Williams, Sherley Anne. *Dessa Rose*; New York, William Morrow & Co., Inc., 1986.

4. Juan Pablo Scarfi *

El imperio de la ley: Estados Unidos y la misión civilizadora del derecho internacional en América Latina

ABSTRACT

Este artículo analiza sintéticamente los argumentos principales desarrollados en mi libro *El imperio de la ley: James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014. El libro explora el desarrollo de un discurso moderno sobre el derecho internacional en los Estados Unidos, y su impacto en América Latina entre comienzos del siglo XX y finales de los años 1930. La dimensión del tema parece en principio inabarcable. Sin embargo, el encuentro con la obra, la carrera académica y la visión jurídico-política del jurista estadounidense James Brown Scott hizo posible enmarcar la cuestión en torno del impacto intelectual, académico, jurídico y político de las ideas de Brown Scott. Revisar su imaginario legal e imperial, así como también los proyectos y

organismos panamericanos que contribuyó a crear en América Latina permite acotar la cuestión, sin perder de vista el alcance más vasto de la problemática abordada. El resultado es un trabajo de historia intelectual sobre la construcción de una hegemonía hemisférica por parte de los Estados Unidos en América Latina a través de la emergencia de un nuevo discurso moderno del derecho internacional.

Palabras clave: Estados Unidos, América Latina, derecho internacional, imperialismo

*This article explores concisely the main arguments advanced in my book *El imperio de la ley: James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014. The book explores the rise of a modern discourse of international law in the United States and its impact in Latin America between the beginning of the twentieth century and the end of the 1930s. The scope of the topic seems in principle difficult to grasp. However, the encounter with the work, academic career and political and legal vision of the US jurist James Brown Scott made possible to circumscribe the topic to the intellectual, academic, legal and political impact of the ideas of Scott. Reviewing his legal and imperial imaginary, as well as the Pan-American projects and institutions he contributed to create in Latin America makes possible*

* Centro de Historia Intelectual, Universidad Nacional de Quilmes. jpscarfi@gmail.com

to circumscribe the topic, without losing the broader implications of the subject to be explored. The result of this investigation is thus a study of intellectual history, examining the construction of a hemispheric hegemony by the United States in Latin America through the emergence of a new modern discourse of international law

Key Words: *United States, Latin America, international law, imperialism.*

En este artículo analizo sintéticamente los argumentos principales desarrollados en mi libro *El imperio de la ley: James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.¹ El título alude al doble sentido de la expresión. Como se sabe, “el imperio de la ley” es formalmente una expresión importante en el derecho que hace referencia a la primacía de la ley y el derecho sobre cualquier otro principio político o legal. Al mismo tiempo, el título del libro hace alusión al imperialismo legal promovido por los Estados Unidos en América Latina en particular y en la política mundial en general, en su condición de imperio informal preocupado por la promoción de la ley, el derecho internacional y los derechos humanos a nivel global y hemisférico. Conjugados los dos sentidos, la expresión el imperio de la ley intenta hacer alusión, en síntesis, a la importancia que tuvo para los

¹El artículo retoma, entonces, los temas abordados en la introducción de mi libro, *El imperio de la ley: James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, y es una versión ampliada y más extendida de la misma.

Estados Unidos la misión imperial civilizadora de promover la primacía y prevalencia de la ley y el derecho internacional en las relaciones internacionales, en tanto emergente imperio informal en América Latina durante las primeras décadas del siglo XX. Concretamente, el libro explora el desarrollo de un discurso moderno sobre el derecho internacional en los Estados Unidos, y su impacto en América Latina entre comienzos del siglo XX y finales de los años 1930. La dimensión del tema parece a primera vista inabarcable. Sin embargo, el encuentro con la obra, la carrera académica y la visión política del jurista norteamericano James Brown Scott, me decidió a embarcarme en esta travesía en principio ambiciosa. Ese hallazgo me permitió poder enmarcar la cuestión en torno del impacto intelectual, académico y político de las ideas de Brown Scott. Revisar su imaginario legal e imperial, así como también los proyectos y organismos panamericanos que contribuyó a crear en América Latina permite acotar la cuestión, sin perder de vista el alcance más vasto de la problemática abordada. El resultado es un trabajo de historia intelectual sobre la construcción de una hegemonía hemisférica por parte de los Estados Unidos en el continente americano a través de la emergencia de un nuevo discurso moderno del derecho internacional.

Una aproximación inicial al autor y su obra

A comienzos del siglo XX, algunas figuras políticas, diplomáticas y académicas norteamericanas se embarcaron en diversos proyectos destinados a construir cortes

internacionales de justicia y promover la paz mundial. Para un grupo importante del *establishment* político norteamericano, conocido como el “movimiento americano por la paz”, estos objetivos fueron fundamentales. Miembros de este grupo como Elihu Root, James Brown Scott, Nicholas Murray Butler y Robert Bacon, ocuparon importantes posiciones en el Departamento de Estado; el primero como Secretario de Estado (1906-1909) y el segundo como consejero legal del primero², y en otros organismos como la *American Society of International Law (ASIL)*, la *Carnegie Endowment for International Peace (CEIP)* y el *American Institute of International Law (AIIL)*, tres instituciones que contribuyeron de manera decisiva en la configuración de una nueva y moderna concepción del derecho internacional³. James Brown Scott fue uno de los miembros fundadores y fue también durante varios años Presidente de la *ASIL* (1929-1939), creada en 1906, Secretario General y Director de la División de Derecho Internacional de la *CEIP* (1911-1940), creada en 1911, y fundador y Presidente del *AIIL* (1912-1938). Las actividades desplegadas por estas tres instituciones, en particular por las últimas dos, tuvieron una gran influencia en los países latinoamericanos. El *AIIL* tuvo

² Brown Scott siguió siendo consejero legal de los dos Secretarios de Estado que sucedieron a Elihu Root: Robert Bacon y Philander Knox entre 1909 y 1911. A partir de entonces, siguió muy vinculado y haciendo asistencia legal en el Departamento de Estado. Sobre los vínculos que mantuvo Brown Scott a lo largo de su carrera con el Departamento de Estado, Véase Ralph Dingmann Nurnberger, “James Brown Scott, Peace through Justice”, Ph.D. dissertation, Georgetown University, 1975.

³ En adelante me referiré a estos organismos respectivamente con sus iniciales: *ASIL*, *CEIP* y *AIIL*.

una relación muy cercana con la *Unión Panamericana*, y, por lo tanto, estuvo ostensiblemente influido por la “política del panamericanismo” que dominó la política exterior norteamericana hacia América Latina desde finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, una política que, promovió por un lado, la “penetración comercial” y la cooperación económica, y por otro lado, la “cooperación intelectual” a través de la cultura y la política continentales⁴. En el contexto de la política

⁴Véase, en este sentido, el tratamiento que hace Salvatore de estos dos mecanismos de manera separada en dos artículos recientes. Por una parte, en un artículo consagrado a analizar la promoción de la penetración y la cooperación comercial promovida desde los Estados Unidos para invertir en América Latina entre comienzos de la Primera Guerra Mundial y finales de los años 1920, se ocupa de la dimensión económica del panamericanismo. Por otra parte, en otro artículo abocado a analizar, en cambio, la transmisión por parte del importante politólogo norteamericano, Leo S. Rowe, de un saber hemisférico norteamericano sobre el gobierno y la promoción de una “cooperación intelectual” interamericana en las áreas de la democracia y la paz continentales durante sus viajes y estancias en la Argentina entre 1906 y 1919, Salvatore hace hincapié en la dimensión cultural, intelectual y política del panamericanismo. En un tercer trabajo más extenso analiza estas dos dimensiones en conjunto. Véase, respectivamente, Ricardo D. Salvatore, “Panamericanismo práctico. Acerca de la mecánica de la penetración comercial norteamericana”, en Ricardo D. Salvatore (comp.), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2005, páginas 269-300, Salvatore, “Saber hemisférico y disonancias locales. Leo S. Rowe en Argentina, 1906-1919”, en Ricardo D. Salvatore (comp.), *Los lugares del saber: Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2007, páginas 317-357, y Salvatore, *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas*

promovida por el presidente norteamericano Woodrow Wilson (1913-1921) de “autodeterminación nacional” y su iniciativa de la Liga de las Naciones para fortalecer la paz, estos organismos tuvieron un importante rol educativo en el hemisferio mediante la promoción de la paz en la opinión pública del continente y la resolución pacífica y legal de las disputas internacionales. Uno de los propósitos políticos y académicos de este grupo -y en particular y mayor medida de James Brown Scott- era construir una ciencia rigurosa y objetiva del derecho internacional y diseminar la concepción y la práctica norteamericanas acerca de la misma en la comunidad internacional, particularmente en América Latina, una región de especial interés para el “imperio informal” norteamericano en este período. Entre los años de Wilson y finales de la Gran Depresión, un particular discurso sobre la paz, la cooperación y la solidaridad hemisféricas se desarrolló en los Estados Unidos. Este discurso estuvo permeado por las concepciones de una nueva versión “moderna” y “norteamericana” de la disciplina del derecho internacional⁵. Esta

de representación de América Latina, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.

⁵ Aunque fue un producto de la primera modernidad del siglo XVI y XVII, el derecho internacional se profesionalizó de manera formal como disciplina durante la segunda mitad del siglo XIX. Véase, en este sentido, Martti Koskenniemi, *The Gentle Civilizer of Nations: The Rise and Fall of International Law, 1870-1960*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, y Antony Anghie, *Imperialism, Sovereignty, and the Making of International Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005. En los Estados Unidos, la disciplina llegó a profesionalizarse e institucionalizarse de manera acabada a comienzos del siglo XX a partir de la creación de la *ASIL* y su revista, el *AJIL*. Como mostraré en el capítulo 2, James Brown Scott tuvo un

nueva versión se distinguió profundamente de la versión europea tradicional de la disciplina. Si esta última enfatizaba los atributos y derechos que tenían los Estados para poder hacer la guerra, las alianzas de poder entre las grandes potencias y el equilibrio de poderes, la primera resaltó la importancia del arbitraje, la resolución pacífica y legal de las disputas internacionales, y del establecimiento de cortes internacionales de justicia. Brown Scott fue un personaje central en la construcción de un nuevo derecho internacional moderno en los Estados Unidos y en la diseminación de esta nueva versión de la disciplina en las Américas.

Como han destacado varios autores, Brown Scott, así como también Elihu Root, era conservador y etnocéntrico⁶. Promovía el establecimiento de una Corte de Justicia Internacional basada en el modelo de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos y consideraba que la tradición institucional de su país era un ejemplo a ser emulado no sólo a la hora de construir una Corte Internacional, sino también para el desarrollo legal de otros países. Brown Scott tenía una concepción doctrinaria idealista del derecho internacional y a la vez un

rol decisivo en la promoción del desarrollo y la profesionalización del derecho internacional en los Estados Unidos.

⁶Véase, en este sentido, Frederic L. Kirgis, “The Formative Years of the American Society of International Law”, *American Journal of International Law*, Vol. 90, No. 4 (1996), página 562, Martin David Dubin, “The Carnegie Endowment for International Peace and the Advocacy of a League of Nations, 1914-1918”, *Proceedings of the American Philosophical Society*, Vol. 123, No. 6 (1979), páginas 363-365 y David S. Patterson, “The United States and the Origins of the World Court,” *Political Science Quarterly*, Vol. 91, No. 2 (1976), página 295.

acercamiento pragmático al diseño concreto de una política exterior norteamericana fundada en los principios del derecho internacional. El jurista norteamericano consideraba que el uso de la fuerza no era un recurso eficiente ni necesario para resolver las disputas internacionales. Desde su cosmovisión, la mejor manera para evitar la guerra y preservar la paz era educar a la comunidad internacional y a la opinión pública en ciertos principios básicos del derecho internacional. En este proyecto educacional, América Latina fue una región de particular interés para la diseminación de los valores y las concepciones norteamericanas sobre el derecho internacional. Al mismo tiempo, Brown Scott, y el Secretario Root, dos importantes promotores de la construcción de redes panamericanas de derecho internacional, vieron a la ciencia del derecho internacional como un recurso útil para la construcción de una “hegemonía hemisférica”⁷.

⁷Retomando la acepción clásica esbozada por Antonio Gramsci pero aplicada a un contexto internacional, entiendo aquí por “hegemonía hemisférica” el rol de “liderazgo moral e intelectual” que adoptan en ciertas circunstancias los países centrales (como los Estados Unidos) sobre las regiones periféricas (como América Latina) tanto en la construcción de organismos e instituciones continentales como también en la difusión e implantación de un discurso sobre el gobierno, la paz, el derecho, la democracia y el comercio internacional (como fue el caso del discurso panamericanista y/o norteamericano sobre estas cuestiones). Véase Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1972, y Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999, quien ha acuñado la expresión “liderazgo moral e intelectual” para explicar el concepto gramsciano de hegemonía. Para un análisis del concepto de hegemonía gramsciano aplicado a las relaciones internacionales, véase el trabajo clásico de Robert W. Cox, “Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method,” en

Este libro se concentra en las dimensiones intelectuales, culturales y políticas que tuvo la construcción de un discurso imperial del derecho internacional en los Estados Unidos. En particular, examina el proceso de “transferencia legal” de este discurso hacia América Latina⁸. Mi objetivo, entonces, es analizar los orígenes, la naturaleza y el contenido de este discurso, así como también su impacto en los círculos académicos y políticos de América Latina. Una de mis hipótesis centrales es que el discurso del derecho internacional funcionó como un recurso hegemónico de saber/poder del “imperio informal” norteamericano. Utilizo la expresión del filósofo francés Michel Foucault⁹ para indicar que el derecho internacional fue instrumental en la implementación de “diseños imperiales” por parte de los Estados Unidos para la gobernanza global y hemisférica. En otras palabras, analizo la relación entre geopolítica y conocimiento en los Estados Unidos durante el período de emergencia de este país como un poder hegemónico en el sistema internacional.

Approaches to World Order, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, páginas 124-143.

⁸Mi argumento sobre la transferencia legal se basa en la definición conceptual empleada por Gienow-Hecht de los términos transferencia cultural e imperialismo cultural, así como también en la definición de Gardner. Véase Jessica C. E. Gienow-Hecht, “Cultural Transfer”, en Michael J. Hogan y Thomas G. Paterson (comps), *Explaining the History of American Foreign Relations*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, páginas 257-259 y Gardner, James A. (1980), *Legal Imperialism. American Lawyers and Foreign Aid in Latin America*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1980, páginas 29-34.

⁹Véase Michel Foucault, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, página 45.

Antes de referirme con mayor detalle al enfoque adoptado, quisiera primero explicitar el modo en que utilizo los términos “imperio informal” y “diseños imperiales”. Siguiendo el clásico análisis desarrollado en un viejo trabajo de John Gallagher y Ronald Robinson de 1953¹⁰, consagrado a comprender aquellas formas de expansión del Imperio Británico entre mediados y finales del siglo XIX que no incluyeron la anexión formal de territorios, con este término me propongo comprender aquella dominación cultural, política, legal y económica ejercida por una potencia central (como los Estados Unidos) sobre una región periférica (como América Latina) que no llegó a involucrar la anexión de territorios ni el control político y/o militar directo. El concepto apunta a entender una diversidad de formas de superioridad, penetración e influencia en las que no se ve implicada la colonización ni la anexión territorial. Este concepto es particularmente importante para comprender el rol de los Estados Unidos en América Latina, ya que contribuye a resaltar el carácter interactivo y no unidireccional que tuvo la hegemonía norteamericana en el continente¹¹.

¹⁰ John Gallagher y Ronald Robinson, Ronald (1953), “The Imperialism of Free Trade”, *The Economic History Review*, Second Series, Vol. VI, No. 1 (1953), páginas 1-15. Existen diversos trabajos, en su mayoría provenientes del campo de la historia económica, que analizan el planteo de estos autores. Véase, en este sentido, Philippe Braillard, y Pierre de Senarclens, *El imperialismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989, páginas 60-71, Rory Miller, “Informal Empire in Latin America”, en *The Oxford History of the British Empire*, Volume V, Winks, Robin W. (Ed.), *Historiography*, Oxford, Oxford University Press, 1999, páginas 435-449, y Salvatore, *Imágenes*, op. cit., página 24.

¹¹ Véase Gilbert M. Joseph, Catherine C. LeGrand y Ricardo D. Salvatore (comps.), *Close Encounters of*

Asimismo, utilizo también el concepto de “diseños imperiales”, retomando un análisis reciente desarrollado por Walter Mignolo en su libro *Local Histories/Global Designs* (2000), quien señala que el proyecto de la modernidad estuvo siempre dominado por diferentes misiones civilizadoras que apuntaron a construir diseños globales, imperiales y monistas que tendieron a negar muchas veces las historias locales de algunas regiones o países¹². Este tipo de análisis sobre la construcción transnacional, geopolítica e imperial de los saberes, una temática que ha sido también abordada minuciosamente desde perspectivas diferentes en un volumen colectivo titulado *Los lugares del saber* (2007), es sumamente sugestivo para mi investigación.¹³ Por una parte, Mignolo marca la paradoja que signa a toda misión civilizadora: la misma se funda en la negación de las diferencias y particularidades de las distintas historias locales, aunque a la vez, nace muchas veces

Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations, Durham, Duke University Press, 1998. Los distintos artículos incluidos en este volumen colectivo han contribuido a cristalizar y resaltar las características interactivas y fluidas que fueron centrales a los “encuentros imperiales cercanos” que tuvieron lugar entre el imperio norteamericano y América Latina.

¹² Véase, en particular, Walter D. Mignolo, *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledge and Border Thinking*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 2000, páginas 18-22.

¹³ Yo mismo he contribuido en este volumen con un artículo sobre James Brown Scott y su lectura de la obra de Francisco de Vitoria en el contexto de la política norteamericana de la “buena vecindad”, que fue el punto de partida inicial de esta investigación. Véase Ricardo D. Salvatore (comp.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2007 y Juan Pablo Scarfi, “Re-configuraciones del saber jurídico. James Brown Scott reflota la obra de Vitoria desde Estados Unidos en años de entreguerra” en Salvatore (comp.), *Los lugares*, op. cit., páginas 269-293.

de una historia local central. Por otra parte, como destaca Salvatore, muchos trabajos recientes que analizan la relación entre lo local y lo global han tendido a cuestionar la noción de lugar en la transmisión y diseminación del conocimiento. Sin embargo, la mejor estrategia para comprender la interacción entre las pulsiones locales y universales, señala el autor, es presentar los conocimientos locales dentro de una red transnacional de individuos, instituciones y prácticas concretas, teniendo en cuenta la geopolítica del conocimiento y las relaciones de poder que se ven implicadas en este proceso interactivo. Una de las conclusiones centrales de Salvatore es que “las condiciones locales tienden a influir decisivamente en las posibilidades de arraigo y expansión de determinadas empresas de conocimiento”¹⁴.

El contexto norteamericano y el debate en la historiografía y el pensamiento político-jurídico sobre el imperialismo

En el caso de este libro, el contexto local de los Estados Unidos fue claramente propicio para la propagación del derecho internacional en las Américas. La “historia local” del derecho internacional norteamericano, gracias a la labor de Brown Scott, y a las redes panamericanas de derecho internacional, se transformó en un diseño imperial que, al proponer un concepto global o bien continental acerca de la existencia de un derecho internacional panamericano, tendió a negar las propias historias locales del derecho en cada uno de

los países latinoamericanos. De este modo, el lugar de enunciación del saber norteamericano sobre el derecho internacional terminó elevándose a una plataforma primero hemisférica y luego global, ya que era transmitido por múltiples redes y agentes. Por una parte, era propagado por Brown Scott desde los Estados Unidos, así como también desde organismos y publicaciones panamericanas. Por otra parte, era diseminado también por intelectuales y figuras políticas latinoamericanas desde instituciones y publicaciones norteamericanas, panamericanas y latinoamericanas. Asimismo, era difundido por Brown Scott y las elites políticas e intelectuales latinoamericanas desde conferencias y organismos panamericanos y latinoamericanos. Ciertas cuestiones netamente locales como los derechos de las tribus indígenas, y la diversidad étnica y racial, no llegaron a tematizarse sustancialmente. En la misión civilizadora de diseminar el derecho internacional por medio de un concepto monista algunas veces norteamericano y otras veces panamericano de la disciplina hacia todo el continente americano, estos factores quedaron afuera del interés primordial de este proyecto de diseño político y cultural imperial.

El imperio de la ley se inscribe, como señalé, en el campo de la historia intelectual, ya que analiza la historia de la disciplina del derecho internacional norteamericano y su impacto en América Latina. Desde un entendimiento amplio de la historia intelectual, tanto historiadores del derecho internacional y del pensamiento jurídico-político como filósofos

¹⁴Salvatore, “Introducción. Los lugares del saber”, en Salvatore (comp.), *Los lugares*, op. cit., página 13.

y teóricos contemporáneos han contribuido recientemente a renovar estos debates. En este sentido, el imperialismo en el discurso y la disciplina del derecho internacional ha comenzado a atraer la atención de numerosos teóricos en el ámbito de la filosofía política, la historia del pensamiento político, así como entre los teóricos e historiadores del derecho internacional. El conocido y polémico trabajo de Antonio Negri y Michael Hardt, *Imperio* (2002), se propuso renovar desde un enfoque “interdisciplinario”, los estudios de la temática del imperialismo. Estos autores consideran que “el imperialismo ha terminado”, tal como era agenciado de manera unidireccional por parte de los Estados nacionales en el siglo XIX. Por ello, se sirven del concepto de “imperio”, para aludir a un orden global posmoderno e inmanente en el que los Estados nacionales y soberanos han perdido su rol protagónico¹⁵. En el primer capítulo de este trabajo, Hardt y Negri señalan que el nuevo orden global imperial nació como producto de un nuevo derecho internacional imperial que se plasmó en la fundación de las Naciones Unidas y en el discurso de juristas como Hans Kelsen que le dieron un fundamento jurídico a esa nueva forma de organización política internacional¹⁶. Retomando ciertas ideas propuestas por los filósofos franceses Gilles Deleuze y Michel Foucault acerca de las nuevas formas que adoptaron las relaciones de poder en las sociedades contemporáneas y ciertos aportes provenientes de los estudios postcoloniales, Hardt y Negri destacan que el nuevo orden imperial es

inmanente, carece de un poder centralizado, y opera como una sociedad de control y como un biopoder, es decir, por medio de tecnologías de poder aplicadas al control de la vida. Más allá de las importantes críticas que ha recibido, este trabajo polémico ha contribuido a profundizar notablemente la discusión acerca de la relación entre el discurso del derecho internacional, y la construcción y el desarrollo de los imperios. Asimismo, el importante historiador del pensamiento político Anthony Pagden, desde sus primeros trabajos sobre la relación entre el imperialismo español de la temprana modernidad y el pensamiento político-jurídico surgido de dicha experiencia, ha contribuido, por su parte, al estudio del imperialismo desde la perspectiva del pensamiento político. En su primer trabajo *The Fall of Natural Man* (1982), complementado luego por *Spanish Imperialism and Political Imagination* (1990), Pagden vincula la experiencia imperial española al surgimiento de un pensamiento político escolástico-medieval civilizador, con implicancias raciales y antropológicas acerca de la condición de los indios americanos¹⁷. Con estos aportes, la vieja discusión sobre el imperialismo cobró nueva vida, a partir de la comprensión de sus vínculos con la teoría jurídico-política, la antropología cultural y las diferencias raciales.

Estas discusiones sobre la relación entre la construcción de los imperios y el discurso del

¹⁵ Véase Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2002, páginas 13-14.

¹⁶ Véase Hardt y Negri, *Imperio*, op. cit., páginas 19-33.

¹⁷Véase Anthony Pagden, Anthony, *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, Madrid: Alianza Editorial, 1998 y Pagden, *Spanish Imperialism and Political Imagination. Studies in European and Spanish-American Social and Political Theory, 1513-1830*, New Haven, Yale University Press, 1990.

derecho internacional, abiertas por trabajos como los de Hardt y Negri y los de Pagden, así como también por los estudios postcoloniales y los aportes de Edward Said,¹⁸ han tenido un impacto profundo entre los teóricos e historiadores del derecho internacional. En dos trabajos recientes Martti Koskenniemi y Antony Anghie, dos teóricos e historiadores del derecho internacional, señalan y comparten la idea de que la historia del derecho internacional estuvo dominada siempre por una “misión civilizadora” basada en las diferencias culturales. Mientras que el primero de ellos rastrea ese impulso civilizador en las diferentes tradiciones continentales de la disciplina, concentrándose fundamentalmente en Europa, el segundo, haciendo uso de aportes provenientes de los estudios postcoloniales (en particular de los trabajos de Edward Said) y situando el origen imperial de la disciplina en la obra de Francisco de Vitoria, resalta el importante rol que tuvo el imperialismo y la construcción de diferencias étnicas en la configuración del derecho internacional moderno¹⁹.

En este libro me propongo retomar el aporte de estos trabajos y contribuir a la discusión acerca de la relación entre la hegemonía de los Estados Unidos en América Latina y el

¹⁸ Cabe mencionar el gran impacto que tuvieron los importantes trabajos de Said en los recientes estudios sobre el imperialismo. Véase, en este sentido, Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996. Un excelente análisis sobre el impacto de los trabajos de Said, puede encontrarse en Rosenberg, Emily S. (2004), “Considering Borders”, en Michael J. Hogan y Thomas G. Paterson (comps.), *Explaining the History of American Foreign Relations*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, páginas 176-193.

¹⁹ Véase Koskenniemi, *Gentle*, op. cit. y Anghie, *Imperialism*, op. cit., páginas 1-12.

desarrollo del derecho internacional en el continente. En los últimos años, la historia del derecho internacional se ha renovado notablemente como un campo de estudios inter-disciplinarios que reúne a historiadores, estudiosos del derecho, teóricos políticos y especialistas en relaciones internacionales, gracias a los trabajos de algunos de los autores que ya he mencionado y también de otras contribuciones recientes.²⁰ Asimismo, en el campo específico de la historia del derecho internacional norteamericano y latinoamericano, han aparecido recientemente importantes aportes que han renovado el campo, algunos de los cuales se han ocupado de la obra de Brown Scott y algunos importantes juristas latinoamericanos.²¹ Sin embargo, la cuestión

²⁰ Un excelente resumen del reciente desarrollo del campo de la historia del derecho internacional puede encontrarse en De la Rasilla del Moral (2010). Además de los trabajos de Koskenniemi y de Anghie ya citadas, véase, por ejemplo, Bardo Fassbender y Anne Peters (comps.), *The Oxford Handbook of the History of International Law*, Oxford: Oxford University Press, 2012, Stephen C. Neff, *Justice Among Nations: A History of International Law*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014, Neff, “A Short History of International Law,” en Malcolm D. Evans (comp.), *International Law*, Nueva York: Oxford University Press, 2003, páginas 31-58, Neff, *War and the Law of Nations: A General History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, y Casper Sylvest, “‘Our Passion for Legality’: International Law and Imperialism in Late Nineteenth-century Britain,” *Review of International Studies*, Vol. 34, no. 3 (2008): páginas 403-423.

²¹ Para el caso de los Estados Unidos y el pensamiento de Brown Scott, véase Mark Weston Janis, *America and the Law of Nations, 1776-1939*, Oxford: Oxford University Press, 2010., Janis, *The American Tradition of International Law: Great Expectations, 1789-1914*, Oxford: Oxford University Press, 2004, Janis “North America: American Exceptionalism in International Law,” en Fassbender, Bardo y Anne Peters (comps.), *The Oxford Handbook of the History of International Law*, Oxford: Oxford University Press, 2012, páginas 525-552, Frederic L. Kirgis, *The American Society of*

abordada específicamente en este libro acerca de la relación entre la construcción de la hegemonía de los Estados Unidos en América Latina y el desarrollo del derecho internacional, es decir, el imperialismo legal estadounidense en la región en los años del panamericanismo ha merecido muy poca atención entre los historiadores del pensamiento jurídico-político internacional, los estudiosos del derecho internacional y las relaciones internacionales. Este libro viene a cubrir, entonces, un vacío importante.

International Law's First Century, 1906-2006, Leiden/Boston, Martinus Nijhoff Publishers, 2006, Jonathan Zasloff, "Law and the Shaping of American Foreign Policy: From the Gilded Age to the New Era," *New York University Law Review*, Vol. 78 (2003): páginas 239-273, Benjamin Coates, "Transatlantic Advocates: American International Law and U.S. Foreign Relations, 1898-1919," PhD dissertation, Columbia University, 2010, y John Hepp, John, "James Brown Scott and the Rise of Public International Law," *Journal of the Gilded Age and Progressive Era*, Vol. 7, no. 2 (2008): páginas 151-179. Sobre América Latina, véase Arie M. Kacowicz, *The Impact of Norms in International Society: The Latin American Experience, 1881-2001*, Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2005, Jorge L. Esquirol, Jorge L. (2012), "Latin America," en Fassbender, Bardo y Anne Peters (comps.), *The Oxford Handbook of the History of International Law*, Oxford, Oxford University Press, 2012, páginas 553-577, Esquirol, "Alejandro Alvarez's Latin American Law: A Question of Identity", *Leiden Journal of International Law*, Volume 19, 2006, páginas 931-956, Arnulf Becker Lorca, Arnulf, "International Law in Latin America or Latin American International Law? Rise, Fall and Retrieval of a Tradition of Legal Thinking and Political Imagination", *Harvard Journal of International Law*, Vol. 47 (2006), páginas 283-305, Becker Lorca, "Alejandro Alvarez Situated: Subaltern Modernities and Modernisms that Subvert", *Leiden Journal of International Law*, Volume 19, 2006, páginas 879-930, Liliana Obregón, "Noted for Dissent: The International Life of Alejandro Álvarez," *Leiden Journal of International Law*, Vol. 19 No. 4 (2006), páginas 983-1016, y Obregón, "The Colluding Worlds of the Lawyer, the Scholar and the Policy-Maker: A View of International Law from Latin America," *Wisconsin International Law Journal*, Vol. 32, no. 1 (2005): páginas 145-172.

Desde el punto de vista de la perspectiva adoptada, este libro ofrece una contribución al debate contemporáneo acerca del excepcionalismo norteamericano. Como señala Michael Ignatieff en un reciente trabajo *American Exceptionalism and Human Rights* (2005), la paradoja central del excepcionalismo norteamericano es que los Estados Unidos promueven de manera enfática, extensiva y global ciertos estándares de derechos humanos, pero a la vez se resisten a estar sujetos a los mismos. Esto se explica porque dicho país considera que estos estándares son sinónimos de los valores norteamericanos, "...pero si los derechos humanos son los valores norteamericanos corporizados en una escala más amplia, luego, paradójicamente, -señala Ignatieff- los norteamericanos no tienen nada que aprender de los derechos humanos internacionales"²². El estudio del imperialismo legal norteamericano puede contribuir desde una perspectiva nueva a la discusión sobre los orígenes y los fundamentos del excepcionalismo norteamericano.

Respecto a la ciencia del derecho internacional, Brown Scott no pareció estar dispuesto a aprender de las experiencias locales y de los distintos desarrollos realizados en la disciplina en los países latinoamericanos. Sin embargo, en varias oportunidades se apoyó en los aportes académicos y la ayuda realizados por intelectuales y figuras políticas de América Latina, como Alejandro Alvarez (Chile),

²² Michael Ignatieff, "Introduction: American Exceptionalism and Human Rights", en Ignatieff (comp.), *American Exceptionalism and Human Rights*, Princeton, Princeton University Press, 2005, página 14.

Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén (Cuba), Cosme de la Torriente (Cuba) y Luis Anderson (Costa Rica). Brown Scott contribuyó profundamente a la construcción de un derecho internacional panamericano que se configuró bajo el liderazgo de los Estados Unidos y que fue en gran medida una suerte de extensión del excepcionalismo y la especificidad norteamericanos a un concepto unitario y homogéneo de las Américas que negó la diversidad del derecho de cada uno de los países del continente.

Este libro explora fundamentalmente los imaginarios legales e imperiales de los Estados Unidos en América Latina a la luz de las ideas, los proyectos, la trayectoria y la influencia de James Brown Scott y por ello tiene un alcance modesto circunscripto a la naturaleza de ese imaginario y en menor medida a su impacto continental. Ciertas cuestiones (como el análisis geográfico completo de la extensión e influencia que tuvieron las ideas y los proyectos de Brown Scott en cada uno de los países latinoamericanos), han quedado deliberadamente fuera.²³ Me he propuesto mostrar, por una parte, las áreas en las que el

pensamiento de Brown Scott y su proyecto de organización internacional tuvieron mayor impacto como Cuba y ciertas zonas de Centroamérica, en contraste con otras que no fueron centrales en su esquema como la Argentina. Por otra parte, la influencia efectiva de sus planteos entre las elites latinoamericanas más cercanas y más directamente involucradas en sus proyectos, como Alejandro Alvarez, Luis Anderson, Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén y Cosme de la Torriente, en contraste con el impacto limitado que tuvieron los mismos, por ejemplo, entre algunos intelectuales argentinos como Estanislao S. Zeballos y José León Suárez. Queda fuera de los propósitos de este trabajo rastrear el alcance continental del pensamiento de Brown Scott y las distintas respuestas latinoamericanas. Decidí concentrarme, en cambio, en la propagación del derecho internacional norteamericano en las Américas, resaltando ante todo los propósitos hemisféricos y globales de Brown Scott y las redes que construyó. En otras palabras, se trata de un libro centrado en los Estados Unidos y la misión civilizadora del derecho internacional norteamericano en América Latina. Por ello, esta última región no es el centro de interés del mismo.

Sin embargo, cabe decir algunas palabras sobre la relevancia que este trabajo puede tener en el contexto geopolítico actual de América Latina y cómo se enmarca en el mismo, así como también en los debates clásicos y más recientes acerca del alcance y los límites de la hegemonía y el imperialismo estadounidense en la región. Como se sabe, el reciente ascenso de China, India y Brasil y la

²³ El alcance continental de las ideas de Brown Scott y en particular la conformación de un derecho internacional americano específicamente hemisférico lo he analizado en otro trabajo. Véase Juan Pablo Scarfi, "International Law and Pan-Americanism in the Americas, 1890-1942," Ph.D. dissertation, University of Cambridge, 2014. Una versión ampliada de este trabajo será publicada próximamente por Oxford University Press bajo el siguiente título: *The Hidden History of International Law in the Americas: Empire and Legal Networks*. Sobre este punto, véase también Scarfi, "In the Name of the Americas: The Pan-American Redefinition of the Monroe Doctrine and the Emerging Language of American International Law in the Western Hemisphere, 1898-1933," *Diplomatic History* Vol. 40, no. 2 (2016): 189-218.

progresiva declinación de la hegemonía global de los Estados Unidos han redefinido profundamente el lugar de América Latina en la política mundial. Asimismo, las políticas de Estado domésticas y también la política exterior de muchos países de la región se ha apartado notablemente del Consenso de Washington y las políticas económicas neoliberales que fueron dominantes en los años 1990s y se ha producido lo que los politólogos Steven Levitsky y Kenneth Roberts han denominado “el resurgimiento de la izquierda latinoamericana.”²⁴ En el ámbito de las relaciones internacionales y la política exterior, esto llevó a que se conformara una alianza y unión latinoamericana más estrecha que desembocó en la conformación de UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) y el ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América) y ante todo en el progresivo distanciamiento y cuestionamiento por parte de gran parte de los países latinoamericanos de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y de otras instituciones interamericanas, asociadas al liderazgo continental de los Estados Unidos. En un escenario como el actual, este libro viene a ofrecer una genealogía histórica del imperialismo legal estadounidense en el contexto de la conformación y consolidación de las instituciones interamericanas. Por ello, puede echar luz sobre los rumbos que adoptó la política exterior de los Estados Unidos en América Latina en los orígenes del sistema interamericano y las alternativas y

proyección internacional que la región tiene en el novedoso contexto actual para desarrollar una política internacional bien informada por los procesos históricos, y formular una agenda internacional latinoamericana para el futuro.

El estudio del imperialismo norteamericano y su hegemonía en América Latina

La historiografía clásica y más reciente acerca del imperialismo -y también del anti-imperialismo- no ha dejado de interpelar el debate actual sobre la naturaleza de la hegemonía estadounidense en la región, desde Lenin y Hobson hasta Hardt y Negri, pasando por la teoría de la dependencia, la historiografía inglesa del imperialismo informal y los estudios post-coloniales del imperialismo cultural de Said. Como ha observado Tulio Halperín Donghi, la hegemonía estadounidense y ante todo la brecha económica entre los Estados Unidos y América Latina, fue, desde comienzos del siglo XIX, un objeto de reflexión importante para los intelectuales y políticos latinoamericanos.²⁵ No es una mera coincidencia que hacia finales del siglo XIX, en particular en el contexto del período abordado en este ensayo, se fue conformando en América Latina lo que Oscar Terán llamó el “primer anti-imperialismo latinoamericano”, representado por intelectuales y escritores emblemáticos del modernismo, como, entre otros, José Martí,

²⁴ Véase Steven Levitsky y Kenneth M. Roberts (comps.) (2011), *The Resurgence of the Latin American Left*, John Hopkins University Press, Baltimore, Maryland, 2011.

²⁵ Véase Halperín Donghi, Tulio (2006), “Dos siglos de reflexiones sudamericanas sobre la brecha entre América Latina y Estados Unidos,” en Francis Fukuyama (comp.), *La brecha entre América Latina y Estados Unidos: determinantes políticos e institucionales del desarrollo económico*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006, páginas 31-77.

José Enrique Rodó y Rubén Darío.²⁶ Sin embargo, como ha destacado recientemente Ricardo Salvatore, al menos desde el punto de vista analítico, las intervenciones culturales, y en este caso el pensamiento jurídico internacional, del imperio informal norteamericano en la región pueden ser distinguidas de la recepción y resistencia antiestadounidense o antiimperialista impulsadas por los países latinoamericanos.²⁷ De todos modos, aunque no forma parte del foco de interés de este libro, es importante destacar que ante las iniciativas imperiales y hegemónicas impulsadas por los Estados Unidos en la región, en particular las intervenciones militares, la Doctrina Monroe y la emergencia del panamericanismo, la resistencia latinoamericana fue ostensible entre 1900 y 1939, pese a que tendió a asumir un tono idealista y arielista de denuncia. En otras palabras, exceptuando algunas figuras de la elite política e intelectual argentina como Roque Sáenz Peña y Vicente G. Quesada, así como también algunos escritos específicos de Martí y de otros intelectuales latinoamericanos, estas reacciones no respondieron directa y explícitamente a las iniciativas legales y diplomáticas norteamericanas analizadas en este libro.²⁸

²⁶ Oscar Terán, “El primer antiimperialismo latinoamericano,” en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, páginas 85-97.

²⁷ Ver Salvatore, *Imágenes*, op. cit., página 12.

²⁸ Esta cuestión la he analizado en un reciente artículo. Véase Juan Pablo Scarfi, “La emergencia de un imaginario latinoamericanista y antiestadounidense del orden hemisférico: de la Unión Panamericana a la Unión Latinoamericana (1880-1913),” *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39 (2013), páginas 81-104. Sobre este punto véase también Paula Bruno, “Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo

Como han observado Terán y la historiadora británica Nicola Miller, el temprano anti-imperialismo latinoamericano se caracterizó por desarrollar una crítica excesivamente idealista y defensiva que careció de un análisis sistemático y concreto de la naturaleza económica y jurídico-política de la hegemonía estadounidense.²⁹ Este legado

sobre las observaciones de Miguel Cané, Paul Groussac, Eduardo Wilde y Martín García Mérou en el fin-de-siglo”, *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39 (2013), páginas 23-38. Cabe señalar que recientemente varios historiadores intelectuales y culturales de América Latina han comenzado a reexaminar las ideologías antiimperialistas de manera innovadora, prestando una especial atención a las redes intelectuales y conexiones continentales. Véase, por ejemplo, Martín Bergel, Martín, “América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista. 1898-1936,” *Cuadernos de Historia*, No 36, (2012), páginas 7-36, Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, “América Latina como práctica: Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en Altamirano, Carlos (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II, Buenos Aires, Katz, 2010, páginas 119-145, Alexandra Pita González, *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación: redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, Colegio de México, 2009, Ricardo Melgar Bao, “Un neobolivarianismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas [UCSAYA],” *Políticas de la memoria*, No 6/7, (2007), páginas 149-163, Eduardo Devés Valdés y Ricardo Melgar Bao, “Redes teosóficas y pensadores (políticos) latinoamericanos, 1910-1930,” en Eduardo Devés Valdés, *Redes intelectuales en América Latina*. Santiago de Chile, Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Chile, 2007, Daniel Kersfeld, “La liga antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo,” *Políticas de la memoria*, No 6/7, (2007), páginas 143-148, y los artículos incluidos en Alexandra Pita González y Carlos Marichal (comps.), *Pensar el antiimperialismo: Ensayos de historia intelectual latinoamericana*, México, El Colegio de México, 2012.

²⁹ Véase Terán, “El primer”, op. cit., Terán, “El espiritualismo y la creación del anti-imperialismo latinoamericano,” en Ricardo D. Salvatore (comp.), *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo

arielista, modernista y denunciador tuvo un influjo duradero en el pensamiento latinoamericano sobre los Estados Unidos y en el modo en que tendió a interpretarse la naturaleza del imperialismo norteamericano. Por ello, resulta imperioso comenzar a sentar las bases de un pensamiento latinoamericano empíricamente instruido acerca de la naturaleza de la hegemonía estadounidense en la región para poder desarrollar una reflexión mejor informada y no por ello neutral, sino más bien crítica, acerca de la historia de la hegemonía y del imperialismo norteamericanos en la región y sus resonancias en el presente. La influencia del derecho internacional estadounidense y panamericano en América Latina, explorada en este trabajo, fue un precedente importante en el modo en que los derechos humanos y la democracia fueron luego concebidos, promovidos y practicados en las Américas durante la Guerra Fría.³⁰

Otro momento particularmente álgido en la reflexión sobre la naturaleza de la hegemonía norteamericana en América Latina fue sin duda la emergencia de la teoría de la

Editora, 2005, páginas 301-314, y Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth Century Spanish America*, London: Verso, 1999, páginas 174-209.

³⁰ Sobre la promoción estadounidense de los derechos humanos, la asistencia económica dirigida desde los Estados Unidos y el imperialismo legal en América Latina durante la Guerra Fría, véase Gardner, *Legal Imperialism*, op. cit. y Yves Dezalay y Bryant G. Garth, *The Internationalization of Palace Wars: Lawyers, Economists and the Contest to Transform Latin American States*, Chicago, The University of Chicago Press, 2002. Sobre el impacto de la Guerra Fría en América Latina y en particular las políticas culturales estadounidenses en la región, véase el excelente libro de Benedetta Calandra y Marina Franco (comps.), *La Guerra Fría cultural en América Latina: desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2012.

dependencia, una tradición y escuela de pensamiento que tuvo un alcance internacional y ante todo un influjo notable en la formulación de una agenda de política económica regional en una circunstancia geopolítica específica, como lo fue la Guerra Fría. A partir de los años 1990s, historiadores y estudiosos de las ciencias sociales han vuelto su mirada hacia estos enfoques en un intento de revisar sus aciertos y desaciertos, y también la vigencia y los límites de este importante legado latinoamericano en la actualidad.³¹ Como se sabe, la teoría de la dependencia tendió a concentrarse casi exclusivamente en las disparidades económicas, y en menor medida políticas, entre los países centrales y los periféricos, y cómo esa estructura de relaciones económicas internacionales afectaba la capacidad de las economías y los Estados latinoamericanos para formular políticas económicas autónomas.³² Como ha

³¹ Véase Robert A. Packenham, *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992, Joseph L. Love, "The Origins of Dependency Analysis," *Journal of Latin American Studies*, Vol. 22, no. 1 (1990): páginas 143-168, Love, "The Rise and Decline of Economic Structuralism in Latin America: New Dimensions," *Latin American Research Review*, Vol. 40, no. 3 (2005): páginas 100-125, y Fernanda Beigel, "Dependency Analysis: The Creation of New Social Theory in Latin America", en Sujata Patel (comp.), *The ISA International Handbook of Diverse Sociological Traditions*, Londres: Sage, 2010, páginas 189-200.

³² El clásico trabajo fundante de la escuela de la dependencia es sin duda Cardoso y Faletto (2003). Un ejemplo representativo y lúcido de la escuela de la dependencia aplicado al estudio de las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, puede encontrarse en Octavio Ianni y Marcos Kaplan, *América Latina y Estados Unidos. Relaciones políticas internacionales y*

observado el historiador Gilbert Joseph, la interacción cultural y bidireccional entre los Estados Unidos y América Latina en el contexto de la conformación y expansión del poderío estadounidense en la región ha tendido a ser pasada por alto por la teoría de la dependencia.³³ En particular, el impacto de la transferencia de modelos estadounidenses y panamericanos en materia de derecho internacional ha merecido muy poca atención, a pesar de que estas aspiraciones ocuparon un lugar importante en la construcción de la hegemonía norteamericana en las Américas en el contexto de la formación del sistema interamericano, tal como he intentado mostrar en este libro. No obstante, la teoría de la dependencia constituye un legado valioso, puesto que contribuyó al desarrollo de una reflexión latinoamericana sistemática, aunque por cierto no exenta de enfoques unidireccionales y reduccionistas, sobre la naturaleza, evolución y desarrollo de la hegemonía estadounidense en América Latina. Este trabajo intenta ser una contribución en el desarrollo de una tradición latinoamericana y latinoamericanista en la reflexión sistemática sobre estas cuestiones que, si bien necesita ser renovada y diversificada hacia una multiplicidad de planos culturales, jurídicos,

y sociales, en el contexto del presente no ha perdido su pertinencia y actualidad.

Scott combinó de manera bastante flexible una carrera política en la práctica y el desarrollo del derecho internacional con la actividad académica. Fue consejero legal del Secretario de Estado norteamericano Elihu Root durante la presidencia de Theodore Roosevelt (1901-1909). En los años subsiguientes siguió trabajando para el Departamento de Estado. En el campo académico, Scott creó el Departamento de Derecho de la University of Southern California, fundó la *ASIL* en 1906, fue prácticamente durante toda su carrera Secretario General y Director de la División de Derecho Internacional de la *CEIP* y creó el *AIAL*, un organismo panamericano que reunió a las sociedades de derecho internacional de todos los países del continente americano. Este trabajo consta de cinco capítulos y de unas conclusiones finales. En ellos analizo, entonces, las ideas teóricas de Scott sobre el derecho internacional, su labor práctica en la política exterior y la diplomacia legal de los Estados Unidos, su concepción etnocéntrica del derecho internacional y la diseminación e impacto de su actividad en América Latina a través de las redes y los organismos panamericanos de derecho internacional que contribuyó a crear.

En el capítulo 1, examino las ideas e iniciativas de Scott dirigidas a promover la construcción de cortes internacionales de justicia en el continente americano y en el mundo a partir de 1907. Estudio también los orígenes de la “misión civilizadora” que los Estados Unidos promovieron en América Latina en materia de justicia internacional.

dependencia, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1973 y Ianni, *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*, México, Siglo XXI editores, 1971.

³³ Gilbert M. Joseph, “Close Encounters. Toward a New Cultural History of US-Latin American Relations”, en Joseph, Gilbert M.; Catherine C. LeGrand y Ricardo D. Salvatore (comps.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Duke University Press, 1998, páginas 3-46.

Profundizo en la labor de Scott como consejero legal de Root y promotor de la diplomacia legal, y de las cortes de justicia internacionales y continentales. En el capítulo 2, analizo la labor educadora y editorial desarrollada por Scott desde distintos organismos como la *CEIP*, la *ASIL* y el *American Journal of International Law* (*AJIL*)³⁴, editado por ese último organismo, y consagradas a impulsar el desarrollo y la difusión del derecho internacional entre la opinión pública y los círculos académicos y educativos de su país entre 1906 y 1916. Desde su fundación en 1906 hasta 1924, Scott fue editor general del *AJIL*, promoviendo desde esta posición la publicación de colaboraciones, trabajos y notas editoriales sobre América Latina y de figuras políticas y especialistas latinoamericanos. Aquí también examino la concepción de Scott acerca de la naturaleza del derecho internacional, la que estaba basada, a su entender, en la tradición sajona y norteamericana del “derecho común”. En el capítulo 3, analizo cómo Scott, entre 1909 y 1916, extendió su proyecto doméstico de promover el desarrollo del derecho internacional a una escala continental. Por medio de instancias y organismos panamericanos (como el Primer y Segundo Congreso Científico Panamericano, otros Congresos Panamericanos y la creación del *AJIL*), así como también a partir de las redes intelectuales y políticas que construyó con importantes miembros de las elites latinoamericanas, Scott logró reproducir a una escala continental la misión educadora que había promovido antes en su país. Su encuentro con Alejandro Alvarez, quien

afirmaba que existía un derecho internacional continental específicamente americano, y la construcción del *AJIL*, le permitieron propagar y legitimar un concepto a la vez norteamericano y panamericano del derecho internacional.

En el capítulo 4, estudio la extensión y el impacto de las ideas y las políticas editoriales de Scott en Cuba. Por un lado, a través de la *Revista de Derecho Internacional* (*RDI*) publicada en La Habana, patrocinada por el *AJIL*, y por otro lado, a través de los contactos intelectuales y diplomáticos que estableció entre 1912 y 1930 con importantes miembros de las elites políticas e intelectuales cubanas, como Antonio Sánchez de Bustamante y Sirvén y Cosme de la Torriente. La “misión civilizadora” del derecho internacional norteamericano encontró sin duda su mejor puerto en Cuba. Fue la isla un terreno fértil desde el cual Scott pudo diseminar el derecho internacional (panamericano) hacia América Latina. En el capítulo 5, me ocupo de la última etapa de su carrera académica y política durante los años 1930, cuando Scott era reconocido como una gran figura del derecho internacional. En estos años, Scott se propuso recuperar el pensamiento de Francisco de Vitoria, el pensador español del siglo XVI. En Vitoria, Scott vio los orígenes y fundamentos del derecho internacional moderno y una posibilidad para configurar sobre nuevas bases la disciplina en el futuro. En rigor, Scott no abandonó su concepción etnocéntrica, fuertemente norteamericana, panamericana y monista del derecho internacional, sino que la combinó con una búsqueda de un principio moral para el derecho internacional moderno. Por último, en las conclusiones,

³⁴ En adelante me referiré a esta revista utilizando la abreviación *AJIL*.

analizo en un sentido más general la naturaleza y los alcances de la “misión civilizadora” del derecho internacional norteamericano en América Latina y las distintas formas que asumió el imperialismo legal de los Estados Unidos en la región. Discuto en esa sección, cómo en algunas circunstancias esta influencia fue etnocéntrica; por ejemplo; cuando los Estados Unidos intentaron hacer valer sus tradiciones legales y políticas locales, como su Corte Suprema de Justicia o su tradición del “derecho común”. En otros contextos, cuando los Estados Unidos impulsaron una idea panamericana y uniforme de la solidaridad hemisférica, el imperialismo legal fue homogeneizador y monista, y negó, de esta manera, las múltiples y distintas tradiciones legales locales de cada uno de los países del continente americano.

BIBLIOGRAFÍA

- Anghie, Antony, *Imperialism, Sovereignty, and the Making of International Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- Becker Lorca, Arnulf, "International Law in Latin America or Latin American International Law? Rise, Fall and Retrieval of a Tradition of Legal Thinking and Political Imagination", *Harvard Journal of International Law*, Vol. 47 (2006), pp 283-305.
- Bergel, Martín, "América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista. 1898-1936," *Cuadernos de Historia*, No 36, (2012), páginas 7-36.
- Braillard, Philippe y Senarclens, Pierre de, *El imperialismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Bruno, Paula, "Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo sobre las observaciones de Miguel Cané, Paul Groussac, Eduardo Wilde y Martín García Mérou en el fin-de-siglo", *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39 (2013), páginas 23-38.
- Calandra, Benedetta y Franco, Marina (comps), *La Guerra Fría cultural en América Latina: desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2012.
- Coates, Benjamin, "Transatlantic Advocates: American International Law and U.S. Foreign Relations, 1898-1919," PhD dissertation, Columbia University, 2010.
- Cox, Robert W. (1996), "Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method," en *Approaches to World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, páginas 124-143.
- Dezalay, Yves y Bryant G. Garth, *The Internationalization of Palace Wars: Lawyers, Economists and the Contest to Transform Latin American States*, Chicago, The University of Chicago Press, 2002.
- Esquirol, Jorge L., "Latin America," en Bardo Fassbender y Anne Peters (comps), *The Oxford Handbook of the History of International Law*, Oxford: Oxford University Press, 2012, páginas 553-577.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Gardner, James A., *Legal Imperialism. American Lawyers and Foreign Aid in Latin America*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1980.
- Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1972.

- Hardt, Michael y Negri, Antonio, Imperio, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2002.
- Hepp, John, "James Brown Scott and the Rise of Public International Law," *Journal of the Gilded Age and Progressive Era*, Vol. 7, no. 2 (2008): 151-179.
- Ianni, Octavio y Marcos Kaplan, América Latina y Estados Unidos. Relaciones políticas internacionales y dependencia, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1973.
- Ignatieff, Michael, "Introduction: American Exceptionalism and Human Rights", en Ignatieff, Michael (comp.), *American Exceptionalism and Human Rights*, Princeton, Princeton University Press, 2005, páginas 1-26.
- Janis, Mark Weston, "North America: American Exceptionalism in International Law," en Bardo Fassbender y Anne Peters (comps.), *Oxford Handbook of the History of International Law*, Oxford: Oxford University Press, 2012, pp. 525-552.
- Joseph, Gilbert M., "Close Encounters. Toward a New Cultural History of US-Latin American Relations", Joseph, Gilbert M.; Catherine C. LeGrand and Ricardo D. Salvatore (comps), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, NC, Duke University Press, 1998, pp. 3-46
- Kirgis, Frederic L., *The American Society of International Law's First Century, 1906-2006*, Leiden/Boston, Martinus Nijhoff Publishers, 2006.
- Koskenniemi, Martti, *The Gentle Civilizer of Nations: The Rise and Fall of International Law, 1870-1960*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Mignolo, Walter D., *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledge and Border Thinking*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 2000.
- Miller, Nicola, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth Century Spanish America*, London: Verso, 1999.
- Morgenfeld, Leandro. *Vecinos en conflicto: Argentina y Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1889-1955)*. Buenos Aires, Continente, 2011.
- Neff, Stephen C., *Justice Among Nations: A History of International Law*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014.
- Nurnberger, Ralph Dingmann, "James Brown Scott, Peace through Justice", Ph.D. dissertation, Georgetown University, 1975.
- Obregón, Liliana, "The Colluding Worlds of the Lawyer, the Scholar and the

Policy-Maker: A View of International Law from Latin America,” *Wisconsin International Law Journal*, Vol. 32, no. 1 (2005): 145-172.

Pagden, Anthony, *Spanish Imperialism and Political Imagination. Studies in European and Spanish-American Social and Political Theory, 1513-1830*, New Haven and London: Yale University Press, 1990.

Pita González, Alexandra y Carlos Marichal (comps), *Pensar el antiimperialismo: Ensayos de historia intelectual latinoamericana*, México, El Colegio de México, 2012.

Portantiero, Juan Carlos, *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999.

Said, Edward W., *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.

Salvatore, Ricardo D., “Introducción. Los lugares del saber”, en Salvatore, Ricardo D. (comp.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2007, pp. 9-34.

Salvatore, Ricardo D., “Saber hemisférico y disonancias locales. Leo S. Rowe en Argentina, 1906-1919”, en Ricardo D. Salvatore (comp.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario,

Beatriz Viterbo Editora, 2007, pp. 317-357.

Salvatore, Ricardo D., *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.

Salvatore, Ricardo D., “Panamericanismo práctico. Acerca de la mecánica de la penetración comercial norteamericana”, en Salvatore, Ricardo D. (editor), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2005, pp. 269-300.

Scarfi, Juan Pablo, “In the Name of the Americas: The Pan-American Redefinition of the Monroe Doctrine and the Emerging Language of American International Law in the Western Hemisphere, 1898-1933,” *Diplomatic History* 40, no. 2 (2016): 189-218.

Scarfi, Juan Pablo, *El imperio de la ley: James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Scarfi, Juan Pablo, “International Law and Pan-Americanism in the Americas, 1890-1942,” Ph.D. dissertation, University of Cambridge, 2014.

Scarfi, Juan Pablo, “La emergencia de un imaginario latinoamericanista y antiestadounidense del orden hemisférico: de la Unión

Panamericana a la Unión Latinoamericana (1880-1913),” *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 39 (2013), páginas 81-104.

Scarfi, Juan Pablo, “Re-configuraciones del saber jurídico. James Brown Scott reflota la obra de Vitoria desde Estados Unidos en años de entreguerra” en Ricardo D. Salvatore (Editor), *Los Lugares del Saber. Contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2007, páginas 269-293.

Terán, Oscar, “El primer antiimperialismo latinoamericano,” en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 85-97.

Zasloff, Jonathan, “Law and the Shaping of American Foreign Policy: From the Gilded Age to the New Era,” *New York University Law Review*, Vol. 78 (2003): 239-273.



5. Alexandre Busko Valim *

Metódos pacíficos para debilitar las posiciones hostiles: el cine y la Guerra Fría en la mitad del siglo XX

ABSTRACT

Durante el período más tenso de la Guerra Fría, entre 1945 y finales de 1950, algunos estudios estadounidenses disminuyeron la producción de películas consideradas de buena calidad y de contenido social, considerado con sospecha por los sectores más conservadores de la sociedad. Pasaron a poner al mercado, dado la sugerencia o incluso la ejecución de estos sectores, decenas de producciones con propaganda anti-comunista, que tenía los costos más bajos, incluyendo lo que más tarde quedó conocido como películas b. Muchas películas han contribuido a construir o reforzar el estereotipo clásico de los "comunistas que comen bebés", no sólo en los Estados Unidos, ya que la producción de Hollywood fue dominante en las pantallas del mundo. Este artículo tiene como objetivo discutir brevemente dicha

* Universidade Federal de Santa Catarina – UFSC/Brasil.

producción y presentar algunas posibilidades de investigación sobre el tema

No final da década de 1940 e início da década seguinte, os EUA vivenciaram uma das maiores afluências anticomunistas de sua história. Apesar das “espetaculares mudanças econômicas”,¹ os problemas decorrentes da Guerra Fria geraram desconforto e medo não apenas dentro de seu território, mas também influenciaram suas relações exteriores, prolongando certa crise ideológica que surgiu no pós Segunda Guerra Mundial.

A América Latina pode ser citada como um bom exemplo da extensão de tais temores. O esforço comum dos EUA e de vários países, no tocante à contenção do *perigo comunista* na América Latina, resultou em várias medidas como o *Tratado Interamericano de Assistência Recíproca* (TIAR) firmado no Rio de Janeiro em 1947 e da *Organização dos Estados Americanos* (OEA), fundada em 1948 em Bogotá.²

Cf. LEUCHTENBURG, William E. Cultura de consumo e Guerra Fria. In: _____. (Org.) *O século inacabado*. Rio de Janeiro: Zahar Editores, 1976. v. 2, p. 703. No entanto, Eric J. Hobsbawm argumenta que o crescimento econômico estadunidense no pós-Segunda Guerra Mundial não foi tão espetacular, posto que o país já vinha desfrutando de uma franca expansão desde o início do conflito. Ao final da Segunda Guerra, os EUA haviam aumentado seu PIB em dois terços, e com uma produção industrial que alcançou quase dois terços da produção industrial do mundo. Cf. HOBBSAWM, Eric. *Era dos Extremos*. São Paulo: Companhia das Letras, 2000. p. 253-254.

Vide: MUNHOZ, Sidnei J. Ecos da emergência da Guerra Fria no Brasil (1947-1953). *Diálogos*, Maringá, v. 2, n. 6, 2002, p. 42-45. Vide também: Cf. BRASIL.

Nos EUA, as primeiras movimentações oficiais orientadas para a prevenção e combate ao comunismo, se iniciaram assim que a Segunda Guerra Mundial terminou.

Decreto n. 25.660, de 13 de outubro de 1948. Estabelece entre os Governos representados na Conferência Interamericana para a Manutenção da Paz e da Segurança no Continente, a consolidação e o fortalecimento de suas relações de amizade e boa vizinhança. Ministério das Relações Exteriores (Brasil). *Tratado Interamericano de Assistência Recíproca*. Disponível em: <<http://www.mre.gov.br/dai/tiar.htm>>. Acesso em: 05 nov. 2001, e ORGANIZAÇÃO dos Estados Americanos. *Carta da Organização dos Estados Americanos*. Bogotá, 1948. Dispõe sobre organização internacional que intenta uma ordem de paz e de justiça, para promover sua solidariedade, intensificar sua colaboração e defender sua soberania, sua integridade territorial e sua independência. Disponível em: <http://www.oas.org/juridico/portuguese/carta_da_organizacao_dos_estados.htm>. Acesso em: 05 nov. 2001. A política interamericana instaurada a partir de 1947 vem ao encontro da “política de blocos” descrita por Luigi Bonanate. De acordo com o autor, o que confere autoridade a um dos membros é a sua superioridade (sob todos os aspectos) em relação aos outros. Desse modo, o líder como um soberano no Estado policial assume o cuidado e a proteção dos interesses dos “súditos”. Para o autor, a integração econômica, a proteção militar, a homogeneidade política e a comunicação cultural fazem com que, para quem observa de fora, o conjunto dos Estados com esta organização se configure como um bloco. Ainda que não tenha havido uma integração tal qual aponta Bonanate, veremos no quarto capítulo que houve significativos esforços, sobretudo no campo da política e da cultura. Cf. BONANATE, Luigi. Política dos Blocos. In: BOBBIO, Norberto; MATTEUCCI, Nicola; PASQUINO, Gianfranco. *Dicionário de Política*. 5. ed. Brasília/São Paulo: Ed. UNB/Imprensa Oficial, 2000. p. 113-114. O anticomunismo no plano internacional, descrito por Luciano Bonet, no mesmo dicionário, coaduna com o denominado *Estado Policial* de Bonanate. De acordo com Bonet, no plano internacional, o anticomunismo foi utilizado por alguns países como mecanismo de interferência nos negócios internos de outras nações, a fim de prevenir e/ou reprimir os movimentos de inspiração comunista (ou tida como tal); caracterização que vai ao encontro de algumas ações estadunidenses abordadas no quarto capítulo. Cf. BONET, Luciano. Anticomunismo. In: BOBBIO, Norberto; MATTEUCCI, Nicola; PASQUINO, Gianfranco. *Dicionário de Política*. 5. ed. Brasília/São Paulo: Ed. UNB/Imprensa Oficial, 2000. p. 35.

Em 1945, um funcionário do Serviço de Informações dos Estados Unidos alertou ao seu superior, General William J. Donovan, então Diretor do *Office of Strategic Services* - OSS, que a União Soviética passaria a utilizar determinadas táticas “não convencionais”. Para ele a invenção da bomba atômica causaria uma mudança na balança de poder, alterando os métodos pacíficos ou não de exercer pressão internacional. Por esse motivo, os EUA experimentariam um acentuado incremento da importância de métodos “pacíficos”, posto que seus inimigos explorariam tais métodos para propagandizar, subverter, sabotar e exercer pressão sobre os EUA.³ O alerta levado ao OSS indica o início de uma Guerra Fria travada em um contexto psicológico e uma busca por “métodos pacíficos” de uso da propaganda para enfraquecer posições hostis.

Ainda durante a Segunda Guerra Mundial, a política liberal progressista do governo de Franklin Delano Roosevelt contribuiu de diversas formas para a construção de representações positivas dos soviéticos, então importantes aliados. Dentre tais representações, a produção de filmes simpáticos aos soviéticos, até mesmo com apoio financeiro, está entre as mais interessantes. Com fortes mudanças nas políticas interna e externa estadunidense, após a chegada de Harry S. Truman à presidência dos EUA, em 1945, filmes que outrora estiveram empenhados em mostrar os soviéticos de forma positiva passaram a ser considerados como subversivos. Seus

Cf. SAUNDERS, Frances Stonor. *The cultural Cold War: the CIA and the world of arts and letters*. New York: The New Press, 2000. p. 17-18.

diretores, atores, e roteiristas estiveram entre os alvos preferidos do *Comitê de Inquérito para Atividades Anti-Americanas* (House of Un-American Activities Committee - HUAC).

Os mecanismos de coerção aplicados pelo HUAC contra diversos indivíduos e instituições estadunidenses contribuíram para que as décadas de 1940 e 1950 fossem marcadas pela intolerância nos meios políticos e culturais, influenciando a produção artística e intelectual desses anos. Concomitantemente, a espetacular publicidade produzida por uma série de audiências promovidas por esse Comitê, especialmente voltadas para Hollywood, sustentou as carreiras políticas de muitos dos seus membros.

Vale a pena considerar que a relação entre Hollywood e Washington nem sempre foi conflituosa. Entre 1940 e 1944, por exemplo, através de uma forte política de incentivo à produção de filmes pró-aliados, o governo estadunidense procurou proporcionar recreação e entretenimento a civis e soldados, oferecendo filmes de longa metragem e apresentações ao vivo de astros e estrelas em acampamentos estadunidenses e nas frentes de guerra. Assim, surgiram inúmeros filmes de propaganda retratando seus grandes inimigos e sustentando a coragem dos aliados da América, britânicos, russos e franceses. Os filmes para o governo estiveram sob a direção do *Conselho de Pesquisa da Academia de Artes e Ciências Cinematográficas*, dirigido por Darryl F. Zanuck. As sete maiores companhias produtoras comprometeram-se a não

solicitar competitivamente contratos do governo e realizar o trabalho oficial em base não lucrativa.

Os filmes de propaganda mais incisivos acerca de seus inimigos e da coragem dos aliados estadunidenses foram rigidamente supervisionados pela Divisão Cinematográfica do *U.S. Army Signal Corps*, que tinha os seus desígnios diretamente coordenados pelo *U.S. War Department*. Através dessa divisão e de sua política pró-aliados, foram criados filmes como *Mission to Moscow* (1943), *The North Star* (1943), *Three Russian Girls* (1943), *Song of Rússia* (1943) e *The Boy from Stalingrad* (1943).

Com a morte de Roosevelt em 12 de abril de 1945, a política estadunidense pouco mudou em alguns aspectos, mas em outros tomou rumos totalmente opostos, como na tolerância aos comunistas. A reorientação política deve-se ao fortalecimento de tendências conservadoras e, posteriormente, significativas mudanças no secretariado de Estado estadunidense.⁴ A partir de 1947, o governo Truman assumiu oficialmente uma percepção de que os soviéticos deixavam de ser “improváveis aliados” para se tornarem “potenciais inimigos”. O discurso de Winston Churchill, em 05 de março de 1946 é paradigmático nesse sentido, pois denota claramente esta reorientação política e representa um posicionamento estratégico dos EUA e de seus aliados que perdeu, com poucas

Cf. MUNHOZ, Sidnei. Guerra Fria: um debate interpretativo. In: SILVA, Francisco, C. Teixeira da. *O século sombrio*. Ensaios sobre as guerras e revoluções do século XX. Rio de Janeiro: Elsevier, 2004. p. 272-273.

variações, por mais de quarenta anos.⁵ Além disso, os primeiros anos de sua administração foram marcados não apenas por um ceticismo quanto à confiabilidade dos soviéticos, mas também por uma crença na superioridade moral estadunidense, um grande otimismo e uma confiança de um longo período de monopólio nuclear. No entanto, sucessivos revezes no plano internacional destruíram a confortante compreensão que supria esta suposta superioridade como, por exemplo, a “perda” da China para o Comunismo e a explosão da bomba atômica soviética, ambos em 1949.

Durante as audiências do HUAC em 1947, membros do Comitê, incluindo Richard Nixon, deixaram claro que os estúdios deveriam produzir filmes anticomunistas, assim como fizeram filmes antinazistas durante a Segunda Guerra Mundial.⁶ Em uma palestra militar proferida em Washington em 1947, a preocupação com o avanço da propaganda comunista estava bastante explícita, indicando a percepção de que o cinema poderia vir a ser um importante campo de batalha entre EUA e

Vide: HINTON, Harold B. Briton speaks out. *Special to The New York Times*, New York, p. 1, 6 mar. 1946; HINTON, Harold B. Mr. Churchill's message. *New York Times*, New York, p. 26, 6 mar. 1946, e, especialmente: HINTON, Harold B. Mr. Churchill's Address Calling for United Effort for World Peace. *The New York Times*, New York, p. 4, 6 mar. 1946.

Vide: SAYRE, Nora. Assaulting Hollywood. *World Policy Journal*, New York, v. 12, n. 4, p. 52, Winter 1995. Seth Fein assevera que ainda durante a Segunda Guerra Mundial, Nelson Rockefeller, à frente do OCIAA, acreditava que o anticomunismo seria fundamental nas relações entre os EUA e a América Latina, sobretudo no tocante à hegemonia cultural estadunidense. Vide: FEIN, Seth. Transcultured anticommunism: Cold War Hollywood in postwar Mexico. In: NORIEGA, Chon A. (Ed.) *Visible nations: Latin American cinema and video*. University of Minnesota Press, 2000. p. 82-85.

URSS. Segundo o documento, que foi traduzido pelo DOPS e distribuído internamente, a propaganda do Partido Comunista deveria ser firmemente combatida, principalmente no meio cinematográfico, onde o Partido esperava “implantar idéias comunistas a uma audiência garantida de 100 milhões de crianças”. Para o palestrante, os subversivos contentar-se-iam em inserir suas idéias em pequenos diálogos ou cenas em algumas seqüências, fazendo com que seus ideais pudessem ser vistos ou ouvidos por milhões de estadunidenses. Da mesma maneira, os comunistas no cinema estariam prontos para sabotar, sempre que possível, os filmes que tivessem mensagens anticomunistas.⁷

Utilizando os meios de comunicação, entre 1945 e 1948, o Governo Truman habilmente converteu congressistas céticos e boa parte da opinião pública em entusiásticos *Cold Warriors* prontos para ação ante alguma suposta ameaça, não importasse onde ela estivesse.⁸ Desse modo, os meios de comunicação tiveram uma importante função na Guerra Fria: difundir propaganda, seduzir e distorcer. Muitos políticos de alto escalão se envolveram em campanhas de informação e desinformação em um momento em que a propaganda foi uma ferramenta essencial, ligada tanto à diplomacia, quanto a planos e ações estratégicas.

Cf. PALESTRA militar 180. Trad. em: 04 jul. 1947. Fundo DOPS. Arquivo do Estado do Rio de Janeiro – AERJ, Rio de Janeiro.

Vide: SMALL, Melvin. Public Opinion. In: HOGAN, Michael J; PATERSON, Thomas G. (Ed.) *Explaining the history of American foreign relations*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992. p. 170-171.

No final da década de 1940 e início da década seguinte, existiram ao menos duas grandes percepções sobre a URSS. A primeira buscava defender os EUA de um inimigo declarado, o comunismo, que foi representado principalmente pela URSS, seus países satélites e seus espiões. A segunda foi mais popular e orientada menos para a defesa nacional do que para se evitar a decadência das instituições e dos padrões morais estadunidenses, o que explica a grande incidência de mensagens nos filmes produzidos em Hollywood relacionando o comunismo à perversão moral.

Embora exista cerca de 30 filmes com temática anticomunista, produzidos entre 1918 e 1939 - como, por exemplo: *Bolshevism on Trial* (1919), baseado em um romance escrito pelo Reverendo Thomas Dixon, ridicularizando a teoria e a prática socialista; *Red Russia Revealed* (1923), Lênin, Trotsky e o Exército Vermelho têm alimentos em abundância, mas a população passa fome; *Fighting Youth* (1935), sobre um campeonato de futebol americano, onde um time colegial disputa com comunistas radicais, e *Together We Live* (1935), sobre o drama de um pai que tenta re-americanizar seus dois filhos "contaminados" pelo comunismo -, esse número é pequeno se comparado ao pós Segunda Guerra Mundial. Entre 1947 e 1954 esse número salta para cerca de 50 produções. Um dos filmes anticomunistas com melhor bilheteria já produzidos nos EUA, a comédia *Ninotchka*, dirigida por Ernest Lubitsch, estrelada por Greta Garbo e filmada em 1939, foi

relançada em 1947, anunciando uma intensificação dessa temática.

Grosso modo, entre 1947 e 1954 é possível identificar ao menos três grupos na filmografia anticomunista, estreitamente relacionados aos gêneros cinematográficos: Drama, Ficção Científica e Guerra.⁹

No primeiro grupo, cujo período compreende principalmente os anos entre 1947 e 1952, predominaram os filmes com conteúdo dramático e temas relacionados à espionagem dentro dos EUA, utilização de recursos provenientes do estilo *Noir* e também do documental. Foi nesse contexto que o filme *The Iron Curtain* (1948), foi produzido - a primeira produção anticomunista *par excellence* feita após 1945.¹⁰ Contendo elementos da narrativa

Para uma discussão sobre a propaganda anti-estadunidense em filmes soviéticos produzidos entre 1945 e 1954 ver: SHAW, Tony. Martyrs, Miracles, and Martians Religion and Cold War Cinematic Propaganda in the 1950s. *Journal of Cold War Studies*, v. 4, n. 2, p. 3-22, 2002; TAYLOR, Richard; CHRISTIE, Ian (Orgs.) *The Film Factory: Russian and Soviet Cinema Documents, 1896-1939*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988; TAYLOR, Richard; CHRISTIE, Ian (Orgs.) *Inside the Film Factory: New Approaches to Russian and Soviet Cinema*. London: Routledge, 1991; LAWTON, Anna (Org.) *The Red Screen: Politics, Society and Art in Soviet Cinema*. London: Routledge, 1992; KENEZ, Peter. *Cinema and Soviet Society, 1917-1953*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press, 1992; SHLAPENTOKH, Dmitry; SHLAPENTOKH, Vladimir. *Soviet Cinematography, 1918-1991: Ideological Conflict and Social Reality*. New York: Aldine de Gruyter, 1993; TAYLOR, Richard; SPRING, Derek (Orgs.) *Stalinism and Soviet Cinema*. London: Routledge, 1993.

The Iron Curtain é habitualmente considerado o primeiro filme anticomunista produzido em Hollywood. A imprecisão pode ser facilmente cometida se o contexto sócio-político não for abordado cuidadosamente. Um exemplo desse equívoco pode ser visto em: SOUSA, Antonio Cícero C. *Cinema e política: o anticomunismo nos filmes sobre a Guerra*

documental e fortemente influenciado pelas tensões políticas e sociais do contexto de sua produção, o filme tratou de um caso real de espionagem soviética ocorrido no Canadá entre 1945 e 1946. A utilização de elementos ligados ao gênero documental, isto é, a mistura de narrativa ficcional com narrativa documental, é outra forte característica dos filmes deste primeiro momento e também está presente em produções como: *The Red Menace* (1949) – Um dos vários filmes anticomunistas do período que utilizaram elementos da narrativa documental para reforçar a idéia de que a ameaça comunista era real e iminente; *I Was a Communist for FBI* (1951) – Baseado em um caso real de espionagem ocorrido em Pittsburgh e *Walk East on Beacon!* (1952), cujo roteiro foi baseado no livro *The Crime of the Century* escrito pelo Diretor do FBI J. Edgar Hoover e financiado pelo Bureau. A importância em denunciar amigos e parentes associados a organizações comunistas tornou-se o tema central de vários filmes desse período, incluindo *The Iron Curtain* (1948), *Conspirator* (1949), *I Married a Communist* (1949) e *My Son John* (1952).

A partir de 1949, o número de filmes anticomunistas aumenta substancialmente,

principalmente em virtude de conflitos internos como, por exemplo, os relacionados à redes de espionagem dentro dos EUA, e à conflitos externos, como a explosão da primeira bomba atômica soviética (1949). Além dos já citados, dentre os mais interessantes e incisivos filmes com temática anticomunista produzidos em Hollywood neste primeiro momento estão: *Bells of Coronado* (1950) – possivelmente um dos primeiros *Western*¹¹ com subtexto anticomunista e *Guilty of Treason* (1950) – Um inimigo do estado soviético é preso por sua sinceridade e durante o julgamento sua confissão é obtida por meio de tortura, hipnose e drogas.

Curiosamente, após a Segunda Guerra Mundial o número de filmes hollywoodianos contendo personagens russos diminuiu significativamente, principalmente se este número for comparado aos filmes produzidos na década de 1930. Entre 1946 e 1962, os russos eram um dos temas que Hollywood preferia não abordar.¹² Naquele período poucos filmes, cerca de dezesseis, foram produzidos enfocando personagens russos, e havia fortes motivos para isso. Certamente os constantes ataques do HUAC,

Fria (1948-1969). Niterói, 2002. Tese (Doutorado em História) – Universidade Federal Fluminense, Niterói. 2002. p. 13, 75 e 130. – possivelmente pela leitura de FURHAMMAR, Leif; ISAKSSON, Folke. *Cinema e política*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1976. p. 64 – que também faz a menção de forma incorreta. A severidade de nossa observação repousa na inquietação decorrente de outras imprecisões, que também podem ter sido causadas pela leitura de *Cinema e Política*, como, por exemplo, as relacionadas à *Quinta Emenda* da Constituição estadunidense (p. 109), ao surgimento das “listas negras” (p. 107) e ao *House Un-American Activities Committee* (p. 107-110).

O número de *Westerns* com motivos anticomunistas foi pequeno se comparado a outros gêneros. Todavia, entre 1945 e 1950, alguns *Westerns* justificaram a lógica da política exterior estadunidense defendendo a inevitabilidade da expansão dos EUA, e os mesmos princípios que norteavam as estratégias do governo Truman na busca pela consolidação da hegemonia estadunidense. Vide: CORKIN, Stanley. *Cowboys and Free Markets: Post-World War II Westerns and U.S. Hegemony*. *Cinema Journal*, Dallas: University of Texas Press, v. 3, n. 39, p. 66-91, 2000. Cf. STRADA, Michael J.; TROPER, Harold R. *Russians in American film and Foreign Policy*. Lanhan, MD: The Scarecrow Press, 1997. p. 76.

a partir de 1947, aos filmes pró-soviéticos produzidos durante a Segunda Guerra Mundial contribuíram para a disseminação de uma *russofobia* no meio cinematográfico, ou seja, a URSS poderia ser representada, contanto que fosse de modo pejorativo.

Os filmes pró-soviéticos produzidos no contexto da Segunda Guerra Mundial foram sistematicamente citados e os atores e responsáveis pelas suas produções foram implacavelmente acusados durante as audiências da HUAC. Sem dúvida, tais filmes mostravam os soviéticos de forma positiva. Porém, após a Segunda Guerra Mundial, sob a égide do anticomunismo e sob o atento olhar do HUAC, profissionais ligados ao cinema, mesmo que antes tivessem tido alguma simpatia pelos soviéticos, passaram a partir de então a negar veementemente qualquer envolvimento ou tendência comunista.

Robert Taylor, por exemplo, ator principal do filme anticomunista *Conspirator* (1949), e que seis anos antes havia estrelado no filme pró-comunista *Song of Rússia* (1943), influenciado e pressionado pelo anticomunismo do pós Segunda Guerra Mundial se tornou uma “testemunha amigável” do HUAC, mas não muito proveitoso, pois não forneceu nenhum nome útil ao Comitê.¹³ Obviamente, sua participação foi muito mais aproveitada em termos propagandísticos em prol das audiências.

Se durante a década de 1930 alguns filmes relacionados à URSS distinguiam o russo do

sistema soviético, após 1945 essa distinção desapareceu. As representações dos soviéticos nos filmes produzidos em Hollywood que alocamos nesse primeiro grupo foram bastante variadas. Os comunistas foram representados ora como espões extremamente perigosos e capazes de organizar grandes redes de espionagem – como em *The Iron Curtain* (1948), *Conspirator* (1949), *I Was a Communist for FBI* (1951) e *Big Jim Mclain* (1952) -, ora como demagogos e hipócritas sempre dispostos a manipular os incautos e, outras vezes, perversos, tolos, incompetentes e até incapazes de enganar alguém como em *Sofia* (1948). De todo modo, os comunistas em alguns filmes de Hollywood sempre representavam uma ameaça em potencial que, na maioria das vezes, era repelida pela religião; o melhor antídoto possível para o veneno comunista.

Uma das estratégias frequentemente utilizadas pelos comunistas de Hollywood eram as *femme fatale* subversivas; belas sedutoras à espreita de homens descuidados e prontas para aliciá-los com lições do Marxismo-Leninismo. Em filmes como *The Iron Curtain* (1948), *Red Menace* (1949), *I Married a Communist* (1949) e *I Was a Communist for FBI* (1951), a relação entre sedução sexual e subversão ideológica é bastante clara. Todavia, há que se notar que em alguns filmes belas mulheres comunistas eram estadunidenses, ao passo que as russas geralmente eram sem modos ou muito feias como em *Iron Curtain* (1948).

Muitas dessas características estão diretamente ligadas ao *Film Noir*, onde as

Cf. STRADA; TROPER, op. cit., p. 61.

mulheres más seduziam ou tentavam seduzir respeitáveis homens, levando-os à destruição e à ruína.¹⁴ Embora o gênero *Noir*, bastante popular nas décadas de 1940 e 1950 não estivesse associado diretamente ao anticomunismo, representou a variedade de medos cultivados no pós Segunda Guerra Mundial, incluindo corrupção, subversão e sexualidade feminina. Feitos rapidamente e com orçamento baixo, muitos desses filmes não alcançaram grandes bilheterias. No

Em um trabalho sobre esse gênero em co-autoria com a Prof.^a Amélia Kimiko Noma, indicamos que o Fim noir ou “filme negro” foi um termo cunhado em 1946 por críticos franceses que identificaram em filmes estadunidenses produzidos a partir do início da década de 1940 características estéticas, temáticas e técnicas comuns que os distinguiam dos feitos antes da Segunda Guerra Mundial. Os franceses foram os primeiros a evidenciar a existência de tais matrizes, como o visual sombrio e tons escuros para uma ambientação soturna, o humor frio e sarcástico, o clima de intranqüilidade, o suspense, a ambigüidade, o desencanto e a solidão. O *film noir* teve várias influências, como as novelas *hard-boiled*, que privilegiavam temáticas envolvendo crimes, *gangsters* e detetives, chamadas também de *pulp fiction* ou *pulp magazine*, sendo bastante populares na década de 1930. Filmes com estas mesmas temáticas produzidos em Hollywood também foram uma decisiva contribuição para o desenvolvimento do *film noir*, assim como as técnicas e a estética do cinema expressionista alemão, trazidas para os EUA por diretores e assistentes vindos da Alemanha nesse mesmo período. Os *noirs* podem ser considerados criações artísticas que expressavam determinada visão de mundo, concepção estética e ideológica, exatamente porque mantiveram uma relação dinâmica com a situação política, social e cultural da sociedade estadunidense, permitindo a visualização da representação de um período de medos e incertezas compartilhados coletivamente. Na prática, pode-se verificar algumas dificuldades para definir o que é *film noir*, visto que não há consenso entre autores e críticos. Para alguns, *film noir* pode referir-se tanto a um estilo quanto a um gênero cinematográfico, assim como a um ciclo ou a um movimento estético do cinema; para outros, sob a classificação *noir* pode-se abranger vários subgêneros: filmes de gangster, policiais, histórias de detetives, *thrillers* etc. Cf. VALIM, Alexandre B; NOMA, Amélia K. *Film Noir*. In: SILVA, Francisco C. Teixeira da et al. *Enciclopédia do Século XX: Guerras & Revoluções* (Eventos, Idéias & Instituições). Rio de Janeiro: Elsevier, 2004.

entanto, a maioria baseava-se em filmes de gangsteres da década de 1930, fazendo com que os criminosos fossem simplesmente substituídos por comunistas.

Em uma saborosa e já bastante conhecida análise de tais filmes, Nora Sayre apontou como os comunistas foram sistematicamente representados. Muitos eram desprezíveis e, ocasionalmente, efeminados, posto que não se podia confiar em um homem que usava luvas. Além disso, como notou a autora, as sombras dos comunistas eram mais largas e negras do que a de seus adversários, e sempre caminhavam inclinados para frente, revelando sua dedicação à causa. Haveria algo extremamente terrível com uma mulher, geralmente uma loira e má, se sua roupa íntima pudesse ser vista através de sua blusa. Tais loiras más, sempre pediam doses triplas de uísque e frequentemente seduziam homens jovens para entrar no Partido Comunista.

Outras representações, de modo geral bastante caricaturescas, sempre ressaltavam a crueldade dos comunistas com, por exemplo, animais ou símbolos estadunidenses como a bandeira nacional. E freqüentemente, eles poderiam ser detectados pelo seu estilo de fumar, expelindo fumaça bem devagar de seus narizes antes de ameaçar a vida de alguém. Para a autora, embora tais cenas fossem muitas vezes grosseiras, contribuíram para o ambiente de medo e preconceito do período.¹⁵ Ressaltamos que, em vários

Cf. SAYRE, op. cit., p. 71. Ver também: STRADA, Michael J.; TROPER, Harold R. *Russians in American film and Foreign Policy*. Lanhan, MD: The Scarecrow Press, 1997.

filmes anticomunistas muitas destas características estavam presentes convergindo sempre na exaltação do *American way of Life* e na condenação da “imoralidade comunista”.

A insistente conexão entre comunismo e imoralidade foi reforçada por uma reconstrução das definições convencionais de masculinidade e feminilidade no pós Segunda Guerra Mundial. Naquele momento, uma verdadeira brigada de médicos, clérigos e outros “especialistas” alertavam constantemente sobre a importância do núcleo familiar como uma linha de defesa ante a ameaça comunista. Psiquiatras alertavam as mulheres para não aspirar a carreiras profissionais, pois ao evitar as obrigações maternas estariam pondo em risco o futuro do EUA. O *Federal Bureau of Investigation* – FBI, por exemplo, foi uma das instituições que processaram homossexuais e outros “desviados” presumivelmente perigosos de cargos públicos, a despeito da opção sexual de seu diretor, Edgar J. Hoover. De todo modo, as investidas do FBI fortaleceram as conexões entre doenças, sexualidade e comunismo e as tornaram bastantes convincentes para a população.

O segundo grupo de filmes anticomunistas está ligado ao gênero de ficção científica, que passou a conter mensagens anticomunistas por volta de 1950, quando a ameaça do “inimigo” interno deixou de ser predominante e o “inimigo” externo surgiu como uma preocupação constante.

Na retórica anticomunista, o comunismo era frequentemente descrito como uma

doença, um germe, ou uma forma de lavagem cerebral.¹⁶ Muitos filmes de ficção científica do período incorporaram esses elementos. As invasões alienígenas, a transformação de pessoas em zumbis sem vontade própria e o controle mental foram artifícios repetidamente utilizados pelo gênero. Todavia, Os filmes de ficção científica relacionados ao comunismo/anticomunismo representaram uma variedade bastante ampla de pontos de vista, dentre os mais enfáticos estão: *Destination Moon* (1950) – batalha entre estadunidenses e soviéticos na lua, um dos primeiros filmes em que o espaço se transforma em um campo de batalha política entre URSS e EUA; *The Flying Saucer* (1950) – Os soviéticos capturam um disco voador inventado pelos estadunidenses; *Red Planet Mars* (1952) – sobre um cientista estadunidense que entra em contato com Marte através de ondas de rádio e recebe a informação de que Marte é uma utopia e o povo terrestre pode ser salvo se retornar para Deus e *Them!* (1954) – Testes nucleares no deserto resultam no crescimento de “formigas gigantes mutantes” que passam a ameaçar cidades estadunidenses.

Produções como *The Thing from Another World* (1951) e *Them!* (1954), expressaram o medo da contaminação ideológica de forma alegórica. Para o público, o aspecto mais assustador destes filmes não eram os

Segundo o procurador de Harry S. Truman nos anos de 1949 e 1950, o General J. Howard McGrath, “Cada comunista carrega consigo os germes da morte da sociedade”. Cf. HUNT, Michael H. *Ideology and U.S. Foreign Policy*. New York: Yale University Press, 1987. p. 156.

monstros, canhões lasers, ou naves alienígenas, mas sim a proximidade e invisibilidade com que inimigos “alienígenas” poderiam atingir alvos estadunidenses. Era desse modo, por exemplo, que as vítimas de *Invaders from Mars* (1953), se tornavam “escravos sem opinião da vontade totalitária” impossibilitando distinguir entre “eles” e “nós”, enquanto os clones de *The Thing from Another World* (1951) eram desprovidos de instintos sexuais e emocionais.

Assim, a vitória do mal, o fim da liberdade, sexualidade e individualidade foram metaforizadas muitas vezes por ataques de insetos, robôs e até mesmo zumbis. Nos filmes de ficção científica da década de 1950, os cenários eram dominados por forças hostis que ansiavam por escravizar os estadunidenses. O imaginário e a linguagem presentes nestes filmes representaram não somente os medos e anseios relacionados à atmosfera da Guerra Fria, mas também reforçaram a convicção de que os EUA precisavam se defender de uma possível invasão. Assim, as ansiedades estimuladas pela possibilidade de um conflito entre o mundo capitalista e o comunista foram fartamente expressadas por filmes de ficção científica como *The Man from Planet X* (1951), *The War of the Worlds* (1953) e *Invaders from Mars* (1953), onde o planeta Terra era repetidamente ameaçado por invasores alienígenas que cruelmente procuravam por novos lugares para colonizar e destruir.

Mas não foi apenas em filmes de ficção científica que a atenção ao contexto internacional apareceu. O terceiro grupo de

filmes anticomunistas é composto por produções relacionadas a guerras, intervenções em países estrangeiros e grandes redes de espionagem. Assim como nos filmes de ficção científica, nessas produções os temores não estavam relacionados apenas à subversão comunista “dentro de casa”, mas especialmente ao redor do mundo. Os motivos da mudança estavam diretamente relacionados à Guerra da Coreia, principalmente, porque o conflito influiu sobremaneira nos meios de comunicação estadunidenses que, dentro e fora do país, deixaram de abordar o comunismo como um tema singular. O anticomunismo, desse modo, passou a ser progressivamente globalizado e militarizado, ao passo que a cultura estadunidense difundida internacionalmente no período, focou menos as virtudes do *American way of Life* e muito mais a imediata ameaça representada pelo comunismo.¹⁷

Dentre os filmes do período produzidos com tais características estão: *The Whip Hand* (1951) – Sobre a Guerra biológica em uma pequena cidade tomada por

Vide: TASK, David. A República Imperial. In: LEUCHTENBURG, William E. (Org.) *O século inacabado*. Rio de Janeiro: Zahar Editores, 1976. v. 2, p. 619-634. Ver também: FEIN, Seth. Transcultured anticommunism: Cold War Hollywood in postwar Mexico. In: NORIEGA, Chon A. (Ed.) *Visible nations: Latin American cinema and video*. University of Minnesota Press, 2000. p. 93-95. Segundo Seth Fein, em um ótimo trabalho, a globalização da contenção através não apenas da Guerra da Coreia, mas também do NSC-68 - abordado no terceiro capítulo – mudou completamente a percepção estadunidense sobre a Guerra Fria. Cf. FEIN, Seth. *New Empire into old: Making Mexican newsreels the Cold War Way*. *Diplomatic History*, Malden, MA: Blackwell Publishing Inc., v. 28, n. 5, p. 711-712, nov. 2004. Agradecemos ao Professor John Mraz por essa indicação.

comunistas; *Artic Flight* (1952) – No Alasca, um piloto estadunidense fica confuso ante um espião comunista que se passa por um inocente estadunidense. *Assignment - Paris* (1952) – Na França, um grupo de jornalistas trabalha para reunir evidências de uma conspiração comunista; *Atomic City* (1952) – Sobre como comunistas se infiltram e levam cidadãos comuns a traírem os EUA; *Big Jim McLain* (1952) – apresenta John Wayne como um agente do HUAC “caçando” comunistas no Havaí; *Red Snow* (1952) – Comunistas envolvidos em uma rede de intrigas e armas secretas no Alasca; *The Steel Fist* (1952) – Jovem idealista estadunidense é ludibriado pelas mentiras contadas por “um país comunista” não identificado; *My Son John* (1952) – Drama onde um dos filhos de uma típica família estadunidense se torna um subversivo; *Never Let Me Go* (1953) - Clark Gable como um repórter estadunidense em Moscou que se apaixona por uma bailarina russa, e que precisa se esquivar o tempo todo da “paranóica” política soviética; *Savage Drums* (1953) – Sobre uma guerra contra o comunismo em uma pequena ilha tropical; *Savage Mutiny* (1953) – um funcionário do governo estadunidense tenta evacuar uma ilha prestes a ser usada em um teste atômico, mas os comunistas provocam a resistência da população ao plano; *Night People* (1954) – sobre um agente da CIA trabalhando na Berlim Ocidental e negociando um acordo muito delicado com os comunistas e *Prisoner of War* (1954) – supostamente baseado em fatos reais, o filme trata de um oficial da inteligência estadunidense – representado por Ronald Reagan – que entra intencionalmente em

um campo de prisioneiros na Coréia do Norte.

A filmografia anticomunista do pós Segunda Guerra Mundial pode nos dizer muito sobre o seu contexto de produção, pois constitui um rico repositório da vida interna de um país e revela medos e obsessões populares. Tais filmes nos dão boas pistas sobre a política exterior estadunidense do período, e sobre o que significaram não apenas para os estadunidenses, mas também para os brasileiros que os viram. No momento em que filmes exagerando a ameaça comunista eram exibidos, muitos dos seus espectadores estavam sendo convencidos de que os soviéticos estavam a chegar e de que “a bomba” poderia cair a qualquer momento durante a noite.

Para Frances Stonor Saunders, o mercado internacional via esses filmes como uma simples e pobre propaganda, e para uma Europa ainda ferida pelas memórias do Fascismo, o ódio insensato e a violência verbal dos filmes anticomunistas de Hollywood não eram nem um pouco atrativos.¹⁸ Ainda que concordemos com algumas hipóteses da autora, sua assertiva não pode ser aplicada à América Latina, tampouco ao Brasil. Respeitadas as especificidades locais, se aproximarmos o quadro geral das idéias do anticomunismo estadunidense à realidade brasileira, é possível verificar como setores conservadores incorporaram, em linhas gerais, alguns padrões propostos pelo anticomunismo nos EUA.

Cf. SAUNDERS, Frances Stonor. *The cultural Cold War: the CIA and the world of arts and letters*. New York: The New Press, 2000. p. 288.

Pacífico é o fato de que as idéias e conceitos ao serem aplicados em realidades distintas, sofrem contínuas adaptações. No período em questão, a dicotomia esquerda/direita, por exemplo, tinha mais expressividade no Brasil do que nos EUA e os próprios conceitos sofreram adaptações semânticas de país para país. No entanto, se pensarmos na estrutura repressiva do DOPS e na sua relação com a elite governamental em contraposição com a estrutura repressiva estadunidense, talvez encontremos mais semelhanças que diferenças. Significativa foi a colaboração de órgãos repressivos dos dois países, e que, como veremos no quarto capítulo, pode ser exemplificada pela constante troca de informações entre DOPS e HUAC sobre o comunismo.

Assim como em outros países latino-americanos, a lógica das relações entre Brasil e EUA, outrora fortalecida durante a *Política de Boa Vizinhança*, modificou-se em prol da prevenção e combate ao comunismo. A *Política de Boa Vizinhança* durante a Segunda Guerra Mundial reforçou as relações entre Hollywood e a política exterior estadunidense e, simultaneamente, as conexões transnacionais entre o Brasil e os EUA, especialmente na área dos meios de comunicação.

Os interesses relacionados à exibição de filmes no Brasil, obviamente, não se davam apenas sob aspectos ideológicos, há que se lembrar, também, do mecanismo cambial de remessa de lucros das empresas estadunidenses que atuavam no Brasil, só revelado no final da década de 1960. Conforme aponta Afrânio Mendes Catani, o governo brasileiro financiava a exibição de

filmes estadunidenses no Brasil, cobrindo a diferença entre o câmbio oficial (que mantinha o dólar artificialmente fixado em Cr\$ 18,80) e o câmbio livre, em que o dólar alcançava (em meados da década de 1950) a cotação de aproximadamente Cr\$ 100,00.¹⁹ Além disso, havia um poderoso lobby que controlava grande parte do circuito de exibição nacional, formado por grandes companhias cinematográficas estadunidenses que compunham a Associação Brasileira Cinematográfica - ABC: *Metro Goldwyn Mayer, Fox Film, Paramount Films, Columbia Pictures, Universal Films, Warner Brothers e U.A. of Brasil Inc.*²⁰ Os aspectos econômicos envolvendo a ABC, a remessa de lucros para o exterior, a manipulação na política de distribuição e exibição de filmes por essa Associação, são elementos importantes para a compreendermos a inserção dos filmes produzidos por essas companhias na sociedade brasileira.

Naquele momento, o Brasil era um mercado cobiçado pela indústria cinematográfica estadunidense. Em 1953, por exemplo, no

Cf. CATANI, Afrânio Mendes. *A aventura industrial e o cinema paulista (1930-1955)* In: RAMOS, Fernão (Org.) *História do Cinema Brasileiro*. São Paulo: Art Editora, 1987. p. 232; LIMA, Cavaleiro. *Problemas da economia cinematográfica*. São Paulo: 1954. (mimeo). p. 4-7; SIMIS, Anita. *Estado e cinema no Brasil*. São Paulo: AnnaBlume, 2003. p. 171-212. VIANY, Alex. *Introdução ao cinema brasileiro*. Rio de Janeiro: Instituto Nacional do Livro, 1959. p. 149-173. Índícios de que a disparidade entre o câmbio e o financiamento de filmes estadunidenses pelo governo brasileiro já eram conhecidos em 1947 podem ser vistos em: BRITISH Communist Party. *The film industry: a memorandum issued by the Communist Party*. London: Farleigh Press, 1947.

Cf. ASSOCIAÇÃO Brasileira Cinematográfica. *Boletim Reservado 131*, 20 jul. 1948. Setor Trabalhista. Arquivo DOPS. Arquivo do Estado do Rio de Janeiro – AERJ, Rio de Janeiro.

auge da produção cinematográfica brasileira, foram comercializados 34 filmes nacionais e importados 578 filmes, dentre os quais 344 eram estadunidenses.²¹ Nos anos anteriores, o consumo de filmes estadunidenses foi igualmente alto: 313 em 1948; 304 em 1949; 357 em 1950 e 441 em 1951.²²

Ainda que não tenhamos abordado a exibição de tais filmes no Estado de Minas Gerais, de acordo com o *Anuário Estatístico do Brasil* publicado em 1952, em 1950, São

Cf. VIANY, Alex. *Introdução ao cinema brasileiro*. Rio de Janeiro: Instituto Nacional do Livro, 1959. p. 155-156. De acordo com um memorando enviado pelo Consulado Geral Estadunidense no Brasil para o Departamento de Estado, em Washington, Viany era um comunista ligado à intelectualidade do meio cinematográfico. A propósito, segundo o mesmo documento, Viany havia sido “convertido” para o Comunismo por Vinicius de Moraes, apontado por “fontes seguras” como sendo um comunista. Cf. RIO DE JANEIRO Newspaper accuses Foreign Service of Communist Proselytism. *Foreign Dispatch Service*. Embassy, Rio de Janeiro, 03 mar. 1954. Flash 722. M1487. Microfilme 4. LABTEMP/UEM. Em um documento anterior, a representação diplomática informou ao Departamento de Estado que, até 1946, Vinicius de Moraes e sua esposa tinham “fortes sentimentos anti-americanos”. Todavia, foi após assumir o posto de vice-cônsul em Los Angeles, onde permaneceu até 1950, que Moraes definitivamente teria se tornado um comunista. A informação foi obtida não apenas das fontes da Embaixada, como também foi confirmada pelo Chefe do Setor Trabalhista do DOPS, Cecil Borer. Cf. TRANSFER to Paris of Brazilian Foreign Service of Communist Sympaties. *Foreign Service Dispatch*. Embassy, Rio de Janeiro, 19 de fevereiro de 1953. Flash 644. M1487. Microfilme 4. LABTEMP/UEM. Ainda que Vinicius de Moraes tenha sido apontado como sendo um comunista, acreditamos que foram as suas simpatias por algumas idéias socialistas que levaram a essa interpretação pela Embaixada e pelo DOPS. Parte de sua produção relacionada ao cinema, assim com o seu inconfundível *approach* nacionalista, por ser visto em: Vide: CALIL, Carlos Augusto (Org.) *Vinicius de Moraes: O cinema de meus olhos*. São Paulo: Companhia das Letras, 1991. Cf. CINE Reporter, São Paulo, ano 18, n. 857, p. 61, 21 jun. 1952.

Paulo, Rio de Janeiro e Minas Gerais, concentravam 69,56 % do circuito de exibição cinematográfico nacional. A importância dos três Estados para a política de distribuição de filmes no Brasil, segundo Cavalheiro Lima, pode ser constatada pela frequência mínima estimada para o ano de 1952: 252 milhões de entradas vendidas nos referidos Estados.²³ Os números vão ao encontro da pesquisa encomendada pela revista paulistana *Cine Repórter*, ao Ibope, onde a porcentagem de homens e mulheres que indicaram o cinema como a sua “diversão favorita” foi consideravelmente alta: 46,2% para homens e 58,8% para as mulheres. Em segundo lugar ficou o futebol com 32,8% para homens e 6,4% para as mulheres.²⁴

O grande consumo desses produtos levou o Brasil a se tornar, em 1951, o 3º mercado de Hollywood, ficando atrás somente dos EUA, e da Inglaterra. Nesse mesmo ano, o pagamento para as produtoras estadunidenses pelos filmes exibidos no Brasil, teria ficado em torno de CR\$ 2,5 bilhões.²⁵

Assim como Daniel J. Leab, acreditamos que nos EUA os interesses econômicos eram maiores do que os políticos na produção dos filmes anticomunistas. Em 1947, antes do impacto da televisão, o número de ingressos vendidos despencou 3 milhões em relação ao ano anterior. Naquele momento, a porcentagem de lucro das

Cf. LIMA, Cavalheiro. *Problemas da economia cinematográfica*. São Paulo: 1954. (mimeo). p. 2. Cf. CINE Repórter, São Paulo, ano 20, n. 953, 24 abr. 1954. Cf. CINE Reporter, São Paulo, ano 18, n. 851, p. 1, 10 maio 1952.

corporações contraiu-se, ao passo que os custos de produção dos filmes dobraram. Além disso, o autor aponta que em 1948, após anos de brigas judiciais, a Suprema Corte dos EUA decidiu forçar os Estúdios a separar a exibição da produção dos filmes. A partir de então, os produtores não puderam mais certificar-se de que seus filmes seriam exibidos, perdendo, portanto, a parte mais rentável de seus negócios. Para a *Warner Brothers*, por exemplo, a fatia perdida representava cerca de 62% de seus lucros. Uma das estratégias adotadas pelas companhias cinematográficas foi produzir filmes mais próximos do cotidiano social, filmes cujos roteiros fossem “*arrancados das manchetes diárias*”.²⁶

Por diversas razões, acreditamos que nas décadas de 1940 e 1950 dois modelos políticos convergiram no Brasil, um global, a Guerra Fria, e outro nacional, o crescimento da crença de que o comunismo representava uma ameaça iminente à sociedade brasileira. Especialmente, no clima em que se ambientavam eventos como, por exemplo, a ilegalidade do PCB (7 de maio de 1947), o rompimento das relações com a URSS (20 de outubro de 1947), a cassação dos parlamentares comunistas (7 de janeiro de 1948), ou ainda o recrudescimento das questões sociais e exacerbação da repressão policial em fins da década de 1940 e início da seguinte.

As fissuras internas aprofundadas por uma intensificação do anticomunismo e dos medos e ansiedades a ele relacionados, tanto nos EUA como no Brasil, nos mostram

como a “Cortina de Ferro” anunciada nos EUA em 1946, logo foi reproduzida através de inúmeras *micro-contenções* que, por sua vez, foram reforçadas e desveladas pelos veículos de comunicação do período, notadamente o cinema.

Os filmes, para Washington, eram muito mais do que simples mercadorias destinadas a promover a ideologia e os interesses comerciais estadunidenses. Mesmo antes das atividades do *The Office of The Coordinator of Inter-American Affairs* - OCIAA relacionadas ao cinema terem sido postas em prática, as autoridades estadunidenses viam os filmes como elementos cruciais na busca pela hegemonia cultural na América Latina. O *Office for Coordination of Commercial and Cultural Relations between the Américas* (OCCRA) criado em 16 de agosto de 1940 e dirigido por Nelson Rockefeller, estava voltado para o *hemisphere economic policy*, de forma mais direta à política de boa vizinhança, sobretudo no tocante às atividades culturais e à comunicação. O OCCRA mudou o seu nome no ano seguinte para *The Office of The Coordinator of Inter-American Affairs* (OCIAA) e era composto de três divisões: Divisão Comercial e Financeira, Divisão de Comunicações e Divisão de Relações Culturais.

Para Rockefeller, o sucesso no campo econômico tornava necessária uma base sólida no campo ideológico. Um dos dois objetivos do OCIAA era difundir informações positivas sobre os EUA, por intermédio de uma rede de comunicação mantida pelo próprio OCIAA, em estreita

Cf. LEAB, Dan. *I was a communist for FBI*. *History Today*, London, v. 46, n. 12, p. 51, dec. 1996.

colaboração com os países do continente. Após o ataque japonês em Pearl Harbor, agências voltadas para o esforço de guerra passaram sistematicamente a serem criadas, algumas vezes concorrendo entre si. As agências orientadas para o controle dos meios de comunicação não fugiram a essa regra. Houve, por exemplo, constantes atritos entre o *Office War Information* – OWI e a OCIAA pela execução de planos estratégicos, que se intensificaram ainda mais com a criação do *Office of Coordination of Film* - OCF.

No entanto, a agência dirigida por Rockefeller (OCIAA) conseguiu, na maioria dos atritos, com que seus interesses prevalecessem. A estrutura organizacional da agência mudou constantemente, dependendo da conjuntura. O OCIAA foi considerado uma das agências estadunidenses mais bem preparadas durante a Segunda Guerra Mundial. Em 1944 essa agência passou a se chamar *Office of Inter-American Affairs* - OIAA e, apesar de ter sido extinta em maio de 1946 pelo presidente Harry S. Truman, alguns de seus projetos se encerraram somente em 1949. Além disso, muitas de suas atividades tornaram-se parte rotineira das tarefas da Embaixada Estadunidense.

Durante a Guerra Fria o cinema foi um dos veículos que a propaganda anticomunista transnacional utilizou para aproximar discursos conservadores brasileiros e estadunidenses. Foi precisamente neste momento que os EUA iniciaram uma significativa produção de filmes para a Guerra Fria, e não simplesmente na Guerra Fria, que geraram e fortaleceram inúmeros

temores e preconceitos relacionados ao comunismo.

Na América Latina, como em vários outros lugares, a propaganda estadunidense esteve dirigida para a mudança das opiniões relacionadas a diversos conflitos internacionais como, por exemplo, ao Bloqueio de Berlim (1948-1949), a tomada da China pelos comunistas (1949) e a Guerra na Coréia (1950-1953). Além disso, a política exterior estadunidense e os filmes produzidos em Hollywood sob a influência dessa política intensificaram reações exageradas a potenciais ameaças não apenas nos EUA, mas também onde essa política e a produção de Hollywood exerciam uma efetiva influência, como por exemplo, no Brasil. Algumas vezes, tal propaganda assumiu um caráter bastante explícito, como nas declarações onde Nelson Rockefeller afirmava que o anticomunismo pudesse vir a ser tão importante para a hegemonia estadunidense no pós-guerra, como foi o anti-fascismo durante a Segunda Guerra Mundial.²⁷ A partir de 1947 tornava-se cada vez mais claro para a sociedade estadunidense que havia um outro conflito além da luta armada. O sentimento de que uma “batalha de idéias” poderia ser decisiva na guerra contra Comunismo, foi constantemente ressaltado, como, por exemplo, no editorial do *The Daily Pennsylvanian* publicado em 6 de outubro de 1952:

Cf. FEIN, Seth. Transcultured anticommunism: Cold War Hollywood in postwar Mexico. In: NORIEGA, Chon A. (Ed.) *Visible nations: Latin American cinema and video*. University of Minnesota Press, 2000. p. 88.

Nesse momento, os EUA estão engajados em duas guerras – a primeira, e mais óbvia, é a guerra dos homens na Coreia e a segunda, mais importante, é a guerra pelas mentes dos homens. No segundo caso, as armas são palavras e o campo de batalha circunda todo o globo. Apesar de a Guerra da Coreia parecer um empate, a guerra de palavras está se pondo contra nós – com resultados que podem levar a uma derrota da democracia e ao nosso sistema econômico. É muito importante puxar essa guerra para fora do fogo, e conquistar algumas vitórias decisivas.

Segundo o autor, Irwin Kahn, os EUA estariam perdendo a Guerra pela liberdade na Europa, posto que, sem um único tiro sendo dado, o Comunismo estaria se difundindo em todo o continente Europeu. Para ele,

Mesmo com nossos poderosos aliados no continente – na França e Itália – amplos segmentos da população têm ingressado na Cruzada Vermelha. Talvez a única coisa a prevenir a entrada dessas nações no bloco russo seja o dólar estadunidense. Na Ásia, nós perdemos a China e os seus arredores. Mesmo no Japão ocupado, os vermelhos fizeram avanços impressionantes. Durante os últimos 7 anos, quando nós tínhamos as melhores oportunidades para difundir nossas doutrinas, os comunistas – debaixo de nossos

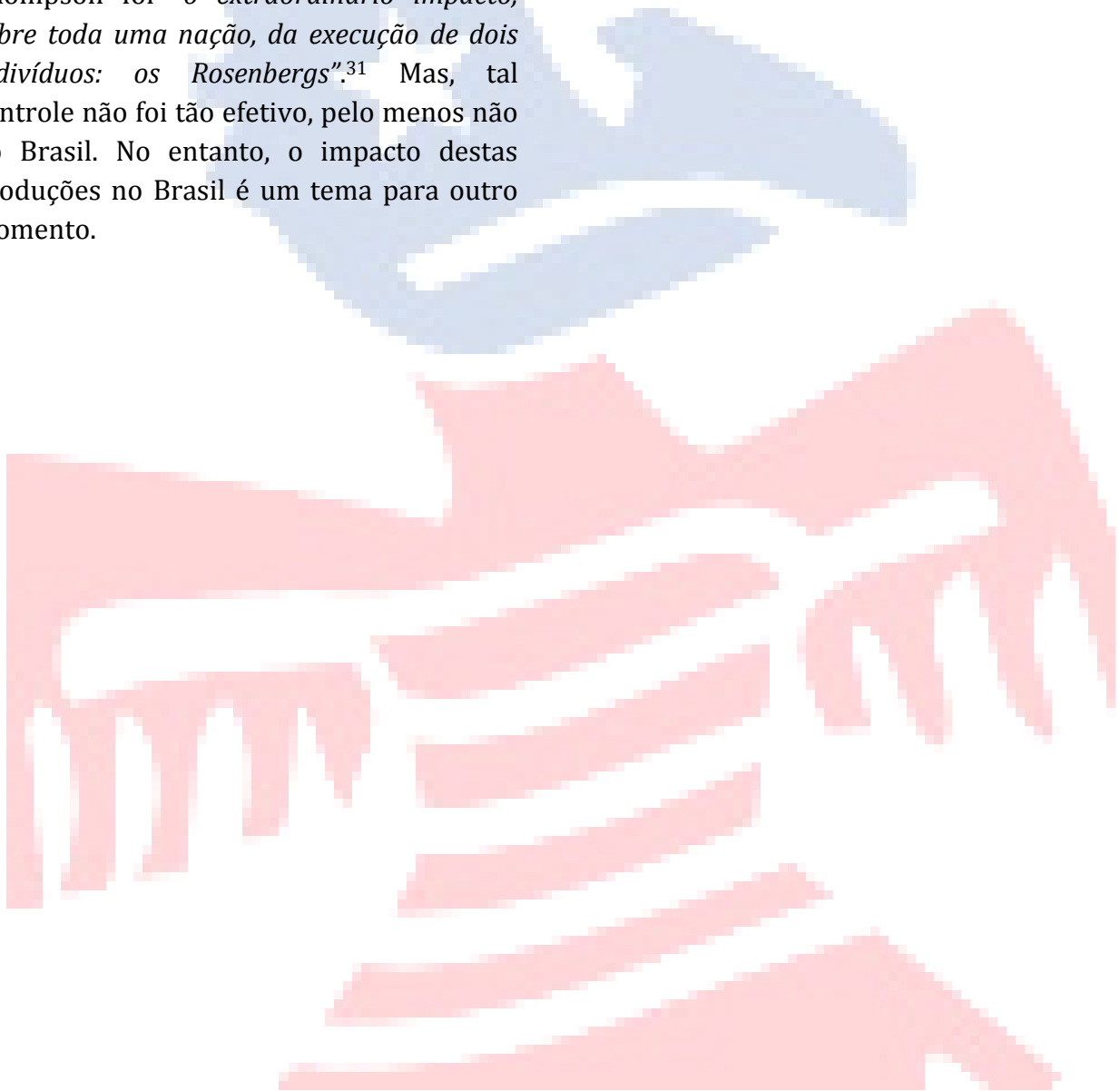
narizes – estavam prontos para levar os japoneses a realizarem amplos protestos anti-americanos. Isso evidentemente tornou claro que nós estamos rapidamente sendo derrotados na batalha pelas mentes humanas – a frente de batalha da propaganda.²⁸

Finalizando, para Fredrick Barth, cada indivíduo age em função de uma situação que lhe é própria e que depende dos recursos de que ele dispõe, desde materiais, até culturais. Para ele, a cultura de uma população é distributiva, compartilhada por alguns, mas não por outros. Ela não pode, portanto ser definida.²⁹ A afirmação de Barth serve como mote introdutório para lembrarmos que, os recursos da mídia ampliam as dimensões do evento e aumentam o volume do controle, mas também indica a resistência - conforme

Cf. KAHN, Irwin. We're Being Worsted In the "War of Words". *The Daily Pennsylvanian*, 6 oct. 1952. Editorial. Disponível em: <<http://www.english.upenn.edu/~afilreis/50s/war-of-words.html>>. Acesso em: 25 mar. 2004. Entre 1945 e 1950, amplos setores da sociedade estadunidense acreditavam que o período havia sido um tempo de perda de oportunidades, frustrações e, além disso, de um sentimento crescente de que os EUA estavam perdendo a Guerra Fria cultural na Coreia para os comunistas. Segundo Charles Armstrong, a Guerra da Coreia alterou a percepção que os estadunidenses tinham das condições e importância da batalha por "corações e mentes" não apenas na Coreia, mas em todo o Oriente. Após examinar diversos projetos educacionais e atividades culturais realizadas por estadunidenses e soviéticos em suas respectivas zonas de ocupação, o autor confirma o temor expresso pelo *The Daily Pennsylvanian*: os Soviéticos foram mais hábeis na arena cultural. Vide: ARMSTRONG, Charles K. The cultural cold war in Korea, 1945-1950. *The Journal of Asian Studies*, Ann Arbor, v. 62, n. 1, p. 71-100, feb. 2003.

Cf. Fredrick Barth apud ROSENAL, Paul-André. Fredrik Barth e a microhistória. In: REVEL, Jacques (Org.) *Jogos de escalas: a experiência da microanálise*. Rio de Janeiro: Editora Fundação Getúlio Vargas, 1998. p. 156.

definiu Antonio Gramsci -, a essa coação.³⁰ A reflexão se torna mais plausível se a aplicarmos à exibição de filmes anticomunistas nas cidades do Rio de Janeiro e São Paulo. Um exemplo do controle exercido pela mídia, segundo E.P. Thompson foi “o extraordinário impacto, sobre toda uma nação, da execução de dois indivíduos: os Rosenbergs”.³¹ Mas, tal controle não foi tão efetivo, pelo menos não no Brasil. No entanto, o impacto destas produções no Brasil é um tema para outro momento.



Cf. GRAMSCI, Antonio. *Antologia*. Seleção, tradução e notas de Manuel Sacristán. México: Siglo XXI, 1970. p. 291.

Cf. THOMPSON, E. P. *As peculiaridades dos ingleses e outros artigos*. Campinas: Ed. Unicamp, 1993. p. 242.

6. Ernesto Domínguez López *

Buscando sentidos: Estados Unidos y la crisis de los setenta

ABSTRACT

La crisis de los setenta en Estados Unidos fue un proceso complejo, que se expresó de manera asincrónica en todos los ámbitos de la vida de ese país. La transformación de las estructuras económicas estuvo marcada por el abandono de la convertibilidad del dólar y los *shocks* petroleros, lo cual afectó directamente un modelo productivo basado en el acceso a fuentes energéticas baratas y mercados estables. Pero de manera más rigurosa, el proceso reflejó también la transición hacia una economía basada en los servicios, con la emergencia de nuevos tipos de servicios más intensivos en conocimiento, dentro de marcos diseñados para una economía centrada en la industria pesada. La crisis significó la potenciación de la transformación de las estructuras sociales, con la redefinición de los macrosujetos más importantes. También implicó una ruptura de los paradigmas científicos, artísticos, políticos y filosóficos dominantes hasta entonces,

* Centro de Estudios Hemisféricos y Sobre Estados Unidos. Universidad de La Habana. ernestodl@cehseu.uh.cu

es decir, de los núcleos del sistema de pensamiento en su configuración precedente, lo cual abrió el camino para la emergencia de nuevos referentes en todos los campos. La neoformación que se generaría a partir de este proceso tenía que estar marcada por los aparatos categoriales y los principios que se articularían en ese contexto.

Palabras clave: Crisis, años setenta, shock petrolero

The crisis of the seventies in United States was a complex process, expressed non-synchronously in every aspect of social life. The transformation of the economic structure was marked by the renounce to the convertibility of the dollar and a series of oil shocks. These factors affected deeply a model of production based on regular access to cheap energy and stable markets. However, a more rigorous approach reveals a transition to an economy based on services, and the emergence of new types of services with a high content of knowledge, within a framework designed for an economy driven by the heavy manufacturing industry. The crisis meant as well a transformation of the social structure, originated by a redefinition of its core macrosubjects. It also implied a rupture in scientific, artistic, political and philosophical paradigms, dominant until then, that is to say, ruptures in the nucleuses of the system of thinking in its previous configuration, opening room for new referents in all fields. The emerging

neo-formation had to be marked by the set of categories and principles generated in the process.

Keywords: *Crisis, seventies, oil shock*

Introducción

A partir del colapso de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos en 2007 y especialmente a partir del *meltdown* financiero de septiembre de 2008, los impactos de la crisis global condujeron a una vasta y en gran medida enjundiosa indagación sobre los factores condicionantes y consecuencias del fenómeno. Los análisis se han realizado desde una gran diversidad de disciplinas, subdisciplinas y enfoques. Una buena parte de esos trabajos han abordado sus antecedentes históricos, tratando de identificar similitudes y diferencias que permitan explicarlo.

Un ángulo recurrente en la literatura producida en los últimos años es la comparación de la llamada *Gran Recesión* con la *Gran Depresión* de 1929-1933. Este esfuerzo es sin duda válido y útil, pero tiende a obviar la ocurrencia de otra crisis de alcance global en los años setenta de la pasada centuria, cuyos efectos están todavía vigentes. Una gran parte de ese “salto” analítico se origina en la lectura del comportamiento de los indicadores económicos, cuyas fluctuaciones más recientes solo encuentran parangón en, e incluso son superados por las de la década del treinta. Sin desconocer estos datos, es necesario estudiar la dinámica de las

configuraciones metaestables del sistema con una mirada más abarcadora.

La historia del capitalismo ha estado marcada por una serie de crisis de los más diversos tipos, las cuales han sido abordadas por múltiples autores en diversos momentos, entre las que destacan algunas por su alcance y profundidad. La evolución contemporánea del sistema se ha articulado en gran medida en torno a su ocurrencia y sus efectos de larga y media duración. Partiendo de estas consideraciones, este artículo propone una interpretación del sentido histórico de la crisis de los años setenta a través de una aproximación a las transformaciones de las estructuras esenciales del capitalismo estadounidense que convergieron en y fueron potenciadas por la crisis. Se pretende desbordar el análisis económico e incorporar a la reflexión una serie de cambios en otros subsistemas igualmente importantes, sin considerarlos necesariamente subsidiarios de los procesos económicos, si bien a estos últimos se les presta una considerable atención. La idea de este trabajo es analizar algunos de los subprocesos concomitantes en el proceso conocido como crisis de los setenta, para comprender su dinámica inherentemente compleja.

El punto de partida fundamental para este trabajo es la conciencia de que al estudiar la sociedad lo que estamos observando es una realidad multidimensional, donde cada una de sus partes está conectada con las restantes, son interdependientes, y su interacción genera cualidades emergentes. En otras palabras, se trata de un sistema

complejo, adaptativo y abierto³², por lo cual los enfoques disciplinares clásicos son insuficientes para comprenderlo en su conjunto. A su vez, la crisis es enfocada como un momento del desarrollo histórico, o evolución histórica, para lo cual se emplea un enfoque complejo del desarrollo, que se apoya en un sistema categorial proveniente de la historia, la semiótica de la cultura, la historia económica y la biología³³. Finalmente, una consideración importante es que los procesos y subprocesos estudiados se producen con ritmos diferentes, por lo que sus expresiones visibles no son sincrónicas, de lo cual se deriva que las periodizaciones tradicionales deben ser vistas como convenciones destinadas a organizar el trabajo, no como sus límites estrictos³⁴.

³² Para la definición del tipo de sistema que se aborda en este trabajo, se deben considerar varias fuentes, en general tributarias de la formación del pensamiento complejo. Por ejemplo, ver Ludwig von Bertalanffy. *Teoría General de los Sistemas*; México, Fondo de Cultura Económica, 1976; Edgar Morin, *El método. La naturaleza de la naturaleza*; Madrid, Cátedra, 2001; John H. Holland, *Hidden Order: How Adaptation Builds Complexity*; New York, Addison-Wesley, 1995.

³³ Una síntesis de este enfoque concreto fue presentada en Ernesto Domínguez López. *Repensando el desarrollo*; ponencia presentada en el VI Congreso Bienal Internacional Complejidad 2012, 10-13 de enero de 2012, La Habana. Algunas de las principales fuentes de ese enfoque son Fernand Braudel. “La larga duración”, en Fernand Braudel. *La Historia y las Ciencias Sociales*; Madrid, Alianza Editorial, 1970, pp. 60-106; William H. Sewell Jr. *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*; Chicago-London, University of Chicago Press, 2005; Juri Lotman. *Culture and Explosion*; Berlin-New York, Mouton de Gruyter, 2004; Douglass C. North. *Understanding the Process of Economic Change*; Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2005; Adam M. Turing. “The chemical basis of morphogenesis”, en *Philosophical Transactions of the Royal Society of London, Series B*, 237, pp. 37-72.

³⁴ Además de los referentes mencionados, hay que agregar en este aspecto concreto la aproximación de

La sociedad opulenta

El modelo de desarrollo dominante en la postguerra se conformó en torno a una serie de atractores capaces de estabilizar durante algún tiempo el comportamiento del sistema. Por ejemplo, en materia de relaciones políticas internacionales, la bipolarización que representó la llamada Guerra Fría, a pesar de su condición de permanente amenaza, sobre todo a partir de la acumulación de potentes arsenales, incluyendo miles de dispositivos nucleares, actuó como eje articulador del subsistema de relaciones internacionales con una preponderancia de la estabilidad en el vínculo entre sus dos extremos.

En la configuración del subsistema de relaciones económicas, uno de los pilares del modelo fue establecido por los acuerdos de Bretton Woods (1944), cuando se diseñó la arquitectura financiera y monetaria de las décadas que siguieron. De esas conversaciones emergieron las instituciones internacionales encargadas de regular el orden financiero, es decir, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), y se estableció el dólar estadounidense como divisa internacional, con tasas de cambio fijas y convertibilidad en oro, a razón de 35 dólares la onza troy. Este último aspecto tuvo repercusiones extraordinarias, pues por una parte generó

Immanuel Wallerstein y Terence Hopkins a los tiempos históricos. Terence Hopkins, Immanuel Wallerstein et al. *World System Analysis. Theory and Methodology*; Beverly Hill-London-New Delhi, Sage Publications, 1982; Immanuel Wallerstein. *The Modern World-System I. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*; Berkeley-Lon Angeles-London, University of California Press, 2011.

un ambiente de estabilidad en los mercados mundiales, y por otra puso en manos de Washington el control de los flujos básicos de moneda y la denominación de los principales mercados. A su vez significó una fuente de presiones crecientes sobre la economía de Estados Unidos, lo cual se haría visible con el paso del tiempo. Este arreglo fue complementado con acuerdos para regular los precios del oro en los mercados, para mantenerlos en el orden de la tasa de cambio dólar/oro, así como toda una serie de acuerdos bilaterales y multilaterales para tratar de evitar el drenaje las reservas estadounidenses³⁵.

Otro aspecto fundamental fue la expansión de los mercados, a partir de la masificación del consumo, no solo de bienes esenciales, sino de toda la amplia gama de mercancías durables, artículos hasta entonces considerados de lujo y los más recientes avances de la tecnología. En ese período los mejores ejemplos fueron la televisión, los automóviles y los teléfonos, además de la ampliación del mercado turístico, relacionada con el desarrollo de la aeronáutica civil. Franjas enteras de la población se insertaron como consumidores de gran peso. Por solo citar un caso ilustrativo, tan temprano como en la década de los cincuenta la prensa estadounidense reconocía la importancia del consumo de los adolescentes, tanto de forma directa como por su influencia sobre las decisiones de los adultos. Por entonces se llegó a estimar ese mercado en unos 10 000 millones de dólares, una cifra muy

elevada para la época³⁶. Este desarrollo era la expresión de varios factores específicos, como el crecimiento del estándar de vida, la redistribución de recursos introducida desde los tiempos del *New Deal* y una tendencia a la reformulación de las relaciones familiares en las cuales cambiaba paulatinamente el papel de las mujeres y los hijos menores de edad.

La recuperación de las economías europeas, sobre todo la alemana occidental, a partir de las estrategias diseñadas, la existencia del Plan Marshall y el nacimiento de los proyectos de integración regional, se convirtió en otro factor clave³⁷. La combinación de esa recuperación (lo que después sería conocido como “milagro europeo”) con las tendencias expansivas de la economía norteamericana configuró un amplio grado de interconexión a partir de los flujos de inversiones y la consolidación de un mercado de magnitud creciente para las exportaciones estadounidenses. Ello además de constituir un frente donde frenar la temida “amenaza comunista”.

El desarrollo de la postguerra se proyectó y en gran medida se produjo dentro de los marcos de la sociedad industrial, formada a partir de las sucesivas fases de la revolución

³⁵ Francisco Soberón Valdés. *Oro, dólar e imperio*; La Habana, Ciencias Sociales, 2010, pp. 76-119.

³⁶ “A Young \$10 Billion Power: The US Teen-age Consumer Has Become a Major Factor in the Nation’s Economy”. *Life*, 31 de agosto de 1959, pp. 78-84.

³⁷ Vera Zamagni. *Historia económica de la Europa contemporánea*; Barcelona, Crítica, 2001, pp. 213-252. A. Graham y A. Seldon (eds). *Government and Economies in the Postwar World. Economic Policies and Comparative Performance. 1945-1985*; Londres, Routledge, 1990. Charles P. Kindleberger. *Europe’s Postwar Growth. The Role of Labour Supply*; Londres, Oxford University Press, 1967. André Piettre. *La economía alemana contemporánea. (Alemania Occidental) 1945-1952*; Madrid, Aguilar, 1955.

industrial y que por entonces alcanzaba su punto de máximo desarrollo. Si leemos los textos referidos en el párrafo anterior podremos percatarnos de que en la época el foco principal de atención era la industria pesada, considerada la base de las economías avanzadas de entonces. La demostración del alcance de esta consideración está tanto en los planes de recuperación económica implementados como en el primer gran proyecto de integración regional que empezó a funcionar en Europa, justamente denominado Comunidad Europea del Carbón y el Acero³⁸.

Pero en este punto hay que tomar en cuenta un hecho en extremo significativo: todo el subsistema económico se sostenía sobre un modelo de consumo energético marcado por el acceso a un suministro constante de combustibles fósiles, en especial petróleo, a bajos precios, lo cual abarataba las inversiones y la producción. Se hizo común en los cincuenta y los sesenta dar por sentado ese acceso al petróleo barato, lo cual se reflejó en una tendencia al crecimiento del consumo energético industrial y doméstico. La potencia norteamericana combinaba su condición de importante productor con la disponibilidad de suministros exteriores, controlados en su mayor parte por un pequeño grupo de empresas estadounidenses, al estilo de Standard Oil o Exxon, las cuales, junto con British Petroleum y Royal Dutch Shell, manejaban el mercado mundial. Durante los años cincuenta el consumo de petróleo en Estados Unidos creció en un 65%, mientras

que en los sesenta, después de la imposición de un sistema de cuotas de importación durante la administración de Eisenhower, el incremento fue del 48%³⁹. En enero de 1973, cuando ya algunas cosas habían cambiado, el barril de petróleo se mantenía a 1,62 dólares⁴⁰.

Sobre estas bases se construyó lo que se conoció como la *sociedad opulenta*, es decir, una sociedad en la cual el crecimiento permanente de la producción y el alcance de la distribución generaban un crecimiento del nivel de vida que supuestamente llevaba a que la pobreza y las diferencias sociales desaparecieran. En los años cincuenta en Estados Unidos este optimismo fue muy fuerte, e incluso se propusieron algunas denominaciones para la época, que pueden resumirse en la expresión *capitalismo popular*. Estas ideas se extendieron por la academia, si atendemos a los textos que publicaron figuras como Peter Drucker⁴¹, Frederick Lewis Allen⁴² y John Kenneth Galbraith⁴³, donde se consideraba que el modelo estadounidense había resuelto el dilema planteado por Karl Marx en el siglo XIX entre el crecimiento económico y la calidad de vida de los trabajadores.

³⁹ “The 1973 oil crisis: one generation and counting.”

En *Chicago Fed Letter*, 86, octubre 1994,

⁴⁰ Amylkar D. Acosta. *El tercer shock petrolero*. En: www.amylkaracosta.net. Consultado el 8 de octubre de 2013 y series históricas en *U.S. Energy Information Administration* (sitio web) En: www.eia.deo.gov. Consultado el 11 de octubre de 2014.

⁴¹ Peter Drucker. *The New Society*; New York, Harper & Brothers, 1950.

⁴² Frederick Lewis Allen. *The Big Change. Americas Transformation 1900-1950*; New York, Harper and Row, 1952.

⁴³ John Kenneth Galbraith. *American Capitalism. The Concept of Countervailing Power*; Boston, Houghton Mifflin, 1952 y John Kenneth Galbraith. *The Affluent Society*; Boston, Houghton Mifflin, 1958.

³⁸ El Benelux se acordó algunos años antes, pero su alcance sin duda fue mucho más limitado.

Por supuesto, no se trataba de una real eliminación de la desigualdad social, si atendemos a la concentración de riquezas en los sectores de elite y la subsistencia de una notable franja de pobreza, es decir, el mantenimiento de un importante nivel de polarización. Hacia finales de los cincuenta, el 0,5% de la población recibía el 25% de los ingresos, mientras que la población por debajo del umbral oficial de la pobreza superaba el 20%. Pero ciertamente la expansión de la economía de Estados Unidos, cuyo volumen, al comenzar el segundo lustro de la década del cuarenta, correspondía aproximadamente al 50% del total de la actividad económica mundial, favorecía una mejoría absoluta y relativa que se expresaba un crecimiento de aproximadamente el 50% en la cotización del consumo *per capita*, en un contexto de estabilidad de la moneda⁴⁴. De hecho, la proporción de población pobre tendió a reducirse de manera sostenida: si en 1959 era el 22,4% del total, en 1973 alcanzó su mínimo histórico, con 11,1%⁴⁵.

Incluso el reconocimiento de las imperfecciones del modelo y un clima político complicado con importantes índices de conflictividad explícita o implícita (los asesinatos políticos de los sesenta fueron claras muestras de ello) se tradujeron en un proyecto formulado e implementado por la nueva generación de presidentes demócratas nacidos en el siglo XX (John F.

Kennedy y Lyndon B. Johnson). La *Gran Sociedad* fue el punto más alto del sistema de bienestar estadounidense, con la introducción de una legislación para intentar garantizar la igualdad de derechos en una sociedad muy fragmentada étnicamente, la ampliación de los servicios públicos y la cobertura de las ayudas estatales. La pauta trazada por la Ley de Seguridad Social de 1935 fue continuada a través de propuestas tales como la guerra contra la pobreza, los programas de seguro médico, la ayuda a madres solteras o viudas y la intervención federal en la educación⁴⁶.

La incorporación de la legislación de la Gran Sociedad influyó de manera directa sobre las tendencias y comportamientos que solo he esbozado en los párrafos anteriores. En particular, constituyó un poderoso refuerzo para los mecanismos de redistribución de recursos, en medio de la polémica de si el concepto de bienestar debía partir de esto o de la igualdad formal de oportunidades. Evidentemente esta articulación de leyes y políticas contribuyó a reducir las diferencias entre los extremos

⁴⁴ Sobre esta etapa se pueden consultar múltiples textos con distintos enfoques. Por ejemplo Sar A. Levitan y Robert Taggart. *The Promise of Greatness. The Social Programs of the Last Decade and Their Major Achievements*; Cambridge MA, Harvard University Press, 1976; Charles Murray. *Loosing Ground: American Social Policy.1950-1980*; New York, Basic Books, 1984 y los capítulos correspondientes en textos de historia general de distintos enfoques, como Howard Zim. *La otra historia de los Estados Unidos*; La Habana, Ciencias Sociales, 2004; George B. Tindall. *Historia de Estados Unidos*; Bogotá, Tercer Mundo, 1995; Allan Nevins y Henry Steele Commanger. *Breve Historia de los Estados Unidos*; México D.F, Fondo de Cultura Económica, 1996; Paul Johnson. *Estados Unidos. La Historia*; Barcelona, Javier Vergara Editor, 2001 y Maldwyn A. Jones. *Historia de Estados Unidos 1607-1992*; Madrid, Cátedra, 1996.

⁴⁴ Douglas T. Miller y Marion Nowak. *The Fifties: The Way We Really Were*; New York, Doubleday, 1977, pp.105-122.

⁴⁵“Living in Poverty, 1959-1989: A Graphic”, en Robert Griffith (ed.). *Major Problems in American History Since 1945*; Lexington, Toronto, D.C. Heath and Company, 1992, p.314.

de la escala social y a abrir oportunidades para desarrollos independientes de grupos hasta entonces subsumidos en formas antiguas de estructuración de las relaciones familiares, clasistas y étnicas. Dicho en otras palabras, llevó a la conformación de lo que sería el punto culminante del *welfare state* estadounidense.

Entre el oro y el petróleo

Todo este edificio fue sacudido por una sucesión de períodos recesivos en los años setenta que resquebrajó sus cimientos y lo puso al borde del colapso. Las recesiones técnicas⁴⁷ se localizan entre 1969 y 1982⁴⁸. En algunas fuentes se considera la ocurrencia de tres crisis cíclicas en 1970-71, 1973-74 y 1980-81⁴⁹, lo cual por una parte es cierto, pero por otra representa una visión fragmentada del proceso, que observa preferentemente el comportamiento del PNB y otros indicadores esencialmente económicos. Lo que podemos extraer de estas referencias es que entre finales de los sesenta y

comienzos de los ochenta se puede apreciar una extendida inestabilidad, que evidentemente alcanzaba niveles estructurales.

Si observamos las estadísticas oficiales, las caídas en realidad no fueron tan bruscas, cuando los indicadores las recogen. Concretamente, entre 1969 y 1985 la base de datos del Buró de Análisis Económico del Departamento de Comercio de Estados Unidos no registra crecimientos interanuales negativos a dólares corrientes⁵⁰. Cuando se traduce a dólares fijos según el valor de 2005, se observan contracciones interanuales en 1974, 1975, 1980 y 1982. En 1970 la variación en doce meses fue casi nula, pero positiva (0,2%). Si revisamos el crecimiento intertrimestral, encontramos que se reportaron cifras negativas en el último cuarto de 1969 y el primero de 1970, otra contracción en el último trimestre de ese mismo año 1970, y un período con cinco caídas entre el tercer cuartil de 1973 y el primero de 1975, con solo dos momentos de crecimiento positivo intercalados. Más adelante se aprecia una pequeña contracción (0,1%) en el cuarto trimestre de 1977 y otros seis cuartiles de decrecimiento del total de diez que van desde el segundo trimestre de 1980 hasta el tercero de 1982, ambos inclusive. De manera que podemos encontrar recesiones técnicas en 1969-1970, 1974-1975, 1980 y 1981-1982. Otro dato interesante es que la caída intertrimestral más acentuada se

⁴⁷En este punto estoy utilizando la definición británica. Según esta, la recesión técnica se produce cuando se contabilizan dos trimestres consecutivos de contracción de la actividad económica general. En Estados Unidos la práctica es que el comienzo y fin de una recesión es anunciada por el National Bureau of Economic Research (NBER), organización independiente que se basa en el balance de una serie de indicadores como desempleo, crecimiento del Producto Interno Bruto e inflación. Este modelo es más complejo y abarcador, pero al mismo tiempo está muy marcado por la subjetividad de los asociados al NBER.

⁴⁸Series históricas del *Bureau of Economic Analysis*. En www.bea.gov. Consultado el 17 de noviembre de 2015.

⁴⁹Carlos Tablada et. al. *Comercio mundial: ¿Incentivo o freno para el desarrollo?*; La Habana, Ciencias Sociales, 2006, p.60

⁵⁰Dólares corrientes se refiere al valor nominal de acuerdo con la cotización de la moneda en ese momento. Cuando se habla de dólares fijos o encadenados es la conversión del anterior a la cotización de la misma moneda en un momento fijo seleccionado.

produjo en 1980 con un -7,9% a dólares fijos, mientras que a dólares corrientes fue -1,2% en ese mismo año. En lo que a variación interanual se refiere, la mayor contracción fue en 1982, con -1,9%, siempre usando dólares fijos⁵¹.

Podemos considerar que la percepción actual y la de los setenta sobre el comportamiento de la economía son diferentes. Las cifras manejadas, especialmente a dólares corrientes, no eran demasiado negativas, y en comparación con la *Gran Depresión* pueden verse como ligeras, en gran parte por las distorsiones introducidas por la variación de las cotizaciones del dólar. Y sin embargo, la ralentización de ese crecimiento y la tendencia al debilitamiento de la situación económica condicionaron una percepción de crisis generalizada, lo cual resultaba particularmente duro tras la continuada construcción de una imagen de prosperidad en la postguerra. Además, aquí estamos dialogando en torno a indicadores macroeconómicos totales; sería erróneo asumir un comportamiento homogéneo de todas las empresas y sectores, y por tanto del status de los trabajadores, empresarios y otros sujetos sociales individuales y colectivos. La diversidad de comportamientos implica la diferenciación de los impactos, y por tanto de las percepciones a nivel regional, microeconómico e individual.

Varios procesos de diferente origen condicionaron la ocurrencia de la crisis. Primero, la conservación de todo su

potencial industrial le otorgó una gran ventaja a Estados Unidos en la postguerra inmediata, pues sus competidores europeos habían visto sus territorios arrasados por la guerra. En 1947 el déficit comercial europeo ascendió al máximo histórico de 7 200 millones de dólares, lo cual debió ser compensado con transferencias de las ya muy menguadas reservas de oro de los principales países. Sin embargo, la reconstrucción significó un proceso de modernización industrial que llevó a superar el nivel de eficiencia general de la industria estadounidense⁵² (en este punto entra también la recuperación japonesa), y pocos años después la balanza de pagos se invirtió. En los años cincuenta Europa Occidental obtuvo crecientes superávits comerciales, los cuales ascendieron de 700 millones en 1952 a 1 800 millones en 1956⁵³.

A ello se debe agregar la espiral creciente de gastos en materia militar, asociada con la política de confrontación con Unión Soviética, y potenciada por la intervención de tropas estadounidenses en escenarios muy distantes y complicados, como Korea y Viet Nam. Los gastos de esta índole tienen características muy contradictorias, pues si por un lado estimulan sectores de la economía con notable capacidad de arrastre, también generan déficits presupuestarios con gastos improductivos, sobre todo cuando se incrementa el personal enrolado en las fuerzas armadas.

⁵¹Series históricas del Bureau of Economic Analysis...

⁵²Si bien en menor medida, Gran Bretaña, el menos afectado de los países industriales europeos, experimentó efectos similares, con un parque fabril que tendía al agotamiento físico y moral.

⁵³Francisco Soberón Valdés. *Oro, ...*, pp. 98-100.

Tampoco debe obviarse que la política de la Gran Sociedad significó una presión adicional sobre los presupuestos federales, lo cual tuvo repercusiones sobre la situación monetaria en general.

La combinación de factores condujo a que Washington enfrentase el llamado *dilema de Triffin*, según el cual la posición de Estados Unidos tenía dos vertientes contradictorias: por un lado, la obligación de suministrar liquidez a nivel mundial, para lo cual debían incurrir en crecientes déficits de cuenta corriente; por otro, debían mantener fijo el precio del oro, lo cual conducía indefectiblemente a la insuficiencia de la reserva física. Ello se profundizaba con el cambio en los flujos del metal generados por el “milagro” europeo y la política de Francia, Alemania Occidental, Italia, Países Bajos y otros de menor importancia, de cambiar sus reservas de dólares por oro. En 1945, las reservas de oro almacenadas en el sistema de la Reserva Federal estadounidense sumaban 17 848 toneladas métricas, algo más del 70% del total mundial; para 1971 se habían reducido a 9 070 toneladas. En ese mismo período, las reservas alemanas habían pasado de 24 toneladas a 3 623 –un impresionante 15 096% de crecimiento–; las francesas de 1 378 a 3 131; las italianas de 28 a 2 563; y las neerlandesas de 240 a 1 696. Llama la atención que en el mismo período Gran Bretaña, mucho más cercana a Estados Unidos, con la industria menos destruida durante la conflagración mundial, vio reducirse sus propias reservas de 1 773 toneladas a 690⁵⁴.

La insostenibilidad de esa situación condicionó la decisión unilateral del presidente Richard Nixon de suspender la convertibilidad del dólar y dejarlo flotar en el mercado de divisas, aunque ello no significó el fin del sistema de Bretton Woods, sino su transformación en un factor de inestabilidad en lugar de un garante de estabilidad. El anuncio de la suspensión “temporal” de la convertibilidad del dólar en oro fue hecho, sin consulta previa con aliados internacionales, como un pequeño pasaje de un discurso presidencial en la noche del 15 de agosto de 1971. Esta decisión indudablemente contribuyó a la rápida caída del valor de las monedas europeas, en la medida en que debieron ser devaluadas y más tardes dejadas flotar libremente en busca de adecuarse a la situación generada, con todas las implicaciones correspondientes.

En el ámbito energético, el llamado primer *shock petrolero* estalló a raíz del resultado de la Guerra del Yom Kippur (1973), iniciada cuando los estados árabes derrotados por Israel en la Guerra de los Seis Días (1967) intentaron tomarse la revancha. El puente aéreo tendido por el gobierno de Estados Unidos, encabezado por Richard Nixon, dotó a las fuerzas armadas israelíes de los medios materiales necesarios para revertir la situación inicial, desfavorable para ellos, y derrotar finalmente a sus tradicionales adversarios. En represalia a la colaboración estadounidense con el gobierno de Tel Aviv, una organización que era vista hasta entonces como poco más que un club dedicado a reunirse para tomar el té, la Organización de Países Exportadores de

⁵⁴Francisco Soberón Valdés. *Oro, ...*, p.119

Petróleo (OPEP), tomó por primera vez la decisión de elevar el precio de los combustibles en los mercados internacionales, que pasaron de 1,62 dólares el barril en enero de 1973 a 11,58 dólares en enero de 1974, es decir, un 615% de incremento, con algunos picos superiores⁵⁵.

A finales de la misma década, la Revolución Islámica iraní (1979) y el inicio de la guerra entre Irán e Iraq (1980) detonaron una nueva escalada de los precios de los hidrocarburos, tras su estabilización temporal después de 1975. Entre enero de 1979 y enero de 1980 el barril de crudo pasó de 2,50 USD a 38, lo que representó un aumento de algo más de 15 veces. De enero de 1973 a enero de 1980 el crecimiento del precio de referencia del crudo fue de 2246%, algo absolutamente inusitado, con grandes fluctuaciones, algo igualmente nuevo, dada la estabilidad predominante en los mercados durante las décadas anteriores. La situación se hacía mucho más complicada para Estados Unidos pues sus reservas en explotación habían pasado el pico productivo desde 1970, por lo que para entonces se había iniciado la curva descendente en los volúmenes extraídos⁵⁶.

La combinación de ambos procesos resquebrajó dos de los pilares del ordenamiento del subsistema económico de la postguerra: por un lado, un sistema financiero estable que permitía

proyecciones y operaciones comerciales e inversiones a mediano y largo plazo, con suficiente certeza en las condiciones del mercado; por otro, el acceso a fuentes energéticas a bajo costo, fundamental para un paradigma tecnológico sustentado en la extracción y transformación de energía fósil. Además, existe al menos otra consecuencia de gran alcance: la apertura de dos espacios muy propicios para la especulación, con los precios de los hidrocarburos y los de las monedas como bazas en juego. Por supuesto, también se colocaron estas problemáticas en la palestra pública, es decir, atrajeron la atención, y cambió la relación entre Estados Unidos y el resto del mundo, especialmente en lo que respecta a su deuda externa. La deuda pasó poco a poco a ser una de las fuentes de financiamiento de su economía a través de los mecanismos de apalancamiento, que hacen que la venta de bonos y otros títulos de deuda sea un negocio sumamente rentable y un lazo muy fuerte con otros Estados que tienen sus reservas denominadas en dólares. A partir de entonces, estos últimos no pudieron convertir sus dólares en valores físicos reales salvo a través de la compra de oro en un mercado con precios que iniciaron una tendencia marcadamente alcista, o su inversión en otros activos.

Se trató de una crisis nacida de la dinámica de funcionamiento del sistema como totalidad, durante la cual, como es recurrente en ese clase de circunstancias, se agudizaron las contradicciones, se aceleraron las transformaciones y se conformó una multiplicidad de adyacentes

⁵⁵ Series históricas en *U.S. Energy Information Administration* (sitio web) En www.eia.doe.gov. Consultado el 24 de septiembre de 2015. Los porcentajes de cambio fueron calculados por el autor.

⁵⁶ *US Energy...*

posibles. Una de las lecturas más inmediatas sería su identificación como el cambio de la fase A (expansiva) a la fase B (de contracción) de un ciclo Kondratiev⁵⁷, una de las teorías cíclicas más aceptadas en el ámbito académico. Pero, sin entrar en el debate en torno a la validez de los ciclos en la historia, la búsqueda de una comprensión más profunda de las esencias e importancia de la crisis de los setenta debe llevarnos más lejos en esta reflexión.

Quizás la más importante de las consecuencias de esta crisis fue la visibilidad alcanzada por fenómenos preparados desde antes, en primer lugar la estancamiento, es decir, la superposición de estancamiento e inflación. Tal fenómeno no podía ser explicado por las teorías económicas dominantes en la época, pues se consideraba que la inflación era un fenómeno propio del crecimiento, por lo que era impensable su combinación con el estancamiento de la economía. Este punto abre una ventana a uno de los aspectos más importantes del proceso: la sobretensión y el agotamiento del sistema alcanzaban de manera clara otras esferas, en este caso el sistema de pensamiento, del cual forman parte los aparatos teóricos y metodológicos necesarios para interpretar y manejar situaciones críticas. Ese es un campo de indagación de notorio interés.

Un macroproceso de muchos niveles

La expresión de la crisis en los diversos campos distintos de la economía resulta

⁵⁷ Nikolai Kondratiev. "Los grandes ciclos de la vida económica", en Gottfried Haberler (comp). *Ensayos sobre el Ciclo Económico*; México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 35-56.

lógica, si consideramos el carácter de sistema complejo que tiene el *complexus cultural*. Utilizo este término en lugar del habitual *sociedad*, por varios motivos. Primero, se evita la confusión posible entre los distintos usos del término sociedad, entendido como totalidad o como parte; segundo, establece desde el principio su carácter complejo; tercero, introduce la noción de cultura, entendida como la producción humana, incluyendo la producción de relaciones y patrones de comportamiento y producción; cuarto, refrenda la condición de sistema (la idea de sistema de cultura es un antecedente de esta formulación). Para mayor precisión, el *complexus cultural* es un sistema complejo, abierto y adaptativo, por lo cual cualquier cambio en su configuración afecta a todas sus partes, y el cambio es una cualidad inherente al *complexus*⁵⁸.

Partiendo de esa consideración, resulta evidente que la crisis de los setenta y los procesos y configuraciones que le dieron origen y que se derivaron de ella, se desarrollaron en varios niveles interdependientes. Observemos algunos de ellos. Primero, el citado concepto de capitalismo popular se demostró frágil, si consideramos la concentración de los capitales durante las décadas previas a la crisis. Hacia finales de los cincuenta, el 5% de las empresas estadounidenses recibía el 87,7% del total de ingresos netos del país y la fusión de empresas menores con otras

⁵⁸ Para una definición del concepto de *complexus cultural*, ver Ernesto Domínguez López. *Ciencia y complexus cultural. Un ensayo*, https://relaed.milaulas.com/pluginfile.php/530/mod_resource/content/1/Lopez-Ensayo.pdf. Consultado el 19 de octubre de 2015.

mayores mantuvo una media de 800 anuales durante ese decenio⁵⁹. Esto significa que un número reducido de corporaciones resultaban determinantes en el comportamiento general de la economía. Este proceso es parte de la tendencia general del capitalismo como modo de producción, dado que la competencia mercantil más frecuentemente genera la absorción de capitales productivos o reproductivos por los que resultan ser más fuertes que espacio para nuevos productores.

Los principios básicos de estos procesos fueron explicados por Marx ya en el siglo XIX⁶⁰. Sin embargo, el alto nivel de concentración tiene un grupo de implicaciones muy importantes. En primer lugar, elimina de hecho la libre competencia, en su sentido más amplio, toda vez que un reducido número de empresas asume el control de los mercados, creando las capacidades para controlar el movimiento de los precios. Si recordamos el peso decisivo de la economía estadounidense en el mundo de comienzos de los setenta, podemos percatarnos de la importancia de ese 5% al que hacía referencia antes. Por otra parte, si bien el crecimiento de las empresas crea polos capaces de estabilizar los mercados hasta cierto punto, crea también altos niveles de riesgo, pues si una de esas entidades va a la quiebra, las repercusiones sobre el sistema pueden ser catastróficas. En los setenta, todavía los mecanismos de regulación

política ponían límites a este crecimiento, pero sus potencialidades eran ya evidentes y su presión sobre los mecanismos reguladores crecía de manera sostenida.

Otra componente muy importante es que la formación de esas megaempresas significa el surgimiento de sistemas de administración extremadamente complicados, los cuales implican la necesidad de conocimientos especializados para su dirección. Esto se traduce en la conformación de un personal igualmente especializado en esa clase de labor, que tiende a diferenciarse cada vez más de los propietarios formales del capital. En otras palabras, las empresas familiares tradicionales de los primeros tiempos del sistema fueron paulatinamente desplazadas por gigantes extremadamente complejos, donde el personal administrativo es básicamente profesional. Ello favorece la formación de un sector social que, aunque técnicamente asalariado, posee un notable poder de decisión sobre los flujos de capitales de diverso tipo y tiende a enajenar el control efectivo de las empresas de las familias fundadoras y los inversores. Por otra parte, este tipo de desarrollo pone sobre el tapete las diferencias entre los intereses de las empresas y los de los individuos que las dirigen⁶¹. Este es un punto crucial para entender algunas prácticas que se han expandido con posterioridad, como la de premiar con bonos millonarios a ejecutivos de empresas en bancarrota, solo concebible por el

⁵⁹ Douglas T. Miller, y Marion Nowak. *The Fifties...*, p.113.

⁶⁰ Karl Marx. *El Capital. Crítica de la Economía Política*; La Habana, Ciencias Sociales, 1973.

⁶¹ Una reflexión temprana sobre este problema la encontramos en Joseph A. Schumpeter. "Las clases sociales", en Joseph A. Schumpeter. *Imperialismo. Clases sociales*; Madrid, Tecnos, 1986, p.128.

extrañamiento entre administradores e inversores.

Además, enlaza con otro fenómeno importante de aquellos años: el acelerado crecimiento de la burocracia estatal. Este incremento en el número de funcionarios es parte del desarrollo del sistema político-administrativo estadounidense a partir de la década del veinte. En 1926, el total en el país alcanzaba los 784 000. En 1983 la cifra se había elevado hasta 5 millones, entre civiles y militares, quienes manejaban un presupuesto para ese año fiscal de 805 200 millones de dólares. Si tomamos en cuenta todos los niveles administrativos estatales y locales habría que agregar 8,5 millones de personas a estas figuras⁶². Esta masa constituyó un enorme aparato con múltiples funciones, cuyos ejes articuladores fueron la ampliación y complejización de las funciones del Estado y de todo el sistema de gobierno, y el crecimiento nunca completamente revertido de las fuerzas armadas durante la Segunda Guerra Mundial. Se trató además de un sector fuertemente jerarquizado, con una distribución de funciones bien definida y la consecuente distribución de cuotas de poder, con el cual debían interactuar los políticos profesionales y el cual indudablemente alcanzó una influencia muy considerable sobre el funcionamiento de todo el *complexus* cultural, incluyendo la economía⁶³. La combinación del

crecimiento de este sector con la ampliación de las áreas de gestión estatal se relegó en la participación del gobierno en el volumen total de actividad económica. Durante el período 1947-1977 este último experimentó una tendencia creciente en su participación en la generación del Producto Interno Bruto que lo llevó de un 12,5% al 14,4% del total nacional⁶⁴.

De las líneas anteriores podemos identificar dos procesos de alcance estructural actuantes durante el período que estamos discutiendo. Por un lado, un reordenamiento continuado de los capitales a partir de una fuerte centralización, conectado con un flujo de recursos desde el Estado hacia los mercados por vías diversas y en montos crecientes. Por otro, la conformación de una amplia y jerarquizada tecnocracia, la cual concentró en sus manos los principales mecanismos de toma de decisiones en materia económica, pero también en otros órdenes, con todos los atributos para transformarse en un macrosujeto social definido⁶⁵. De aquí deriva con suficiente claridad la apertura de una brecha profunda entre el proceso real de toma de decisiones e implementación de

Policy; New York, Praeger Publishers, 1981 y Stephen Cohen. *U.S. International Economic Policy in Action*; New York, Praeger Publishers, 1982.

⁶⁴ Robert E Yuskavage y Mahnaz Fahim-Nader. "Gross Domestic Product by Industry for 1947-86. New Estimates Based on the North American Industry Classification System." *Survey Current Bussines*. (diciembre 2005) www.bea.gov, p.71. Consultado el 22 de octubre de 2014.

⁶⁵ Sería interesante un debate teórico en torno a la definición de ese macrosujeto como clase, estrato u otra categoría. Una reflexión muy lúcida sobre este problema y cómo interpretarlo se encuentra en Erik Olin Wright. *Class Structure and Income Determination*; New York, London, Toronto, Sydney, San Francisco, Academic Press, 1979.

⁶² Jorge Hernández Martínez. "Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI", en Jorge Hernández Martínez (coord.). *Los EE.UU. a la luz del siglo XXI*; La Habana, Ciencias Sociales, 2008, p.149.

⁶³ Sobre este último aspecto de la actividad de la burocracia estatal se pueden consultar Stephen Cohen. *The Making of United States International Economic*

políticas públicas y empresariales, y los mecanismos formales de la democracia moderna, dado el bajo nivel de control social posible sobre esos medios. Igualmente, se aprecia la inserción de una cuña entre los propietarios formales del capital y los gestores del mismo, en especial en lo que a cuotas de poder real se refiere⁶⁶. Por supuesto, no se puede tomar de manera esquemática, pues todos estos segmentos de la sociedad se entrecruzan y se retroalimentan.

En otro ámbito del problema que nos ocupa y que resulta relativamente fácil de identificar, se produjo la reestructuración de la economía, en el sentido de la redistribución de los capitales entre sus distintos sectores. Uno de los aspectos más importantes en este punto es el paulatino desplazamiento de la industria manufacturera de su posición en el núcleo dominante. Entre 1947 y 1987, el conjunto del sector de producción de bienes, el cual agrupaba agricultura, silvicultura, caza, pesca, minería, construcción y manufactura, mantuvo una tendencia marcadamente descendente, mientras que los servicios crecieron en similar proporción, como se aprecia en la tabla 1. Más explícito aún es que, al desagregar estos subtotaes, encontramos que la industria manufacturera, la cual era la rama que más aportaba de todas las clasificadas en los años cuarenta, experimentó una tendencia

decreciente igualmente marcada, aunque con cierto retardo. La otra cara de la moneda fueron tres áreas de servicios que se mostraron muy dinámicas durante el período. El constituido por las finanzas, los seguros, rentas, arriendos e inmobiliario pasó al primer puesto en 1987, tras un ascenso continuado. Una tendencia similar experimentaron los servicios educacionales, de salud y asistencia social *privados* y los servicios profesionales y de negocios⁶⁷. Estas cifras demuestran la existencia de un proceso estructural de desplazamiento del centro de gravedad de la economía de Estados Unidos hacia el llamado sector terciario desde épocas relativamente tempranas, así como como su aceleración en los setenta. Muy interesante resulta que el tipo de servicios de más rápido crecimiento fueron los financieros y los de alto contenido en conocimiento. Sobre esto ya comentaba Daniel Bell, cuando reflexionaba sobre el tránsito hacia la sociedad post-industrial en esa misma época⁶⁸.

⁶⁶ Una aproximación a etapas tempranas del proceso, al estudiar un problema mucho más específico pero íntimamente relacionado, la encontramos en Michael Schwartz. *Broadway and Corporate Capitalism. The Rise of the Professional-Managerial Class, 1900–1920*; New York, Plagrave MacMillan, 2009.

⁶⁷ Consisten en servicios profesionales científicos y técnicos, administración de compañías y empresas, y servicios de administración y gestión de desechos.

⁶⁸ Daniel Bell. *El advenimiento de la sociedad post-industrial. Un intento de prognosis social*; Madrid, Alianza Universidad, 2001.

Tabla 1. Participación de sectores y subsectores seleccionados en la generación de PIB (%)

Sector	1947	1957	1967	1977	1987
Producción de Bienes	39,8	38,0	34,0	30,9	24,9
Manufactura	25,6	26,9	25,2	21,6	17,1
Servicios	47,8	49,4	51,8	54,7	61,2
Finanzas y otros	10,4	13,1	14,2	15,0	17,7
Servicios Profesionales	3,7	4,5	5,3	6,0	8,7
Servicios Educativos y otros	1,9	2,4	3,4	4,6	6,0

Fuente: Robert E Yuskavage y Mahnaz Fahim-Nader. "Gross Domestic Product...", p.71

La ampliación de los servicios financieros fue una evidencia del crecimiento de la importancia del sistema financiero en general, fenómeno que ha tenido fluctuaciones en el curso del tiempo, con períodos de retroceso, pero la tendencia general es ascendente. John Maynard

Keynes incluyó una crítica de los mercados de títulos valor en su conocida *Teoría General*, pues los consideraba demasiado inseguros por su carácter especulativo y llamó la atención sobre el peligro de su expansión excesiva⁶⁹.

La eliminación de la estabilidad monetaria y los *shocks* petroleros vinieron a catalizar estos desarrollos, al facilitar por un lado la especulación con los precios de las mercancías y las operaciones con las monedas, y por otro al incrementar los costos de producción de los sectores tradicionales. La combinación de estos factores hizo más atractiva la inversión en áreas que ofreciesen márgenes de ganancia mayores en menos tiempo, como las finanzas, y donde no se hiciera uso intensivo directo de combustibles y otras materias primas que tendiesen a aumentar su cotización en los mercados. De tal manera que los fundamentos productivos del modelo de desarrollo predominante en la postguerra experimentaron una acelerada transformación. Y este es uno de los sentidos más importantes de la crisis de los setenta.

Este proceso tiene implicaciones todavía más amplias, si consideramos sus efectos sobre la fuerza de trabajo. El crecimiento de estos sectores absorbió a una gran parte de la mano de obra, lo cual introdujo nuevos requerimientos de calificación y cambió las formas dominantes de relación entre los trabajadores y los medios de producción, al transformar los modos y métodos de

⁶⁹ John Maynard Keynes. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*; La Habana, Instituto del Libro, 1968, p.160.

creación de valor. Este es un desarrollo de especial importancia, pues introdujo transformaciones importantes en la estructura social. En particular cuando tratamos definir la llamada clase media y su función. No es una cuestión menor, toda vez que la persona blanca de clase media se convirtió en el arquetipo del ciudadano estadounidense, en blanco prioritario de la promoción comercial y la propaganda política, vasta mayoría de los consumidores. En parte de la academia se asume que el prototipo “universal” del estadounidense integra en la denominación WASP (*white, anglosaxon and protestant*, blanco, anglosajón y protestante), la pertenencia a la clase media como cuarto rasgo identitario básico⁷⁰.

La transformación estructural de la economía implicó una sostenida reducción relativa y más tarde absoluta de los empleos tradicionales de cuello azul, y una expansión paralela del empleo en los servicios y de cuello blanco. En el citado texto de Bell se analiza la tendencia al predominio numérico de los trabajadores de cuello blanco en el conjunto de la fuerza laboral activa en Estados Unidos. En 1964, los trabajadores de cuello blanco (profesionales, técnicos y trabajadores semejantes; gerentes, funcionarios y propietarios, excepto granjeros; oficinistas, dependientes y trabajadores semejantes) componían el 44,2% del total de la población estadounidense laboralmente

activa, con tendencia sostenida al ascenso. Por su parte, los de cuello azul (artesanos, capataces y trabajadores semejantes; operarios y semejantes; jornaleros, excepto de labranza y minas; trabajadores de servicios tradicionales; granjeros y gerentes de explotaciones agrícolas) eran el 36,3%, y en franco proceso de disminución⁷¹. Por supuesto, la manera de clasificar las ocupaciones dentro de uno de estos dos grandes grupos puede ser cuestionada, pues algunas de las que describe pudieran considerarse para un cambio de ubicación, como los trabajadores de los servicios tradicionales. Pero la idea es lo bastante clara como para ser tenida en cuenta.

Junto con ello se desplegó una tendencia a asociar esta clase de trabajo con la condición de clase media. En la postguerra se había asociado la clase media con un nivel de ingreso estable y suficiente para participar de los nuevos mercados de bienes popularizados en ese período. Para generaciones que comenzaron a formarse por entonces se agregó el acceso a la educación, a partir de los planes que potenciaron la expansión de las universidades, particularmente con la introducción del llamado *GI Bill*, orientada a beneficiar a los veteranos de la guerra, que facilitó los estudios terciarios a una gran masa de personas. Pero la contracción de la clase obrera fabril dotó a ese difuso concepto de clase media (que ya había asimilado al núcleo de los trabajadores industriales) de un nuevo sentido, y, más importante, transformó las percepciones e identidades en la gran mayoría de la

⁷⁰ Jorge Hernández Martínez. “El “momento” Obama: ¿“cambio de guardia” en el sistema?”, en Jorge Hernández Martínez (coord.). *Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo. Una visión crítica*; La Habana, Ciencias Sociales, 2012, p.8.

⁷¹ Daniel Bell. *El advenimiento...*, p. 27

población, y por tanto sus actitudes sociales y políticas. Este es un tema que está en el corazón de muchos de los estudios y debates sobre la estructura social de la sociedad post-industrial durante décadas⁷². En tales circunstancias, los procesos de desregulación que desarrollaron con gran fuerza a partir de los años ochenta, al introducir niveles crecientes de inestabilidad para los status de la clase media se convirtieron en una fuente adicional de inestabilidad para todo el sistema.

Una lectura muy interesante del gran proceso de los setenta emana de la obra de Jean Baudrillard, cuando señalaba que mayo del 68 había sido el impacto del descubrimiento de que la sociedad (en este caso la occidental) ya no era productiva, sino reproductiva⁷³. Con esta expresión, Baudrillard estaba interpretando la esencia del cambio estructural que se haría visible en los setenta, y que venía gestándose desde los años que le precedieron. La transición hacia una economía de la información dominada por nuevos medios de gestión, donde la imagen resulta ser más importante que la realidad de la que supuestamente es representación, es otra

de las claves de la crisis. La preparación de ese cambio se aprecia claramente en Estados Unidos cuando vemos, por ejemplo, el notorio crecimiento de las firmas de relaciones públicas, encargadas de promover y reforzar la imagen de las corporaciones. Entre 1944 y 1964 el total de esas empresas pasó de 100 a 1 500, lo cual se tradujo en la intensificación de campañas diversas, el apoyo a distintas organizaciones infantiles y juveniles, vínculos con las escuelas y otras acciones similares⁷⁴. Si bien esto no era todavía sociedad de la información, si era el camino a través del cual se llegó a la importancia decisiva de las marcas y las imágenes de marca que fue excelentemente reflejada por Naomi Klein en *No Logo*⁷⁵. En ese texto, Klein indaga sobre el papel muchas veces decisivo de las empresas distribuidoras al por menor y las marcas, así como los mecanismos de control del capital sobre diversos ámbitos de la vida social.

Esta percepción está directamente relacionada con un profundo cambio de sensibilidad observable en los años sesenta y setenta en toda una amplia gama de manifestaciones. Quizás la clave se encuentra en el rechazo a la reproducción de patrones preestablecidos, y por tanto predecibles, basados en formas y relaciones simples. Este modelo determinista y modular había primado en los sistemas de pensamiento como una fuente de estabilidad, de certidumbre, a partir de una reducción de la complejidad a un nivel

⁷² Por solo citar algunos ejemplos provenientes de distintas tradiciones teóricas y momentos, Alain Touraine. *The Postindustrial Society. Tomorrow's Social History: Classes, Conflicts and Culture in the Programmed Society*; New York, Random House, 1971. Anthony Giddens. *The class structure of the advanced societies*; New York, Harper and Row, 1973. Stephen A. Resnick y Richard D. Wolff. *Knowledge and Class. A Marxian Critique of Political Economy*; Chicago, Londres, The University of Chicago Press, 1987. Gøsta Esping-Andersen (ed.). *Changing Classes. Stratification and Mobility in Post-industrial Societies*; Londres, Sage Publications, 1993.

⁷³ Jean Baudrillard. *Symbolic Exchange and Death*; Londres, Sage Publications, 1993, p.29.

⁷⁴ Douglas T. Miller y Marion Nowak. *The Fifties...*, p.109.

⁷⁵ Naomi Klein. *No Logo*; La Habana, Ciencias Sociales, 2007.

reducido y manejable. La ruptura con los referentes dominantes en la cultura occidental asociados con la experimentación con sustancias psicotrópicas y la asimilación de la filosofía mística oriental se encontró en el corazón del proceso, pero la búsqueda de alternativas se extendió por todos los ámbitos de los universos simbólicos y sus condensaciones materiales.

Por ejemplo, en la arquitectura los edificios al estilo del típico rascacielos octogonal neoyorquino fueron objeto de acervas críticas y si inició una transición hacia formas más complejas. Uno de los primeros referentes de este tránsito lo encontramos en el libro de Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour *Learning from Las Vegas* (1972), donde hacían la crítica de la arquitectura moderna y se apropiaban de los fundamentos de la cultura popular de su tiempo⁷⁶. La arquitectura de Venturi y otros creadores contemporáneos suyos no resolvió completamente el problema que se planteaba, pues fue más la superposición de componentes sobre una base estructural reticular; la transformación completa se produciría más tarde, con la aparición de obras definitivamente complejas, como el museo Guggenheim de Bilbao, diseñado por Frank Gehry⁷⁷.

⁷⁶ Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour. *Learning from Las Vegas. The Forgotten Symbolism of Architectural Form*; Cambridge, MIT Press, 1988.

⁷⁷ Este tema está excelentemente tratado en Mark C. Taylor. *The Moment of Complexity. Emerging Network Culture*; Chicago, Londres, University of Chicago Press, 2001, pp.19-46.

De los sesenta y los setenta se consolidó también una tendencia a la ruptura de los modelos clásicos de la ciencia, que se expresó en los trabajos de figuras como David Bohm, Isabelle Stengers e Ilya Prigogine, quienes propusieron enfoques novedosos para el estudio del mundo físico, entre los cuales destaca la introducción del carácter histórico de los sistemas naturales, que echaba por tierra la certidumbre de una condición determinada y básicamente estacionaria⁷⁸. En este punto resulta interesante que los antecedentes de la ruptura con el sistema de modelos clásicos se puedan rastrear hasta la emergencia de la mecánica cuántica, particularmente a partir de su sistematización con la interpretación de Copenhague⁷⁹. La indagación científica de las décadas del sesenta y el setenta llevó este estado de cosas a un nivel superior.

Las ciencias sociales experimentaron también procesos de cambio muy considerables, con la aparición de corrientes, escuelas y autores que intentaron transformar los cuerpos teóricos de sus disciplinas, por diversas vías y con resultados muy diversos. La transición de la segunda a la tercera generación de la corriente Annales⁸⁰, la emergencia del

⁷⁸ Ilya Prigogine. *El fin de las certidumbres*; Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996. Ilya Prigogine. *Las leyes del caos*; Barcelona, Drakontos, Crítica, 1997. K. Wilber, D. Bohm, K. Pribram, F. Capra, M. Ferguson, R. Weber, et al. *El paradigma holográfico. Una exploración en las fronteras de la ciencia*; Barcelona, Kairós, [s.a].

⁷⁹ Werner Heisenberg. *Física y filosofía*; Buenos Aires, La Isla, 1959.

⁸⁰ Carlos Antonio Aguirre Rojas. *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?*; La Habana, ICAIC, 2011, pp. 101-126.

enfoque metahistórico de Hayden White⁸¹, el giro lingüístico anunciado por Richard Rorty⁸², el pensamiento complejo promovido por Edgar Morin⁸³, son algunas muestras de un vasto conjunto que puso en evidencia la ruptura que se intentaba. Más estrictamente, fueron expresiones de la crisis de los paradigmas dominantes y la búsqueda de nuevos caminos. Esto por solo mencionar algunos ejemplos, pues podemos encontrar estas rupturas a todo lo largo y ancho del mundo de las ciencias, las artes y otras manifestaciones de los sistemas de pensamiento; el famoso *rock'n roll* de los sesenta y los setenta, tan estrechamente vinculado con la contracultura, fue una de las expresiones más claras de estos cambios, tanto como la gran oleada del pensamiento postmoderno.

La síntesis de todo ello es la siguiente: los códigos a través de los cuales la realidad era interpretada por los sujetos individuales y colectivos de la época estaban inmersos en un proceso de profunda transformación, en abierta contradicción con las tradiciones precedentes y con modelos todavía presentes y actuantes, por aquellos años y hasta hoy. Y este es otro de los sentidos de la crisis de los sesenta, la transformación conflictiva de las matrices de producción simbólica, a partir de los cambios de mentalidades y el relevo generacional. La deslegitimación de referentes conformados

en otras épocas y correspondientes por tanto a coyunturas históricas desaparecidas se expandió como parte de las transformaciones estructurales, conjuntamente con la búsqueda de alternativas para sustituirlos.

Ese proceso se asemeja en alguna medida a la propuesta que en los años sesenta presentara el físico estadounidense Thomas Kuhn al estudiar las revoluciones científicas como cambios de los paradigmas dominantes en los distintos campos disciplinares y en la ciencia en general⁸⁴. Aunque el trabajo de Kuhn peca de excesivo internalismo, desconociendo que la ciencia es parte integrante del *complexus cultural* y por tanto su historia es uno de los componentes de la historia en general, señaló con notable perspicacia la importancia que revisten los sistemas de pensamiento y sus matrices dominantes en el desarrollo.

Dentro de estos marcos, resulta más sencillo comprender la crisis del modelo keynesiano de postguerra. El keynesianismo, o para entonces el neokeynesianismo, no era capaz de proveer una alternativa de salida, entre otras cosas por su paulatina deslegitimación, pero también por el agotamiento derivado del cambio profundo de las condiciones históricas que le habían permitido imponerse en su momento. Era para Estados Unidos el quebrantamiento del consenso liberal⁸⁵ dominante constituido

⁸¹ Hayden White. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*; México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

⁸² Richard Rorty. *El giro lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*; Barcelona, Paidós, ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1990.

⁸³ Edgar Morin. *El método. La naturaleza de la naturaleza*; Madrid, Cátedra, 2001.

⁸⁴ Thomas S. Kuhn. *La estructura de las revoluciones científicas*; México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

⁸⁵ Este consenso liberal es básicamente el equivalente de lo que Europa fue el consenso socialdemócrata.

entre los treinta y los sesenta y el comienzo de la construcción de un nuevo consenso, con nuevos intereses posicionados como decisivos en ese proceso. Era además la crisis de un modelo teórico que había predominado en las ciencias económicas y en la economía práctica desde el fin de la segunda guerra mundial; por tanto, fue también la creación del espacio para la transición hacia un nuevo modelo teórico con sus ramificaciones y consensos.

Ideas finales

La crisis de los setenta fue un proceso de alcance estructural, generado por el agotamiento del modelo de desarrollo posbélico del *complexus* cultural estadounidense. Si partimos de considerar a este último como un sistema complejo, abierto y adaptativo, una discusión sobre el punto estricto de origen del proceso resulta poco relevante, pues cualquier modificación en alguno de los retículos del sistema afectaría al resto en alguna medida, y solamente en el momento en el cual las condiciones son favorables, pueden generalizarse las rupturas y transformaciones que en su conjunto integran la crisis.

Si esta aproximación es correcta, entonces resulta inmediato que un fenómeno como la crisis se expresa en todos los subsistemas del *complexus*, con ritmos e intensidades variables y de manera asincrónica. Por eso, resulta de interés ampliar la perspectiva para encontrar las primeras manifestaciones de agotamiento y cambio

en los más diversos campos. Por ejemplo, una breve mirada nos muestra la ruptura y cambio de paradigmas en la ciencia, las artes, y más ampliamente la transformación de los principales sistemas de significación en torno a los cuales se articula el subsistema de pensamiento. Muchas de las primeras manifestaciones se pueden encontrar en los años sesenta, y las más tardías a comienzo de los ochenta.

Resulta también muy claro que el proceso se manifestó como la pérdida de correspondencia entre los proyectos políticos y los modelos económicos por un lado, y la evolución de los sistemas productivos y de circulación-valorización por otro. En ese ámbito hay que agregar la transformación profunda de los mercados de fuerza de trabajo y, con un sentido mucho más amplio, el dinamismo de la estructura social, con la formación y/o redefinición de macrosujetos y relaciones en todos los niveles. Conceptos como propiedad, clase media, clase obrera, entre otros, pasaron por una resignificación profunda en ese contexto, lo cual impactó de manera directa sobre las identidades, y por tanto sobre la actuación de los sujetos. Todo ello implicó, entre otras cosas, un vasto debate en el corazón de la ciencia, cambios en los códigos del arte y un profundo cuestionamiento filosófico.

Desde esta perspectiva, los distintos acontecimientos puntuales que detonaron uno u otro aspecto, como el incremento de los precios del petróleo o el fin de la convertibilidad del dólar actuaron como disparadores, o contribuyeron a dar forma a las transformaciones, solamente porque la

configuración del sistema lo permitía. La resultante fue que se crearon las condiciones para la emergencia de una neoformación, un nuevo modelo de desarrollo, que tendría que partir de una serie de ajustes que incluyera una renovación de los referentes teóricos a partir de los cuales se diseñasen los programas políticos, la gestión de la economía, los sistemas educativos, los proyectos sociales y el resto de la amplia gama de manifestaciones de la cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- “A Young \$10 Billion Power: The US Teen-age Consumer Has Become a Major Factor in the Nation’s Economy”. *Life*, 31 de agosto de 1959.
- Acosta, Amylkar D. El tercer shock petrolero. En: www.amylkaracosta.net. Consultado el 8 de octubre de 2013 y series históricas en U.S. Energy Information Administration (sitio web) En: www.eia.deo.gov. Consultado el 11 de octubre de 2014.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio. La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?; La Habana, ICAIC, 2011, pp. 101-126.
- Allen, Frederick Lewis. *The Big Change. Americas Transformation 1900-1950*; New York, Harper and Row, 1952.
- Baudrillard, Jean. *Symbolic Exchange and Death*; Londres, Sage Publications, 1993.
- Bell, Daniel. *El advenimiento de la sociedad post-industrial. Un intento de prognosis social*; Madrid, Alianza Universidad, 2001.
- Bertalanffy, Ludwig von. *Teoría General de los Sistemas*; México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Braudel, Fernand. “La larga duración”, en Fernand Braudel. *La Historia y las Ciencias Sociales*; Madrid, Alianza Editorial, 1970, pp. 60-106.
- Bureau of Economic Analysis. En www.bea.gov. Consultado el 17 de noviembre de 2015.

- Cohen, Stephen. The Making of United States International Economic Policy; New York, Praeger Publishers, 1981.
- _____. U.S. International Economic Policy in Action; New York, Praeger Publishers, 1982.
- Domínguez López, Ernesto. Ciencia y complexus cultural. Un ensayo, https://relaed.milaulas.com/pluginfile.php/530/mod_resource/content/1/Lopez-Ensayo.pdf. Consultado el 19 de octubre de 2015.
- _____. Repensando el desarrollo; ponencia presentada en el VI Congreso Bienal Internacional Complejidad 2012, 10-13 de enero de 2012, La Habana.
- Drucker, Peter. The New Society; New York, Harper & Brothers, 1950.
- Esping-Andersen, Gösta (ed.). Changing Classes. Stratification and Mobility in Post-industrial Societies; Londres, Sage Publications, 1993.
- Galbraith, John Kenneth. American Capitalism. The Concept of Countervailing Power; Boston, Houghton Mifflin, 1952.
- _____. The Affluent Society; Boston, Houghton Mifflin, 1958.
- Giddens, Anthony. The class structure of the advanced societies; New York, Harper and Row, 1973.
- Graham, A. y A. Seldon (eds). Government and Economies in the Postwar World. Economic Policies and Comparative Performance. 1945-1985; Londres, Routledge, 1990.
- Heisenberg, Werner. Física y filosofía; Buenos Aires, La Isla, 1959.
- Hernández Martínez, Jorge (coord.). Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo. Una visión crítica; La Habana, Ciencias Sociales, 2012.
- _____. (coord.). Los EE.UU. a la luz del siglo XXI; La Habana, Ciencias Sociales, 2008.
- Holland, John H. Hidden Order: How Adaptation Builds Complexity; New York, Addison-Wesley, 1995.
- Hopkins, Terence, Immanuel Wallerstein et al. World System Analysis. Theory and Methodology; Beverly Hill-London-New Delhi, Sage Publications, 1982.
- Johnson, Paul. Estados Unidos. La Historia; Barcelona, Javier Vergara Editor, 2001.
- Jones, Maldwyn A. Historia de Estados Unidos 1607-1992; Madrid, Cátedra, 1996.
- Keynes, John Maynard. Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero; La Habana, Instituto del Libro, 1968, p.160.
- Kindleberger, Charles P. Europe's Postwar Growth. The Role of Labour Supply; Londres, Oxford University Press, 1967.
- Klein, Naomi. No Logo; La Habana, Ciencias Sociales, 2007.
- Kondratiev, Nikolai. "Los grandes ciclos de la vida económica", en Gottfried Haberler (comp). Ensayos sobre el Ciclo Económico; México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 35-56.

- Kuhn, Thomas S. La estructura de las revoluciones científicas; México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Levitan, Sar A. y Robert Taggart. The Promise of Greatness. The Social Programs of the Last Decade and Their Major Achievements; Cambridge MA, Harvard University Press, 1976.
- “Living in Poverty, 1959-1989: A Graphic”, en Robert Griffith (ed.). Major Problems in American History Since 1945; Lexington, Toronto, D.C. Heath and Company, 1992.
- Lotman, Juri. Culture and Explosion; Berlin-New York, Mouton de Gruyter, 2004.
- Marx, Karl. El Capital. Crítica de la Economía Política; La Habana, Ciencias Sociales, 1973.
- Miller, Douglas T. y Marion Nowak. The Fifties: The Way We Really Were; New York, Doubleday, 1977, pp.105-122.
- Morin, Edgar. El método. La naturaleza de la naturaleza; Madrid, Cátedra, 2001.
- Murray, Charles. Loosing Ground: American Social Policy.1950-1980; New York, Basic Books, 1984.
- Nevins, Allan y Henry Steele Commanger. Breve Historia de los Estados Unidos; México D.F, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- North, Douglass C. Understanding the Process of Economic Change; Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2005.
- Piettre, André. La economía alemana contemporánea. (Alemania Occidental) 1945-1952; Madrid, Aguilar, 1955.
- Prigogine, Ilya. El fin de las certidumbres; Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996.
- _____. Las leyes del caos; Barcelona, Drakontos, Crítica, 1997.
- Resnick, Stephen A. y Richard D. Wolff. Knowledge and Class. A Marxian Critique of Political Economy; Chicago, Londres, The University of Chicago Press, 1987.
- Rorty, Richard. El giro lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística; Barcelona, Paidós, ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1990.
- Schumpeter, Joseph A. Imperialismo. Clases sociales; Madrid, Tecnos, 1986.
- Schwartz, Michael. Broadway and Corporate Capitalism. The Rise of the Professional-Managerial Class, 1900-1920; New York, Plagrave MacMillan, 2009.
- Sewell Jr., William H. Logics of History. Social Theory and Social Transformation; Chicago-London, University of Chicago Press, 2005.
- Soberón Valdés, Francisco. Oro, dólar e imperio; La Habana, Ciencias Sociales, 2010, pp. 76-119.
- Tablada, Carlos et. al. Comercio mundial: ¿Incentivo o freno para el desarrollo?; La Habana, Ciencias Sociales, 2006.
- Taylor, Mark C. The Moment of Complexity. Emerging Network Culture; Chicago,

- Londres, University of Chicago Press, 2001.
- “The 1973 oil crisis: one generation and counting.” En Chicago Fed Letter. 86, octubre 1994.
- Tindall, George B. Historia de Estados Unidos; Bogotá, Tercer Mundo, 1995.
- Touraine, Alain. The Postindustrial Society. Tomorrow's Social History: Classes, Conflicts and Culture in the Programmed Society; New York, Random House, 1971.
- Turing, Adam M. “The chemical basis of morphogenesis”, en Philosophical Transactions of the Royal Society of London; Series B, 237, pp. 37–72.
- U.S. Energy Information Administration (sitio web) En www.eia.doe.gov. Consultado el 24 de septiembre de 2015.
- Venturi, Robert, Denise Scott Brown y Steven Izenour. Learning from Las Vegas. The Forgotten Symbolism of Architectural Form; Cambridge, MIT Press, 1988.
- Wallerstein, Immanuel. The Modern World-System I. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century; Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, 2011.
- White, Hayden. Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX; México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Wilber, K., D. Bohm, K. Pribram, F. Capra, M. Ferguson, R. Weber, et al. El paradigma holográfico. Una exploración en las fronteras de la ciencia; Barcelona, Kairós, [s.a].
- Wright, Erik Olin. Class Structure and Income Determination; New York, London, Toronto, Sydney, San Francisco, Academic Press, 1979.
- Yuskavage, Robert E. y Mahnaz Fahim-Nader. “Gross Domestic Product by Industry for 1947–86. New Estimates Based on the North American Industry Classification System.” Survey Current Business. (diciembre 2005) www.bea.gov, p.71. Consultado el 22 de octubre de 2014.
- Zamagni, Vera. Historia económica de la Europa contemporánea; Barcelona, Crítica, 2001.
- Zim, Howard. La otra historia de los Estados Unidos; La Habana, Ciencias Sociales, 2004.

SECCION

LOS INDESEABLES

-Estudios
sobre
minorías
silenciadas



7. Ted W. Allen *

La lucha de clases y el origen de la esclavitud racial. La invención de la categoría «raza blanca»

ABSTRACT

En este artículo aparecen algunas expresiones (y conceptos) propios de la conformación peculiar que tomaron ciertas formas de sujeción y explotación de los trabajadores en las colonias británicas de América del Norte, y luego en Estados Unidos. Si bien todas esas formas pueden inscribirse en dos grandes ramas, la esclavitud [*slavery*] y la servidumbre [*servitude, bondage*], se distinguen en ellas algunas categorías que es necesario discriminar y que son de algún modo extrañas a lo que significaban estrictamente esas dos instituciones en la Antigüedad y el Medioevo, y extrañas también a la forma concreta que tuvieron en el mundo iberoamericano.

* Traducción realizada como parte de la residencia de traducción del Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas “Juan Ramón Fernández”. Traductoras: Marcela Adoue, Romina Ferulano, Danila Pérez Díaz, bajo la supervisión de la Prof. Elena Marengo. Original: T. W. Allen, “Class Struggle and the Origin of Racial Slavery: The Invention of the White Race”. Cultural Logic, 2006. Disponible en: <<http://clogic.eserver.org/2006/allen.html>>.

La idea de trato o contrato entre dos partes [*bond*] articula varias de esas categorías e indica la existencia de un instrumento por el cual una de las partes se comprometía a trabajar para la otra durante cierto período (3, 5 ó 7 años, que los castigos solían extender). La parte «contratante» podía transferir (vender) el contrato a terceros, lo que, de hecho, implicaba la venta del trabajador por el período contractual restante. El mismo término se aplicaba también al título de propiedad sobre un esclavo.

En la presente traducción vamos a utilizar un hiperónimo, trabajo servil [*bond-labor*], para abarcar el conjunto de esas relaciones de sujeción. Dentro de ese gran conjunto, el autor distingue algunas relaciones específicas (*bond-servant* y *bond-laborer*, definidas en el texto), que traduciremos en general como trabajador servil o siervo, aunque no se debe confundir esa relación de servidumbre por contrato, propia de las colonias británicas, con la primera servidumbre (la feudal) ni con la segunda servidumbre (la instaurada en Europa oriental a partir del siglo XVI).

En particular, la expresión *chattel-bond-servant*, que dejaremos en inglés, tiene que ver claramente con esa última diferenciación pues *chattel* es cualquier bien mueble. El hecho de que el contrato de servidumbre pudiera transferirse implicaba que el trabajador se podía «vender» como si fuera un bien mueble. La distinción es importante porque en ciertos momentos históricos (por

ejemplo en Europa oriental con la segunda servidumbre, en Rusia hasta 1861) los siervos se vendían con la tierra, es decir, formaban parte de algún modo del patrimonio inmueble.

Para la época y la región que describe Allen, el concepto de *indentured labor* es similar al de *bond-labor*, es decir, remite a un trabajo servil por contrato, con un agregado: el contrato en cuestión quedaba registrado de algún modo, quedaba «sellado» [*sealed*] física o metafóricamente.

INTRODUCCIÓN

A la edición de 2006 de *La lucha de clases y el origen de la esclavitud racial. La invención de la categoría «raza blanca»*

Este precursor trabajo histórico de Theodore W. Allen fue publicado por primera vez en forma de folleto, como parte del Proyecto Educativo Hoboken, en 1975. Su principal tesis, audaz e innovadora —*que la noción de «raza blanca» fue una formación de control social inventada por la clase dominante en respuesta a la agitación de los trabajadores en las últimas etapas (guerra civil) de la Rebelión de Bacon (1676-77)*—, abrió paso a una corriente de estudios posteriores sobre la idea de «raza blanca». La conmoción que produjo la tesis de Allen fue tan grande, que en 1997 el profesor George M. Frederickson, de la Universidad de Stanford, afirmó que «la hipótesis de que la raza es una

«construcción cultural y social» se ha convertido en un cliché académico». ¹

Sin embargo, Allen no era académico; era un intelectual y activista de la clase trabajadora que estaba en contra de la supremacía blanca y tenía conciencia de clase. Había investigado y escrito sobre el desarrollo histórico de la noción de «raza blanca» durante veinticinco años, y no coincidía con la hipótesis formulada por Frederickson.² Como él mismo explicó en un artículo publicado en Internet, «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race*», considerar «que la raza es una construcción cultural y social» tiene el valor de «dar entidad a “lo blanco” como categoría histórica más que biológica», pero es «insuficiente para refutar la apologética de la supremacía blanca». Allen tenía en mente la apologética o los argumentos de quienes afirman que esos constructos sociales son de algún modo naturales o están determinados genéticamente. Hacía

¹ Allen, Theodore W. (1975) *Class Struggle and The Origin of Racial Slavery: The Invention of the White Race*, Hoboken: Hoboken Educational Project, pp. 5, 19 n. 63; Frederickson, George M. (1997) «America's Caste System: Will it Change?» *New York Review of Books* (23 October 1997), 68-75, cita p. 68. Para mayor información sobre la tesis de Allen, véase Allen, Theodore W. (1994) *The Invention of the White Race*, Vol. I: *Racial Oppression and Social Control* (New York: Verso) y vol. II: *The Origin of Racial Oppression in Anglo-America*, New York: Verso, 1997; Allen, Theodore W., «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race: Part 1*», *Cultural Logic*, Vol. 1, no. 2 (Spring 1998) # 8 en <<http://eserver.org/clogic/1-2/allen.html>>; y Theodore W. Allen, «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race: Part 2*», *Cultural Logic*, Vol. 1 no. 2 (Spring 1998) # 113 en <<http://eserver.org/clogic/1-2/allen2.html>>.

² Meyerson, Greg y Scott, Jon (1998) «An Interview with Theodore W. Allen» *Cultural Logic*, Vol. 1 no. 2 (Spring, 1998) en <http://eserver.org/clogic/1-2/allen%20interview.html>.

hincapié en «la necesidad de enfocar con mayor precisión y tensar la lógica relativa a la “raza como constructo social”», y en que la noción de «“raza blanca” debe entenderse no como un mero constructo social (en lugar de un fenómeno genético), sino como una formación de control social inventada por una clase que ejerce el poder». ³

Esa posición es coherente con los intentos de Allen de cuestionar lo que él consideraba los dos principales argumentos que socavan y debilitan la lucha contra la supremacía blanca en el seno de la clase trabajadora:

1. el argumento de que el racismo es innato y
2. el argumento de que los trabajadores estadounidenses de origen europeo se benefician con el racismo.

El primer argumento está vinculado con la noción de «decisión irreflexiva» aportada por el historiador Winthrop Jordan para explicar el desarrollo de la esclavitud racial en su obra, *White Over Black: American Attitudes Toward the Negro, 1550-1812*, que ganó el National Book Award en Estados Unidos. El segundo argumento se relaciona con el libro del historiador Edmund S. Morgan *American Slavery, American Freedom*, que tuvo una influencia similar y recibió tres premios, en el que el autor sostiene que cuando la esclavitud racial se desarrolló, «los hombres libres pobres [estadounidenses de origen europeo]

disponibles para trabajar eran muy escasos». ⁴

Morgan, que fue presidente de la Organización de historiadores estadounidenses y recibió en el año 2000 la Medalla Nacional de Humanidades por «su extraordinario aporte a la vida cultural y el pensamiento», fue aún más lejos en *American Slavery, American Freedom* y en un artículo escrito en 1972 «Slavery and Freedom: The American Paradox». En esos escritos magistrales, que Allen describe como «una valoración positiva de la supremacía blanca vinculada con la fundación de los Estados Unidos como república», lo esencial, según Allen, era «la tesis [...] de que la democracia y la igualdad tal como están representadas en la Declaración de Independencia y en la Constitución de 1789, fueron [...] posibles gracias a la opresión racial». O, como Morgan dijo, «la esclavitud de los americanos de origen africano permitió que surgiera la noción de igualdad como principio constitucional básico en Estados Unidos, de hecho, fue esencial para que

³ Allen, «Summary of the Argument of The Invention of the White Race, Part 1» #’s 6, 7 y 8.

⁴ Allen, «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race*, Part 1», #’s 7-8 y «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race*, Part 2», # 129 y n. 197; Allen, Theodore W. «Slavery, Racism, and Democracy», *Monthly Review*, Vol. 29, no. 10 (March 1978), pp. 57-63; Jordan, Winthrop D. (1968) *White Over Black: American Attitudes Towards the Negro, 1550-1812*, Chapel Hill: University of North Carolina, Capítulo 2, «Unthinking Decision: Enslavement of Negroes in America to 1700» pp. 44-98, esp. p. 80; Morgan, Edmund S. (1975) *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia*, Nueva York: W. W. Norton & Company Inc., pp. 380, 386; Allen, Theodore W., Carta a la Fundación Louis M. Rabinowitz, 15 de febrero de 1976, p. 3, en poder del autor. El libro de Morgan ganó un premio de la Sociedad de Historiadores de Estados Unidos, otro de la Asociación Histórica del Sur y otro de la Asociación Histórica de los Estados Unidos de América.

emergiera». Allen consideraba que la tesis de Morgan era inexacta y que obstaculizaba la lucha contra la supremacía blanca.⁵

Sin embargo, Allen estaba convencido de que no alcanzaba simplemente con refutar la tesis de Morgan y los argumentos de que el racismo era innato y beneficiaba a los trabajadores. Lo que se necesitaba, era una teoría totalmente opuesta, fundamentada en argumentos autónomos.⁶ Ese es el objetivo de *Class Struggle and the Origin of Racial Slavery: The Invention of the White Race*. Como el mismo Allen explica, él construye su teoría sobre «tres ideas esenciales» que cuestionan a la vez la teoría de Jordan y la de Morgan, y «que son irrefutables»:

Primera idea: en este país, la esclavitud racial y la supremacía blanca fueron una respuesta de la clase dominante al problema de la solidaridad entre los trabajadores. Segunda idea: el sistema de privilegios raciales para los trabajadores blancos fue instituido deliberadamente para instaurar la noción de «raza blanca» como formación de control social. Tercera idea: la consecuencia no solo fue nociva

para los intereses de los trabajadores afroamericanos, sino que también fue «catastrófica» [...] para el trabajador blanco.⁷

* * *

Theodore W. Allen (1919-2005), apodado «Ted», nació en Indiana y fue «proletarizado durante la Gran Depresión» en Huntington, West Virginia. Ingresó en la filial 362 de la Federación de Músicos Estadounidenses a los diecisiete años y rápidamente fue elegido delegado al Sindicato de Trabajadores de Huntington, que formaba parte de la Federación Estadounidense de Trabajadores (AFL)⁸. Posteriormente trabajó en las minas de carbón de Virginia Occidental, integró las filiales 5426 (Prenter) y 6206 (Gary) del Sindicato Unido de Mineros, del cual luego fue organizador y Presidente, y también formó parte de la filial 4346 (Barrackville). Colaboró además en la organización de un programa para la creación de un sindicato para el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO)⁹, en el Condado de Marion, Virginia Occidental; realizó trabajos de investigación sobre economía industrial en la Labor Research Association, enseñó economía en la Escuela Jefferson del Partido Comunista (en 1940 y 1950) y enseñó matemática en la Crown Heights Yeshiva¹⁰

⁵ Véase Allen, Carta a la Fundación Louis M. Rabinowitz, p. 3; Allen, «Slavery, Racism and Democracy», p. 58; Allen, *Class Struggle*, p. 5; Morgan, *American Slavery, American Freedom*, 386, 387; Edmund S. Morgan, «Slavery and Freedom: The American Paradox», *Journal of American History*, Vol. 59, no. I (January, 1972), pp. 5-29, esp. p. 5; Allen «Summary of the Argument of The Invention of the White Race: part 2» # 132; «Past officers: Organization of American Historians», en <http://www.oah.org/about/pastofcrs.html>; y «Edmund S. Morgan: Sterling Professor Emeritus», <http://www.yale.edu/history/faculty/morgan.html>.

⁶ Allen, Theodore, «On Roediger's Wages of Whiteness», *Cultural Logic*, Vol.4, no. 2 (Spring 2001) en <http://clogic.eserver.org/4-2/allen.html> #6>.

⁷ Allen, *Class Struggle*, p.19 n. 63. Se dedica un agradecimiento especial a Sean Ahern, miembro inicial del Proyecto Educativo Hoboken, por hacer la revisión de esta introducción y edición, poniendo énfasis en la importancia de ese punto.

⁸ *American Federation of Labour* (N. de la T.)

⁹ *Congress of Industrial Organizations* (N. de la T.)

¹⁰ *Crown Heights Yeshiva* es una escuela privada de religión judía. (N. de la T.)

de Brooklyn y en la Escuela Grace Church de Nueva York.

En los últimos cuarenta años de su vida, viviendo al límite de la pobreza en la zona de Crown Heights, en Brooklyn, Allen trabajó como obrero de fábrica (en una embotelladora, en una fábrica de cajas y en un taller metalúrgico), como empleado en un comercio minorista, como dibujante técnico, como empleado del correo (y miembro de la filial 300 del Sindicato Nacional de Empleados de Correo), como bibliotecario (en la Biblioteca Pública de Brooklyn) y como investigador independiente. Mientras hacía investigaciones y escribía *Class Struggle and the Origin of Racial Slavery: The Invention of the White Race*, también enseñó historia como profesor adjunto durante un semestre, en el Community College del Condado de Essex, en Newark. A lo largo de toda su vida adulta trabajó por la emancipación de la clase trabajadora y por el socialismo.¹¹

En 1966, durante lo que él describió como «una época de cambio en la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos [...y] el movimiento por la paz», comenzó su labor de investigación histórica. Se inspiró en las apreciaciones de W.E.B. Du Bois en *Black Reconstruction*. Según ese autor, después de la Guerra Civil, el Sur «tuvo la mejor oportunidad para desarrollar un

¹¹ Allen, Carta a la Fundación Rabinowitz, p. 9; Allen, Theodore W., «Solicitud de Admisión al Programa de Graduados de Goddard College», 20 October 1974, pp. 1-5, en posesión del autor; Allen, Theodore W., Comentarios de Theodore William Allen en apoyo a Su Solicitud de Admisión al Programa de Graduados de Goddard College, 21 December 1974, en posesión del autor.

verdadero movimiento nacional de trabajadores», pero el movimiento de trabajadores organizados no supo reconocerla; «en la esclavitud negra y la Reconstrucción» estaba «el corazón y el sentido del movimiento obrero de Estados Unidos». La obra de Allen se centró en un análisis histórico de tres momentos de crisis de la historia estadounidense, en los que hubo enfrentamientos generalizados entre las fuerzas del capital y las de los sectores más bajos. Esas crisis fueron la Guerra Civil y la Reconstrucción, la Rebelión populista de 1890 y la Gran Depresión de 1930. Basándose de nuevo en la obra de Du Bois y en su idea del punto ciego de Estados Unidos, que Allen parafraseó como «el punto ciego de los blancos», describió de qué forma la teoría y la práctica de la supremacía blanca determinaron el resultado de aquellas luchas.¹²

En sus escritos históricos, Allen expone sus argumentos en contra de lo que él llama «el antiguo consenso» sobre la historia de los

¹² Du Bois, W.E.B., (1935) *Black Reconstruction in America: An Essay Toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880* (Nueva York: Harcourt, Brace and Co.) pp. 353, 377; Allen, Theodore, (1972 [primer borrador, 1967]), «The Kernel and the Meaning: A Contribution to a Proletarian Critique of United States History», en posesión del autor; Kagi, J.H., [seudónimo de Theodore W. Allen y Noel Ignatin (Ignatiev)], (1967) *White Blindspot, (Oswatomie Associates)*; Allen, Theodore W., (1969), «Can White Workers Radicals be Radicalized?» en Noel Ignatin [Ignatiev] y Theodore W. Allen, *White Blindspot & Can White Workers Radicals be Radicalized?* (Detroit: Radical Education Project y Revolutionary Youth Movement Nueva York: NYC, pp. 12-18. J. H. Kagi (1835-1859) fue un abolicionista, en gran medida autodidacta que murió asesinado en el ataque a Harper's Ferry, conducido por John Brown, el 17 de octubre de 1859. Kagi figuraba en la lista del gobierno provisional de Brown como Secretario de Guerra y segundo de Brown en el rango de mando.

trabajadores de Estados Unidos. Ese consenso atribuía el bajo nivel de conciencia de clase que había entre ellos a factores como el desarrollo precoz de las libertades civiles, la heterogeneidad de la fuerza de trabajo, las oportunidades que el Oeste ofrecía para los colonos – oportunidades que funcionaban como «válvula de escape»–, la gran movilidad social, la relativa escasez de mano de obra y el «desarrollo precario del sindicalismo liso y llano». Él cuestionaba ese «antiguo consenso» por estar «gravemente viciado [...] por supuestos erróneos, parcialidad, exageración y, sobre todo, por el punto ciego de los blancos». También oponía al consenso una teoría propia: que la supremacía de los blancos, fortalecida entre los estadounidenses de origen europeo por «los privilegios concedidos a las personas de piel blanca», era el principal freno para el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores. Además, sostenía que todas las acciones debían estar dirigidas a generar un cambio social profundo y a cuestionar el sistema de la supremacía blanca y el «privilegio de tener piel blanca».¹³

Allen realizó ese análisis en una voluminosa investigación no publicada, que se titula «The Kernel and the Meaning: A Contribution to a Proletarian Critique of the United States History» (1972), en la cual sostenía que «la supremacía blanca era el talón de Aquiles de los movimientos socialistas y democráticos de los trabajadores en este país». Mientras realizaba ese trabajo y después de la

publicación de la influyente obra de Jordan *White Over Black*, Allen se convenció de que los problemas relacionados con la supremacía de los blancos no podían resolverse sin hacer la historia de las colonias de plantaciones en los siglos XVII y XVIII. Su razonamiento era claro: más de cien años después de la abolición de la esclavitud, los blancos que favorecían la supremacía blanca todavía ejercían el poder, y las razones de ese fenómeno debían ser explicadas. El argumento de Jordan de que el racismo es natural no se sostenía. Allen procedió a buscar un principio estructural que fuera esencial para el orden social basado en el trabajo esclavo instaurado en las colonias de décadas a plantaciones, un principio que siguiera siendo fundamental para el orden social de Estados Unidos a fines del siglo XX, nuevo orden social fundado en el trabajo asalariado.¹⁴

Durante los siguientes veinticinco años realizó una investigación extensa en los registros coloniales de Virginia, que fue modelo para otras regiones y sirvió de material para importantes y extensos manuscritos (todavía no publicados) entre los que podemos citar «The Genesis of the Chattel-Labor System in Continental Anglo-America» y «The Peculiar Seed: The Plantation of Bondage». Esos dos textos tratan el tema de la reducción a la servidumbre [*chattel-bond-servitude*] de trabajadores y arrendatarios (sistema en el que los trabajadores podían ser comprados

¹³ Allen, T. «The Kernel and the Meaning», p. 41 y Allen, «Can White Worker Radical Be Radicalized?», pp. 12-14.

¹⁴ Allen, Theodore W, «History of My Book», 3 July 2001, en posesión del autor y Allen, Theodore W., «Development of the Labor Movement. I (Part 1 1607-1750)», Programa del curso (Otoño 1974), p.1, en posesión del autor.

y vendidos como si fueran bienes muebles). Ese sistema se puso en práctica en el siglo XVII, en Virginia, y fue aplicado, fundamentalmente, a los trabajadores estadounidenses de origen europeo.¹⁵

En *Class Struggle and the Origin of Racial Slavery*, Allen funda las bases de una contranarrativa de la historia estadounidense, caracterizada por la conciencia de clase y opuesta a los defensores de la supremacía blanca. Sería, como él dijo, una narrativa que ofrecería «una interpretación nueva y coherente de la historia colonial y del origen de la esclavitud racial», con consecuencias significativas «para la interpretación de todos los períodos posteriores» de la historia de Estados Unidos.¹⁶

Entre los componentes más importantes de la interpretación de Allen en la obra mencionada, que el autor desarrolló más plenamente en *The Invention of the White Race*, podemos citar los siguientes conceptos (su ubicación en el texto de *Class Struggle* [y en la presente traducción] figura entre paréntesis):

■ Durante buena parte del siglo XVII, las condiciones de vida en Virginia eran bastante similares para los trabajadores afroamericanos y los de origen europeo, y la noción de «raza blanca» no existía (nota 63).

■ Hubo muchos ejemplos significativos de agitación laboral y de solidaridad en Virginia, especialmente en el período entre 1660 y 1670. Entre ellos, tienen una importancia trascendente las luchas conjuntas de «cuatrocientos ingleses y negros en armas» para liberarse de la servidumbre [*bondage*] en las últimas etapas de la Rebelión de Bacon (secciones I y II).

■ La noción de «raza blanca» fue una formación de control social inventada por la clase dominante en respuesta a la agitación de los trabajadores en las últimas etapas (guerra civil) de la Rebelión de Bacon (1676-77) (secciones IV y VIII y nota 63).

■ La clase dominante creó la noción de «raza blanca» y la mantuvo mediante la prolongación sistemática de una «situación privilegiada» para los trabajadores estadounidenses de origen europeo (secciones IV y VIII y nota 63), cuyo ascenso fuera de la clase trabajadora no promovían, aunque los hacían participar de esa nueva formación «blanca» integrada por diversas clases.

■ La condición de libertad de los trabajadores estadounidenses de origen europeo era la precondition necesaria para el desarrollo de la esclavitud racial [forma particular de opresión racial que se desarrolló en las colonias de plantaciones del continente] (sección IV).

■ La formación de control social que entraña el concepto de «raza blanca», la esclavitud racial, el sistema de supremacía blanca y los privilegios de los blancos fueron muy perjudiciales para los intereses

¹⁵ Allen, Theodore W., «The Genesis of the Chattel-Labor System in Continental Anglo-America», (inédito, 1976), en posesión del autor y Allen, Theodore W., «The Peculiar Seed: The Plantation of Bondage» (inédito, 1974, 1976) en posesión del autor.

¹⁶ Allen, T. Carta a la Fundación Rabinowitz, p. 3.

de los trabajadores y «la posición de ellos comparada con la de los ricos y poderosos [...] no mejoró, sino que se debilitó con el sistema de privilegios para los blancos» (secciones IX y X y nota 63).

■ En las colonias continentales, la esclavitud era una manifestación del capitalismo (nota 13): los dueños de esclavos eran capitalistas y los *chattel-bond-servants* (incluso los esclavizados) eran proletarios (sección II).¹⁷

Todos esos conceptos, así como también la comparación de las distintas situaciones de esclavitud, el surgimiento de un enfoque sociogenético de la raza, la naturaleza de la opresión racial y el papel que cumplía el *buffer* de control social son desarrollados extensamente por Allen en los dos volúmenes de *The Invention of the White Race* (1994, 1997) y en el accesible resumen

¹⁷ Allen, T. Carta a la Fundación Rabinowitz, p.2 y Allen, «Was It Capitalism?» 8 June 1996, en posesión del autor, p.1. En este texto el autor explica que en las colonias de plantaciones los medios de producción estaban monopolizados por una clase; que quienes no pertenecían a esa clase estaban reducidos a la dependencia absoluta de los propietarios y solo podían vivir de la enajenación de su trabajo; que la producción de las plantaciones tenía la forma de mercancía y que el objetivo de la producción era la acumulación y expansión del capital. Sobre el efecto pernicioso de la supremacía blanca para la clase trabajadora, véase también Allen, «Slavery, Racism and Democracy», p.60; Allen, *The Invention of the White Race*, II: 246-55; Allen, «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race*», Part 2, 119-123; Allen Theodore W, «Discussion Materials: Session V-What Price “Whiteness?”» (inédito, 1974), pp 22-28, en posesión del autor; Allen, «Can White Workers Radicals be Radicalized?» pp. 15-18; and Ted [Theodore W.] Allen, «The Most Vulnerable Point» (Harpers Ferry Organization, New York: 1972), pp. 2-4.

titulado «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race*».¹⁸

En los últimos años de su vida Allen estaba cerca de terminar su obra más importante, un voluminoso manuscrito titulado «Toward a Revolution in Labor History», que sería una reinterpretación de la historia de los trabajadores de Estados Unidos, producto de su visión de la opresión racial y del papel destacado que la supremacía blanca tuvo en la historia estadounidense. En ese trabajo, Allen cuestiona lo que él llama los supuestos predominantes de la historiografía del trabajo en Estados Unidos: que solo los trabajadores libres pueden ser considerados «proletarios», que la lucha de los trabajadores afroamericanos contra la esclavitud durante doscientos años no forma parte de la historia de los «trabajadores» y que «la historia de los trabajadores de Estados Unidos» es esencialmente la historia de estadounidenses de origen europeo, en la que los afroamericanos ocupan un papel marginal y auxiliar en «la lucha de clases». Por otro lado, el autor afirma que el principal obstáculo para la conciencia de clase en Estados Unidos es «ese íncubo de la identidad “blanca” que se ha apoderado de los trabajadores estadounidenses de origen europeo».¹⁹

Poco antes de su muerte, en su papel de intelectual y de activista, Allen planteó

¹⁸ Allen, T., *The Invention of the White Race*, Vols. I y II; Allen, «Summary of the Argument of *The Invention of the White Race*» Part I en <<http://eserver.org/clogic/1-2/allen.html>> y Part 2 en <<http://eserver.org/clogic/1-2/allen2.html>>.

¹⁹ Allen, Theodore W. «Toward a Revolution in Labor History: Outline of a book to be written by Theodore W. Allen», 5 January 2004, en posesión del autor.

cuatro ideas básicas para desarrollar de allí en adelante:

1. Mostrar que el concepto de supremacía blanca no es un atributo de la idiosincrasia de los estadounidenses de origen europeo.
2. Demostrar que la supremacía blanca no sirvió a los intereses de la clase trabajadora de origen europeo.
3. Explicar el predominio de la noción de supremacía blanca en las filas de los obreros de origen europeo.
4. A la luz de la historia, analizar qué caminos pueden conducir a los trabajadores estadounidenses de origen europeo a liberarse del íncubo opresor de la identidad «blanca».²⁰

La importancia de esos objetivos y de la obra de Allen durante sus últimos cuarenta años muestran que no sólo debemos considerar que *Class Struggle and the Origin of Racial Slavery: The Invention of the White Race* marca un rumbo en el estudio de la categoría «raza blanca», sino que es también un aporte fundamental para una interpretación de la historia de Estados Unidos que sea clasista y, a la vez, contraria a la supremacía blanca.

²⁰ Allen, «On Rowdiger's Wages of Whiteness», en <http://clogic.eserver.org/4-2allen.html> # 67.

I

En el período anterior a la guerra civil, uno de los argumentos clásicos a favor de la esclavitud racial fue que permitía un sistema de control social prácticamente hermético. La situación de las sociedades asalariadas europeas, destrozadas por luchas internas y plagadas de «ismos», se contraponía con la larga tradición de paz social del Sur, donde, a pesar de los rencores internos, la gran mayoría de los blancos pobres se alinearían con los dueños de esclavos ante cualquier confrontación entre la mano de obra negra y la burguesía propietaria de plantaciones.²¹

Los tribunales superiores de Carolina del Sur entendieron muy bien que «la paz de la sociedad [...] requería que los esclavos estuvieran sujetos a la autoridad y al control de todos los hombres libres, cuando no bajo la autoridad inmediata de sus amos»; que donde «un esclavo no pueda invocar ni la Carta Magna ni el derecho consuetudinario», la paz social dependía de «la subordinación de la clase servil a cualquier persona blanca libre».²²

Si el trabajador servil negro procuraba escapar, cualquier persona blanca tenía el derecho legal, el deber, de atrapar al fugitivo y podía esperar una recompensa

²¹ Ejemplos: Fitzhugh, George (1960). *Cannibals All! Or Slaves Without Masters*, en Wish, Harvey (ed.), *Ante-Bellum Writings of George Fitzhugh And Hinton Rowan Helper*. Boston, p. 55. Hammond, J. H. (1850) «Letters on Slavery-No. 4», *De Bow's Review*, vol. 8 (old series), p. 256.

²² Henry, H. M. (1914). *Police Control of the Slave in South Carolina*. Emory, p. 11, cita el dictamen de Nott y McCord en el expediente caratulado Witsell vs. Parker; y 2 Strobhart (Law), 43: *inaudita parte* Boylston.

por esta acción. «Los hombres blancos pobres», escribe un historiador, «solían estar atentos ante la presencia de negros extraños sin pases, ya que la aprehensión de un fugitivo implicaba una ganancia inesperada».²³

El ministro de hacienda de Carolina del Sur, William Harper, tranquilizó, con un tono de seguridad, a aquellos que temían otro Santo Domingo en los estados esclavistas estadounidenses. «Es casi imposible», escribió, «que pudiera surgir alguna asociación [insurreccional] generalizada entre los esclavos». La razón era simple: «En la clase de hombres libres, no habría ningún individuo tan pobre ni tan degradado (con la excepción de algún criminal o forajido imprudente) que no estuviera [...] vigilante y activo para detectarla y suprimirla».²⁴

«Nosotros no los gobernamos [a los estados libres] por medio de los esclavos negros, sino mediante sus propios esclavos blancos. Sabemos lo que estamos haciendo: los hemos conquistado una vez y podemos hacerlo nuevamente...»

John Randolph de Virginia, al oponerse al Compromiso de Missouri de 1820.²⁵

El sociólogo George Fitzhugh, precursor en temas sobre la esclavitud, describió en términos incluso más explícitos el rol de los blancos pobres en el orden social establecido por y para la burguesía propietaria de plantaciones. «Los pobres [blancos]», dijo, «constituyen nuestra milicia y nuestra policía. Protegen a los propietarios, como en otros países; y hacen mucho más, protegen a los propietarios de un tipo de propiedad que no podrían mantener ni un solo día si no fuera por la supervisión y la protección de los pobres».²⁶ En ese fragmento, Fitzhugh perfecciona nuestra definición de la esclavitud racial. No es simplemente que algunos blancos sean dueños de esclavos negros, sino que ningún blanco es propiedad de nadie; no es simplemente que los blancos no sean esclavos por definición, sino que los blancos pobres y trabajadores que no poseen esclavos son, por definición racial, esclavizadores de la mano de obra negra.

Contrastemos la templanza en el ejercicio del poder expresada por Fitzhugh y Harper en el siglo diecinueve con el desasosiego de la elite poseedora de plantaciones del siglo diecisiete, en los tiempos de la Rebelión de Bacon. «Qué miserable es el hombre», escribió Sir William Berkeley a su amigo Thomas Ludwell, «que gobierna a un pueblo en el que seis de cada siete personas son pobres, están endeudadas, descontentas y

²³ Stamp, Kenneth M. (1956), *The Peculiar Institution*. Nueva York, p. 153.

²⁴ Elliott, E. N. (Ed.) (1969). *Cotton Is King and Pro-Slavery Arguments*. Nueva York: Negro Universities Press, p. 608 (publicación del libro original: Augusta Georgia, 1860).

²⁵ Compromiso negociado en el Congreso de Estados Unidos para mantener el equilibrio entre el número de estados esclavistas y no esclavistas. (N. de la T.)

²⁶ Citado en Going, Charles Buxton (1966), David Wilmot, Free Soiler. Nueva York, p. 170 (año de publicación del libro original: 1924).

²⁷ Fitzhugh, George (1854). *Sociology of The South*. Richmond, p. 143. Este es el sentido del término «esclavitud racial».

armadas».²⁸ Desde 1642, con todos los reyes que se sucedieron en Inglaterra, Berkeley había servido como gobernador de Virginia, que entonces constituía dos tercios de toda la población del Sur. Ahora, en el último año de su mandato, sería expulsado de su hogar, la ciudad capital sería quemada, y la mayor parte del territorio sería tomada por rebeldes armados.

«Mientras los trabajadores, auténtica fuerza política del Norte, permitían a la esclavitud denigrar su propia república y alardeaban ante el negro –comprado y vendido sin pedirle consentimiento– del alto privilegio que tenía el obrero blanco de poder venderse a sí mismo y elegir su amo, no estaban en condiciones de lograr la verdadera libertad de trabajo...»

Karl Marx, carta a Abraham Lincoln, 1865²⁹

El coronel Francis Moryson, que había servido durante varios años en el gobierno de Virginia, y que por esa razón fue elegido como uno de los comisionados del rey para investigar los asuntos de la colonia luego de la Rebelión de Bacon, expresó su asombro de que en Virginia, «entre tantos miles de hombres honestos y respetados, no hubiera un millar dispuesto a luchar contra unos quinientos hombres insignificantes».³⁰ Sólo

²⁸ Berkeley a Ludwell, July 1, 1676, *Bath Manuscripts*, vol. LXXVII, folio 145. (Henry Coventry Papers en Longleat) American Council of Learned Societies British Mss. Project, Reel 63 (Washington: Biblioteca del Congreso). (De aquí en más mencionado como *Bath Mss.*)

²⁹ Karl Marx, carta a Abraham Lincoln, «Address of the International Workingmen's Association to Abraham Lincoln», en enero de 1865, en Marx, K. y Engels, F. (1968) *Letters To Americans 1848-1895*. Nueva York: International Publishers, 1969, p. 66 [1953].

³⁰ Carta de Francis Moryson a William Jones, procurador general, octubre de 1676. Great Britain Public Record Office, *Calendar of State Papers*,

pudo concluir que «la mayor parte del país está enferma».

Entender cómo es que la preocupación de los Berkeley y los Moryson se transformó en la serenidad de los Herper y los Fitzhugh es entender los orígenes de la esclavitud racial en este país.³¹

II

En la segunda mitad del siglo XVII, Virginia y Maryland, las colonias tabacaleras, experimentaron una crisis económica severa y prolongada en el tiempo.³² Fue un

Colonial (de aquí en más abreviado, *C. S. P.*), vol. 9 (1675-76) pp. 480-81.

³¹ Edmund S. Morgan y T. H. Breen han hecho no hace mucho un gran aporte para una teoría integral de la historia temprana de las colonias al sugerir una relación entre la turbulencia social en Virginia entre 1660 y 1682, incluida la Rebelión de Bacon, y la instauración de la esclavitud racial. (Véase Edmund S. Morgan, «Slavery and Freedom: The American Paradox», *Journal of American History*, vol. 59, no. 1 (June 1972), pp. 5-29; y T. H. Breen, «A Changing Labor Force and Race Relations in Virginia, 1660-1710», *Journal of Social History*, 7 (fall 1973), pp. 3-25. Sin embargo, es mi parecer que esos esfuerzos no lograron determinar esa relación, y sus opiniones, en principio bien argumentadas, solo condujeron a especulaciones inútiles y, de hecho, engañosas. Este ensayo es un intento de descubrir ese vínculo fundamental repasando nuevamente los materiales ya conocidos bajo una luz diferente. [Para conocer la crítica de Allen sobre la obra de Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia* (Nueva York: W. W. Norton & Co., 1975), véase Theodore W. Allen, «Slavery, Racism, and Democracy», *Monthly Review*, vol. 29, no. 10 (March 1978), pp. 57-63 - J.P.] [Hay traducción al español del libro de Morgan: *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos: de la colonia a la independencia*, Siglo XXI, 2009.]

³² Lewis C. Gray, con la colaboración de Esther Katherine Thompson, *History of Southern Agriculture To 1860*, (Washington, 1932), pp. 262-269. Thomas J. Wertenbaker, *The Planters of Colonial Virginia* (Nueva York, 1959), pp. 89-91. Warren M. Billings, «“Virginia's Deplored Condition”, 1660-1676, The

período de intensa lucha de clases, incluso de lucha armada, del pueblo contra la burguesía. Fue en Virginia que esos sucesos alcanzaron su punto más alto de desarrollo. Allí, el proletariado –que constituía entre el 25% y el 50% de la población³³– fue el combatiente más constante de todas las masas pobres y oprimidas que luchaban para librarse de la dominación capitalista.³⁴

Coming of Bacon's Rebellion» (tesis de doctorado inédita, University of Northern Illinois, junio de 1968), p. 155.

³³ En 1671, de la población total de Virginia de 40 000 habitantes, 8 000 eran trabajadores serviles (6 000 europeos y 2 000 africanos). A principios de la década de 1680, la población se acercaba a los 50 000 habitantes, entre ellos, 15 000 trabajadores serviles (12 000 europeos y 3 000 africanos). Véase *Historical Statistics of The United States: Colonial Times to 1957*, (Washington, 1960), Table z-19. James C. Ballagh, *A History of Slavery in Virginia* (Baltimore, 1902), p. 10. Wertenbaker, *op. cit.*, p. 98). Todas las fuentes descartan las estimaciones de Thomas Culpeper (*C. S. P.*, vol. 11, p. 157), para quien el total de la población de Virginia al final de 1681 era de «setenta u ochenta mil». Pero todos concuerdan en que hubo un aumento muy grande en la proporción de trabajadores serviles entre esas dos fechas. (Wertenbaker, *op. cit.*, pp. 98-99. Ballagh, *loc. cit.*; Phillip Alexander Bruce, *Economic History of Virginia in The Seventeenth Century*, 2 vols. [Nueva York, 1896], vol. 2, p. 79). A. E. Smith, *White Servitude and Convict Labor in America, 1607-1776* (Chapel Hill, 1947), pp. 330, 336) es una posible excepción ya que considera poco confiables las estadísticas del final de ese período. Además de los trabajadores serviles, el proletariado incluía a los hombres libres sin propiedades. Morgan (*op. cit.*, p. 20) cita una carta de Thomas Ludwell y Robert Smith al rey, de fecha 18 de junio de 1676, en la que estiman que un cuarto de los hombres libres en Virginia no poseían tierras.

³⁴ La escuela de historiadores de nuestro país que sostienen que la «esclavitud fue una forma de capitalismo» incluye a W. E. B. Du Bois, Ulrich Bonnell Phillips, Lewis C. Gray, Roger W. Shugg, Carl N. Degler y Winthrop D. Jordan. Eric Williams y C. L. R. James consideran la esclavitud del Caribe del mismo modo. Karl Marx siempre se refirió a la economía de plantación estadounidense como una empresa capitalista. Si uno está de acuerdo con esa teoría, no hay razón para negar que los dueños de esclavos eran capitalistas –una burguesía dueña de plantaciones– y que los esclavos eran proletarios. Por supuesto, esa

Esos proletarios, como ciertamente los demás colonos que se rebelaban, eran políticamente más avanzados que incluso el ala izquierda de los *levellers* de la revolución de 1642 en la madre patria, Inglaterra.³⁵ Pero el hecho más significativo de todos, mirándolo desde el presente, es que los proletarios afroamericanos y los de origen europeo hicieron causa común en esa lucha de una manera que no se ha repetido nunca en los tres siglos posteriores.

Desde la época del levantamiento de siervos de 1663 para emprender una marcha insurreccional hacia la libertad, hasta las revueltas del tabaco de 1682, hubo en Virginia no menos de diez motines populares de trabajadores serviles y conspiraciones para rebelarse.³⁶ El

forma de trabajo contradecía los requisitos básicos del desarrollo capitalista general, contradicción que fue eliminada después de la guerra de secesión. El hecho es que durante un tiempo esa forma de trabajo no fue un obstáculo para la rápida acumulación capitalista, sino su principal motor. Finalmente –dejando de lado consideraciones académicas– la cuestión de quién es o quién no es un proletario no tiene ninguna importancia, excepto en lo que respecta a la lucha de clase llevada a cabo por los trabajadores sin propiedades contra los explotadores capitalistas. Esos trabajadores constituían la mayoría de los rebeldes en la fase de enfrentamiento entre civiles de la Revolución de Bacon, y también la mayoría de la población de las colonias de plantaciones.

³⁵ Los *levellers* eran pequeños propietarios. Su programa, expresado en el «Agreement of the People» [Acuerdo del Pueblo] de 1648, demandaba, explícitamente, la exclusión de los trabajadores asalariados –mayoría de la población inglesa– del derecho a voto. Una de las resoluciones de la Asamblea de «Bacon» de junio de 1676 fue restaurar el derecho a voto de los hombres libres sin propiedades, un derecho que les había sido quitado específicamente por la Asamblea de 1670. (W. W. Hening, *Statutes-at-Large of Virginia*, 11 vols. [Richmond, 1799-1814], vol. 2, pp. 280, 346. De aquí en más nos referiremos a este trabajo de la siguiente manera: Hening [vol. no.] [página no.]

³⁶ Richard B. Morris, *Government and Labor in Early America* (Nueva York, 1947), pp. 172-177. Richard

encuentro decisivo del pueblo contra la burguesía ocurrió durante la Rebelión de Bacon, que empezó en abril de 1676 como una divergencia entre la elite y la sub-elite de plantadores sobre la «política india», pero que en septiembre se convirtió en una guerra civil contra la clase dominante angloamericana.³⁷

Cuando las fuerzas de Bacon sitiaron, tomaron y quemaron la ciudad capital de Jamestown y mandaron al exilio al gobernador Berkeley, que escapó a través de la bahía de Chesapeake, el ejército rebelde estaba compuesto principalmente por personas de origen europeo y africanos, tanto trabajadores serviles como hombres recientemente liberados «tras haber cumplido su contrato».³⁸

Después de la muerte de Bacon, a finales de octubre, la causa rebelde decayó debido a que se presentaron problemas de liderazgo. Más de mil tropas fueron enviadas en once embarcaciones para apoyar la causa del gobernador, pero recién partieron de Inglaterra alrededor del primero de diciembre, y arribaron a Virginia luego de

que terminara el enfrentamiento.³⁹ Sin embargo, buques mercantes ingleses armados fueron empleados para hostigar a los rebeldes en los ríos. El capitán de uno de esos barcos era Thomas Grantham, cuya política inescrupulosa de engaños y mentiras, sumada a la manipulación de las diferencias de clases entre los rebeldes, fue decisiva para derrotarlos por completo en enero de 1677.⁴⁰ Aunque su papel fue despreciable, el relato de Grantham sobre sus hazañas constituye un documento histórico de la mayor importancia.⁴¹

Grantham logró la traición del nuevo general de los rebeldes, Laurence Ingram (al que Grantham ya conocía), y su lugarteniente, Gregory Walklett,⁴² lo que le permitió asegurarse la rendición de la guarnición de trescientos hombres armados, ubicada en West Point e integrada por hombres libres y trabajadores serviles africanos e ingleses. Sin embargo, según un relato de la época

[...] el nombre de la Autoridad tenía muy poco poder para arrancarle la espada de las manos a esos locos [...] [y entonces Grantham] resolvió abordarlos con promesas [de perdón para los hombres libres, y de libertad para los que cumplían

Morton, *Colonial Virginia* (Chapel Hill, 1960), pp. 224-225.

³⁷ Wilcomb E. Washburn, *The Governor and the Rebel*, (Chapel Hill, 1957), pp. 70-71. Morton, *op. cit.*, p. 260.

³⁸ George M. Chalmers Collection, Letters Relating to Virginia, I, folio 49, Biblioteca Pública de Nueva York, carta desde Virginia, de fecha 19 de septiembre de 1676. Además de ese escrito perteneciente a la colección de Chalmers, Washburn (*op. cit.*, p. 209) cita una carta que está en la Biblioteca Huntington de San Marino, California, fechada el 14 de noviembre de 1676, enviada por Andrew Marvell a Sir Henry Thompson, en la que se da fe de la presencia de «Siervos y Negros» en el ataque a Jamestown.

³⁹ Charles M. Andrews (ed.), *Narratives of the Insurrections, 1675-1690* (New York, 1915), pp. 102-103.

⁴⁰ Por ese servicio, el Consejo Privado del rey asignó a Grantham 200 libras esterlinas. Otros tres capitanes recibieron sumas menores. (*Acts of the Privy Council of England, Colonial Series*, 11 June and 19 March, 1679, vol. I [1908], pp. 838 y 814-815.)

⁴¹ Capitán Grantham, «Account», *Bath Mss.*, vol. cit., folios 301-302.

⁴² Andrews, *op. cit.*, pp. 92-94, 140. *Calendar of State Papers, Domestic*, vol. 19 (1677-78) p. 115.

servidumbre, africanos e ingleses], promesas que nunca concretaría.⁴³

Luego, Grantham acometió contra el mayor baluarte de las fuerzas rebeldes, cinco kilómetros al norte, y, en sus propias palabras:

Allí encontré cerca de cuatrocientos ingleses y negros en armas que estaban bastante insatisfechos con la rendición de la posición, y decían que yo los había traicionado, y, por consiguiente, algunos querían dispararme, y otros, cortarme en pedazos: les dije que me rendiría ante ellos por voluntad propia, hasta que Su Majestad los dejara satisfechos, y les aseguré a los negros y a los siervos que habían sido perdonados y liberados de la esclavitud, y con buenas promesas y litros de brandy, los pacifiqué, dándoles varios papeles con mi firma [...] Convencí a la mayoría de que se fueran a su hogar, cosa que hicieron, excepto unos ochenta negros y veinte ingleses que se negaron a entregar las armas.⁴⁴

Grantham engañó a ese centenar de hombres y los hizo subir a bordo de una balandra con la promesa de llevarlos a un fuerte rebelde situado unos kilómetros hacia el sur por el río York. En lugar de eso, los remolcó con su propia embarcación, los puso bajo al alcance de los cañones de otro barco y los obligó a rendirse, aunque «lo hicieron con un grado alto de descontento,

diciendo que si hubieran conocido mi propósito, me habrían aniquilado».⁴⁵ Grantham procedió entonces a desarmar a ese último grupo de rebeldes y a entregarlos a sus respectivos dueños.

La importancia trascendental de ese documento histórico es que allí, en la Virginia colonial, ciento veintinueve años antes de que naciera William Lloyd Garrison, la clase trabajadora armada, negra y blanca, luchó lado a lado para abolir la esclavitud.

III

La burguesía había conseguido aplastar la revuelta, como lo hizo nuevamente, aunque con mayor dificultad, con las revueltas del tabaco seis años más tarde.⁴⁶ Sin embargo, todo eso fue simplemente una medida defensiva; el problema principal permanecía vigente y era más acuciante que nunca: garantizar el suministro cada vez mayor de mano de obra para las plantaciones y crear un sistema de control social estable que permitiera la máxima explotación de esos trabajadores.

El suministro de mano de obra podía incrementarse de dos maneras: aumentando el número de trabajadores serviles o extendiendo su período de servidumbre. Desde una postura que privilegiara la ganancia máxima, lo mejor habría sido combinar al máximo esos dos métodos, aprovechar todos los recursos

⁴³ Andrews, *op. cit.*, p. 93.

⁴⁴ Grantham, «Account».

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ C. S. P., vol. 11 (1681-85) pp. 130, 134, 228-229, 277. Gray, *op. cit.*, p. 304.

Europeos y africanos posibles, y extender de por vida el período de servidumbre. Por supuesto, ese paso habría obligado a recurrir al transporte forzado de trabajadores serviles europeos, como ya sucedía con los africanos.

Con el sistema de servidumbre a perpetuidad, los 250.000 africanos llevados a las colonias del sur hasta 1790 habían conformado a lo largo de los años una población de 650.000 trabajadores serviles.⁴⁷ De manera similar, la importación de treinta y ocho mil trabajadores europeos que cumplían servidumbre a perpetuidad habría sido suficiente para alcanzar el número máximo utilizado en las colonias del sur, nunca mayor a 100.000.⁴⁸ Además, la servidumbre

a perpetuidad le aportaba al capitalista dueño de plantaciones importantes beneficios adicionales más allá de la extensión del período de servidumbre. Los hijos de esos trabajadores pertenecerían al amo como siervos a perpetuidad; las mujeres trabajarían en los campos junto con los hombres. Privados de todos los derechos civiles, esos peones serviles serían explotados sin inconvenientes, y los beneficios que pudieran surgir en esas condiciones laborales irían únicamente al amo, y no al trabajador servil.⁴⁹

El precio de venta de los *siervos* a perpetuidad casi duplicaba el de los que estaban obligados a trabajar por un período de tiempo limitado.⁵⁰ Pero aunque su precio fuera el doble, 38.000 peones europeos vendidos a perpetuidad habrían costado entre un 50% y un 75% de lo que la burguesía plantadora pagó por los casi 150.000 peones serviles europeos que importó finalmente.⁵¹

¿Cómo podemos explicar ese comportamiento inusual de la clase que Shakespeare satirizaba en Timón, esa clase que ensalzaba el oro reluciente, y practicaba tan religiosamente el saber tradicional que reza que un centavo ahorrado es un centavo ganado? Eso nos

⁴⁷ Henry C. Carey, *The Slave Trade, Domestic and Foreign* (Philadelphia, 1853). El autor estimó el número de trabajadores serviles africanos importados hasta 1790 en 264 000. Gray, (op. cit., p. 354) parece estar de acuerdo con ese cálculo y Richard B. Morris, *Encyclopaedia Of American History* (Nueva York), p. 513, apoya las cifras de Carey. Basándose en «datos fidedignos recientes», Philip D. Curtin en su obra *The Atlantic Slave Trade-A Census* (Madison, 1969) p. 72, sugiere una cifra de 275 000. En 1790, el 93% de los trabajadores serviles africanos se encontraban en el Sur. Asumiendo que ese 93% fue llevado originariamente al Sur, las cifras de Carey y de Curtin indican que el número importado al Sur estaba comprendido entre 244 000 y 259 000.

⁴⁸ De todas las colonias de plantaciones, Maryland tenía la mayor proporción de trabajadores serviles europeos. Allí constituían cerca del diez por ciento de la población. (Eugene I. McCormac, *White Servitude in Maryland, 1634-1820* [Johns Hopkins University Studies in Historical and Political Science, serie xxii, Nos. 3-4 (March-April, 1904)], pp. 29, 32-33, 111; A. E. Smith, op. cit., p. 336). Por lo tanto, basándonos en un cálculo del total de la población europeo-americana de 1 166 000 personas en las colonias sureñas en 1790 (Morris, op. cit., p. 513), podemos suponer que menos de 100 000 eran trabajadores serviles, y que ese número nunca había sido mayor. Aunque el número de trabajadores serviles europeos pudo haber alcanzado su pico más alto antes de 1790, a los efectos de esta

especulación, ese hecho está compensado por otro: que el número de europeos en servidumbre ya era relativamente grande antes de que llegaran los trabajadores serviles africanos.

⁴⁹ See Gray, op. cit., p. 371.

⁵⁰ Gray, op. cit., pp. 370-371. Wertebaker, op. cit., p. 127.

⁵¹ Basados en la presunción de que al menos el 50% y, probablemente, una proporción mayor de los trabajadores serviles europeos fueron a las colonias sureñas. (Véase A. E. Smith, op. cit., «Appendix» y, especialmente, «Conclusion», pp. 335-337.)

lleva a lo más complicado de la pregunta, «¿por qué existió la esclavitud racial?» Lo difícil no es explicar «¿por qué los trabajadores serviles africanos fueron reducidos a servidumbre perpetua?» sino «¿por qué los trabajadores serviles europeos no fueron reducidos a servidumbre perpetua?».⁵²

IV

Como regla general, habría sido imposible, por consideraciones económicas y políticas locales, imponer en Inglaterra una política de ese tipo. Sin embargo, aplicar, en ese país, una política de transporte forzado de siervos a perpetuidad únicamente a los convictos y los rebeldes irlandeses y escoceses, los «vagabundos» y «canallas», y prolongar a perpetuidad las condiciones de todas las categorías de trabajadores serviles que ya se encontraban en las colonias no habría puesto en riesgo el poder dominante de la burguesía en Inglaterra. El hecho de

que esas medidas no se llevaran a cabo no se debió a razones de orden social en Inglaterra, sino al establecimiento de un sistema de control social en las condiciones particulares de las colonias de plantaciones. La burguesía angloamericana no convirtió a los negros y a los blancos en esclavos de la misma manera porque no tenía el poder para hacerlo en ese contexto histórico. De haberlo intentado, hubiera puesto en peligro mortal el poder que tenía de hecho, un poder bastante importante. Exceptuar a los trabajadores blancos de la esclavitud fue la condición indispensable para esclavizar a los trabajadores negros. Esa no es una mera conjetura; es un hecho que, sin lugar a dudas, se hizo evidente tras los sucesos de la Rebelión de Bacon, y de los veinticinco años posteriores a 1660.

La derrota de las fuerzas populares en esa lucha liberó el camino para que se instalara el característico sistema de plantaciones en el Sur. En esa economía, la disparidad de riqueza y de poder social entre el pequeño grupo de grandes aristócratas y la gran masa de pobres dependientes era mucho más grande que en el resto del país; y la presencia de la clase media era, por su parte, débil e insignificante. En esas circunstancias, la burguesía plantadora estableció un sistema de control social mediante la institucionalización del concepto de raza «blanca», lo que permitió que el conjunto de blancos pobres fuera considerado diferente del proletariado negro, y fuera reclutado para imponer el poder de la burguesía.

⁵² Winthrop D. Jordan, *White Over Black* (Chapel Hill, 1968), pp. 48, 91, sugiere la misma pregunta y plantea la presunción, sin sustento, de que los dueños de plantaciones podrían haber esclavizado a europeos no ingleses si hubieran sido capaces de imaginar que se cometiera una transgresión tan grave contra hermanos blancos cristianos. Como me encuentro abocado a presentar argumentos en favor de mi tesis, dejo de lado las controversias. Solo una aclaración: en Gran Bretaña la esclavitud perpetua de «blancos sobre blancos» fue impuesta a los mineros del carbón y a los trabajadores de los molinos de sal escoceses en 1606, un año antes de la fundación de Jamestown, y no fue abolida completamente hasta 1799. Fueron las dificultades objetivas, no los principios morales ni raciales, los que evitaron que ese sistema se propagara y llevaron a su discontinuidad. Véase «Slavery in Modern Scotland», *Edinburgh Review*, vol. 189 (1899), pp. 119-148. John Ulrich Nef calificó a este ensayo como «el enfoque más importante sobre el tema». (John Ulrich Nef, *The Rise of the British Coal Industry* [London, 1932], p. 157).

V

La forma de resistencia más usada contra el trabajo servil era la fuga.⁵³ Ingleses y africanos que trabajaban lado a lado en los campos o en los depósitos de tabaco conspiraban para escaparse, organizaban encuentros secretos y huían juntos hacia la libertad.⁵⁴ Las Asambleas⁵⁵ de todas las colonias de plantaciones establecieron fuertes y crueles sanciones contra esas «fugas»⁵⁶. El castigo corporal más usado era el azote y la marcación con hierro caliente. Sin embargo, la mutilación e, incluso, la muerte eran castigos legalmente aceptados contra los fugitivos capturados. La pena más común, ya que era la más rentable para los dueños, era la de extender el período de servidumbre: por cada día de evasión, se penaba al prófugo con dos días adicionales en Virginia, siete en Carolina del Sur, y diez en Maryland.⁵⁷ Pero según la legislación de 1661, en Virginia, si un trabajador servil inglés huía en compañía de un siervo a

perpetuidad africano, el inglés debía cumplir una pena doble, una por su ausencia y otra por la del africano.⁵⁸

Otra forma de solidaridad entre los siervos, más elemental y humana, consistía en el matrimonio sin consentimiento del amo. El matrimonio imponía un tope a la explotación extrema y, al mismo tiempo, conllevaba un período de tiempo «perdido» cuando la esposa quedaba embarazada. Existían severas penas contra ese «acto

⁵³ A. E. Smith, *op. cit.*, p. 261. James C. Ballagh, *White Servitude in the Colony of Virginia* (Baltimore, 1895), pp. 52-53. McCormac, *op. cit.*, p. 48. Warren B. Smith, *White Servitude in Colonial South Carolina*, (Columbia, 1961) p. 74.

⁵⁴ *York County Records, 1674-76*, pp. 206, 221, Biblioteca Estatal de Virginia, Richmond. Bruce, *op. cit.*, vol. 2, p. 104. A. E. Smith, *op. cit.*, pp. 265, 269.

⁵⁵ El autor utiliza el término general “*Assembly*” que abarca diversas entidades según el lugar y el momento: la *House of Burgesses* y la *House of Delegates*, entre otros. Todas esas instituciones tenían la característica de que sus miembros eran elegidos anualmente entre los ciudadanos terratenientes. Por lo común se reunían una sola vez al año pero el gobernador o el consejo podían citarlas en situaciones excepcionales. (N. de la T.)

⁵⁶ En inglés, la ley decía «*stealth of oneself*» [robo de sí mismo], expresión que subraya que el *siervo* era considerado una cosa. (N. de la T.)

⁵⁷ A. E. Smith, *op. cit.*, p. 267. La pintoresca frase «*stealth of oneself*» es citada en McCormac (*op. cit.*, p. 62) y proviene de una ley contra fugitivos aplicada en Maryland en el siglo XVII.

⁵⁸ 2 Hening 26. Thomas Cooper, ed., *Statutes at Large of South Carolina* (Charleston, 1839) vol. 3, p. 17. Warren B. Smith, *op. cit.*, pp. 75-76. Los detalles de la ley variaban de colonia en colonia y, algunas veces, dentro de cada colonia. Para este ensayo, Virginia, la primera colonia sureña y la que estableció los parámetros a seguir, proporciona la mayoría de los ejemplos; consignamos también las fechas de los diversos actos. «El descubrimiento de la gran fuente de ganancia que representaba cultivar tabaco», escribió Ulrich B. Phillips [«*Plantation and Frontier*», en Eugene D. Genovese, ed., *The Slave Economy of the Old South* (Baton Rouge, 1968), p. 3], «fomentó la expansión territorial de Virginia y la creación de una industria de gran escala [... y] facilitó los modos de vida que determinaron la historia de Virginia a través de los siglos posteriores y la historia de las diferentes colonias y estados que tomaron prestado su sistema de plantaciones». En otro artículo publicado en el mismo volumen, Phillips declara que «[...] la legislación de Virginia fue copiada con alguna que otra modificación por todos los gobiernos desde Delaware hasta Misisipi». («*Racial Problems, Adjustments and Disturbances*», pp. 26-27).

Las fuentes secundarias más importantes sobre los trabajadores serviles europeos en el periodo colonial de Estados Unidos son A. E. Smith, *Colonists in Bondage: White Servitude and Convict Labor in America, 1607-1776* (Chapel Hill, 1947); Richard B. Morris, *Government and Labor in Early America* (New York, 1947); y Marcus W. Jernegan, *Laboring and Dependent Classes in Colonial America, 1607-1783* (Chicago, 1931). Otros trabajos especializados consultados para este ensayo fueron E. I. McCormac, *White Servitude in Maryland, 1634-1820* (Baltimore, 1895); y Warren B. Smith, *White Servitude in Colonial South Carolina* (Columbia, 1961).

ilícito»⁵⁹. Se solía aplicar la pena de un año adicional por contraer matrimonio y otro por embarazo. Los hijos de los siervos lo eran también hasta cumplir veinte años. Pero las penas más severas se aplicaban contra las mujeres que daban a luz a hijos de padres africanos. Para ellas, la pena era de siete años adicionales de servidumbre y la flagelación en público en el poste de los azotes; el hijo, por otra parte, era siervo hasta los treinta y un años.⁶⁰

Esa política fue aplicada masivamente en relación a la Rebelión de Bacon. El gobernador Berkeley condenó por rebeldía y traición a Bacon y a quienes lo acompañaron, cuando la rebelión era principalmente una disputa entre los plantadores blancos sobre la «política india». Capturó a Bacon, luego lo perdonó y le dio su bendición para que llevara a cabo una campaña en contra de los indios. Pero, en la segunda fase, cuando la rebelión apuntaba principalmente contra la elite y, como necesariamente tenía que ocurrir, sus huestes abarcaron a los siervos negros y blancos unidos a los pobres libres, el victorioso Berkeley trató a los líderes rebeldes capturados con tal severidad que se dice que su soberano, el rey Carlos II, comentó que «ese viejo necio ha colgado a más hombres en esa tierra despoblada que los que yo ahorqué por el asesinato de mi padre».⁶¹ T. H. Breen señala lo mismo: «Si

Bacon hubiera limitado su conflicto con la clase alta, se le habría perdonado su comportamiento errático, pero, cuando involucró a los siervos, a los esclavos y a los pobres libres, debía ser aniquilado».⁶²

Sin embargo, aplicar medidas represivas especiales contra los actos de solidaridad específicos de los blancos hacia los negros no fue suficiente. La turbulencia social de esos tiempos demostraba que el efecto unificador del destino común de los trabajadores serviles era más fuerte que el efecto divisorio de las penalidades contra los actos ilegales específicos. Edmund S. Morgan hizo un comentario perspicaz en ese sentido: «Es cuestionable [escribe] hasta donde Virginia podría haber continuado [...] respondiendo al descontento con represión y proveyendo a sus plantaciones con importaciones anuales de siervos que luego se sumarían a las filas de hombres libres [...] Había otra solución que permitía que los magnates de Virginia conservaran sus tierras y que, al mismo tiempo, frenaba el descontento y la represión de otros ingleses [...]».⁶³

VI

El hecho de que la mano de obra haya pasado a ser mayoritariamente africana después de 1685 y de que la Real Compañía Africana haya obtenido una carta real

⁵⁹ En inglés, el autor dice «*offense*», que significa delito o acto ilícito. El autor cita textualmente para señalar cómo se categorizaban los actos de los *siervos* según la ley. (N. de la T.)

⁶⁰ A. E. Smith, *op. cit.*, p. 272.

⁶¹ Andrews, *op. cit.*, p. 40. Los historiadores generalmente consideran que esa cita es apócrifa. Sin embargo, lo que dice es verdad; Berkeley ahorcó a 23 rebeldes cautivos mientras que Carlos II hizo ahorcar a

un total de 13 personas por el regicidio de su padre (sin contar a Cromwell, Ireton y Bradshaw, cuyos cuerpos fueron exhumados para ser colgados). (Morris, *Encyclopaedia of American History*, p. 23. *Encyclopaedia Britannica*, «Regicide».)

⁶² Breen, *op. cit.*, p. 10.

⁶³ Morgan, *op. cit.*, p. 24.

mediante la ayuda no solicitada de los intermediarios convirtió a Inglaterra en el líder mundial del tráfico de personas. Haciendo hincapié en la importancia de generar «un comercio que fuera beneficioso para el Reino», los Lores de la Junta Promotora del Comercio y las Plantaciones de Ultramar ordenaron a los gobernadores de las colonias americanas que se aseguraran de «proporcionar negros a las plantaciones y las colonias, a un precio razonable». ⁶⁴ El resultado fue que, en las tres colonias más importantes del Sur, el número de africanos que cumplían servidumbre a perpetuidad entre 1708-09 superó al número de trabajadores serviles europeos, puesto que, en Virginia, había 12 000 africanos de esa condición (personas por quienes se debía pagar el impuesto de capitación) y ningún europeo, en Maryland, 4657 africanos y 3003 europeos y, en Carolina del Sur, 4100 africanos y 120 europeos. ⁶⁵

A partir de esos años, comienza a sonar una nueva melodía; palabras y frases nuevas, como «*deficiency laws*» ⁶⁶, «cuota» y «necesidad de obtener siervos blancos», aparecen con más frecuencia en los registros escritos. «Casi no vienen *trabajadores* blancos últimamente», dijo uno de los miembros del Consejo de la colonia de William Penn, «y por esa razón el país está en peligro de transformarse en un país de gente negra». ⁶⁷ La Junta Promotora

del Comercio y las Plantaciones le pidió al rey que ordenara a los gobernadores de las colonias la aplicación con rigor de «las leyes creadas para incrementar el número de hombres blancos en las colonias [...]». ⁶⁸ El rey, Guillermo de Orange, tomó medidas al respecto tan solo siete días más tarde. ⁶⁹ El 8 de octubre de 1698, Carolina del Sur sancionó la primera «*deficiency law*», que penalizaba a los dueños de plantaciones que no respetaban la proporción exigida de, al menos un trabajador servil blanco por cada seis hombres negros mayores de dieciséis años en cada una de las plantaciones. ⁷⁰ En 1698, el gobernador Francis Nicholson comunicó a las autoridades de Gran Bretaña la preocupación que sentía porque la proporción de negros se había incrementado notablemente con respecto a la de blancos en Maryland y Virginia. ⁷¹ Por su parte, la Junta Promotora del Comercio y las Plantaciones expresó temores similares cuando comunicó a las autoridades que, en Jamaica, en 1709, los dueños de plantaciones no estaban cumpliendo con la «cuota» exigida de hombres blancos por cada tantos trabajadores serviles africanos, a pesar de que tuvieran que pagar una multa de cinco libras esterlinas cada tres meses por cada trabajador servil blanco “de menos”. ⁷² El redactor del *Calendar of State Papers* correspondiente a los años 1716-1717 hace una observación general en la que dice que «La necesidad de tener que incrementar la población blanca por

⁶⁴ C. S. P., vol. 23, p. 718 (15 April 1708).

⁶⁵ *Ibidem*, vol. 24, pp. 156-158, 739; vol. 23, p. 759.

⁶⁶ Ley que exigía que los dueños de plantaciones tuvieran, al menos, un trabajador servil blanco por cada seis trabajadores serviles negros mayores de dieciséis años en cada una de las plantaciones (N. de la T.).

⁶⁷ *Ibidem*, vol. 29, p. 272 (18 March 1717).

⁶⁸ *Ibidem*, vol. 16, p. 101 (10 February 1698).

⁶⁹ *Ibidem*.

⁷⁰ Cooper, vol. 11, p. 153.

⁷¹ C. S. P., vol. 16, pp. 390-391.

⁷² *Ibidem*, vol. 24, p. 454.

medio de la importación de mano de obra contratada representaba un problema que estaba pasando a primer plano en todas partes».73

Cambian una y otra vez. Primero prefieren mano de obra blanca, después mano de obra negra, luego mano de obra blanca otra vez. ¿Por qué? Desde luego, los trabajadores serviles europeos iban a ser explotados, y muy explotados, en las plantaciones; ya lo hemos dicho en reiteradas oportunidades. Para citar un ejemplo: En 1682, «varios comerciantes que tenían haciendas en América» temían que la aplicación en Inglaterra de leyes que prohibían el rapto de personas sin una autorización oficial [*anti-kidnapping laws*]⁷⁴ disminuyera el flujo de trabajadores para las colonias. Esos comerciantes rogaron que se tuviera en cuenta el hecho de que «el trabajo en el tabaco de cada hombre blanco le proporciona una ganancia de £7 (siete libras esterlinas) al rey».75 Esa era la parte que recibía el rey, y no incluía las ganancias de los dueños de plantaciones, de los capitanes de barcos esclavistas y de los traficantes de siervos. Si observamos que los trabajadores serviles europeos se vendían a menos de tres libras por año de servicio que les quedaba vigente y que mantenerlos prácticamente no generaba gasto alguno, podemos comprender qué

rentable era la explotación para sus dueños.⁷⁶

Pero el producto final es el producto final: ya sea que fumes una pipa o que huelas rapé, que comas azúcar o arroz, es imposible diferenciar si fueron africanos, ingleses o irlandeses quienes trabajaron para ti. Por lo tanto, el resurgimiento del interés en los hombres blancos como trabajadores serviles no se debía a que ellos tuvieran cualidades especiales para el trabajo; en ese aspecto no había diferencia entre ellos y los africanos.

VII

El motivo del nuevo interés en los blancos era simple. La demanda especial de siervos blancos se debía principalmente a que las autoridades querían que ellos «poblaran el país», que prestaran servicio en la milicia y que sirvieran como un medio esencial de control social basado en la servidumbre hereditaria y a perpetuidad de africanos y afroamericanos. Hay literalmente una cantidad inmensa de documentos en los registros escritos que dan fe de este hecho. Menciono algunos a continuación.

En esa misma carta de los comerciantes que tenían haciendas en Virginia y Maryland, se hacía referencia al hecho de que «no tenemos hombres blancos para vigilar a nuestros negros ni para reprimir un posible levantamiento por parte de ellos [...]». El día 8 de septiembre de 1721, la Junta Promotora del Comercio y las Plantaciones informó al rey que en Carolina del Sur «los esclavos negros habían intentado comenzar

⁷³ *Ibidem*, vol. 29, p. vii.

⁷⁴ En su origen, el delito denominado *kidnapping* estaba definido como el traslado ilícito de una persona de un país a otro, realizado sin su consentimiento. (N. de la T.)

⁷⁵ *Ibidem*, vol. 11, pp. 317-318.

⁷⁶ Gray, *op. cit.*, p. 366. Bruce, *op. cit.*, vol. 2, p. 51.

una nueva revolución y estaban a punto de tener éxito [...] por lo tanto, podría ser necesario [...] proponer una nueva ley para fomentar la presencia de más trabajadores blancos en el futuro. La milicia de esta provincia no cuenta con más de 2000 hombres». ⁷⁷ En el prefacio del volumen dieciséis del *Calendar of State Papers*, Fortescue escribe que alrededor de 1697-98 «El sistema de defensa integrado por hombres blancos se había roto». «La defensa de las Indias Occidentales, aparte de depender de la flota, dependía enteramente de la milicia, la cual estaba conformada por siervos blancos», comenta Fortescue. ⁷⁸ Pero a las colonias de plantaciones ubicadas en las islas les resultaba imposible retener a los trabajadores serviles europeos una vez que finalizaba su período de servicio, puesto que la cantidad de tierra disponible para ser ocupada por hombres libres era muy limitada. Los registros escritos están repletos de declaraciones desesperadas sobre las consecuencias que trajo el número relativamente pequeño y decreciente de hombres blancos en esas islas. En 1688, el gobernador de Barbados se quejó porque los plantadores cuáqueros no mantenían la cuota de trabajadores serviles blancos «requerida para evitar el peligro de un posible levantamiento por parte de los negros». ⁷⁹ El 24 de septiembre de 1716, el gobernador de Jamaica le escribió al Príncipe de Gales que su isla se encontraba «[...] prácticamente indefensa; necesitamos gente blanca para impedir cualquier tipo de levantamiento por parte de los negros, así

como buques de guerra para proteger las costas, el comercio y la navegación». ⁸⁰ El 3 de noviembre de 1691, la Cámara de los Comunes recibió «una petición de diversos traficantes, capitanes de barcos esclavistas y plantadores que comerciaban con las plantaciones de ultramar [...], en la que plantean que no se pueden sostener las plantaciones sin una cantidad considerable de siervos blancos que permitan mantener sometidos a los negros y que puedan portar armas en caso de invasión». ⁸¹

En 1717, el Parlamento, para responder a ese estado de preocupación, hizo que el traslado a las colonias de plantaciones en calidad de siervos de término fijo constituyera la pena para un delito. Las personas condenadas por haber cometido un delito grave, a las que se les podía imponer la pena de muerte, podían, en cambio, cumplir catorce años de servidumbre en las plantaciones americanas. Por su parte, las personas condenadas por un delito menor debían cumplir una sentencia de siete años de servidumbre. Un estudio citado por A. E. Smith, sobre lo ocurrido entre los años 1729 y 1770, señalaba que por lo menos el setenta por ciento de los condenados en el tribunal de Old Bailey de Londres había sido enviado a Maryland y Virginia. Desde ese entonces, «los pasajeros de Su Majestad» constituyeron una gran parte de la población de trabajadores serviles blancos de las colonias del Sur; la mayoría de esos trabajadores serviles provenía de

⁷⁷ C. S. P., vol. 32, p. 425.

⁷⁸ *Ibidem*, vol. 16, p. vii.

⁷⁹ *Ibidem*, vol. 12, p. 517.

⁸⁰ *Ibidem*, vol. 29, p. 181.

⁸¹ Leo Francis Stock, ed., *Proceedings and Debates of the British Parliament Respecting North America*, 5 vols. (Washington, 1924), vol. 2, p. 46.

Inglaterra. Sin embargo, durante la mayor parte del siglo XVIII, la mayoría de los trabajadores serviles europeos que llegaron a las colonias del Sur (incluso los que desembarcaron originariamente en Filadelfia o en otros puertos más septentrionales), eran irlandeses, alemanes y escoceses.⁸² Más allá de los convictos, el número de trabajadores serviles europeos de Maryland aumentó a más del doble entre 1707 y 1755.⁸³ Si bien en 1708, en Virginia, el número de siervos blancos era insignificante, el gobernador Gooch informó a la Corona que una gran cantidad de trabajadores serviles, tanto blancos como negros, había sido importada desde 1720.⁸⁴ No se han hallado estadísticas sobre los trabajadores serviles que había en Carolina del Sur, excepto en el año 1708, en el que, en una población de casi diez mil personas, solo había 120 trabajadores serviles europeos.⁸⁵ Sin embargo, generalmente se coincide en que la mayoría de los europeos que llegaban a las colonias eran trabajadores serviles; por lo tanto, como la población blanca de Carolina del Sur aumentó de 4000 a 25 000 habitantes entre 1708 y 1755, la inmigración de siervos blancos debe de haber alcanzado varios miles.⁸⁶

⁸² A. E. Smith, *op. cit.*, pp. 111-113, 117, 325-329. 335-337.

⁸³ *Ibidem*, p. 324.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 330.

⁸⁵ *C. S. P.*, vol. 24, p. 739.

⁸⁶ Gray, *op. cit.*, p. 348. Wertenbaker, *op. cit.*, pp. 81-82. McCormac, *op. cit.*, pp. 28-29. A. E. Smith, *op. cit.*, pp. 325, 331-332, 336.

VIII

La burguesía podía conseguir trabajadores serviles europeos para las colonias del Sur,⁸⁷ pero ¿cómo podría evitar otra rebelión como la de Bacon u otro levantamiento como el ocurrido en 1661, en el que trabajadores serviles africanos y europeos se unieron para enfrentar a la élite dominante? ¿Cómo iban a hacer los burgueses para revertir aquella vieja situación, para romper la solidaridad existente entre los blancos y los negros, e incorporar luego a los blancos pobres al aparato de control social de la clase dominante? El catedrático Morgan, en una parte del artículo que ya hemos citado, comenta lo siguiente: «No pretendo poner en duda que Virginia haya recurrido deliberadamente a la esclavitud africana como medio para proteger y ampliar los

⁸⁷ En las colonias continentales, incluso en las épocas de auge, no más de un tercio de los trabajadores serviles europeos pudieron terminar los períodos de servidumbre correspondientes y establecerse como agricultores independientes (Wertenbaker, *op. cit.*, p. 80); a finales del siglo, la proporción de los que pudieron hacerlo era de tan solo cinco o seis por ciento. (*Ibidem*, p. 98). Pero la situación de los hombres libres en las colonias insulares —Jamaica y Barbados, entre otras— era aún peor. Miles y miles de trabajadores serviles que habían podido cumplir los períodos del contrato correspondiente abandonaron las islas por esa razón. (*C. S. P.*, vol. 7, p. 141, 14 December 1670). Los que no lograron irse del lugar comenzaron a conformar una subclase proletaria «blanca» indigente. Las medidas especiales sancionadas, o consideradas al menos, por la clase dominante del Caribe angloparlante con el fin de proporcionar cierto margen de seguridad a esos blancos indigentes y preservar los privilegios raciales en ese tipo de circunstancias, presagiaban medidas similares en la región continental de plantaciones. En esas medidas, se excluyó del trabajo artesanal a las personas que no eran blancas y se amplió el derecho al voto para que los blancos indigentes pudieran vender su voto a los candidatos burgueses en épocas de elecciones. (*C. S. P.*, vol. 7, p. 141, 14 December 1670; vol. 14, pp. 446-447. 16 July 1695).

derechos de los ingleses».⁸⁸ Comentario parcialmente correcto, pero si invertimos el orden de la oración, obtenemos algo correcto en su totalidad: la burguesía plantadora brindó deliberadamente a los blancos pobres un estatus privilegiado para que la esclavitud de los africanos fuese el cimiento de su sistema de producción.

La burguesía plantadora angloamericana del siglo XVII trazó una barrera racial entre la libertad y la esclavitud, barrera que no existía previamente en la ley consuetudinaria inglesa.⁸⁹ James C. Ballagh,

⁸⁸ Morgan, *op. cit.*, p. 24.

⁸⁹ ¿Qué apareció primero, el racismo o la esclavitud? En la era de los movimientos de liberación nacional posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la controversia sobre este interrogante ha cautivado la atención de los historiadores estadounidenses. Una de las posturas, la postura «psicocultural», sostiene que la supremacía blanca es «natural», que es el resultado de una «decisión irreflexiva»; que deriva de atributos humanos que no están sujetos a una acción social eficaz. La otra postura, la postura «social», cree que el racismo surge de condiciones socioeconómicas y no de condiciones naturales y que (al menos por implicación lógica) es susceptible de ser eliminado mediante la acción social.

La escuela «psicocultural» subraya los casos tempranos de esclavitud afroamericana como prueba de la «antipatía natural» entre los blancos y los negros. De todos modos, como expresa Jordan (el académico más destacado de la escuela «psicocultural»), «La esclavitud tardía e impuesta de manera gradual socava la teoría de una antipatía natural y profundamente arraigada hacia los negros [...] si los blancos y los negros pudieron compartir la misma condición de libertad parcial durante cuarenta años en el siglo XVII, ¿por qué no podrían compartir una libertad absoluta en el siglo XX?» (Winthrop D. Jordan, «Modern Tensions and the Origins of American Slavery», *Journal of Southern History*, vol. 28 [1962], pp. 19-30, loc. cit., p. 20).

De todos los historiadores que he leído de la escuela «social», solo el historiador negro Lerone Bennett hijo logra llevar el eje del debate hacia esos tres argumentos fundamentales que no pueden ser refutados, tanto en el artículo «The Road Not Taken», *Ebony*, vol. 25 (1970), no. 10 (August), pp. 70-77 como en el cap. III de su nuevo libro *The Shaping of Black America* (Chicago, 1975).

En primer lugar, la esclavitud racial y la supremacía blanca del país fueron una respuesta de la clase dominante al problema de la solidaridad existente entre los trabajadores. En segundo lugar, un sistema de privilegios raciales para los trabajadores blancos fue establecido deliberadamente para instaurar la noción de «raza blanca» como formación de control social. En tercer lugar, las consecuencias no solo fueron nocivas para los intereses de los trabajadores afroamericanos, sino que también fueron «catastróficas» [palabras utilizadas por el propio Bennett] para el trabajador blanco. Otros historiadores (como Handlins, Morgan y Breen), en cierta medida, hacen referencia a los dos primeros argumentos, pero solo Bennett logra relacionar los tres. Si bien tomé conocimiento del ensayo de Bennett recién en abril de 1975, esos tres argumentos fundamentales ya formaban parte de mi propio enfoque en un libro que estoy escribiendo hace años (del cual el presente artículo es un adelanto), sobre el origen de la esclavitud racial, la supremacía blanca y el sistema de privilegios para la mano de obra blanca en el país.

El estudio comparado de los sistemas de control social en las diversas colonias de plantaciones americanas en las cuales había trabajo esclavo, junto con el análisis de la Rebelión de Bacon, su origen y sus consecuencias, pueden contribuir en gran medida a la resolución de la cuestión planteada, inclinando la balanza a favor de «una elección deliberada» y en contra de «una decisión irreflexiva». En las colonias de plantaciones continentales (Virginia era la que establecía las pautas), la clase dominante angloamericana trazó la barrera entre la libertad y la esclavitud de acuerdo con la raza a la que cada uno pertenecía: cualquier rasgo de ascendencia africana implicaba la esclavitud. La misma clase dominante angloamericana trazó la línea divisoria entre la libertad y la esclavitud de otra manera en Jamaica y Barbados (al igual que otras clases dominantes europeas en otras regiones de América). En general, los blancos pobres no solo quedaron económicamente marginados, sino que también quedaron política y socialmente marginados en las Indias Occidentales Británicas. En las colonias continentales del sur de Norteamérica, la burguesía finalmente basó el sistema de control social en las clases proletarias y semiproletarias blancas, y en las clases que practicaban la agricultura de subsistencia. En esas colonias de plantaciones, a las personas libres que tenían algún vestigio de ascendencia africana quedaban en una situación ilegal o semilegal, como regla general. En cambio, en las islas caribeñas, la misma burguesía dominante angloamericana creó y favoreció deliberadamente a ese grupo como un estrato pequeño burgués de control social que funcionaba como *buffer*. Son diferencias decisivas que no pueden ser explicadas por la «psicología» ni por el «legado cultural inglés».

en su antiguo y conocido ensayo, *A History of Slavery in Virginia*, publicado por primera vez en 1902, daba detalles de cómo la Asamblea de Virginia, «en una larga serie de [...] resoluciones [...] primero trazó y aplicó la barrera racial para establecer un límite a diferentes derechos sociales y políticos, y finalmente restringió esa aplicación específicamente a la raza negra, con respecto a la libertad y a los privilegios y derechos legales o consuetudinarios». ⁹⁰ La barrera de color se materializó cuando se definió quién sería esclavo: los que no entraban en esa definición no lo serían. El proceso se desarrolló durante un período de casi medio siglo.

En 1662, la Asamblea de Virginia decretó que todas las personas nacidas en Virginia heredaban la condición de la madre. Según Ballagh, esa medida era consecuencia directa de la «fornicación» entre ingleses y mujeres negras; pero también buscaba tener «un efecto disuasorio para las mujeres» inglesas. ⁹¹ Porque, como dice el historiador Philip Bruce, «No sorprende que en el siglo XVII hubiera casos de relaciones

Por último, y más importante aún: ante la experiencia previa en la Isla de Providencia y en Barbados, la burguesía angloamericana advirtió las ventajas que tenía equiparar, o intentar equiparar, a los «negros» con los «esclavos», pero en Virginia, las masas de trabajadores serviles europeos (en ese momento, casi todos ingleses) no aceptaban ese punto de vista. Se casaban con los africanos, conspiraban, huían y, por último, se rebelaban junto a ellos. La esclavitud racial no podía existir, y no existía, en esas condiciones. Dadas las circunstancias, tratar de resolver el «problema de la mano de obra» incrementando el número de trabajadores serviles africanos, reduciéndolos a una servidumbre hereditaria y a perpetuidad, y convirtiéndolos en la mano de obra más productiva de la sociedad habría sido como intentar apagar el incendio de Jamestown con querosén.

⁹⁰ Ballagh, *A History of Slavery in Virginia*, p. 56.

⁹¹ *Ibidem*, p. 57.

íntimas ilegales entre mujeres blancas y negros. Muchas de esas mujeres recién habían llegado de Inglaterra, por lo que, comparadas con el resto, no tenían tantos [...] prejuicios raciales [...]. ⁹² Por esa misma razón, se aprobó la primera ley que otorgó privilegios raciales para la mano de obra blanca: al excluir a las trabajadoras serviles blancas de la lista de personas sujetas al pago de impuestos, la asamblea propició su exención del trabajo en el campo. En 1662, se comenzó a sancionar la fornicación interracial por parte de hombres «cristianos» con una multa que duplicaba el monto de lo que comúnmente tenía que pagarse por ese tipo de delito. ⁹³ En 1705, una sierva blanca fue sentenciada a cinco años más de servidumbre por ese mismo delito, y el hijo o la hija que naciera como resultado de tal «delito» sería también trabajador servil hasta cumplir los treinta y un años de edad. ⁹⁴

Después de 1670, el bautismo cristiano realizado en Virginia dejó de tener un efecto emancipador en este mundo. Sin embargo, esa medida no afectó la condición de libres de los negros que ya venían bautizados de territorios españoles, portugueses o ingleses. Por lo tanto, en 1680, la Asamblea de Virginia legisló que los siervos importados eran esclavos a menos que tuvieran padres cristianos, que hubieran nacido en tierra cristiana y que fueran comprados originariamente por un cristiano. ⁹⁵ Esa disposición parecía cubrir todas las contingencias, excepto la de

⁹² Bruce, *op. cit.*, vol. 2, p. 111.

⁹³ Gray, *op. cit.*, pp. 362-363. Hening, vol. 2, p. 453.

⁹⁴ Hening, vol. 3, p. 453.

⁹⁵ Hening, vol. 2, p. 260. Ballagh, *A History of Slavery in Virginia*, p. 47.

trabajadores serviles negros que debían cumplir un período de servidumbre limitado, los negros libres y los esclavos indios. En 1705, se dio el último paso: todos los siervos que fueran *traídos* a la región, por mar o por tierra, eran esclavos, a menos que cumplieran con los tres requisitos especificados en la ley de 1680. En Virginia, solo los negros eran esclavos; los indios, no.⁹⁶

Todavía quedaba por resolver qué se haría con las personas de color que eran libres. Sin embargo, la posición social de esas personas era claramente inferior a la de cualquier persona blanca. En 1705, por ejemplo, se prohibió a cualquier negro ser amo de un siervo blanco.⁹⁷ En 1723, los negros libres, que hasta ese momento habían podido votar al igual que los blancos, fueron privados de ese derecho.⁹⁸ Unos años más tarde, el gobernador William Gooch justificó esa y otras privaciones de derechos para los afroamericanos libres: la finalidad de esa

medida, explicó, era «ponerles una marca a los negros y a los mulatos libres [...] (porque) se debía establecer una diferencia entre sus descendientes y los de un inglés». Gooch condenó públicamente el «orgullo del esclavo manumiso, que luego de obtener la libertad, se ve a sí mismo como el mejor de sus vecinos». El gobernador estaba determinado a destruir ese humilde orgullo y a «mantener [...] una diferencia entre ellos (los negros libres) y sus superiores». En Inglaterra, La Junta Promotora del Comercio y las Plantaciones de Ultramar, que había formulado la pregunta, mostró satisfacción con la respuesta.⁹⁹

Los privilegios raciales para los blancos libres pobres reflejaban simplemente las desventajas que tenía el esclavo negro: los blancos pobres podían desplazarse libremente sin un pase; casarse sin el consentimiento de ninguna persona de la clase alta; podían cambiar de trabajo y votar en las elecciones si cumplían ciertos requisitos y también podían adquirir propiedades. Por último, pero no por eso menos importante, gozaban del derecho a la defensa propia.

Tanto los blancos libres como los trabajadores serviles blancos tenían privilegios en comparación con los africanos. En 1680, la Asamblea de Virginia revocó todas las sanciones que se habían impuesto a los siervos blancos por haber participado en saqueos durante la Rebelión de Bacon. Las palabras utilizadas en la redacción de esa resolución implícitamente excluían de ese beneficio a todos los que habían formado parte de esa rebelión: tanto

⁹⁶ Ballagh, *A History of Slavery in Virginia*, p. 47. En Carolina del Sur, en los primeros años de la colonia, el número de indios esclavizados fue mayor que en cualquier otro momento en la historia del resto de las colonias. En conjunto, sin embargo, esa práctica fue contraproducente por una serie de motivos. Los propietarios temían que la colonia perdiera el servicio de los indios que se encargaban de perseguir a los africanos fugitivos. (*C. S. P.*, vol. 13, pp. 331-332. 18 October 1690). Los europeos que cumplían servidumbre de término fijo eran atraídos con la promesa de tierras (que solo obtenían en casos excepcionales), pero esas ilusiones no cabían en el caso de los indios, que solo podían perder la tierra que poseían. Además, los ingleses no querían incrementar el peligro de una posible colaboración de los indios con los españoles y los franceses. No comparto la opinión de que el número de indios esclavizados en las colonias continentales fuera relativamente pequeño porque no se adaptaban a la agricultura.

⁹⁷ Hening, vol. 3, pp. 449-450.

⁹⁸ Hening, vol. 4, pp. 133-134.

⁹⁹ *C. S. P.*, vol. 42, pp. 140, 207-208, 304.

a los hombres libres afroamericanos como a los trabajadores serviles que debían cumplir un período de servidumbre limitado.¹⁰⁰ A partir de los doce años de edad, los niños negros pasaron a ser personas por quienes se debía pagar el impuesto de capitación, por lo tanto, ya estaba permitido que los pusieran a trabajar; sin embargo, los trabajadores serviles blancos estaban exentos de esa obligación hasta los catorce años de edad.¹⁰¹

En 1680, los negros tenían prohibido portar armas, incluso para defenderse.¹⁰² En 1705, dentro de las compensaciones que recibía un trabajador servil blanco una vez que finalizaba su contrato, podía figurar un mosquete.¹⁰³ En 1680, la ley estipuló que cualquier negro o negra que levantara la mano a un blanco cristiano debía recibir treinta latigazos.¹⁰⁴ Según la ley de 1705, si un siervo blanco levantaba la mano al amo, a la patrona o al capataz, debía cumplir un año más de servidumbre.¹⁰⁵ Según la misma ley, la muerte de un afroamericano que cumplía servidumbre a perpetuidad era legal si el trabajador servil se resistía a ser «corregido» por su amo o por quien lo representara.¹⁰⁶ Se puede observar en estas disposiciones una clara distinción entre la opresión de clase y la opresión racial.

En 1680, quedó permitido por ley quitarle la vida a un negro fugitivo en caso de que se

resistiera a ser capturado.¹⁰⁷ En 1705, la ley estableció que no se podía azotar a un siervo blanco desnudo, a menos que ese castigo fuese impuesto por un juez de paz. La misma ley le dio al trabajador servil blanco el derecho de solicitar una rectificación legal al amo en caso de que éste lo tratara de manera severa o de que no le suministrara provisiones suficientes.¹⁰⁸

En 1705, una vez finalizado su período de servidumbre, los trabajadores serviles blancos recibían, de acuerdo con la ley, las siguientes compensaciones: los hombres, 10 fanegas de grano, 30 chelines y un mosquete valorado en 20 chelines; las mujeres, 15 fanegas de grano y 40 chelines.¹⁰⁹ Los trabajadores afroamericanos no recibían esas compensaciones, puesto que nunca obtenían la libertad.¹¹⁰

¹⁰⁷ Hening, vol. 2, pp. 481-482.

¹⁰⁸ Hening, vol. 3, p. 442.

¹⁰⁹ Hening, vol. 3, p. 451.

¹¹⁰ Contratar la condición de los trabajadores serviles europeos con la de los africanos no quiere decir que la vida de esos trabajadores blancos no haya sido dura ni opresiva. A. E. Smith cree que «la gran mayoría de ellos cumplieron su contrato sin padecer maltratos ni necesidades excesivas (!), (y) recibieron su compensación al quedar en libertad sin tener que reclamarla». Probablemente, cuando Smith dice eso, hace referencia a la «mayoría» de los que sobrevivieron al período de servidumbre que debían cumplir. Pues él mismo admite que «El sistema de servidumbre blanca era cruel» debido al arduo trabajo que imponía a personas que «en general, no eran aptas para ese tipo de vida», a tal punto que en los primeros años de las colonias «por cada cien siervos blancos, cincuenta o setenta y cinco fallecían sin siquiera contar con la menor posibilidad de sobrevivir». (A. E. Smith, *op. cit.*, pp. 278, 303-304).

Morris sostiene que el hecho de que se empezara a depender sobre todo de los trabajadores africanos no mejoró las condiciones de los trabajadores serviles europeos. Los europeos continuaron «sujetos a las

¹⁰⁰ Hening, vol. 2, p. 462.

¹⁰¹ Hening, vol. 2, pp. 479-480.

¹⁰² Hening, vol. 2, pp. 481-483.

¹⁰³ Hening, vol. 3, p. 451.

¹⁰⁴ Hening, vol. 2, pp. 481-482.

¹⁰⁵ Hening, vol. 3, p. 451.

¹⁰⁶ Hening, vol. 3, p. 459.

IX

En 1692, representantes de Virginia en Inglaterra expresaron que, como Virginia y Maryland se encontraban en el continente, no podían controlar tan fácilmente a los trabajadores serviles como podían hacerlo, con la ayuda de la flota, las autoridades de las colonias insulares de las Indias Occidentales.¹¹¹ En Virginia, se volvieron frecuentes los informes oficiales sobre planes de insurrección de los negros.¹¹² El redactor del *Calendar of State Papers* describe a Virginia durante 1728-29 como «una comunidad llena de ansiedad y de un terror constante» por ese motivo.¹¹³

La experiencia de la Rebelión de Bacon demostró que las colonias continentales se encontraban muy lejos de Inglaterra para que las tropas de la madre patria pudieran controlarlas.¹¹⁴ La Corona no estaba

medidas disciplinarias más severas». Cita el conocido comentario de Eddis, con el que concuerda, que sostiene que «Hablando en términos generales, ellos (los trabajadores serviles europeos) gimen bajo un yugo que es peor que el de la servidumbre en Egipto (en el período bíblico)». (William Eddis, *Letters From America*, Cambridge, 1969, p. 38). También cita con algo de detalle registros escritos de más de una veintena de casos de trato inhumano, entre los cuales menciona casos de asesinato por golpes violentos y muerte por inanición, violación, tortura e inducción al suicidio, casos todos en los que los amos, salvo raras excepciones, recibían castigos leves, si es que los recibían. Morris decidió no añadir más ejemplos porque hacerlo «hubiera sido como darle demasiadas vueltas al asunto y, a largo plazo, eso terminaría inmunizando al lector con tanta repetición escalofriante». (Morris, *Government and Labor*, pp. 486-497).

¹¹¹ C. S. P., vol. 15, p. 451; vol. 11, p. 130.

¹¹² Herbert Aptheker, *American Negro Slave Revolts*, (segunda edición, New York, 1969) pp. 163ff, 169ff, 176f.

¹¹³ C. S. P., vol. 36, p. xxiv.

¹¹⁴ El temido recuerdo de la Rebelión de Bacon aún seguía constituyendo un punto de referencia para la

dispuesta a mantener un ejército permanente en las colonias para impedir un posible levantamiento. Si bien en algunas oportunidades, los dueños de plantaciones recurrieron a las tropas británicas para mantener el orden y evitar que la población se rebelara, no estaban dispuestos a pagar su costo.¹¹⁵ Por lo tanto, los gobiernos coloniales estaban cada vez más interesados en formar una milicia blanca.¹¹⁶

Prácticamente desde el comienzo, los miembros de la elite colonial y sus agentes principales, auxiliares y empleados quedaron exentos de la obligación de servir en la milicia. Así, la resolución de 1705 eximió a «toda persona que haya sido o sea miembro del consejo de la colonia, presidente de la Cámara de representantes de las villas y ciudades [*House of Burgesses*], que haya sido fiscal general, juez de paz o cualquier otra persona que haya asumido el cargo de capitán o algún cargo superior en la colonia, que haya sido ministro, clérigo, maestro, capataz de 4 o más esclavos, agente de policía, molinero [...]».¹¹⁷ Esa resolución también excluía de la milicia a los trabajadores serviles. Sin embargo, en

burguesía plantadora cuarenta años después del acontecimiento. En una carta del 19 de julio de 1715, el gobernador Alexander Spotswood recordó a la Junta Promotora del Comercio y las Plantaciones de Ultramar lo mucho que había costado dominar esa rebelión. (C. S. P., vol. 28, p. 301).

¹¹⁵ C. S. P., vol. 11, pp. xxvi, 130, 134, 277.

¹¹⁶ Desde el momento en el que la Junta Promotora del Comercio y las Plantaciones de Ultramar envió el mensaje al rey, el 10 de enero de 1698, la creación y el mantenimiento de una milicia blanca adecuada se volvió un tema recurrente en los documentos oficiales. (C. S. P., vol. 16, p. 101; vol. 22, p. 489; vol. 24, p. 450; vol. 2, p. xviii, 70; vol. 36, p. 118, contienen algunos ejemplos).

¹¹⁷ Hening, vol. 3, p. 336.

1723, cuando las personas que estaban exentas de prestar servicio militar debieron encontrar y aportar «un hombre blanco competente» como sustituto, no se redactó una cláusula específica que excluyera a los trabajadores serviles de prestar esa función en la milicia. De hecho, se estipuló que «nada de lo que aparezca en esta resolución, debe entorpecer o impedir que un capitán admita a una persona blanca en buena condición física, mayor de dieciséis años, para servir en su tropa o compañía en reemplazo de cualquier persona que deba reclutarse según esta resolución».¹¹⁸

En 1727, se creó en Virginia la patrulla para controlar esclavos, milicia especial creada con el fin de evitar «los graves peligros que puede [...] acarrear un posible levantamiento por parte de los negros [...]».¹¹⁹ El oficial principal de la milicia de cada condado era el encargado de designar las patrullas, a las que se recurría para «dispersar cualquier tipo de reunión inusual de negros [...] e impedir todo vínculo peligroso que se formara entre ellos en tales reuniones».¹²⁰ Los blancos pobres que eran los soldados rasos de la milicia recibían como recompensa por sus servicios ciertos beneficios, tales como la exención de concurrir a las asambleas militares habituales, de pagar impuestos y cumplir con las levas parroquiales.¹²¹ En la resolución de 1727, hay un artículo en particular que llama poderosamente la atención, en el que se establece que el pago de los milicianos debía realizarse en libras

de tabaco, de acuerdo con una escala que determinaba cuánto se le pagaba a cada soldado según su rango.¹²² A los blancos pobres que estaban de servicio se les debía pagar de acuerdo con esa escala. ¿Y por qué se les pagaba? Por aplastar conspiraciones o rebeliones similares a aquellas en las que, cincuenta años atrás, habían participado sus propios abuelos junto con trabajadores serviles negros.

X

Pero la posición de los blancos pobres, en comparación con la de los ricos y poderosos —cuestión medular de ese antiguo conflicto civil—, no solo no mejoró, sino que empeoró con la aplicación del sistema de privilegios raciales. Después de todo, ese sistema fue concebido e instaurado como un método alternativo al de Grantham y Berkeley, pero tenía exactamente los mismos objetivos y tuvo exactamente las mismas consecuencias. Hay testimonios irrefutables al respecto.

En 1831, a menos de ciento cincuenta kilómetros del lugar donde «cuatrocientos ingleses y negros en armas» intentaron dispararle, o cortar en pedazos, al mendaz capitán de Berkeley, se produjo el breve levantamiento proletario conocido como la Rebelión de Nat Turner¹²³. Ese suceso estremeció a la burguesía plantadora dominante de Estados Unidos como si se tratase de una premonición. También hizo

¹¹⁸ Hening, vol. 4, p. 125.

¹¹⁹ Hening, vol. 4, p. 197.

¹²⁰ Hening, vol. 4, pp. 202-203.

¹²¹ Hening, vol. 5, p. 19.

¹²² Hening, vol. 4, pp. 202-203.

¹²³ Rebelión de *siervos* encabezada por el esclavo afroamericano Nat Turner en Southampton, Virginia (N. de la T.).

que afloraran ideas y temores de los que comúnmente no se hablaba. Durante todo el invierno y la primavera de 1831-32, tanto los miembros de la Asamblea Legislativa de Virginia como los integrantes de la prensa debatieron el sentido y las posibles consecuencias de ese grito de guerra de los trabajadores esclavizados. En los debates, ellos buscaban quiénes los defendieran y, con frecuencia, hacían referencia a los blancos pobres como candidatos a cumplir esa función.

T. J. Randolph, sobrino y tocayo del autor de la Declaración de la Independencia, hizo la siguiente pregunta retórica a sus colegas legisladores: «[...] ¿sobre quiénes recaerá el peso de esa labor de defensa (contra los levantamientos de proletarios esclavos)? No recaerá sobre los arrogantes dueños de cientos de esclavos, que solo se harán ver cuando el peligro sea inminente y deban huir del lugar con sus familias. No señor, recaerá [...] principalmente sobre los que no son dueños de esclavos [...] que deben integrar las patrullas porque están obligados a hacerlo, por una mísera suma de setenta y cinco centavos por doce horas de servicio [...]».

George W. Summers, del condado de Kanawha, hizo que muchos miembros de la Cámara de representantes [*House of Delegates*] se sintieran incómodos cuando comentó que «dentro de la patrulla» al blanco pobre «[...] se lo obliga a apretar contra el pecho una serpiente que intenta morderlo». Por supuesto que Summers, al igual que el resto de los miembros de la cámara, se oponía a librar a los blancos pobres de esa «serpiente», se negaba a

establecer la igualdad entre los trabajadores negros y blancos de Virginia.

«Civis»¹²⁴, dueño de esclavos de Virginia Oriental, señaló que en esa parte del estado, más de la mitad de la minoría blanca «no contaba con mucho más que el color de piel para sentir que, en efecto, pertenecía a un linaje más alto». El editor del *Richmond Enquirer* hizo referencia a la condición de los trabajadores blancos con más discernimiento del que seguramente se había propuesto: «[...] obligados a deambular como vagabundos en los confines de la sociedad, sin contar con una clase a la que pudieran pertenecer, puesto que en lugar de esa clase a la que deberían haber pertenecido, había un SISTEMA ARTIFICIAL de trabajo en el que no podían insertarse» (énfasis del original).¹²⁵

¡Es completamente cierto! Ese sistema de trabajo artificial, en otras palabras, desigual, impedía que ellos «perteneieran» a su propia clase porque no les permitía «involucrarse» en la lucha de la clase proletaria.

En esos debates de Virginia, podemos observar como quedó expuesta al mundo la degradación social de los blancos pobres, provocada por un siglo y medio de supremacía blanca; esos mismos blancos

¹²⁴ «Civis» es un seudónimo con el cual firmó un lector del periódico *Richmond Enquirer*. (N. de la T.)

¹²⁵ El discurso de Randolph en la Cámara de representantes de Virginia, pronunciado el 21 de enero de 1832, fue publicado como panfleto abolicionista y está archivado en la Biblioteca Pública de Nueva York. El discurso que dio Summers ante la misma cámara cuatro días antes fue publicado en el *Richmond Enquirer* el 2 de febrero de 1832. La postura de «Civis» apareció en el periódico del 4 de mayo, mientras que la respuesta a «Appomattox» apareció el 3 de marzo.

pobres ya habían olvidado los votos de sangre que habían hecho cuando surgió un destello de esperanza luego del incendio de Jamestown y cuando ese mismo destello se extinguió ante la inminente llegada de Grantham.

BIBLIOGRAFÍA

- Acts of the Privy Council of England, Colonial Series.
- Andrews, Charles M., ed. Narratives of The Insurrection, 1675-1690. New York, 1915.
- Aptheker, Herbert. American Negro Slave Revolts. New York, 1969.
- Bennett, Lerone, Jr. «The Road Not Taken», Ebony, vol. 25. No. 10, August, 1970.
Bennett, Lerone, Jr. The Shaping of Black America. Chicago, 1975.
- Ballagh, James C. A History of Slavery in Virginia. Baltimore, 1902. (Basic Afro-American Reprint Library, seleccionado por Clarence L. Nolte, 1968. Johnson Reprint Corp., Chicago).
- Ballagh, James C. White Servitude in the Colony of Virginia. Baltimore 1895. Burt Franklin reprint, New York, 1969.
- Bath Manuscripts, vol. LXXVII. (Henry Coventry Papers en Longleat). American Council of Learned Societies, British Manuscript Project, Biblioteca del Congreso.
- Billings, Warren M. «“Virginia's Deplored Condition”; 1660-1676, The Coming of Bacon's Rebellion». Tesis doctoral, University of Northern Illinois, June 1968.
- Breen, T. H. «A Changing Labor Force and Race Relations in Virginia, 1660-1710». Journal of Social History, 7 (Fall 1973), 3-25.

- Bruce, Phillip Alexander. *Economic History of Virginia in the Seventeenth Century*. 2 vols. New York, 1896.
- Calendar Of State Papers, Colonial Series: America and the West Indies, 1574-1733. 40 vols. London, 1862-1939.
- Carey, Henry C. *The Slave Trade, Domestic and Foreign*. Philadelphia, 1853.
- George M. Chalmers Collection. *Letters Relating to Virginia, I*. Biblioteca Pública de Nueva York.
- Cooper, Thomas, ed. *Statutes at Large of South Carolina*. Charleston, 1839.
- Curtin, Philip D. *The Atlantic Slave Trade-A Census*. Madison, Wisconsin, 1969.
- Eddis, William. *Letters From America, Historical And Descriptive, From 1769 to 1777, Inclusive*. (John Harvard Library Edition, Aubrey C. Land, ed.) Cambridge, Mass., 1969. Publicación original: London, 1792.
- Elliott, E. N., ed. *Cotton Is King and Pro-Slavery Arguments*. Augusta, Georgia, 1860. (Negro Universities Press, New York, 1969.)
- Fitzhugh, George. *Sociology of The South*. Richmond, Va., 1854.
- Genovese, Eugene D., ed. *The Slave Economy of the Old South*. Baton Rouge, La., 1968.
- Going, Charles Buxton. *David Wilmot: Free Soiler*. D. Appleton & Co., 1966.
- Gray, Lewis C., asistido por Thompson, Esther Katherine. *History Of Southern Agriculture, To 1860*. 2 vols. Washington, 1932.
- Hammond, J. H. «Letters on Slavery-No. 4». *De Bow's Review*, vol. 8, (old series), March 1850, p. 256.
- Hening, W. W. *Statutes-at-Large of Virginia*. 11 vols. Richmond, Va., 1799-1814.
- Henry, H. M. *Police Control Of The Slaves In South Carolina*. Emory, 1914.
- Historical Statistics Of The United States: Colonial Times To 1957*. Oficina del Censo perteneciente al Departamento de Comercio de los Estados Unidos. Washington, 1960.
- Jernegan, Marcus W. *Laboring And Dependent Classes In Colonial America, 1607-1783*. Chicago, 1931.
- Jordan, Winthrop D. «Modern Tensions and the Origins of American Slavery». *Journal Of Southern History*, vol. 28, no. 1 (February 1962), pp. 19-30.
- Jordan, Winthrop D. *White Over Black: American Attitudes Toward the Negro, 1550-1812*. Chapel Hill, N.C., 1968.
- Marx, Karl and Engels, Frederick. *The Civil War in the United States*. New York, 1937.
- Marx, Karl and Engels, Frederick. *Letters to Americans, 1848-1895*. International Publ., New York, 1953, 1969.
- McCormac, Eugene I. *White Servitude in Maryland, 1634-1820*. Johns Hopkins University Studies in Historical and Political Science. Baltimore, 1904.
- Morgan, Edmund S. «Slavery and Freedom: The American Paradox». *Journal of American History*, vol. 59, no.1 (June 1972), pp. 5-29.

- Morris, Richard B., ed. *Encyclopaedia of American History*. New York, 1953.
- Morris, Richard B. *Government and Labor In Early America*. New York, 1947.
- Morton, Richard L. *Colonial Virginia*. 2 vols. Chapel Hill, N.C., 1960.
- Nef, John Ulrich. *The Rise of the British Coal Industry*. 2 vols. London, 1932.
- Randolph, Thomas J. (de Albemarle). «The Speech of, in the Virginia House of Delegates, January 21, 1832». (Panfleto abolicionista que se encuentra en una colección de la Biblioteca Pública de Nueva York). *Journals of The Virginia House of Delegates*, December 5, 1831-March 23, 1832.
- Richmond Enquirer*, August 1831-May 1832. (Declaraciones textuales que se hicieron en la Cámara de representantes de Virginia).
- «Slavery in Modern Scotland». *Edinburgh Review*, vol. 189, 1899.
- Smith, A. E. *Colonists in Bondage: White Servitude Convict Labor in America, 1607-1776*. Chapel Hill, N.C., 1947.
- Smith, Warren B. *White Servitude in Colonial South Carolina*. Columbia, S.C., 1961.
- Stampp, Kenneth M. *The Peculiar Institution*. New York, 1956.
- Stock, Leo Francis, ed. *Proceedings and Debates of The British Parliament Respecting North America*. 5 vols. Washington, 1924.
- Washburn, Wilcomb E. *The Governor and the Rebel*. Chapel Hill, N.C., 1957.
- Wertenbaker, Thomas J. *The Planters of Colonial Virginia*. New York, 1959.
- Wish, Harvey, ed. *Ante-Bellum Writings of George Fitzhugh and Hinton Rowan Helper*. Boston, 1960.
- York Country Records, 1674-76*. Biblioteca Estatal de Virginia, Richmond.

8. Ken Lawrence *

El origen de la lucha de clases en el Sur

¿Cuántas personas saben cuál es el estado más sindicalizado de nuestro país? ¿Y el menos sindicalizado?

Las respuestas son que el estado más sindicalizado es Virginia Occidental y el menos sindicalizado es Carolina del Norte; Carolina del Sur la sigue con menos del dos por ciento.

Empiezo con esta observación porque quiero mostrarles un panorama de la clase trabajadora sureña un poquito diferente del que conocemos, que es el de los sureños como víctimas, los sureños como desamparados y demás. Creo que ese panorama es conveniente para los políticos y los empresarios liberales que tienen ciertos designios para el Sur: que la clase trabajadora esté al servicio de sus intereses y todo eso. Pero no creo que sea un panorama muy útil con respecto a las cuestiones decisivas para los trabajadores, con respecto a su capacidad de luchar y obtener lo que quieren. Creo que lo que es

* Traducción realizada como parte de la residencia de traducción del Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas “Juan Ramón Fernández”. Traductora: Paula Zabala, bajo la supervisión de la Prof. Elena Marengo. Original: Ken Lawrence, “The Roots of Class Struggle in the South”, artículo incluido en “White Supremacy in US History” de Ted Allen.

decisivo en el Sur —en el sentido que nos interesa— es el enorme desarrollo desigual.

Esa situación se ve reflejada en el hecho de que Virginia Occidental es el estado más sindicalizado del país y Carolina del Norte es el menos sindicalizado, y no hay tanta distancia entre uno y el otro. Y ambos pertenecen a la región sureña; la región en la que somos activos. Y —una y otra vez vamos a ver situaciones como estas— hay estratos avanzados de la clase trabajadora (avanzados en el sentido de que los trabajadores se han unido y han luchado juntos y han obtenido aquello por lo que luchaban) que coexisten con los estratos más oprimidos de la clase trabajadora blanca y negra de todo el país. Esa es la situación de los trabajadores en el Sur. Y lo que muestra el Sur —más que cualquier otra región del país— es una combinación realmente explosiva: por un lado, un ejemplo de desarrollo y, por el otro, una enorme necesidad de luchar y triunfar. Y eso, a su vez, sugiere el concepto de desarrollo combinado, lo que ocurre cuando los estratos más oprimidos son capaces de saltar etapas enteras de desarrollo y aparecer en escena con todos los recursos que los estratos más avanzados han logrado conseguir ya porque los estratos más oprimidos tienen ese ejemplo a la vista.

De todas maneras, no voy a referirme al panorama tradicional del Sur, en cuanto a lo pobre que es o algo por el estilo, sino a los momentos culminantes de la lucha que han impulsado a toda la clase trabajadora —no solo en el Sur, sino en todo el país— a dar un paso hacia adelante.

El uso de estadísticas

Quiero agregar otra nota preliminar: habitualmente, los estudios estadísticos — en gran medida sociológicos— son el ámbito en el que se empiezan a hacer estas observaciones. Desde el punto de vista histórico, son una guía excelente y vamos a darle mucho uso. Pero, en periodos como en el que estamos entrando hoy, las estadísticas son un instrumento menos útil, ya que no satisfacen nuestras necesidades inmediatas. Es decir, en 1955, si uno trataba de delinear un panorama estadístico de los trabajadores del Sur, el censo de 1950 era una aproximación bastante precisa de lo que ocurriría cinco años después y la situación en la que uno iba a estar. En cambio, en 1965, el censo de 1960 no habría sido servido tanto porque la realidad estaba cambiando con mayor rapidez, especialmente la urbanización y la mecanización de la agricultura; pero habría sido bastante aproximado aun así. Pero, hoy en día, en 1973, todo está cambiando tan rápidamente que el censo de 1970 ya es en gran medida obsoleto porque no brinda el tipo de información que necesitamos. Y, por esa razón, entre muchas otras, el panorama histórico, la vertiginosidad de los cambios y las similitudes con épocas pasadas son instrumentos más contundentes para poner al servicio de los trabajadores con el fin de que veamos dónde estamos hoy en comparación con épocas similares del pasado, hacia dónde vamos y cómo vamos a llegar allí. Esa es la verdadera finalidad de nuestra labor.

Quiero darles un ejemplo referido a este asunto de dónde estamos hoy porque me

sorprendí muchísimo cuando lo descubrí. Solo a modo de comparación, voy a tomar Misisipi, que es donde vivo, y voy a compararla con todo el país. Solamente alrededor del 7% de los trabajadores de Misisipi se dedican a la agricultura y ese porcentaje está disminuyendo rápidamente. Las siguientes estadísticas corresponden al empleo no agrícola de 1966. En Estados Unidos, la minería constituía el 1% del empleo no agrícola; en Misisipi, el 1,1%. Construcción civil: en Estados Unidos, constituía el 5,1%; en Misisipi, el 6,0%. Industria: en Estados Unidos, alcanzaba el 29,9%; en Misisipi, el 31,9%. Transporte y servicios públicos: en Estados Unidos, constituían el 6,5%; en Misisipi, el 5,2%. Comercio: en Estados Unidos, el 20,7%; en Misisipi, el 18,8%. Finanzas, seguros y bienes raíces: en Estados Unidos, constituían 4,8%; en Misisipi, el 3,4%. Servicios: en Estados Unidos, constituían el 15%; en Misisipi, el 11,6%. Empleados públicos: en Estados Unidos, constituían el 17,0%; en Misisipi, el 22%. Como pueden ver, ahora sí el país está por alcanzar a Misisipi.

Básicamente, ese es el panorama general. En todo el país, ya no existe la imagen del Sur que muchos de nosotros hemos tenido siempre; sobre todo, los lugares que tradicionalmente formaban parte del Sur rural y agrícola ya no son muy diferentes del resto del país industrial y sociológicamente. De nuevo, se puede decir que el panorama que estamos trazando—y las necesidades que tenemos— es muy actual; no es anticuado; la situación que nos toca vivir en el Sur, por lo menos en lo que concierne a la economía y la estructura

política, es tan avanzada como en casi cualquier lugar del país y, sin duda, tan avanzada como en el país en su totalidad.

Ahora bien, en esta charla, no voy a poder dar de manera exhaustiva todos los detalles que me parecen importantes en la historia del movimiento obrero del Sur. Voy a incluir algunos sucesos que considero muy importantes y que nos van a servir para presentar situaciones que son valiosas como precedentes del tipo de cuestiones a las que nos vamos a dedicar el resto del fin de semana, especialmente la cuestión de combatir el racismo y organizar a los trabajadores no organizados. Así que ojalá que nadie se sienta decepcionado si omito su huelga preferida o algo por el estilo. Mi intención no es ser exhaustivo. Se trata de una especie de introducción para los que están interesados en estudiar el tema.

En el Sur especialmente, es muy importante hacer una distinción entre la historia de los trabajadores y la historia de los sindicatos, a pesar de que la mayoría de los historiadores las presentan como si fueran una sola y la misma. No son la misma historia. Y el hecho de que los historiadores no suelen hacer esta distinción implica que casi toda la historia del movimiento obrero, tal y como aparece escrita, está bastante distorsionada. Vamos a ver ejemplos de esas distorsiones. Hoy en día, Ray Marshall, académico de la Universidad de Texas, es la autoridad reconocida en historia del movimiento obrero del Sur, después de haber publicado hace unos años un libro titulado *Labor in the South*, que es la obra más completa que se conoce sobre ese tema en los últimos años. Todo el mundo le hizo

los comentarios banales de siempre: que es un libro excepcional. Y, como es el único material que hay, no se lo cuestiona. El libro tiene mucha información buena y recomiendo que lo lean, pero con sumo cuidado.

Antes de la Guerra Civil estadounidense

Marshall dice que el primer sindicato del Sur fue el Sindicato de Tipógrafos de Nueva Orleans, fundado en 1810. Alrededor de 1863, el movimiento obrero del Sur estaba atrasado comparado con el del resto del país. En 1863, había solamente diez asambleas sindicales en ciudades de los Estados Unidos, una de las cuales estaba en Louisville, Kentucky, y el resto de las ciudades sureñas no tenía instituciones de ese tipo. De todas maneras, desde 1810 hasta la Guerra Civil, los sindicatos estaban dispersos, eran pequeños y débiles; pero eran cada vez más comunes y estaban desarrollándose y creciendo. Una de las primeras huelgas fue organizada por obreros de la fábrica de acero Tredegar, en Richmond, Virginia, donde doscientos obreros blancos hicieron huelga en 1847 cuando la empresa estaba por aumentar la mano de obra negra a más de seiscientos obreros. Doscientos obreros blancos hicieron huelga para impedirlo, pero fracasaron.

Y eso nos lleva al gran problema de estudiar la historia del movimiento obrero como historia de los sindicatos: la mayor parte de la mano de obra del Sur no estaba constituida por trabajadores blancos y libres, sino por esclavos africanos que

trabajaban en las plantaciones. Y a los esclavos no se les permitía formar sindicatos. Sin embargo, la huelga, que no era un instrumento muy poderoso en manos de los trabajadores blancos —a quienes podían amenazar con reemplazarlos por esclavos negros—, era un instrumento muy importante que los esclavos utilizaron con mucha eficacia. Durante los veinte o treinta años anteriores a la Guerra Civil, hubo huelgas de esclavos una y otra vez. Cuando hacían huelga, los esclavos exigían principalmente que se sustituyera el sistema de cuadrillas que trabajaban de sol a sol por el sistema de tareas. Por lo general, la huelga se hacía de la siguiente manera: todos los esclavos de una plantación determinada o de varias plantaciones se escapaban y se escondían en el bosque o los pantanos y mandaban a una persona a negociar con el capataz o amo para exigir que los esclavos tuvieran el sistema de tareas, que les permitiría ocuparse de su huerta, su familia y todo lo que quisieran hacer después de haber terminado las tareas diarias que tenían asignadas. Muy a menudo, conseguían lo que querían. El sistema de tareas ya era lo habitual cuando se produjo la Guerra Civil. Pero, por supuesto, esa militancia de la clase trabajadora no aparece en las historias de los sindicatos porque no fue organizada por sindicatos. Y, sin embargo, no me cabe la menor duda de que fue la lucha más importante —y, desde luego, la que tuvo más éxito— de los trabajadores del Sur en aquel entonces.

La Guerra Civil

Sobre el periodo siguiente, la época de la Guerra Civil y la posguerra, el libro de historia más importante —desde el punto de vista de los trabajadores— es *Black Reconstruction in America* de W. E. B. Du Bois. De hecho, cuando uno busca un libro de historia de los trabajadores del Sur de esa época, llama la atención que, prácticamente, no haya otra obra —y, desde ya, ninguna tan detallada y explícita— como la de Du Bois. Empieza así: el primer capítulo se titula “El trabajador negro”. El segundo capítulo es “El trabajador blanco”. El tercer capítulo es “El plantador”. El cuarto es “La huelga general”. Y pareciera que él habla nuestro idioma: nos cuenta qué ocurría en esa época, que es lo que nos interesa. A muy pocos de nosotros, que yo sepa, nos enseñaron en la escuela a ver la Guerra Civil como una huelga general de los trabajadores. Y esa huelga ganó la guerra. Du Bois no solamente lo dice, sino que también lo demuestra y concluye su argumento con una declaración de Abraham Lincoln que confirma que lo que dice es cierto. Según Du Bois, fue el trabajador negro —cimiento de un sistema económico nuevo en el siglo XIX y el mundo moderno— el que causó la Guerra Civil en Estados Unidos.

El punto es que, hasta la década de 1850, los gobernantes del Norte y los del Sur hicieron todo lo posible para establecer un pacto que evitara un conflicto armado entre ellos. El único grupo que no estaba dispuesto a ceder, que seguiría luchando por su libertad constantemente, más allá de todo pacto, eran los esclavos negros. Y así lo hicieron.

En consecuencia, ningún arreglo sirvió y se produjo la Guerra Civil. Y el razonamiento de Du Bois no termina allí. Dice que la grave situación de los trabajadores blancos en todo el mundo tiene elementos en común con la esclavitud de los negros en Estados Unidos. Es una afirmación notable que me indica —y la tomo con seriedad— que para entender los problemas de los trabajadores blancos, no solamente en la época de la Guerra Civil, sino también en el mundo actual, es necesario entender la esclavitud de los negros en Estados Unidos.

Recomiendo que lean *Black Reconstruction in America* como punto de partida. No solamente va a brindarles mucha información, sino que también sugiere una manera de leer otros materiales que no presentan la información tal como la necesitamos, y les permite ver aspectos que, de lo contrario, no verían. Según Du Bois, el Sur perdió la Guerra Civil por su debilidad económica, porque «toda la clase obrera, negra y blanca, llevó a cabo una rebelión de carácter económico». En el cuarto capítulo, titulado “La huelga general”, Du Bois incluye una nota introductoria. En ella, describe la huelga general con estas palabras:

Cómo la Guerra Civil implicó la emancipación y cómo el obrero negro ganó la guerra mediante una huelga general por la que la mano de obra negra pasó de ser propiedad del plantador de la Confederación a estar al servicio del invasor del Norte, en las filas de cuyo ejército los obreros empezaron a organizarse como una fuerza nueva.

Es una observación notable y el capítulo es notable también. Y si alguna vez hubo una prueba del papel central que tuvieron los trabajadores negros en todo el desarrollo de la clase obrera de Estados Unidos, la descripción de Du Bois constituye la prueba absoluta. Según él, medio millón de esclavos negros dejó de trabajar para los amos de las plantaciones sureñas, y eso marcó el fin del Sur. Poco tiempo después de la huelga general de los negros, los blancos pobres del Sur llevaron a cabo una rebelión generalizada contra la Confederación. Du Bois señala que, en tan solo un año, 1864, cien mil blancos pobres desertaron de los ejércitos confederados.

Coincido con Du Bois en que la Guerra Civil fue la agitación de trabajadores más importante en la historia de Estados Unidos, a pesar de que la historia oficial del movimiento obrero no la presente de esa manera. Esa revolución [sic] tuvo tanto éxito en la creación de alianzas y de unidad entre los blancos y los negros después de la Guerra Civil, que la clase de los plantadores se vio obligada a poner en práctica los denominados *Black Codes*¹²⁶ con el fin de restablecer el dominio sobre los trabajadores. Resulta interesante saber a quiénes les temían los plantadores cuando pusieron en práctica los *Black Codes*. Du Bois cita la ley de Misisipi: «que todos los libertos negros y mulatos libres de este estado, que sean mayores de dieciocho años, que no tengan al segundo lunes de enero de 1866, o a partir de esa fecha, una

¹²⁶ Se denomina así al conjunto de instrumentos jurídicos (leyes y disposiciones diversas) que se aprobaron en los estados derrotados en la Guerra Civil, con el objeto de garantizar la sujeción política y laboral de la población negra recién emancipada. [N. de la T.]

ocupación o actividad legal, o que se reúnan ilegalmente, ya sea durante el día o la noche, y que todos los blancos que se reúnan con libertos, negros o mulatos libres, en condiciones de igualdad, o que cometan adulterio o fornicen con una liberta, con una negra o mulata libre, serán considerados vagabundos y condenados a pagar una multa no mayor de 50 dólares en el caso de un liberto, un negro o mulato libre, y una suma no mayor de 200 dólares en el caso de un blanco, y serán encarcelados según el criterio del tribunal; el negro libre, durante un plazo no mayor de diez días y el blanco, durante un plazo no mayor de seis meses». Ahora bien, creo que es notable que los gobernantes de Misisipi —mientras aprobaban códigos racistas que regulaban la vida de los negros— decidieran que había que castigar con mayor dureza a los blancos que se reunieran con negros: tal reunión era sin duda la mayor amenaza para ellos; por lo tanto, la prohibieron.

Cómo leer la historia del movimiento obrero

Quiero mostrarles uno de los problemas que surgen de lo que dicen las personas que creen que escriben historia objetiva y, en realidad, no lo hacen. Solamente con los hechos que acabamos de ver que ocurrieron hasta la época de la Guerra Civil y un poco después, creo que queda bastante claro que las personas que estaban al frente de la lucha fueron siempre los esclavos negros y, posteriormente, los libertos. Durante mucho tiempo, el mayor obstáculo para los negros fue el hecho de que la clase de los

plantadores manipulaba de una manera o de otra a los blancos pobres para que actuaran como agentes de la opresión y todo eso. Y, sin embargo, en la historia del movimiento obrero que escribió Marshall, en la página cuatro, él dice: «la presencia del negro reduce los salarios, reduce el nivel de pericia, limita el poder adquisitivo, desvía la atención de los trabajadores blancos del carácter económico de la cuestión de la raza y permite que haya una oferta enorme de trabajadores industriales». Teniendo en cuenta todo lo que he comentado hasta aquí, yo hubiera esperado que todo historiador que se refiriera a estos acontecimientos con cierta objetividad hubiera escrito, en cambio: «la presencia de los blancos reduce los salarios, reduce el nivel de pericia, limita el poder adquisitivo», etcétera, porque, de hecho, eso es lo que pasó generalmente durante los primeros cien años de desarrollo capitalista en el Sur.

El periodo de la Reconstrucción

Después de la Guerra Civil, hubo diversas maneras de organizar a los trabajadores. El primer intento de nivel nacional fue la National Labor Union [Unión Nacional de Trabajadores], organizada por un hombre llamado William Sylvis, que —a pesar de que era racista— consideró fundamental fomentar la unidad de los trabajadores negros y blancos. En 1868, Sylvis recorrió el Sur con esa intención. Sin embargo, muy pronto, la National Labor Union, se mostró vacilante al respecto a pesar de que Sylvis, Frederick Douglass y todos los dirigentes negros más importantes del país hicieron

un llamamiento a la unidad. La unión no adoptó una postura clara con respecto a una política completamente abierta para todos los trabajadores y desapareció de la escena en poco tiempo.

Durante el mismo periodo, ocurrió un acontecimiento muy interesante en el Sur. En 1868, en Pensacola, Florida, los estibadores, que eran negros en su mayoría, formaron la Asociación de Trabajadores de Pensacola y se declararon en huelga ese mismo año. En muy poco tiempo, cuando ya estaban organizados, tuvieron que enfrentar un problema de otra índole. En esa época, Florida era el centro maderero del Sur y, durante muchos años, los obreros forestales de Canadá iban a Florida a cortar madera en el invierno. Durante el invierno de 1873, la tensión en la competencia por el trabajo —debida a una recesión general— aumentó hasta tal punto que estalló el conflicto. Los canadienses, que habían ido a Pensacola a cortar madera, trataron de robar los puestos de trabajo a los negros: los de estibadores en el puerto. Por lo tanto, los miembros de la Asociación de Trabajadores de Pensacola se armaron y protegieron su trabajo. Entonces, el gobierno británico solicitó al gobierno estadounidense que protegiera a los ciudadanos británicos de Pensacola de las “hordas violentas de personas de color”. El gobierno de Estados Unidos estaba a favor del gobierno británico, pero no podía eliminar el sindicato y, de hecho, los trabajadores no permitieron que los canadienses se adueñaran de los puestos de trabajo. Las autoridades de Pensacola y el gobierno de Florida estaban a favor de los canadienses porque eran blancos, pero, en

realidad, no intervinieron para destruir al sindicato, por lo que este último logró su objetivo. De hecho, el sindicato era bastante popular en Pensacola y tenía tanto apoyo que en la sesión siguiente de la legislatura de Florida, los legisladores protegieron al sindicato otorgando licencias a los estibadores y fijando el requisito de seis meses de residencia en Florida antes de que una persona pudiera obtener esa licencia. Como pueden ver, ya en esa época, un sindicato en el que la mayoría eran negros luchó desde 1868 hasta 1873, no cedió y obtuvo casi todo aquello por lo que luchaba realmente.

En 1877, con posterioridad al acuerdo que firmaron Hayes y Tilden¹²⁷ —que establecía la retirada de las tropas enviadas a los estados del Sur como parte del plan de Reconstrucción (eran los últimos vestigios del ejército; ya no quedaban muchas tropas)—, tuvo lugar otro fenómeno que me parece importante: la violencia proletaria de masas se propagó por todo el país. De hecho, hay un libro escrito por Robert V. Bruce que se titula *1877: Year of Violence*, en el que el autor describe lo que ocurrió. Curiosamente, los que comenzaron la huelga fueron los trabajadores ferroviarios negros y blancos de Martinsburg, Virginia Occidental. Dado que no se les pagaba a las tropas del ejército —según lo dispuesto por el Acuerdo de 1877— y, por ende, no era

¹²⁷ En 1877, con el acuerdo entre Hayes y Tilden (candidatos a la presidencia en las elecciones de 1876, cuyo resultado causó una enorme controversia) se inició el fin de la etapa de Reconstrucción. El acuerdo establecía, entre otras cosas, la retirada de las tropas federales de los estados del Sur. En consecuencia, la clase dominante sureña recuperó su autonomía política y los afroamericanos quedaron sin ningún tipo de protección. [N. de la T.]

posible convocarlas para romper huelgas como se solía hacer hasta ese momento, la huelga se extendió por las líneas ferroviarias que cubrían todo el país, y le dio una gran lección a la clase dominante. Probablemente, fue la huelga de nivel nacional más grande que hubo en Estados Unidos.

Los Caballeros del Trabajo

Otra organización obrera fue los Caballeros del Trabajo [Knights of Labor], creada en 1869, aunque no llegó al Sur en esa época. El éxito de los Caballeros del Trabajo es un ejemplo muy aleccionador para las personas a las que les inculcaron que los trabajadores sureños son, de alguna manera, antisindicalistas por naturaleza, que es una teoría sugerida habitualmente.

Estas son las cifras: los Caballeros del Trabajo llegaron al Sur por primera vez en 1879. En el primer año, el movimiento estaba conformado por 475 miembros. Al año siguiente, la organización tenía 1855 miembros. En el primer año, había seis filiales; en el segundo, veintiocho. Hacia 1886, que fue el año de apogeo de los Caballeros del Trabajo a escala nacional, había en los estados sureños 21.208 afiliados en 487 filiales. Como pueden ver, ese Sur contrario a la sindicalización del que nos hablan tanto siempre, en siete años, pasó de tener 475 trabajadores sindicalizados a tener más de 20.000.

Claude Williams: ¿Eran blancos?

No, no. Oficial y sistemáticamente, los Caballeros del Trabajo estaban muy organizados sin que hubiera discriminación alguna. No solo estaban organizados desde la perspectiva de las cuestiones raciales, sino que también estaban organizados en las industrias. Ese último nivel de organización no se volvió a ver —después de la desaparición del movimiento— hasta que apareció el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO). Pero los Caballeros del Trabajo sí discriminaban a algunos grupos. Según su estatuto, los abogados, políticos, médicos y vendedores de ron, no podían formar parte del movimiento, pero —salvo esas excepciones— incluían a todos, tanto blancos como negros. Sin embargo, me llama la atención que muchos escritores han comentado que los Caballeros estaban segregados en algunos lugares; a pesar de que la agrupación organizaba a todos; supuestamente, los organizaban en filiales segregadas. Jan y yo hemos estado investigando mucho a los Caballeros del sur de Misisipi, que eran casi todos negros de la industria maderera, además de los trabajadores de aserraderos, etcétera. Creo que el motivo por el que se tiene la impresión de que el movimiento era segregacionista no es el racismo de los Caballeros del Trabajo, sino el racismo de los periodistas y editores de diarios que escribían sobre los Caballeros y que los historiadores leyeron.

Claude Williams: Ese es un punto muy importante.

Por ejemplo, existe el caso de un periodista que, en un artículo para un diario de

Misisipi, un diario de Pascagoula, describía una reunión de los Caballeros del Trabajo y se refería al presidente de la filial. Y, como el presidente de la filial era negro, el periodista decía en el artículo: «Fulano de Tal, presidente de la sección negra», ya que para él era inconcebible que hubiera en el Sur un sindicato unificado que no discriminara por raza. Porque no había ninguna otra entidad que fuera interétnica en esa época. De hecho, muchos años después, en 1946, en la revista *Fortune*, se publicó un artículo extenso sobre los trabajadores del Sur, titulado “Los trabajadores a la vanguardia del Sur”, cuando comenzó la Operación Dixie¹²⁸. Una de las cuestiones que el autor del artículo menciona es que en ese entonces, y desde el fin de la Primera Guerra Mundial, los sindicatos eran la única institución de todo el Sur en la que los blancos y los negros se reunían en condiciones de igualdad, si es que lo hacían. Y, sin embargo, *nuestros amigos liberales* nos dicen a menudo que los trabajadores son las personas más racistas de todas. Pero esa es una afirmación que deberíamos revisar.

Los Caballeros del Trabajo organizaron huelgas en todo el Sur durante el último tercio del siglo XIX: en las minas de carbón de Alabama y Tennessee, en las hilanderías de algodón de Georgia y Alabama, huelgas de trabajadores azucareros en Luisiana, de

trabajadores del sector maderero en Luisiana y Misisipi. Los Caballeros no eran un mero sindicato. También organizaban cooperativas, cooperativas de productores. Tenían una cooperativa tabacalera en Raleigh, Carolina del Norte; una mina de carbón cooperativa en Mercer, Kentucky; una desmotadora de algodón cooperativa constituida por negros en Stewart’s Station, Alabama; una fábrica textil cooperativa en Morgan City, Luisiana, y cooperativas de consumo creadas para luchar contra los almacenes de ramos generales que pertenecían a las grandes empresas en Pittsburgh, Kentucky; Nueva Iberia, Luisiana; Pulaski City, Virginia, y otros lugares de los que no pude averiguar detalles todavía. Además, los Caballeros del Trabajo entraron en la escena política y consiguieron que muchas personas que ellos apoyaban ocuparan cargos públicos. En 1877, un candidato del movimiento fue elegido representante al Congreso y once de quince concejales del municipio de Lynchburg, Virginia, fueron también elegidos por la agrupación. Los Caballeros eligieron a una mayoría de los integrantes del municipio y el condado de Macon, Georgia. También eligieron a un concejal en Statesville, Carolina del Norte, y a varios funcionarios municipales en Mobile. Al año siguiente, eligieron al alcalde de Jacksonville, Florida, y al de Vicksburg, Misisipi. Y, en Anniston, Alabama, eligieron a un carpintero de alcalde y a dos herreros, un obrero ladrillero, un carnicero, un

¹²⁸ La Operación Dixie fue una campaña impulsada por el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) en 1946. Tenía como objetivo sindicalizar a los trabajadores industriales de los estados sureños y mejorar los salarios de los trabajadores del Sur, ya que eran más bajos que los de los trabajadores del Norte. Sin embargo, fracasó, sobre todo, por la vigencia de las leyes de segregación racial y los problemas que había entre los blancos y los negros en el Sur. [N. de la T.]

relojero, un agente inmobiliario y un zapatero para que fueran concejales.*

Después de 1886, en casi todo el país, los Caballeros del Trabajo entraron en decadencia porque se descubrió que la dirigencia de la agrupación, específicamente el presidente, Terrence Powderly, trabajaba en secreto para sabotear el movimiento que luchaba por la jornada de ocho horas. Parece que esa noticia no llegó al Sur con la rapidez con que llegó al resto del país; por lo tanto, los Caballeros del Trabajo continuaron organizando actividades militantes incluso hasta principios del siglo XX. Pero, en general, el movimiento entró en decadencia a partir de 1886 y no llegó a mucho más después de esa época.

La Federación Estadounidense de Trabajadores (AFL)

En casi todos los ámbitos, el lugar de los Caballeros del Trabajo fue ocupado por la Federación Estadounidense de Trabajadores (American Federation of Labor, AFL), encabezada por Samuel Gompers, lo que constituyó un claro retroceso en varios sentidos. En primer lugar, los Caballeros habían modificado su proyecto inicial para promover la causa de los trabajadores en el ámbito político, mientras que la AFL rechazaba la política como método para el progreso de los trabajadores. Además, la AFL se oponía a la posibilidad de organizar a todos los

trabajadores en condiciones de igualdad y, en cambio, solamente organizaba a los oficios de a uno en sindicatos distintos, que, por lo general, estaban enemistados entre sí, etcétera. Al principio, la AFL era antirracista oficial y rigurosamente. Pero eso fue lo primero que cambiaron y, ya en 1895, la AFL había admitido a la Asociación Internacional de Operarios de Maquinarias, cuyo estatuto incluía una cláusula racista, y en 1900, el racismo se había acentuado tanto que, en resoluciones oficiales de la AFL, se autorizaba a la junta directiva a segregar y discriminar cuando lo considerara ventajoso. Llegado 1918, la AFL no estaba ni siquiera dispuesta a organizar a los negros de ninguna manera. Pero, incluso en esa época, llama la atención que esta tendencia fuera más frecuente en el Norte, hasta tal punto que Frederick Douglass convenció a los trabajadores negros para que volvieran al Sur porque había oficios calificados a los que ellos podían acceder allí y no en el Norte. Lo que me parece interesante es que, a pesar de que el racismo fue impuesto poco a poco, las personas que dirigían el país tuvieron más dificultad para imponerlo en el Sur. Como pueden ver, ese no es el panorama tradicional que nos presentan habitualmente.

En 1892, hubo una huelga general de blancos y negros en Nueva Orleans que, según creo, fue fundamental para sentar las bases de muchos de los acontecimientos que iban a ocurrir después. Jeremy Brecher comenta en su libro *Strike!* que la huelga general de Nueva Orleans puso de manifiesto una solidaridad extraordinaria entre todas las razas y clases de

* En las versiones anteriores de este texto, hay cifras erróneas del número de miembros de los Caballeros del Trabajo en el Sur.

trabajadores. Y agrega que sirvió para allanar el camino hacia la huelga nacional que tuvo lugar dos años después, en 1894.

La huelga de mineros de Alabama de 1894

Hace poco, apareció un libro titulado *Labor Revolt in Alabama*, escrito por Robert D. Ward y William W. Rogers, que describe la gran huelga de 1894. Me gustaría ahondar un poco en este tema. El libro es interesante. Casi sin darse cuenta, los autores cuentan la historia de cómo el racismo fue impuesto poco a poco a los trabajadores blancos y negros de Alabama. No han tenido la intención de contar esa historia y creo que ni siquiera se dan cuenta de que lo hicieron. Pero aportan todas las pruebas, y vale la pena leer el libro desde esa perspectiva. El libro es extraordinario, siempre y cuando uno no espere que los autores sean demasiado sutiles; el hecho de que el libro es rico en detalles hace que su lectura no tenga desperdicio.

En 1889, el 46,2% de los mineros del carbón en Alabama eran negros. Creo que esa cifra es impresionante. Por lo tanto, quiero comparar ese dato del libro con la manera en que los autores interpretan la influencia que tuvo en la huelga. Los autores de *Labor Revolt in Alabama* hacen el siguiente comentario sobre los trabajadores negros: «si bien no superaban en número a los blancos, constituían un obstáculo para el movimiento obrero y una fuerza rompehuelgas que estaba siempre a disposición de la patronal». Sin embargo, el libro mismo demuestra que eso no es

verdad. Si bien es cierto que los blancos superaban levemente en número a los negros, fueron los blancos los que constituyeron un obstáculo para el movimiento obrero y, a la larga, lo dividieron.

Las primeras huelgas en las minas de Alabama —que tuvieron lugar en los cinco condados donde están situadas las minas de carbón; es una historia notable— ocurrieron en 1879 y 1880, y los rompehuelgas fueron trabajadores convictos. Por lo tanto, una de las primeras demandas de los mineros de Alabama fue que se aboliera el trabajo de los convictos, y esa era una de las exigencias por la que los mineros lucharon constantemente, una y otra vez.

Las huelgas continuaron hasta 1893; en esa época, la situación económica de la minería en su totalidad se estaba agravando «porque la mayor parte del carbón se utilizaba para producir hierro, y la actividad de la industria siderúrgica estaba en descenso», porque el país estaba entrando en recesión. En consecuencia, las empresas más importantes, encabezadas por la compañía minera Tennessee, recortaron los salarios. En esa época, se formó el Sindicato de Mineros Unidos de Alabama, que no hay que confundir con la Asociación de Mineros Unidos de Estados Unidos porque no es la misma organización. Los mineros de Alabama realizaron una asamblea que abarcaba todo el estado en la que acordaron ciertas demandas. Dijeron que aceptarían un recorte salarial del 10% siempre y cuando se cumplieran las siguientes exigencias: que todo el carbón fuera pesado

antes de ser descargado; que los trabajadores eligieran en cada mina a un minero que controlara el peso del carbón extraído; que les redujeran el monto del alquiler, el precio de los artículos de almacén, las compras de insumos de minería y los costos médicos.

Al principio, la táctica de la empresa Tennessee consistió en tratar de negociar con los mineros negros y los mineros blancos por separado. Pero los negros, a quienes convocaron primero, les avisaron a los blancos y los invitaron a la reunión. La empresa estaba furiosa y no se llegó a ningún acuerdo en las negociaciones. Cuando el recorte salarial entró en vigor, el Sindicato de Mineros Unidos de Alabama acordó realizar una huelga el 14 de abril de 1894. Y la huelga se propagó de inmediato a los cinco condados donde están las minas de carbón. En el primer día, había alrededor de 6.000 personas en huelga y esa cifra aumentó a casi 9.000. El vicepresidente de la empresa tenía un sistema para romper huelgas (él fue personalmente para intervenir) al que denominaba “división” de los trabajadores. Según él, si conseguía dividir a los trabajadores, sería más fácil manejarlos. Y su estrategia consistió en importar trabajadores negros. No consiguió que ningún minero negro de Alabama fuera “carnero”, pero supuso que podría dividir a los trabajadores si traía “carneros” negros de otras ciudades, y los trajo desde Kansas hasta Birmingham para que trabajaran en las minas.

Es interesante ver qué estaba escrito en las pancartas de los huelguistas de esa época, ya que lo que se informaba continuamente

en los diarios era que había huelguistas blancos y rompeshuelgas negros. En algunas de las pancartas, se leía: «Que se vayan los convictos», «Unidos venceremos», «Los mineros de color de Alabama apoyamos a nuestros hermanos blancos». El 23 de abril, transcurrida la primera semana de la huelga, hubo una manifestación de 4.000 mineros en Birmingham, de los cuales la mitad eran negros. Y, en un diario en el que había un artículo sobre la huelga, el periodista se quejaba de lo obstinados y unidos que eran los mineros negros, «que parecían estar tan decididos a alcanzar su objetivo como los blancos».

El 16 de mayo, mataron a un rompeshuelgas negro mientras reclutaba “carneros”. Y, curiosamente, acusaron a tres personas del asesinato: dos blancos y un negro. Diez días después, el gobernador llamó a las tropas del ejército y se desencadenó la guerra.

En el primer día en que llamaron a las tropas, el comandante se enteró de que uno de los grupos de la Guardia Nacional convocado en Birmingham estaba sindicalizado; por lo tanto, enseguida lo sustituyeron por tropas procedentes de otras partes de Alabama.

Los trabajadores se mantuvieron firmes. El 18 de junio, hubo una reunión en Adamsville, a la que concurrieron 800 mineros blancos y 300 mineros negros para ratificar el apoyo a la huelga. En una de las mociones de la reunión, se agradeció a «nuestros hermanos de color por mantenerse firmes ante los intentos por dividirlos». Los mineros entendían lo que estaba pasando. Y, en esa época, la campaña política empezó a adquirir virulencia, la

campaña para elegir gobernador y legisladores, digo. Había varios mineros que se postulaban como candidatos para la legislatura; un candidato que tenía el apoyo de los populistas y los demócratas de Jefferson contaba también con el apoyo de los huelguistas.

Finalmente, la huelga concluyó cuando se llegó a un acuerdo y, como pasa siempre, en todas las huelgas que he visto en mi vida, los trabajadores (al igual que las empresas) exigen más de lo que esperan obtener con el fin de obtener parte de lo que exigen. Sin embargo, cuando los trabajadores no obtienen todo lo que piden, los autores de *Labor Revolt in Alabama* (al igual que casi todos los historiadores del movimiento obrero) describen la huelga como un fracaso. En realidad, creo que la huelga no fue un fracaso en absoluto. Por ejemplo, el salario que obtuvieron los trabajadores estaba entre el monto que ellos habían exigido y el que la empresa había ofrecido. Se redujo el precio de la pólvora para minas, que era un tema importante. No les concedieron nuevos controladores de la cantidad de carbón extraído, pero los que la empresa había querido echar mantuvieron sus puestos de trabajo. Se redujeron en un 10% los alquileres de las casas que proveía la empresa. Y no hubo discriminación al momento de volver a contratar a los huelguistas y los que encabezaron la huelga. Así fue cómo terminó esa huelga.

Si uno lee la mayoría de los libros de historia tradicional del movimiento obrero, lo que uno encuentra sobre lo que ocurría en esa época no es la huelga de Alabama, por más interesante y grande que fuera, y

unificada desde la perspectiva de las razas, a pesar de todos los obstáculos. Pero uno puede leer mucho, en cambio, sobre la huelga de los trabajadores de Pullman, que fue organizada por la Asociación Estadounidense de Trabajadores Ferroviarios —que solo admitía blancos—, dirigida por Eugene Debs. Sin embargo, la huelga de Alabama nos presenta, sin duda, un panorama de los tipos de luchas que tenían que afrontar los trabajadores que es mucho más completo que todo lo que he leído sobre la huelga de los trabajadores de Pullman. Pero esta última es la que se hizo famosa.

Que yo sepa, la huelga de los mineros de Alabama fue la última lucha importante que surgió de la filosofía de los Caballeros del Trabajo, según la cual se organizaba a todos los trabajadores de la industria sin discriminar. El resultado —desde la perspectiva del movimiento obrero— fue que la formación de la AFL eclipsó todo ese periodo de la historia de los trabajadores: el racismo quedó incorporado en los sindicatos.

9. David Ranney y Noel Ignatin *

El supremacismo blanco en Estados Unidos: Implicaciones para un programa político

ABSTRACT

La siguiente es una versión editada de las palabras que pronunció el autor en una reunión de los líderes del New American Movement¹²⁹ realizada el 3 de enero de 1976 en Pittsburgh. Todos los argumentos en contra de la posición de la STO¹³⁰ a los que se hace referencia en el texto fueron hechos por miembros del NAM. En esta edición, se han eliminado las referencias a las personas que participaron porque no contamos con textos escritos que expongan sus respectivas posiciones. Los “comentarios

* Traducción realizada como parte de la residencia de traducción del Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas “Juan Ramón Fernández”. Traductora: Claudia Rocío Fernández, bajo la supervisión de la Prof. Elena Marengo. Original: Ranney, D. e Ignatin, N. (1976) «White Supremacy: Implications for Political Program», en <http://www.sojournertruth.net/uafws.pdf>.

¹²⁹El New American Movement fue una organización política socialista y feminista de la Nueva Izquierda, fundada en 1971. [N. de la T.]

¹³⁰ Sojourner Truth Organization es una agrupación comunista con sede en Chicago, que lleva el nombre de la esclava negra Sojourner Truth, quien logró huir a Canadá en 1826 y desde allí trabajó por la abolición de la esclavitud y por los derechos de las mujeres. [N. de la T.]

ampliados” de Noel Ignatin hacen referencia al debate posterior a la exposición de Ranney

Comenzaré mis observaciones describiendo algunas de las implicaciones prácticas de la posición que represento y luego continuaré desarrollando la teoría sobre la que se apoyan.

Nuestro trabajo político debería tener dos orientaciones. Por un lado, todas nuestras actividades deberían enfatizar la igualdad de las razas. No puede haber concesiones en este punto. Cualquiera fuere el objeto de nuestro trabajo –la economía, los servicios, el desempleo, la educación, las tácticas sindicales en el lugar de trabajo– deberíamos señalar todas las áreas donde existan desigualdades a causa del color de piel y hacer que la lucha contra esas desigualdades sea el principal componente de nuestro programa. En ningún caso deberíamos evitar un tema porque es problemático para los trabajadores blancos. En ningún caso deberíamos hacer concesiones sobre cuestiones de importancia para los trabajadores negros, latinos o amerindios de Estados Unidos por temor a que “dividan la clase”. La realidad es que la clase está dividida y que luchar por temas raciales es un paso necesario para lograr la verdadera unidad.

Por otra parte, debemos cumplir un papel con respecto a las organizaciones de personas provenientes de países del Tercer Mundo. Debemos concebir que ese papel consiste en aceptar sus directivas en las cuestiones de raza: esa es nuestra posición

política y debemos explicarla a los trabajadores blancos. Esto significa que tenemos que abordar nuestra labor organizativa poniendo la igualdad como tema central. También significa que debemos generar entre los trabajadores blancos el apoyo necesario para que podamos explicar por qué la igualdad es beneficiosa para la clase en su totalidad.

Algunos de ustedes, los que han argumentado que esta posición no tiene implicaciones tácticas originales, simplemente tienen los ojos cerrados y no ven las prácticas del NAM ni las prácticas de gran parte de la izquierda blanca. Llevar a cabo el programa que implica nuestra posición política con respecto a la supremacía blanca significa que debe haber un cambio de énfasis en el tipo de organización que promueve el NAM. Significa un énfasis programático general en combatir la supremacía blanca en todas sus formas. Y ese énfasis no solo va a afectar el contenido de los programas, sino la manera en que se gasta el dinero y los puntos que destacamos al construir filiales, y va a generar más esfuerzos conscientes para apoyar a los grupos integrados por trabajadores que no son blancos y para trabajar con ellos.

La posición teórica en la que se apoyan estas consideraciones prácticas se puede resumir brevemente de la siguiente manera. El impedimento fundamental para la lucha de clases y el desarrollo de una conciencia revolucionaria es la supremacía blanca. La forma material del supremacismo blanco se concreta en la posición privilegiada que tienen los trabajadores blancos con respecto a los trabajadores que no lo son; mientras

que el racismo es su forma ideológica: el conjunto de actitudes de los trabajadores blancos que protege y justifica su estatus relativamente privilegiado. Tenemos que destruir la forma material para eliminar la ideología racista y unificar la clase. Por ende, la demanda principal de nuestro programa debe ser la de igualdad: eliminar el estatus relativamente privilegiado de los blancos en cuanto a trabajo, ingresos, salud, vivienda, políticas discriminatorias de antigüedad en el trabajo, etcétera.

Muchos de ustedes han subrayado que la “contradicción fundamental” en la sociedad es la que existe entre la burguesía y el proletariado. Nos han acusado de “poner el marxismo patas arriba” por poner el foco estratégico en las contradicciones internas de la clase obrera. Sin embargo, esa idea es falsa. Antes que nada, el marxismo no debería utilizar la expresión “contradicción fundamental” de manera tan estática. Marx observó que la lucha de clases es una manifestación de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Nosotros sostenemos que el supremacismo blanco es un aspecto particular de la lucha de clases y que la lucha contra él es un aspecto crucial de la lucha de clases misma. Si estamos de acuerdo en que el supremacismo blanco inhibe la capacidad que tiene la clase obrera para luchar contra la burguesía, entonces la lucha contra ese supremacismo es la lucha de clases. No se puede separar una cosa de la otra.

Nuestra posición tiene como fundamento un análisis histórico de la lucha de clases en los Estados Unidos y un análisis contemporáneo de dónde se encuentra esa lucha en la

actualidad. Es un análisis que demuestra que la supremacía blanca comenzó con la categorización de los negros como esclavos de por vida en respuesta al surgimiento del proletariado en el Sur. También demuestra que a los movimientos proletarios liderados por negros se respondió con la represión más hostil y con la ampliación simultánea de los privilegios para los blancos. Claramente, no es una teoría de etapas, como dijeron algunos de ustedes, porque muestra que cada golpe contra el supremacismo blanco es un golpe contra la clase dominante.

Filosóficamente, nuestra posición ³⁵ fundamenta en la visión dialéctica de que las cosas se desenvuelven por obra de sus contradicciones internas. Por ende, el desarrollo revolucionario de la clase obrera se generará al poner en juego sus contradicciones internas, y la raza es una contradicción crítica dentro de la clase obrera. Lenin argumentó que la tarea de los revolucionarios no es luchar contra las ideas burguesas en sí, sino luchar contra ellas tal como se difunden en el seno del proletariado. Y eso es lo que proponemos hacer.

Un punto filosófico final se relaciona con las críticas que dicen que nuestra posición representa un punto de vista pequeño burgués porque se apoya en la transformación personal. Esas críticas representan una gran distorsión de nuestra posición. Lo que nosotros buscamos es una transformación de clase en la que la clase obrera en su totalidad determine, en el curso de la lucha, que su emancipación de las garras del capitalismo no se puede construir a partir de la supremacía blanca. Marx llegó a esa misma conclusión con respecto a la

esclavitud en los Estados Unidos y Lenin utilizó el término “privilegio” por primera vez para señalar una cuestión similar con respecto a la relación entre los rusos y sus grupos nacionales. Nosotros no apoyamos la idea de exhortar individualmente a los trabajadores blancos para que abandonen su estatus privilegiado, pero propugnamos una lucha vigorosa contra la clase dominante, que tenga la igualdad en primer plano, y proponemos articular las lecciones que obtengamos de esa lucha.

Quienes se opusieron a nuestra posición argumentaron que la unidad de la clase se puede construir mejor determinando las cuestiones en que los trabajadores blancos y los negros puedan aliarse, y evitando otras donde no se puedan unir. Una visión similar que he escuchado es que deberíamos desarrollar nuestro programa poniendo énfasis en la construcción de relaciones con los trabajadores blancos, aun cuando tuviéramos que quitar énfasis a temas raciales delicados o hacer concesiones en áreas como los criterios segregacionistas de antigüedad en el trabajo o la segregación en el transporte público.

Se puede demostrar históricamente la falta de sustento que tienen estas ideas. Mientras haya desigualdad, la gente originaria de países del Tercer Mundo se va a unir y va a enfrentar el supremacismo blanco, y los blancos van a reaccionar, lo que elimina cualquier tipo de unidad que no tenga una base firme en la igualdad. Las luchas contemporáneas por una política de viviendas integradora, por la educación igualitaria, contra los despidos y la clasificación discriminatoria de los puestos

de trabajo son algunos ejemplos. Si bien los trabajadores blancos pueden estar de acuerdo en hacer causa común con otros trabajadores que no son blancos en temas de interés mutuo, en el pasado han preferido dejar esos temas de lado cuando surge el tema de la lucha por la igualdad.

En este contexto, muchos blancos de la izquierda han argumentado que es incorrecto utilizar el término “privilegio” para describir la posición de los blancos con respecto a quienes no lo son. Se presentaron dos argumentos. Uno es que el privilegio es un concepto metafísico porque no examina la relación entre raza y clase. De manera similar, se ha argumentado que las demandas de los negros no son necesariamente demandas de clase. Dado que el 95 % de los negros son proletarios, es difícil entender ese punto. Las demandas que benefician a las masas de negros, puertorriqueños, mexicanos, asiáticos y amerindios habitantes de Estados Unidos son demandas del proletariado. Y no hay nada metafísico en el hecho de que las personas de ese origen tienen los peores empleos, los ingresos más bajos y las viviendas, la educación y la salud de peor calidad. Además, este argumento pasa por alto algo que se mencionó anteriormente: que la lucha contra el supremacismo blanco es una parte integral de la lucha de clases en general.

Otro argumento que sigue los mismos lineamientos es que derechos tales como el de sindicalizarse, el de la antigüedad en el trabajo, el de tener salarios dignos, son producto de la lucha de clases y, por ende, no se los puede clasificar como privilegios. El rechazo a admitir que el estatus de los

trabajadores blancos es privilegiado, respecto al de otros trabajadores, representa un punto ciego de los blancos. Derechos como el de sindicalizarse, el de antigüedad y el de tener salarios dignos tienen una propiedad dialéctica en el contexto de la supremacía blanca. Su conquista fue *tanto* un avance en la lucha de clases *como* un impedimento para esa lucha. Un impedimento porque no logró evitar la supremacía blanca, o porque, incluso, la reforzó. Según nuestra posición, ese aspecto negativo de la contradicción ha sido el que predominó a lo largo de la historia.

Para ilustrar más en profundidad a qué me refiero con “impedimento”, veamos esos “productos de la lucha de clases” desde el punto de vista predominante de la contradicción, que es el punto de vista que tiene la mayoría de las personas que no son blancas. El derecho a sindicalizarse se transforma en el derecho a excluir de ciertos sindicatos a los negros, a los puertorriqueños, a los mexicanos, a los amerindios y a los asiáticos. El derecho a la antigüedad en el trabajo se vuelve el derecho a utilizarla para que los trabajadores de esos diversos grupos sigan teniendo los trabajos peor pagos o para que no tengan ningún trabajo. El derecho a tener un salario digno se convierte en el derecho a que los trabajadores blancos tengan salarios más altos y mejor estándar de vida que los trabajadores que no son blancos. No poder ver el crecimiento de la clase obrera desde este punto de vista ha sido, históricamente, la debilidad más manifiesta que ha tenido una gran parte de la izquierda blanca, que nace de una perspectiva chauvinista blanca.

El hecho de que los trabajadores blancos tengan hegemonía en los sindicatos, que puedan usar la antigüedad para mantener su trabajo (cuando los miserables trabajadores de otros grupos pierden los suyos), que tengan salarios más altos, mejores viviendas, mejores escuelas y mejor atención de salud constituye un estatus privilegiado. El uso del término “privilegio” es un reconocimiento de que el polo negativo de la contradicción es el que predomina. Y mientras eso siga sucediendo, no puede haber una lucha de clases unificada. ¿Por qué? Porque los trabajadores blancos ven, con razón, que la igualdad significa la pérdida de esa ventaja relativa, y esa ventaja relativa es la esencia de la supremacía blanca. Esa ventaja pone a los blancos en una posición superior en términos materiales y de estatus social, posición que no van a abandonar sin luchar.

Esto no significa que vamos a eliminar la antigüedad *per se*. Lo que buscamos son políticas que hagan que la antigüedad funcione de igual manera para todos los trabajadores. Tampoco queremos que los trabajadores blancos acepten salarios indignos. Lo que queremos es eliminar las diferencias salariales que se basan en la raza; *con ese objetivo, haremos lo que sea necesario*.

Es incorrecto suponer que los trabajadores blancos van a abandonar su estatus privilegiado sin reaccionar. Las luchas contra la eliminación de la segregación en los autobuses de Boston y de Louisville lo demuestran. Por otro lado, suponer que, en el curso de una lucha, los blancos siempre van a ser recalcitrantes o que solo van a ceder con sobornos o engaños, es una postura antiobrera en el sentido de que supone que

los trabajadores blancos son incapaces de ver los beneficios de la igualdad en términos de solidaridad de clase, de confrontación de clases y del aislamiento de los elementos reaccionarios dentro de la clase. Por supuesto, nuestro programa no es fácil de seguir, pero esa es la naturaleza del movimiento revolucionario. Los trabajadores que no son blancos se van a enfrentar a los trabajadores blancos como lo han hecho en el pasado y como lo están haciendo ahora. Por nuestra parte, deberíamos alentar activamente esa confrontación y, al mismo tiempo, trabajar para estar en una situación que nos permita apoyar las demandas y necesidades que los trabajadores de otro origen plantean a los trabajadores blancos.

Quiero enfatizar que nuestra posición es un programa positivo para la lucha de clases, capaz de asestar un golpe crítico a la hegemonía burguesa. No es (como se ha dicho frecuentemente) una posición moralista, una exhortación a los trabajadores blancos para que dejen de ser racistas. Nuestra posición supone que esta contradicción crítica dentro de la clase obrera se puede resolver mejor si la resaltamos. Supone que una solución a favor de la igualdad es un golpe crítico a la clase dominante y, por lo tanto, es una dimensión estratégica crucial de la lucha de clases en general. Las estrategias que intentan minimizar esta contradicción son contraproducentes porque solo se puede alcanzar una unidad estable en la clase obrera a través de un programa que esté firmemente anclado en la igualdad. En última instancia, esas estrategias son antiobreras porque hacen que la lucha de clases retroceda en lugar de avanzar.

Comentarios ampliados por Noel Ignatin

Se ha dicho que nuestra posición, tal como la expresa Dave, implica atacar a los trabajadores blancos. Nosotros creemos que la lucha contra la supremacía blanca forma parte de los intereses de la clase obrera, que incluye a los trabajadores blancos. Si alguien está en desacuerdo, debería decirlo.

La razón principal por la que la burguesía sostiene la supremacía blanca no es el intento de maximizar ganancias en un sentido inmediato y directo. Si fuera así, los empleadores preferirían dar trabajo a la mano de obra más barata disponible, la negra. No, el objetivo es el control político, conservar el apoyo de la población blanca.

Hay personas que han caracterizado nuestra posición como un pedido a los blancos para que “abandonen” las conquistas que tanto les costó conseguir, como el control de las condiciones de empleo por parte de los sindicatos. En primer lugar, los que consiguieron esas conquistas no son los que disfrutaban sus beneficios en la actualidad. En segundo lugar, la clase dominante, cuando está obligada a conceder ciertas reformas, siempre intenta limitar las concesiones para debilitar la solidaridad proletaria. Tal fue el caso del sistema de antigüedad en el trabajo, una lucha que llevaron adelante tanto los trabajadores negros como los blancos, pero que ahora sirve, con frecuencia, para proteger el estatus superior de los blancos. En cierta manera, la lucha de la clase obrera en su totalidad tiene como objetivo anular victorias del pasado: la democracia burguesa, el cobro de los aportes sindicales a través de los recibos de sueldo, la educación obligatoria, etcétera.

En tercer lugar, no es cuestión de que los blancos “abandonen” las ventajas relativas que tienen en comparación con los negros y otros grupos que no son blancos. La burguesía asedia a los trabajadores blancos con presentes y dádivas para que recuerden su estatus superior, y eso no es algo a lo que se pueda renunciar, sino que esos presentes y esas dádivas se deben *eliminar* a través de la lucha militante. ¿Qué respuesta tiene la clase dominante ante cualquier esfuerzo serio por parte de los trabajadores blancos para unirse a los negros en la lucha contra la supremacía blanca? Attica¹³¹ es un ejemplo.

Se planteó la pregunta de por qué le damos más peso a la lucha contra la supremacía blanca que a otros temas que retrasan a la clase obrera, especialmente, la supremacía masculina. Al hacer esto, *no* estamos argumentando que los negros estén más oprimidos que las mujeres; nadie puede conocer exactamente el dolor que siente otro. Tampoco estamos diciendo que, a lo largo de la historia, la supremacía blanca haya sido más importante para dividir la clase obrera que la supremacía masculina, hay indicios sólidos que demuestran lo contrario. El razonamiento sobre el que se basa nuestra posición es este: *de todas las luchas en las que una victoria popular podría darle un golpe fatal al capitalismo estadounidense, la lucha contra la supremacía blanca es la que tiene mayor probabilidad de éxito.* Eso es así por

¹³¹La rebelión de Attica fue un episodio en el cual los presos de ese centro penitenciario hicieron un motín en protesta por los malos tratos que sufrían por parte de los guardias y del director de la cárcel, además de las malas condiciones de vida. En respuesta, por orden del gobernador Rockefeller, la Guardia Nacional ingresó a la cárcel para controlar el motín, lo que tuvo como resultado la muerte de cuarenta y tres personas, además de ochenta heridos. [N. de la T.]

varias razones; es suficiente mencionar una de ellas aquí: la relación que tiene esa lucha con los movimientos mundiales antiimperialistas que llevan adelante los pueblos coloniales y dependientes.

Hay limitaciones de espacio que me impiden un tratamiento adecuado de las implicaciones prácticas de todo esto. Por ahora, solo trataré tres cuestiones:

- 1) Deberíamos hacer trabajo político en zonas donde haya un gran número de negros y de personas que no son blancas, porque esa presencia facilita plantear, *entre los blancos*, el tema de la supremacía blanca de manera que tenga relación con sus intereses y que no parezca un aleccionamiento.
- 2) Deberíamos darle prioridad a aquellos temas que tengan más probabilidad de generar lucha inmediata y directa contra la supremacía blanca, sin excluir totalmente las otras luchas, pero dándole *prioridad*.
- 3) Alan Charney dio una lista de tres grupos políticos que existen entre los negros, y sugirió que trabajemos con todos ellos. Notoriamente, omitió una cuarta tendencia: los nacionalistas. Hace varios años, cuando la República de Nueva África¹³² trabajaba

pacíficamente para lograr sus objetivos de construir nuevas comunidades y organizar el apoyo para el plebiscito que proyectaba sobre el estatus de los negros, los funcionarios del estado de Misisipi la atacaron, e intentaron asesinar a un grupo de ciudadanos y, como no lo lograron, los encerraron por largos períodos. Desde entonces se han producido otros actos de represión (sin embargo, ¿cuántos de la izquierda blanca están enterados?). A partir de la respuesta tan vehemente que dio el gobierno ante los esfuerzos realizados por la RNA para separarse de los Estados Unidos, se podría llegar a la conclusión de que, desde su conformación, el estado de Misisipi se empeñó en lograr la integración. Tenemos que buscar las formaciones nacionalistas y encontrar la manera de apoyarlas y de trabajar con ellas en los términos que ellas consideren aceptables.

Por último, en cuanto al programa. Todos los miembros de la izquierda están de acuerdo en que la lucha por el empleo es crucial en el período actual. Sin embargo, la mayoría de los blancos ignoran el hecho de que un aspecto importante de la política de las clases dominantes es proteger a la población blanca, lo mejor posible, de los efectos más crudos de la crisis económica y transferir la carga de la inflación y el desempleo a los negros y otros grupos que no son blancos,

¹³² La República de Nueva África fue un movimiento social a través de cual los afroamericanos buscaban armar una nación independiente de Estados Unidos en

el sur de ese país, donde la población era predominantemente negra. [N. de la T.]

dentro y fuera de los Estados Unidos. La clase dominante está dispuesta a correr el riesgo de enfurecer aún más a las nacionalidades oprimidas porque la alternativa, la de repartir la carga equitativamente en toda la clase obrera, podría tener consecuencias políticas perjudiciales para la continuidad del dominio capitalista. Creemos que consideraciones tales como las que hemos planteado deben determinar nuestra respuesta política ante la situación económica actual, lo que significa que la lucha contra el racismo no es solamente una demanda más dentro de una larga lista.

Para este período, un programa de la clase obrera debe tener como idea central la lucha para lograr la igualdad de los negros, los latinos y gente de otros grupos que no son blancos. En términos de un programa específico que apunte a la lucha por el empleo, proponemos lo siguiente:

1) Ya hay una cantidad de ejemplos en que grupos de negros, personas que no son blancas y grupos de mujeres se resisten a los intentos de la clase dominante para dar marcha atrás con las conquistas que se habían logrado gracias la acción afirmativa de la década del 60. Se iniciaron demandas judiciales contra la patronal y los sindicatos en colusión con ella en Fremont, en California, en Kansas City, en Missouri, en Fairfield, en Alabama y ahora en Chicago. Deberíamos hacer algo para unir esas diversas luchas en una sola campaña nacional, usando recursos legales y acción de

masas, para mantener y extender el nivel de la acción afirmativa. Debemos incluir una declaración específica que exprese nuestra voluntad de dejar de lado las prerrogativas sindicales siempre que entren en conflicto con la igualdad del derecho a acceder al trabajo.

- 2) Deberíamos desarrollar una campaña para exponer la tendencia a cerrar las industrias en el centro de las ciudades y trasladarlas a los suburbios, concentrándonos, quizás, en los esfuerzos realizados en la campaña por “descentralizar”.
- 3) Deberíamos organizarnos en contra del proyecto de ley Rodino¹³³ y sus diversas versiones locales, y terminar con las campañas de deportación de los trabajadores indocumentados.

Creemos que un programa así es vital para que la clase obrera en su totalidad desarrolle la unidad y la voluntad de pelear con eficacia para conseguir el pleno empleo.

¹³³El proyecto de ley Simpson-Rodino, aprobado luego en 1986, proponía una reforma a la ley inmigratoria de Estados Unidos y apuntaba a restringir la contratación de personas extranjeras e impedir la contratación de indocumentados. [N. de la T.]

10. Mychal Denzel Smith *

El regreso de la furia negra

El 2 de septiembre de 2005 se hicieron dos afirmaciones que después se volvieron habituales en nuestro lenguaje cultural y político. Las dos resumen las formas en que entienden el desastre del huracán Katrina estadounidenses de diferentes perspectivas. La primera es de George W. Bush. Cinco días después de que Katrina arrasara la región de la Costa del Golfo, el Presidente aterrizó en Louisiana; en ese momento lo criticaban mucho por la lentitud de la reacción de su administración frente a la catástrofe. En su recorrida por el Estado con Michael Brown -director de la agencia federal que se dedica al manejo de emergencias FEMA (por su sigla en inglés) y el único que recibió críticas más duras que él-, Bush se dirigió al hombre que él había puesto a cargo de la ayuda para los damnificados y le dijo: "Brownie, qué gran trabajo estás haciendo". Parte del atractivo de Bush es y siempre fue su rusticidad, pero en este caso, eso no es consuelo. El comentario sirvió solamente como un ejemplo más de su ineptitud.

* Traducción realizada por Pilar Blanco, supervisada y corregida por Margara Averbach. Original: *The Rebirth of Black Rage: From Kanye to Obama and black again*, de Mychal Denzel Smith, *The Nation*, 13 de agosto de 2015, <http://www.thenation.com/article/the-rebirth-of-black-rage/>

La otra declaraci3n –a la que, más tarde, Bush llamara el peor momento de su presidencia-- surgi3 en un instante inesperado y vino de una fuente bastante inesperada.

Esa misma tarde, despu3 del comentario de Bush sobre el "gran trabajo", la NBC hizo lo que hacen las cadenas de televisi3n en los desastres y organiz3 una marat3n televisiva con celebridades. En esa marat3n aparecieron Faith Hill, Harry Connick Jr., Claire Danes, Hilary Swank, Lindsay Lohan, Leonardo DiCaprio y otros junto a imágenes de la desesperaci3n que se transmitían en vivo desde el Golfo, Nueva Orleans en particular.

Kanye West, uno de los presentadores más populares del país en ese momento, fue otro de los invitados. Estuvo junto a Mike Myers, famoso por el personaje de Austin Powers y por haber sido la voz de Shrek. Myers ley3 en un *teleprompter* una declaraci3n sobre el sufrimiento en Nueva Orleans. La idea era tratar de generar compasi3n antes del gran momento. Cuando le toc3 a West, él se desvi3 del gui3n y comenz3 a hablar desde el coraz3n.

"Odio la forma en que nos describen en los medios. Si ven una familia negra, dicen 'están saqueando'. Si ven una familia blanca, dicen 'están buscando comida'. Y, saben?, pasaron cinco días sin reacci3n porque la mayor parte de los que viven en la ciudad son negros...En los Estados Unidos, la ayuda a los pobres, los negros y los que menos tienen se hace con la mayor lentitud posible".

Myers intentó recomponer la situación y volvió al guion del *teleprompter*. Seguramente, los de la sala de control de la NBC estaban esperando que West hiciera lo mismo. Tal vez no estaban familiarizados con su reputación de descarado; tal vez pensaron que tendría un poco más de control para favorecer la solidaridad. Pero Kanye no había terminado: necesitaba decir lo que se convertiría en uno de los momentos más grandiosos de la televisión en vivo para mi generación. Habló como si estuviera leyendo del *teleprompter*, con una cadencia entre rígida y natural, miró fijo a la cámara y dijo: “A George Bush no le importan los negros”.

Si eso hubiese pasado por lo menos cinco años antes, habría servido para que lo repitieran mil veces muchos comediantes; incluso habría sido parte de algunas retrospectivas de fin de año. Y se habría convertido en una nota al pie cultural, un momento “ver para creer” de la televisión. Sin embargo, en septiembre de 2005, la generación del milenio ya estaba tomando mayor control de lo que consumíamos en los medios; nosotros estábamos decidiendo por nosotros mismos qué momentos eran fugaces y cuáles eran definitivos. Ese mismo año, un tiempo antes, se había lanzado YouTube y ya se estaba poniendo de moda; era más común la idea de Internet como proveedora de videos a pedido. Yo había vuelto al campus para cursar mi segundo año en la universidad cuando transmitieron esa maratón, y durante varias semanas, si alguien decía que se había perdido las declaraciones de Kanye, siempre había otro que sacaba la computadora portátil, buscaba rápidamente en Google y ponía al

aire el video para una multitud de espectadores. Facebook, fundado el año anterior, todavía no soportaba enlaces de videos, pero todos publicábamos chistes sobre West, Bush o la falta de interés y cuidado hacia la población negra en el muro de los demás. Con todas esas posibilidades tecnológicas y con la declaración política más breve del año, West se congració con una generación de jóvenes a los que ya les gustaba su música, pero que ahora veían en él a la primera expresión verbalizada de nuestra furia negra en un escenario nacional.

Para el momento en que mi generación llegó a la adultez, la furia negra había desaparecido prácticamente del panorama cultural y político. Las aspiraciones de la clase política negra se habían desplazado del enojo que impulsó la lucha por los derechos civiles y la era del Poder Negro hacia la búsqueda de influencia en la política electoral. Y la furia negra no se traduce en votos. Jesse Jackson había pasado de militante y organizador a candidato presidencial, mientras en Oakland, Nueva Orleans, Chicago, Baltimore, Nueva York y muchas otras ciudades llegaban los primeros negros a las intendencias. Y en Virginia, mi estado natal, Douglas Wilder se convirtió en el primer negro electo gobernador. El reverendo Al Sharpton seguía dominando la atención de los medios pero sus expresiones de furia quedaron diluidas por su estatus de militante famoso y su personalidad exagerada que lo convirtió en blanco perfecto de todo tipo de burlas.

Hacia tiempo que el mundo del hip-hop del que había salido West había extirpado la ira política en favor de las narraciones sobre la satisfacción de los deseos materiales. Por supuesto, siempre había artistas como Dead Prez y The Coup, grupos musicales con un mensaje radical y socialista del tipo del Poder Negro, pero ya no había días en los que Public Enemy y NWA vendieran millones de discos sobre la furia negra y fueran, al mismo tiempo, parte de la corriente cultural estadounidense dominante o "mainstream". Ára cuando Kanye West empezó a ser protagonista, aunque Ice Cube ya había destrozado el *ranking* de la revista *Billboard* con un álbum que incluía la canción "I Wanna Kill [Uncle] Sam", ("Quiero matar al [tío] Sam"), la mayoría de los raperos buscaban una canción igual a "In da Club" ("En el club").

Eso es lo importante del comentario de West: "A George Bush no le importan los negros". Ese tipo de expresión retórica de la furia negra quedó al margen durante la mayor parte de la década de 1990, una década relativamente próspera, cuando ya no había un Reagan o un Bush que identificar como enemigo, y a los chicos de la nación se les enseñaba que, en esencia, el racismo se había acabado porque estábamos comprometidos con la celebración del multiculturalismo.

Bush (hijo) demostró que era un enemigo más fácil de enfrentar que su predecesor demócrata, pero los nombramientos históricos de Colin Powell y Condoleezza Rice le dieron una pantalla simbólica que llegamos a aceptar como prueba de que el racismo ya no era un factor importante. En

2001, cuando Bush asumió el cargo, una encuesta de Gallup mostró que el treinta y dos por ciento de los negros creía que "las relaciones entre negros y blancos" se resolverían con el tiempo, y, en 2004, esa cifra había aumentado a cuarenta y tres por ciento.

En su más poderosa expresión, la furia negra arranca de raíz ese tipo de pavadas. La furia negra se anuncia en la Convención de la Mujer en Akron, Ohio, y dice: "¿No soy yo una mujer?". La furia negra se levanta en el monumento a Lincoln frente a una multitud de cientos de miles y dice: "Estados Unidos dio a los negros un cheque sin fondos, un cheque que volvió rechazado y marcado con la leyenda "fondos insuficientes". La furia negra dice a la Convención Nacional Demócrata: "Estoy harto de estar harto". La furia negra dice: "a la mierda la policía" y "a luchar contra el poder".

En el mejor de los casos, la furia negra pone el foco en las principales preocupaciones de los negros estadounidenses y proporciona una crítica radical del sistema de racismo que mantuvieron y mantienen todas nuestras instituciones y que explican por qué ser negro en los Estados Unidos es una forma especial de infierno. Pero esa furia no sólo recuerda la injusticia: también lleva a la acción, desata movimientos y los impulsa en el tiempo. Por lo menos, la expresión pública de la furia negra permite que las comunidades y las personas que se sienten aisladas dentro de su propia rabia sepan que no están solas.

Eso es lo que logró West en la maratón. Su frase se repitió una y otra vez, se adoptó

como jerga callejera que se adecuaba a cualquier situación porque el momento puso en palabras el dolor que sentimos todos cuando vimos en televisión la pesadilla de Nueva Orleans después de que Katrina tocara tierra. Cuando se rompieron los diques y creció el agua, una ciudad llena de negros intentó vadear la situación a su manera. Por sí misma. En uno de los países más ricos del mundo, el Estado dejaba morir a los enfermos, a los jóvenes, a los ancianos. Los medios de comunicación hablaban de los que trataban de sobrevivir como si fueran salvajes (un estudio realizado por el lingüista Geoffrey Nunberg mostró que en los artículos utilizaban "refugiado" o "evacuado" para describir a los sobrevivientes, "refugiado" tendía a aparecer más veces —sesenta y ocho contra treinta y dos por ciento— en historias que también mencionaban a "pobres" y/o "negros"). Y uno no podía dejar de pensar, porque sabía que era cierto, que si esa hubiese sido una ciudad con más población blanca, no habríamos tenido tantas muertes ni tanta destrucción, o por lo menos se habría sentido mucho más alivio más tarde.

Cuando West dijo: "A George Bush no le importan los negros", no estaba hablando sólo de George W. Bush. Era una acusación a los Estados Unidos, que no se preocupan por los negros, y eligen un presidente que continúa con esa tradición.

Unos años más tarde, hubo una señal que indicó que la furia negra a la que dio voz Kanye tal vez se convertiría en un movimiento. En 2007, hubo jóvenes de color que lideraron la búsqueda de justicia

para los Jena Six¹³⁴ (los "Seis de Jena"), un grupo de adolescentes en Jena, Luisiana, acusados de intento de asesinato por lo que era una pelea en el patio de la escuela y nada más. Miles de jóvenes negros usaron las redes sociales para dar a conocer el caso, aparecieron todos los días nuevos grupos de Facebook dedicados a la justicia por los Jena Six durante el verano de 2007. Cientos viajaron a Luisiana, y miles marcharon en el día en que se sabía que condenaría Mychal Bell¹³⁵; se lo había declarado culpable de cargos menores, sí, pero lo suficientemente graves para enviarlo a prisión hasta por veintidós años. Miles de estudiantes organizaron protestas en sus universidades en solidaridad con esos jóvenes. Al Sahrpton lo llamó el "principio del movimiento de derechos civiles del siglo XXI". En ese momento, realmente se sentía de ese modo.

Y entonces apareció Barack Obama.

En 2008, los jóvenes negros salieron a votar por Obama a niveles históricos; querían ayudar a que él se convirtiera en el primer presidente negro de los Estados Unidos. Pero eso significaba que la energía militante que se había construido desde el huracán Katrina y que había aumentado de fuerza con el caso de los Jena Six, se estaba redirigiendo a la política electoral y a los mensajes de Obama como candidato. La furia negra se estaba convirtiendo en esperanza negra. A primera vista, eso no es

¹³⁴ Jena Six: un grupo de seis adolescentes afroestadounidenses a los que se acusó de intento de homicidio por el ataque a un joven blanco en la escuela secundaria *Jena High School* en Luisiana el 4 de diciembre de 2006.

¹³⁵ Mychal Bell, único de los seis jóvenes al que se enjuició.

del todo malo, pero la marca particular de esperanza negra que representaba Obama era una que, en general, silenciaba la rabia negra y sus posibilidades.

La primera vez que eso se hizo evidente fue durante el famoso discurso de Obama sobre la raza. Durante la campaña de 2008, el entonces senador tuvo que hacer frente a la controversia que había surgido en torno a su asistencia a la iglesia de la Trinidad Unida de Cristo en Chicago, presidida por el reverendo Jeremiah Wright. El pastor estaba en el centro de atención después de las cintas descubiertas por ABC News en la que se le oyó decir cosas como "Que Dios maldiga a los Estados Unidos por tratar a nuestros ciudadanos como menos que humanos. Que Dios maldiga a los Estados Unidos cuando actúa como si fuese Dios, como si fuese Supremo". Los opositores utilizaron la asociación de Obama con Wright para pintarlo como una especie radical negro, obviamente no apto para la presidencia. Obama necesitaba distanciarse del pastor que lo había casado y que había bautizado a sus hijos.

Lo logró con lo que se conoce como el "discurso sobre la raza en Filadelfia". En ese discurso, Obama denunció la retórica incendiaria de Wright, diciendo que sus palabras tienen el "potencial... para ensanchar la brecha racial" y que, obviamente, él no acordaba con todas las opiniones de quien había sido su pastor. Pero también dijo que Wright era casi de su familia y que los Obama no podían renegar de él.

Al instante, el discurso se consideró un clásico, un tratado sobre la raza que todos

necesitábamos oír del primer candidato presidencial negro viable en la historia de los Estados Unidos. Pero también fue el primer gran discurso del primer candidato presidencial negro viable que arrojaba agua sobre la furia negra.

--Quizás esa furia no quede expuesta en público, delante de compañeros de trabajo blancos o amigos blancos --dijo Obama --. Pero encuentra su voz en la peluquería o en el salón de belleza o en la mesa en el comedor. A veces, los políticos explotan esa furia para conseguir votos según criterios raciales o para compensar sus propios fracasos...

"Esa furia no siempre es productiva; de hecho, con demasiada frecuencia, distrae la atención de la solución de problemas reales; nos impide enfrentar de lleno nuestra propia complicidad en el problema de nuestra condición como afroestadounidenses; impide a la comunidad afroestadounidense forjar las alianzas que necesita para lograr un cambio real.

No es así. La furia negra es hacer responsable a los Estados Unidos. No distrae "la atención de la solución de problemas reales"; al contrario, ilumina esos problemas y pide a los Estados Unidos que hagan frente a sus propias raíces. Si la furia negra impidió que se forjaran alianzas, probablemente, esas alianzas no son las que hubieran logrado demasiado avance por el camino del progreso.

Como presidente, Obama siguió quitándole fuerza a la furia negra justo en momentos en que las razones de esa furia se

acumulaban a simple vista. Para ser justos, su trabajo como presidente no es representar a los negros de Estados Unidos; y si alguna vez registrara cualquier tipo de furia en el cargo, la aceptara, eso empeoraría la fama de racista que ya pesa sobre él. Sin embargo, eso no significa que fuera necesario para él hacer que la furia negra pareciera injustificada o indigna. Para muchas personas, él como presidente habla con una autoridad moral distinta. Porque es el primer presidente negro, esa autoridad moral se vuelve todavía mayor cuando habla de raza.

Cuando se arrestó a Henry Louis Gates hijo¹³⁶ frente a su propia casa, la respuesta de Obama fue invitarlo al jardín de la Casa Blanca para un encuentro en el que tomaron cerveza con el policía que lo detuvo: así, Obama envió un mensaje a la sociedad y el mensaje afirma que los estereotipos raciales, bah, no son tan graves... Ni siquiera importó que eso le sucediera a un célebre profesor de Harvard y documentalista del servicio público de radiodifusión (PBS, por su sigla en inglés), ni que ese profesor fuera un representante de la forma en que la parte principal de la sociedad estadounidense acepta a los negros y los asimila; ni que el propio Gates hubiera participado de la furia negra. La solución de Obama fue calmar la furia

¹³⁶ Se detuvo a Henry Louis Gates hijo el 16 de julio de 2009 en su casa por “conducta desordenada”, después de que un oficial blanco de la policía de Cambridge recibiera una llamada de alerta de un vecino que vio al académico forzando la puerta de su propia casa. El vecino lo confundió con un ladrón. Gates es un intelectual muy reconocido y autor de un libro teórico fundamental para la literatura afroestadounidense, *The Signifying Monkey*.

negra, reunirse con una pinta de cerveza y hablar.

Esa desvalorización de la furia negra se pareció todavía más a la traición cuando Obama utilizó la tragedia de la muerte de Trayvon Martin y la posterior absolución de George Zimmerman¹³⁷ para reforzar ideas tradicionales sobre la criminalidad masculina negra. Al principio, en las observaciones que hizo después del veredicto, Obama se atrevió a hacer algo que no había hecho nunca ningún presidente: habló de la muerte de Martin en términos muy personales, incluyó su propia experiencia en cuanto a sufrir discriminación racial por parte de la policía y vivir con la carga de los estereotipos que se atribuyen a los jóvenes negros. Esa parte del discurso es parte de lo mejor de tener un presidente negro. Pero después cambió de dirección y dijo: “Creo que la comunidad afroestadounidense no es ingenua y entiende que, estadísticamente, era más fácil que a Trayvon Martin lo fusilara alguien de su propia raza y no alguien de otra”.

Las falsas equivalencias morales de ese tipo son un patrón para el presidente cada vez que se debate acerca de la raza y el racismo. Aunque Obama, como primer presidente negro, estaba en una posición única para relacionar la historia de Martin con la suya, también estaba en una posición única para hablar con autoridad sobre las formas en

¹³⁷ En la noche del 26 de febrero de 2012 en Florida George Zimmerman mató a Trayvon Martin. Martin era estudiante de secundaria de 17 años y afroestadounidense. Zimmerman, un indígena de veintiocho años que coordinaba la vigilancia de la comunidad cerrada donde se alojaba Martin y donde se produjo el tiroteo.

que el racismo construyó y sigue construyendo a los Estados Unidos como país. El problema es que, incluso cuando Obama hizo lo que debía, lo consiguió haciendo que las fallas morales percibidas de los negros estadounidenses fueran parte de esa historia al mismo nivel que el racismo. Su retórica da argumentos para los que creen que la furia negra contra el racismo no tiene razón de ser.

La muerte de Martin y la absolución de Zimmerman también significaron un punto de inflexión. Es simple: la generación que oyó decir a Kanye West “A George Bush no le importan los negros” y que después, impulsó el voto al primer presidente negro y vio cómo los Estados Unidos seguían adelante, sin preocuparse por los negros está muy harta. A medida que las muertes de jóvenes negros y desarmados siguen convirtiéndose en titulares y los medios sociales proponen funerales en *hashtags*, la esperanza se ha convertido en desesperanza y la desesperanza, en furia. Esa fue la furia que consumió las calles de Ferguson cuando asesinaron a Michael Brown; que incendió las calles de Baltimore cuando mataron a Freddie Gray; y que llevó a Bree Newsome hasta el asta de la bandera en el Capitolio del estado de Carolina del Sur para bajar la bandera confederada después de la muerte de nueve personas en la Iglesia Metodista Episcopal Africana Emanuel. La furia negra está de vuelta; arranca de raíz la supremacía blanca y exige un cambio en los Estados Unidos.

Ese movimiento, conocido en todo el país y en el mundo como “*Black Lives Matter*” (“Las vidas negras importan”), marca una

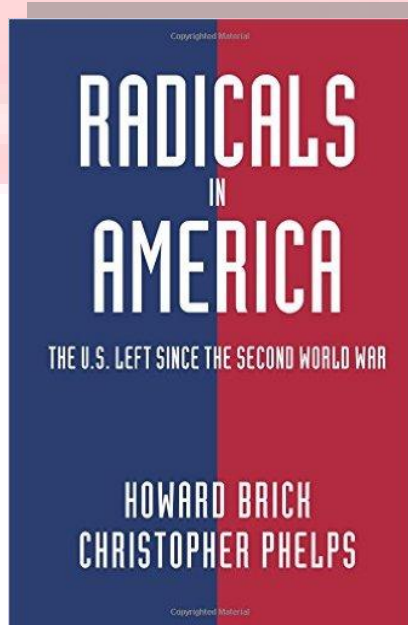
agenda que exige que se haga frente a la violencia policial, la discriminación racial y la desigualdad racial en el escenario político nacional. Cuando los afroestadounidenses sienten la furia negra, esa furia se organiza y se expresa radicalmente. Eso es lo que sabe hacer mejor: cambia la conciencia y hace que las necesidades y las preocupaciones de los negros estadounidenses sean parte del cuerpo político. Hizo que la presunta candidata presidencial demócrata Hillary Clinton le prestara atención, obligó a conmovirse hasta a Obama. En la convención de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP por sus siglas en inglés) de 2015, el presidente pronunció su discurso más fuerte sobre la reforma de la justicia penal y pidió el fin del encarcelamiento masivo, la reducción o eliminación de la sentencia mínima obligatoria, la restauración de los derechos al voto de los que pasaron por la cárcel, el fin de las violaciones en las cárceles, y más; sin el agregado moralizante sobre los pantalones caídos, los padres desaparecidos y la manera de “actuar como blancos” del que después se hizo tan fanático. Es cierto, tal vez, se haya perdido una oportunidad en los días posteriores a Katrina, cuando todavía resonaban las palabras “A George Bush no le importan los negros”. Pero una década después, la reaparición final de la furia negra en la esfera política está lista para hacer que los Estados Unidos se enfrenten a su pasado y su presente racistas. O para quemarlos en el intento.

Reseñas y Ensayos Bibliográficas

11. Pablo Baisotti *

La izquierda en los Estados Unidos. Cambios y continuidades desde 1946 hasta la actualidad.

Reseña del libro de Howard Brick y Christopher Phelps (2015). *Radical in America: The U.S. Left since the Second World War*. New York: Cambridge University Press, págs. 361



Los autores de esta obra, *Radical in America. The U.S. Left since the Second World War*, Howard Brick, profesor de la Universidad de Michigan Ann-Arbor y Christopher Phelps, profesor de Historia en la Universidad de Nottingham, son dos importantes y experimentados profesores de Historia social y de las izquierdas estadounidenses.

La izquierda radical en los Estados Unidos llevó a cabo muchos intentos revolucionarios “que se percibían en el aire” pero sin la profundidad requerida para lograr el deseado éxito. En esas ocasiones parecía que se estuviera pidiendo permiso para hacer la revolución; navegando entre los márgenes y la corriente principal (*margins and mainstream*). La obra está escrita en un lenguaje accesible y directo, dirigida a todo tipo de lector, pero sobre todo a aquel público ávido por conocer una parte de la historia de los Estados Unidos que muchas veces fue negada o desprestigiada. Desde estudiantes que buscan información sobre el movimiento de izquierda radical en dicho país, hasta profesores universitarios que encontrarán en la obra de Brick y Phelps una síntesis de gran calidad que (como se señala casi al final del libro) tuvo su origen hace ya 25 años, cuando los autores se conocieron como profesor y alumno, y que se fue fraguando en el tiempo concretándose cuando su editor de *Cambridge Essential*

* Universidad de Bologna.
pablo.a.baisotti@hotmail.com

Histories les solicitó un trabajo como el que se está presentando. En pocas palabras, una historia que fue madurando con los años a través del trabajo intelectual honesto y dedicado de sus autores. De hecho, el último capítulo inicia en el momento en que el libro había comenzado a ser pergeñado.

Desde la misma introducción se afirma que la izquierda radical en los Estados Unidos mezcló la ambición de ensamblar grandes mayorías capaces de provocar un cambio, pero sin perder su identidad. ¿Cómo lograr ello? Pues, intentando provocar tensiones en ciertos momentos, aplicando nuevas estrategias y tácticas de cambios, esperando conformar una sólida base popular, aunque actualmente no sean considerados más que una minoría mezclada en tareas de agitación. Y sobre esto se basa el estudio que se reseña: la historia de una izquierda radical que intentó salir del sectarismo cuando las circunstancias se volvieron propicias para intentar provocar un cambio a través de la estrategia electoral o de la protesta masiva en la búsqueda de un futuro socialista (o mejor: con mejoras en lo social). Cronológicamente, el libro parte desde los años de la Segunda guerra mundial, pasando por el Macarthismo, los movimientos anti-segregación y de liberación gay, las protestas estudiantiles contra la guerra de Vietnam, los apoyos a los movimientos de liberación en el Tercer Mundo, la ecología, hasta llegar a las protestas en Seattle o Wall Street. Se encuentra estructurado en el siguiente modo: la introducción, siete capítulos, la conclusión, reconocimientos, bibliografía e índice con un total de 361 páginas.

En el primer capítulo, *War and Peace, 1939-1948*, se describe el radicalismo estadounidense desde la Segunda guerra mundial hasta 1948, destacando el objetivo fundamental de estos radicales de izquierda: derrotar al fascismo en cualquiera de sus formas. Liderados por el partido Comunista este grupo se lanzó, una vez alcanzado el objetivo, a buscar alianzas con la izquierda, la clase obrera y los liberales. Aunque, como habitualmente sucede, se vieron frenados por una contraofensiva republicana, la cual tomó las riendas del gobierno, provocando un retraimiento en lugar de un avance. Ello llevó a la conformación de un nuevo estilo de radicalismo, más centrado en los principios de oposición a la guerra, escéptico del Estado moderno – visto como agente de la guerra total – y movilizados contra la segregación racial a través de la desobediencia civil. Perseguidos por el comité de actividades anti-americanas (HUAC, 1947), los comunistas fueron considerados entes ajenos a la política nacional dentro del contexto de la Guerra Fría, por ello adoptaron una posición marginal. De aquí nació una tensión entre los márgenes y la corriente principal, y complementariamente una disyuntiva: o el radicalismo continuaba en su posición de aislamiento, arriesgándose a transformarse en una secta, o luchaba por crecer, asumiendo el riesgo de perder su identidad.

El segundo, *All Over This Land, 1949-1959*, demuestra cómo la izquierda fue derrotada durante los primeros (y más tensos) años de la Guerra Fría. Persecución, paranoia y represión marcaron esta etapa gracias a la política propuesta por el senador McCarthy,

llegando al pico de “locura” durante los años de la guerra de Corea (1950-1953). Luego esta izquierda se volcó a la lucha contra la segregación, comenzando por el sur del país. Era el inicio de una Nueva Izquierda (*New Left*), que tuvo como banderas la oposición a la guerra y a la amenaza nuclear. Después del XX congreso en la Unión Soviética y la invasión a Hungría (ambos en 1956) llovieron serias críticas de los mismos comunistas estadounidenses quienes, en general, se volvieron anti-stalinistas, comenzando a incentivar seriamente políticas “nacionales” que pugnaban por la consecución de los derechos civiles (*Civil Rights*).

El tercer capítulo, *A New Left, 1960-1964*, resalta el resurgimiento del radicalismo en movimientos de liberación guiados por el “poder negro”, las agudas críticas a la desigualdad social, la creciente importancia de las mujeres y las comunidades movilizadas. Todo ello produjo una escena política estadounidense más compleja y dinámica, donde el liberalismo y el radicalismo fueron progresivamente estrechando vínculos y en donde el recambio generacional demostró su vocación por el pacifismo, como también otras completamente opuestas de carácter defensivo y violento. El tema de los derechos civiles fue puesto en el centro de la escena de la Nueva Izquierda (*New Left*), concebida no como una organización piramidal, sino como un movimiento expresado a través de comités, partidos, revistas y miles de radicales de izquierda no afiliados que acusaban al país de proclamar un ideal que se encontraba muy lejos de lo que la realidad reflejaba. Este malestar fue

plasmado en el documento de Port Huron de 1962 (Port Huron Document Statement) elaborado por la organización de estudiantes llamados Estudiantes para una Sociedad Democrática (*Students for a Democratic Society*). En el documento sus autores, Tom Hayden y Alan Haber, destacaron que muchas de las instituciones del país se habían vuelto burocráticas, impersonales, cerradas y virtualmente totalitarias. Los antiguos movimientos de la clase obrera fueron sustituidos por movimientos civiles, acompañados por erupciones de protestas estudiantiles desafectas a las corrientes sociales y políticas imperantes en ese período.

El cuarto capítulo, *The Revolution Will Be Live, 1965-1973*, señala el ápice del movimiento por la liberación negra, iniciando con el pasaje de la lucha por los derechos civiles y pasando a la Ley por el Derecho al Voto (*Voting Rights Act, 1965*) para eliminar definitivamente la segregación racial. Este movimiento se expandió hacia el norte urbanizado del país. Sumado a ello, la oposición a la guerra de Vietnam – que crecía a medida que los cadáveres de los soldados estadounidenses se amontonaban – más la explosión de nuevos colectivos minoritarios tales como gays, hippies, puertorricenses, chicanos, indios americanos, mujeres ayudaron a radicalizar la sociedad. Los autores señalan, muy acertadamente, el año 1968 como el de la rebelión global, vivido en los Estados Unidos como un signo de rebeldía incontenible, período plagado de situaciones revolucionarias, de crecimiento y a la vez de fragmentación del radicalismo. Fue dentro de una Nueva Izquierda (*New*

Left), furiosamente contraria a la guerra, donde tuvieron lugar varias revoluciones y fue esta misma izquierda la que ingresó en los años '70 con una gran vitalidad – la cual conservó al menos hasta 1973 –.

El quinto capítulo, *Anticipation, 1973-1980*, denota el cambio en las aspiraciones de la izquierda, la cual comienza a atacar a la clase política con mayor ferocidad, en especial gracias a los sucesos del Watergate. Los '70 fueron los años de nuevas oportunidades revolucionarias, proliferando amargas críticas a la burocracia, al imperio, al racismo, y promoviendo debates y luchas por la igualdad de sexos y la sexualidad, y por la difusión de la conciencia ecológica. El desafío era hacer una izquierda más coherente, más comprometida con apoyar y dar coraje a los ciudadanos y persiguiendo, además, programas de transformación asociados al socialismo u otras formas de “democracia económica”. Por ello, las protestas fueron más masivas y vigorosas, acercándose la clase obrera a la izquierda radical. Fue un período de relectura y reinterpretación de clásicos como Marx, Lenin, Mao y de incondicional apoyo a los movimientos de liberación del Tercer Mundo (en particular los de los países centroamericanos), como al sostén a los movimientos de los indígenas estadounidenses y aquellos ecologistas, demostrando un enorme compromiso y activismo en estos círculos radicales de izquierda.

El sexto capítulo, *Over the Rainbow, 1980-1989*, está signado por la elección presidencial de Ronald Reagan y su

profundo impacto en la izquierda. No obstante ello, se dieron significativas movilizaciones de protesta contra la carrera armamentista nuclear, así como de solidaridad con América Central y con la lucha de Sudáfrica contra el apartheid. En esta década hubo un acercamiento entre el radicalismo y el liberalismo, ya que el primero reconoció su sectarismo, queriendo romper el aislamiento en el cual se percibía. Desafíos sobre temas ya afrontados como la ecología, y otros nuevos, tales como el flagelo del Sida, coronaron un período conflictivo en el cual la lucha contra las políticas económicas y sociales de Reagan no permaneció ajena, y que finalmente ocasionó una paradójica redistribución de los bienes: de los pobres hacia los ricos. La coalición Arcoiris (*Rainbow*), por ejemplo, expresó los sentimientos de la izquierda por la igualdad racial, ofreciendo una oportunidad para subsanar las divisiones internas. El centro de sus reclamos fueron las políticas “negras”, como asimismo la de los sin techo (*homeless*), la de los pequeños campesinos, la de los diversamente hábiles, y la de los desempleados, entre otros. Los autores concluyen el capítulo afirmando que los muchos radicalismos surgidos (o continuados) en estos años, fueron ganando nichos para sobrevivir, pero nunca llegaron a radicalizarse completamente.

El séptimo y último capítulo, *What Democracy Looks Like, 1990 to the Present*, como señala el título parte tras la caída del muro de Berlín y en el mismo se describe un radicalismo estadounidense decadente, a la deriva, incoherente a pesar de las numerosas innovaciones en el campo

medioambiental y de la justicia global. La izquierda, si bien sintetizó los principios de libertad, igualdad y solidaridad, se topó con una sociedad que priorizaba el individualismo, valor defendido (al menos en el ideario) por los grandes partidos. Fueron años durante los cuales se vivieron momentos de enorme tensión, pero que se disiparon rápidamente (como la manifestación de Seattle contra la OMC, 1999). La izquierda radical continuaba dividida en diferentes movimientos de lucha contra las nocivas corporaciones que afectaban a la sociedad, prevaleciendo entre éstos un modelo de horizontalidad (network) que comenzó a relacionarse con ONGs por temas específicos (sostenibilidad, democracia, poder y desigualdad), y que aun así tuvo éxito en atraer una importante cantidad de adeptos, presentando la visión de un futuro y un estado de las cosas muy diferentes. Entre 2003 y 2007, la izquierda radical fue reducida a casi nada, ya que la política estuvo dominada completamente por los republicanos, y más todavía luego del atentado a las Torres Gemelas. La paranoia hiperpatriótica expresada en la Ley Patriótica (*Patriotic Act*), persiguió a aquellos sospechados de realizar actividades anti-estadounidenses. Y la izquierda radical fue una de sus tantas víctimas.

Los autores dejan de lado el estrecho academicismo de enormes citas e interminables menciones a los debates historiográficos, para hacer una interpretación de los acontecimientos más dinámica, abierta y flexible, lo que permite al lector moverse con cierta libertad para avanzar y retroceder en la lectura de los

artículos sin perder el argumento principal ni los conceptos claves del *margins* y *mainstream*.

La selección bibliográfica realizada es la justa (ni excesiva, ni escuálida) con una exacta selección entre documentos recientes y otros producidos entre los '40 y los '80, incluyendo los clásicos para el estudio de la izquierda y los movimientos sociales, con otros aparecidos este mismo año. En resumen, en el libro de Brick-Phelps se encontrará una obra de profunda reflexión que será, en un futuro cercano, un clásico necesario para el estudio del radicalismo en Estados Unidos a partir de la Segunda Guerra Mundial. Se combina simplicidad con claridad, presentándose los hechos como un todo, dividido por períodos. De ahí la diaphanidad expositiva, el rigor y el buen gusto que caracteriza la entera obra. Por ello, *Radical in America. The U.S. Left since the Second World War* es un libro muy recomendable que sin lugar a dudas marcará un punto de inflexión en el estudio de la izquierda en los Estados Unidos.

12. Joaquina de Donato *

El Imperialismo Norteamericano: Pasado, Presente y Futuro

ABSTRACT

La presente reseña corresponde a la obra de Elier Ramírez Cañedo y Esteban Morales Domínguez (Coor), *El Imperialismo Norteamericano: Pasado, Presente y Futuro*; La Habana, Ruth Casa Editorial, 2014, 287 páginas.

Los Estados Unidos dedican ingentes recursos materiales y humanos (...) a estudiar nuestra región latinoamericana y caribeña. El conocimiento producido les resulta extremadamente útil para sus objetivos de dominación. Sería entonces pueril que los latinoamericanos y caribeños nos dedicáramos a ignorar las realidades que han caracterizado hasta nuestros días el imperialismo norteamericano (...) y sus continuas modernizaciones en función de mantenernos, por un lado, colonizados económica, política y culturalmente; por

*otro, en guerra constante de neocolonización.*¹

Los propósitos de la presente compilación son sugeridos en el citado párrafo del prólogo. Escrito por los coordinadores Elier Ramírez Cañedo y Esteban Morales Domínguez, con él se procura exponer los objetivos que guían la selección de artículos. No solamente buscan colaborar a los estudios sobre el imperialismo norteamericano, sino además concientizar y descolonizar la mente del lector.² Y al mismo tiempo ofrecer, desde las ciencias sociales, la alternativa de un pensamiento crítico y antihegemónico.

A pesar de estar integrado por diversos investigadores correspondientes a distintas nacionalidades y áreas de las ciencias sociales y económicas, el volumen se destaca por su unidad de contenidos. Los distintos capítulos recorren dos temáticas generales desde distintos ángulos. Por un lado, los mecanismos de dominación utilizados por los Estados Unidos desde los primeros momentos de su independencia (1776) hasta la actualidad. Por el otro, la continua referencia al tiempo presente como el punto álgido del lento declive del poderío norteamericano como superpotencia indiscutida.

Siendo así, correspondería enmarcar a *El imperialismo norteamericano: pasado, presente y futuro* dentro de la postura historiográfica *declinista*, la que sostiene que, precisamente, desde la década del

¹ Elier Ramírez Cañedo y Esteban Morales Domínguez (Coor), *El Imperialismo Norteamericano: Pasado, Presente y Futuro*; La Habana, Ruth Casa Editorial, 2014, página 13.

² Ídem, página 14.

* Carrera de Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

setenta del siglo pasado, Estados Unidos se halla inmerso en una irreversible decadencia. Reflejo de ello es no solo la incapacidad de mantenerse como única e indiscutida potencia económica en un escenario internacional guiado por una nueva dinámica multipolar, sino también sus cada vez más agresivos avances en el plano militar. Sin mencionar el deterioro de su postura (y discurso) aislacionista a partir de la Guerra de Vietnam, sello con el que desde fines del siglo XVIII habían justificado sus decisiones en materia de política exterior.

En este sentido, si bien los autores que componen el *dossier* hacen continuas referencias a su posicionamiento historiográfico, es sugerente como sus respectivas nacionalidades parecen jugar un rol determinante en agregarle ciertas connotaciones políticas a la interpretación. Mientras autores como James Petras (Estados Unidos) o Piero Gleijeses (Italia) neutralizan su discurso mediante un desarrollo descriptivo de los síntomas que dejan entrever la irreversible crisis hacia donde se encaminan los Estados Unidos, los académicos pertenecientes al ámbito latinoamericano, como Atilio Borón (Argentina) o los coordinadores Elier Ramírez Cañedo y Esteban Morales Domínguez (Cuba) cargan dichos elementos con implicaciones políticas sobre el futuro de sus respectivos países. Así, la noción de “declive” es utilizada como expresión de la posibilidad de que emerjan condiciones revolucionarias en América Latina y el Caribe que echen por tierra el modo de producción capitalista. Para tal fin, Borón y Ramírez Cañedo se proponen la tarea de

concientizar acerca de la imperiosa necesidad de una América unida (constantemente referida como “Nuestra América”) como medio para protegerla contra las embestidas del agonizante (aunque aún poderoso) imperio estadounidense. Una línea de continuidad entre Simón Bolívar, primer artífice para Ramírez Cañedo de la “América Unida”, y Hugo Chávez, también es trazada por estos dos autores.

El volumen colectivo está organizado en tres secciones diferenciadas. La prosa es amena y en líneas generales se utilizan pocas notas al pie. Cuando las hay suelen referir a la bibliografía consultada. La primera sección, “Trípode” reúne ocho de los diez artículos que componen el libro. Ordenados cronológicamente, buscan lograr una imagen de unidad sobre los contenidos a exponer: las características, causas y consecuencias del imperialismo norteamericano. El primero de ellos, “La miseria a nombre de la libertad”, elaborado por Elier Ramírez Cañedo, recorre los intentos de los Estados Unidos desde los primeros momentos de su independencia en 1776 por evitar la emancipación de las colonias en América Latina y el Caribe. Buscando desterrar el conocido mito del Destino Manifiesto de los Estados Unidos, Ramírez Cañedo señala las distintas tácticas empleadas por el recién formado gobierno estadounidense para oponerse a las revoluciones independentistas que caracterizaron la primera parte del siglo XIX. Exaltando la figura de Simón Bolívar como prócer que combate solitariamente a los “Padres Fundadores” en pos del ideal de una “América Unida”, el autor busca

despertar una conciencia crítica sobre la situación de neocolonialismo que envuelve a los países latinoamericanos y a la necesidad de seguir adelante con las ambiciones trazadas por Bolívar como único medio a través del cual se conseguirá la independencia verdadera.

El segundo artículo, de Piero Gleijeses (Italia) aborda la construcción de los propios Estados Unidos sobre el mito de su “excepcionalismo”. Señalando distintos hechos históricos, el autor busca dar cuenta del hiato existente entre la fantasía estadounidense sobre la libertad y la justicia, y la realidad de sus acciones. La construcción de un consenso a prueba de error, basado en las asumidas buenas intenciones de los Estados Unidos hacia el escenario internacional, y la falta y manipulación de la memoria histórica, son los elementos claves que explican, para Gleijeses, la perpetración del mito.

Los siguientes tres artículos corresponden a Esteban Morales Domínguez. Desde su campo de especialidad (el autor es doctor en ciencias económicas), aborda esquemáticamente cuestiones tales como el surgimiento de la economía imperialista en el siglo XIX, la formación del Complejo Militar Industrial en el siglo XX y el racismo estructural de la cultura estadounidense. Los dos primeros artículos se complementan a la hora de evidenciar los cambios que viene sufriendo el modo de producción capitalista a partir del neoliberalismo y como las soluciones esbozadas hasta la fecha no han sido lo suficientemente eficientes para detener el progresivo e irreversible declive en que se ve envuelta la economía capitalista y su

principal bastión; los Estados Unidos. En el tercer y último capítulo, Morales Domínguez se enfoca en describir las idas y venidas del gobierno en su tratativa de deshacer (en algunos aspectos) la institucionalización del racismo que perjudica la imagen del país hacia el resto del mundo.

A continuación, un breve capítulo de Oscar Ugarteche y Ariel Loyola Rodríguez quienes elaboran un estado de la cuestión sobre la economía estadounidense luego del colapso sufrido en el 2008.

Síntesis de un libro abocado a la misma temática, el siguiente escrito pertenece al argentino Atilio Borón. “El papel de América Latina y el Caribe en el tablero de la geopolítica mundial” describe los síntomas (crisis económica, pérdida de alianzas en el plano internacional, uso exacerbado de su capacidad militar) que dan cuenta del irreversible declive de los Estados Unidos como superpotencia imperialista. En consecuencia, para Borón, asegurar su dominio sobre su “patio trasero” se convierte en una de las principales prioridades del Pentágono como forma de mantenerse en una posición ventajosa respecto a las emergentes potencias internacionales (en particular Rusia y China). Al igual que Ramírez Cañedo, Borón busca mostrar como las condiciones materiales lentamente se van dando para que América Latina y el Caribe logren su segunda y definitiva independencia.

Finalmente, James Petras en “Obama: refundando el Medio Oriente” elabora una breve descripción del control que mantiene Estados Unidos sobre el Medio Oriente y

como sus intereses están constantemente decidiendo el futuro político de los países de la región.

La segunda sección de la compilación “Visiones” está compuesta por un único escrito de Robert Austin Henry. En él se recorre el nacimiento de Gran Bretaña como potencia imperialista en el siglo XIX y la relación que ésta elabora hacia una de sus principales colonias: Australia.

El libro finaliza con la sección “Linterna” con un trabajo de Luciano Vasapollo en el cual se deja constancia sobre la crisis sistémica que vive en la actualidad el capitalismo, cuyo principal síntoma es la financiarización de la economía. El autor destaca como el momento presente vive a nivel económico un “keynesianismo del privado”, es decir, un intervencionismo estatal abocado a sostener a los causantes de la crisis financiera; los bancos. Y que interviene no en pos de sanear la productividad sino meramente el sistema financiero. Esto lleva a un aumento en las condiciones de explotación vigentes y de la masa de desocupados a nivel mundial. Planteado así el panorama económico, para Vasapollo, el capitalismo debe desarrollar un nuevo modelo de acumulación o perecer. Dejando este interrogante abierto, el artículo finaliza elaborando las posibilidades del surgimiento de un keynesianismo de izquierda que podría tener lugar en un hipotético futuro poscapitalismo.

Si bien en su conjunto el *dossier* ofrece un panorama global sobre el devenir histórico de los Estados Unidos como potencia imperialista, la obra presenta cierta

debilidad estructural. La lectura de los artículos se convierte, cuando no leídos separadamente, en un recorrido de altibajos entre acotadas descripciones históricas por un lado, y acusaciones y “rutas de acción” política, por otro. Percibido así, la obra adquiere cierto tono híbrido que pasa de un estado de ánimo a otro, lo cual influye a la hora de evaluar lo ameno de la lectura y la calidad académica de los contenidos. Así, la compilación cumple con uno de los dos cometidos que se propone inicialmente: contribuir a describir las características del imperialismo estadounidense. Ofrecer una lectura que incentive la descolonización de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe, en cambio, es un propósito que queda en un segundo plano. En el fondo, su principal falencia es que el cometido en sí mismo no es armónico y entorpece en lugar de colaborar a la transmisión del mensaje.

A pesar de ello, el libro es un válido aporte sobre el imperialismo estadounidense, un tema cuantiosamente analizado y discutido por autores latinoamericanos y estadounidenses desde diferentes perspectivas. Su mayor logro radica en brindar un panorama global. No solo abarca toda la historia de los Estados Unidos desde su independencia hasta la actualidad sino que también permite la construcción de sus distintas problemáticas desde los ángulos social, cultural, económico y político.

No dirigido a un público en particular e intencionalmente proponiéndose ser un libro de divulgación, salvo por algunos artículos que se centran muy específicamente en problemas económicos y que utilizan cierto lenguaje academicista a la hora de elaborarlos, es un volumen

accesible para todo aquel que desee instruirse acerca de los Estados Unidos y el imperialismo.



